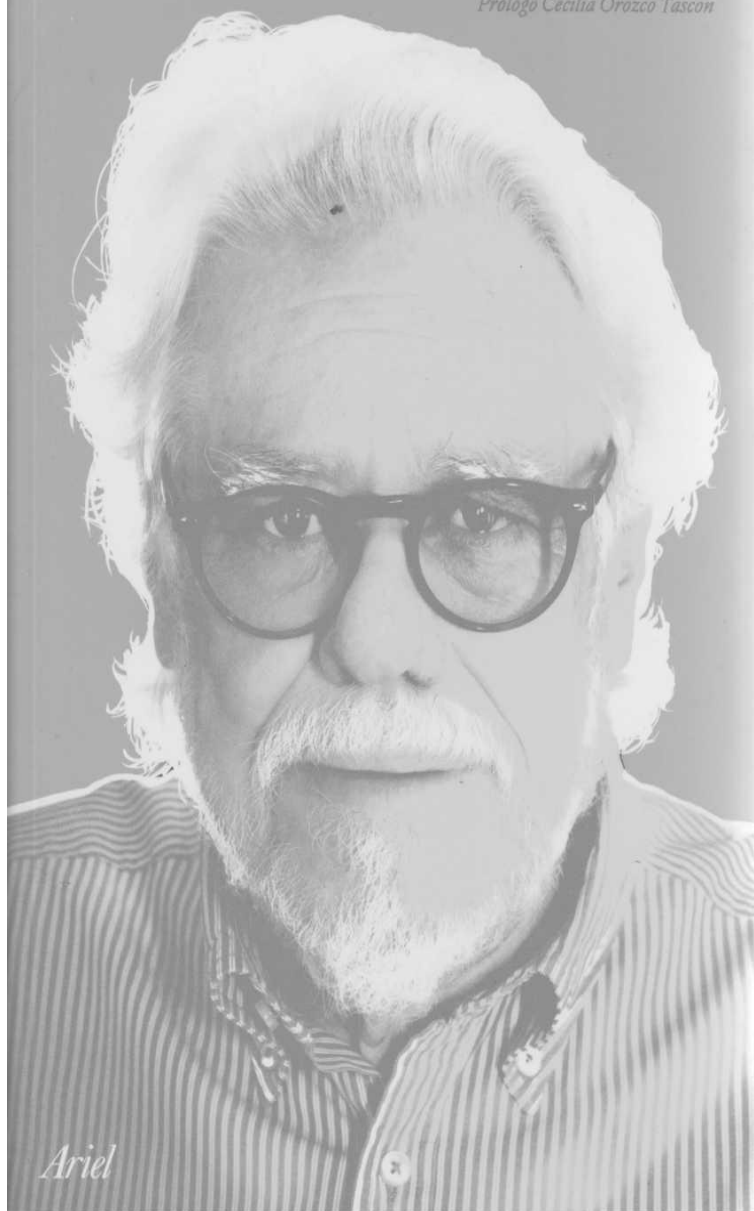


Ana Cristina Restrepo Jiménez

El Hereje: Carlos Gaviria

Capítulo especial por Santiago Pardo Rodríguez

Prólogo Cecilia Orozco Tascón



Ariel

El hereje: Carlos Gaviria © Ana Cristina Restrepo
Jiménez

Santiago Pardo Rodríguez, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S.A., 2020

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-8994-0

ISBN 10:958-42-8994-2

Foto de portada: © Diego González

Diseño de cubierta: © Gabriel Henao /

Departamento de Diseño Grupo Planeta Colombia

Primera edición: septiembre de 2020

Segunda edición: octubre de 2020

Tercera edición: noviembre de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A la libertad de mis tres hijos
for Your Liberty, Love of Mine

El hombre es un rey cuando sueña y un esclavo cuando piensa.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

Prólogo

En marzo de 1993 se posesionaron ante el presidente César Gaviria nueve magistrados elegidos por el Congreso de la República para integrar la novedosa Corte Constitucional creada por la Carta Política de 1991 (desde el 7 de febrero de 1992 y hasta el 28 de febrero de 1993, se instaló una corte de transición entre la anterior Sala Constitucional de la Corte Suprema y la naciente corporación). Otro mes de marzo, veintidós años después, falleció uno de los ilustrados miembros de ese grupo privilegiado: Carlos Gaviria Díaz que describió el momento de apertura del organismo guardián del Estado de derecho, de una manera muy particular, muy suya: “(como) partíamos de una Constitución nueva, estábamos, prácticamente, en el primer día de la creación”.

Así debía sentirse, en su intimidad, el profesor de leyes: en el primer día de la creación. Bien describen a Gaviria Díaz, Ana Cristina Restrepo Jiménez y Santiago Pardo Rodríguez cuando hacen énfasis en la plenitud del académico en ese periodo de ocho años en que, tanto él como sus compañeros de Sala Plena pasaron de las teorías jurídicas que dominaban y enseñaban en las aulas, a las decisiones revolucionarias que modificaron las costumbres elitistas transformándolas, por fuerza del mandato constitucional, en relaciones igualitarias entre unos ciudadanos y otros. Fueron sentencias hito que llevaron al país a aceptar —entre temeroso, airado y asombrado— que el orden “natural” de las cosas no era el que se practicaba en la sociedad piramidal del moribundo siglo XX colombiano sino uno distinto en que la gente del común y las minorías ignoradas o aplastadas por las discriminaciones, gozaban de derechos, y más, tenían derecho a exigirlos, en la práctica, con el respaldo de la cúpula judicial.

Refiriéndose al tribunal que estrenaba sus funciones con

fallos que sorprendían a las mayorías (eutanasia) y que, en no pocas ocasiones, ofendían porque removían prejuicios larga-mente enquistados en sus comunidades (consumo libre de dosis personal y promoción de libertades individuales), el profesor Gaviria comentó —en la misma entrevista en la que definió el inicio de la Corte como la hora uno del universo—, que esta corporación adquirió en poco tiempo "... un inmenso prestigio internacional como creadora de líneas doctrinarias para con-solidar un Estado social y constitucional de derecho". Y también recordó que "gozó de fama de pionera en muchos asuntos relacionados con los derechos sociales, la diversidad cultural, la diversidad de género (y otros)".

Ni entrevistadora ni entrevistado sabían, entonces, que la melancolía que escapaba de sus respuestas, presagiaba su partida: solo veintitrés días después de responder el cuestionario periodístico, casi en contravía de su estado de ánimo, pero interesado en dejar consignada su posición en el espinoso asunto que motivaba el interés mediático, falleció quien se caracterizó por conservar a lo largo de su existencia, una ética pública ejemplar.

En efecto, ningún otro personaje distinto al presidente de la Corte, Carlos Gaviria, hubiera sido mejor analista de la situación particular por la que pasaba su antigua sede de labores. Se trataba del vergonzoso episodio ocurrido a comienzos de 2015, cuando el recién elegido vocero del alto tribunal, Jorge Pretelt Chaljub, fue denunciado por sus colegas poco después de que estos escucharan una grabación en que un abogado confesaba que el dignatario de la Corte había (asado en quinientos millones de pesos, el sentido de un fallo de tutela que se tramitaba en el tribunal y que Pretelt prometía desviar a favor de quien lo escuchaba. Gaviria, la antítesis absoluta del oscuro Pretelt, había ganado durante su trayectoria de magistrado, senador, candidato presidencial y presidente de su

partido, el respeto nacional y la admiración general por su estatura moral. Era, en consecuencia, el comentarista idóneo para criticar la postración de la Corte que él y sus colegas de 1993 habían enaltecido con sus conductas. Aunque advirtió que no estaba bien de salud y que viajaría de Medellín a Bogotá para practicarse unos exámenes médicos, acepto responder, en tono fatigado, preguntas y contra preguntas de la periodista, tal vez motivado por la obligación de dejar consignadas para el futuro debate sobre la legalidad de la permanencia de Pretelt en la Corte, sus inmensas dudas.

Sus palabras, al final del artículo de prensa, reflejan su espíritu reflexivo de siempre pero también, la debilidad física que empezaba a agobiarlo. Habiendo sido un formidable combatiente de ideas, comenzaba a abandonar la lucha. A la pregunta sobre una propuesta desesperada de revocar la totalidad de los miembros de las cortes, y de crear, a partir de cero, nuevos tribunales con normas diferentes para devolverle a la ciudadanía confianza en la justicia y sus jueces, respondió: "... (es) un grito justificado de indignación contra las situaciones vergonzosas que hoy presenciamos, pero, aplicándola, nada garantiza que el hecho no se repita". Calmadamente, continuó: "me parece que la propuesta no debe ser meramente coyuntural y que lo que debe hacerse es pensar, hacia el futuro inmediato, una fórmula mejor". Concluyó con un decaimiento inusual en su dureza argumentativa: "si me pregunta cuál es esa fórmula, le tendría que responder que no la tengo y que apenas me ofrezco para ayudar a pensarla ". Nunca pudo cumplir esta promesa.

El hereje es el título adecuado para calificar la vida y obra de Carlos Gaviria. Eso fue el profesor en sus setenta y siete, casi setenta ocho años, de su paso por el mundo: un díscolo, una mente que disentía siempre, que meditaba e ideaba

un orden racional regido por una justicia social que se apartaba del statu quo. Este libro, singular en varios sentidos, es el resultado de la intensa tarea de Ana Cristina Restrepo Jiménez, de andar con Gaviria en sus últimos tiempos para aprehender la importancia de su existencia y para, una vez ausente, desandar sus caminos, y recorrer el velo del hijo, hermano, esposo, padre, amigo y hombre enamorado que también fue como cualquiera otro, con sus afectos, desafectos, vacíos y errores.

Restrepo se propuso descubrir, y lo logró, la individualidad desconocida de esa figura mayestática que veían, a lo lejos, sus seguidores en los debates de plaza abierta o en los de televisión. Un favor le hace, así, Ana Cristina a su memoria, porque al develar el ser imperfecto que era, lo humaniza, justamente, lo que siempre el magistrado del 93 esperó estampar en sus sentencias históricas: humanización de la justicia en una época en que, no por coincidencia, se encontró, para enfrentarlo, con uno de sus coterráneos de enorme poder político que pretendía, en las antípodas de la esfera ideológica y moral de Gaviria, la dominación de la Nación por la fuerza y la criminalización de las ideas. Entonces, el profesor se plantó civilizadamente al otro lado para contra argumentarle con sabiduría y para avanzar mientras su contradictor, su enemigo más bien, planificaba cómo obligar al país, a retroceder. Libertades contra imposiciones. Civilización contra barbarie.

Santiago Pardo Rodríguez, por su parte, complementa el cuadro: a la singularidad dibujada por Restrepo, Pardo añade las aristas admirables del jurista y se centra en el ideólogo de las libertades y en la trascendencia de sus obras de derecho, además de sus libros, las sentencias que escribió, testimonios claros de su pensamiento. Pero también las que debatió y rebatió con sus colegas en sus salvamentos de voto, tan sesudos como sus ponencias, aunque menos visibles por ser la

expresión minoritaria de la Corte. Al menos dos de estas piezas son, sin embargo, joyas jurídicas por su contenido y porque se anticiparon veinte años a las discusiones en que Colombia todavía patina, arrastrada contra su voluntad hacia el pasado, hoy, cinco años después de la muerte del maestro.

La primera se produjo, según recuerdan Pardo y los anales de la Corte de 1997, cuando un ciudadano demandó varios artículos del Código Penal en que se establecía el castigo de cárcel para la mujer que, pese a haber sido violada, acudiera al aborto (increíble: hace 23 años Colombia debatía el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, lo que en esa época no era extraño. Pero sí es raro que después de dos décadas ese derecho continúe siendo controvertido por un sector poderoso de la política y por movimientos religiosos con representación en el Congreso). En la corporación constitucional del 97, el magistrado ponente y la mayoría de sus colegas con él, acogieron y aprobaron la teoría de la Iglesia católica según la cual, la víctima de violación se convertía en victimaria si abortaba porque su voluntad la hacía “moralmente mala”. Una tesis como esa, en 2020, habría originado manifestaciones en las calles, gritos y cánticos: “el violador eres tú” refiriéndose al Estado.

Carlos Gaviria y otro colega suyo se apartaron de la decisión y escribieron sus salvamentos de voto, acusando a la Corte de una falta gravísima: “haber perdido la imparcialidad” frente al asunto en estudio por haber hecho suya una tesis religiosa que no tiene relevancia alguna frente a lo dispuesto por la Carta Política de un Estado laico. El tribunal constitucional calló, un poco avergonzado, pero deshizo su equivocación en 2006 con la sentencia de despenalización del aborto en tres casos de extremo riesgo, con ponencia del sucesor de Carlos Gaviria, Jaime Araujo Rentería, junto a su colega Clara Inés Vargas.

Una segunda pieza jurídica envuelta en salvamento de voto, fue escrita por el profesor cuando se debatía un tema aparentemente sencillo pero con un hondo significado civilizador: la facultad de los padres de castigar a los hijos. La Corte encontró, en 1994, que una norma demandada por violar los derechos a la integridad física y emocional de los niños pues permitía a los adultos tomar acciones contra los menores, era constitucional con tal de que los “sancionara moderadamente”. A pesar de que el tribunal advertía que “las sanciones que apliquen los padres... estarán excluidas de toda forma de violencia física o moral”, los magistrados Carlos Gaviria y Jorge Arango Mejía dejaron consignados sus argumentos en contra, en un salvamento de voto conjunto. Sus razonamientos fueron de mayor profundidad que los contenidos en la sentencia que les otorgó carácter de exequible a las sanciones paternas.

Escribieron casi un tratado sobre el significado del castigo desde Protágoras, Sócrates y Platón, sin olvidar las teorías de Kant al respecto, en la era de la Ilustración. Empezaron por preguntarse “¿qué es castigar?”, y siguieron con las teorías retributivas y preventivas de los actos sancionatorios. No dejaron resquicio en la sentencia para escudriñarla y desde luego, criticarla. De manera minuciosa, formularon unas afirmaciones tremendas en las que describían el más profundo fondo del castigo: la venganza y el odio.

La función que no se explicita (del castigo) porque se juzga inconfesable, es la que consiste en gratificar el sentimiento de aversión al transgresor que la falta genera, y que se traduce en un incontrolable deseo de venganza que sólo la pena viene a saciar. El contenido de odio implícito en el castigo se presenta siempre racionalizado, encubierto con artificiosos razonamientos tendientes a persuadir de que todo es, finalmente, en beneficio de quien lo padece. Empero, los

afeites retóricos lo escamotean, pero no lo eliminan.

Siguieron las disquisiciones de los dos togados que parecieran haber sido redactadas para que las escuchara la sociedad del siglo XXI, año 2020, la que ha promovido la cadena perpetua y la pena de muerte:

Cuando una muchedumbre manifiesta su indignación contra el autor de un crimen horrendo, no es retribución proporcional, ni mucho menos prevención contra hechos futuros lo que clama, sino venganza. En los linchamientos, sin duda alguna, es ese elemento el que resplandece. No es, pues, razonablemente cuestionable la presencia del odio en el castigo.

Cayendo en el problema concreto sobre la facultad de sanción que poseerían los padres sobre sus hijos, Gaviria y Arango encabezaron sus argumentos con una frase del maestro escocés Alexander Sutherland Neill, pionero de los centros de educación en libertad: “Realmente, la falta de miedo (al castigo físico, moral o emocional) es la cosa más hermosa que puede ocurrirle a un niño”. En consonancia con el pensamiento escocés, los jueces colombianos establecieron una comparación entre castigar y educar. Y se preguntaron qué resultaba más eficaz, más sano y más útil para la formación del individuo y el futuro de la sociedad que conformará: “La tarea del educador (o de los padres) consiste, ante todo, en crear las condiciones propicias para que la conciencia moral (del niño) empiece a plasmarse y el sujeto ético a construirse. Y nada de ello es posible en un ambiente presidido por el miedo”.

Gaviria y Arango concluyeron su demoledor salvamento de voto, con una lección para la sociedad de 1994 que alcanza a la comunidad del 2020 aunque la existencia física de los dos se apagó, una, hace cinco años y la otra, hace tres: “El autoritarismo en la educación no se compadece con los valores democráticos y pluralistas de la sociedad. Una

nueva pedagogía ha surgido de la Constitución del 91 ”.

“Educar, no encarcelar, educar, no castigar”, es la frase que ,le gustaba repetir a Carlos Gaviria Díaz, frase que condensa su legado admirablemente recordado por Restrepo y Pardo en un libro para devorar.

Cecilia Orozco Tascón

Julio 2020

Este es un recorrido periodístico y literario por diversas miradas sobre la vida y obra de Carlos Gaviria Díaz (1937-2015). En la primera parte del libro, el perfil humano, aparece el protagonista de la historia, su voz directa en tiempo presente—¡viva! —, producto de numerosas conversaciones inéditas y entrevistas radicales que publiqué en la emisora cultural de la Cámara de comercio de Medellín, y del texto que escribí para la Revista Universidad de Antioquia (“Carlos Gaviria Díaz, pensamiento, palabra, obra y omisión”, n.º 316, septiembre de 2014). Durante tres meses del año 2014 viajé entre Medellín y Bogotá para convertirme en su sombra; cinco años después, a través de investigación mu y contraste con fuentes testimoniales y documentales, intento descifrar al ser humano detrás del personaje público, al hombre libre que dedicó su existencia a lo que pocos se atreven, ¡Defender la libertad y asumir el costo de hacerlo!

Es la historia de un hereje en tierra de mojigatos.

ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ

I.

En el nombre del Padre

La próxima vez, te voy a traer un regalo:

¡te voy a dar un tigrecito!

En plena Guerra Civil Española, las águilas de la Luftwaffe, escoltadas por aviones caza de la Legión Cóndor, lanzan más de treinta toneladas de bombas sobre una antigua villa en el País Vasco. Testimonios que reposan en archivos históricos calculan que el ataque arrasa con un tercio de la población.

Un mural de Pablo Picasso inmortaliza aquel 26 de abril de 1937: Guernica.

Del País Vasco partió el primer español del linaje Gaviria que pisó tierra antioqueña. En 1674, Carlos Gaviria y Troconis culminó su travesía trasatlántica en un resquicio de la cordillera de Los Andes.

En una tregua entre dos guerras mundiales, durante los días de la Revolución en Marcha del Alfonso López Pumarejo —“El deber del hombre de Estado es efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución”—, y doce días después del histórico bombardeo a Guernica, nace en Antioquia un espíritu libre, el hombre que marcaría un hito en la concepción, interpretación y aplicación de las libertades y derechos ciudadanos en Colombia: Carlos Gaviria Díaz.

SOPETRÁN, ANTIOQUIA, MAYO 8 DE 1937.

Con el maletín de cuero en una mano y sosteniendo su

sombrero con la otra, el doctor Adán Higuita aceleró el paso mientras cruzaba el parque de Sopetrán. El sosiego de las calles empedradas de La Barranca, detrás de la basílica, parecía perderse en el afán: lo aguardaban en la casa del prestigioso abogado Fernando Díaz y su esposa Ana de Jesús Holguín. El tercer parto de su hija, María de la Paz, Maruja, no daba espera.

El aroma de los rosales impregnaba los corredores donde apenas se sentía musitar el dolor contenido, las contracciones uterinas fuera de control. Como en los alumbramientos previos de Maruja, el doctor Higuita —esposo de Teresita Gaviria, tía del bebé por nacer— sabía que encontraría listos los peltres, el agua hervida y las sábanas limpias: en un par de horas, la criatura reposaría envuelta como tabaquito sobre el pecho de su madre.

Carlos, el Padre, cogió la mano de sus hijas Lilia Elena (Lilliam) y Alba Luz, de cinco y dos años, y les susurró: “Quédense aquí quie-te-ci-tas en la cocina. Ahorita les voy a tener una sorpresa”. No demoró mucho en atravesar de nuevo el umbral de la puerta con la camisa remangada: “Fue muy lindo cuando Carlos nació: mi papá nos mostró que era muy blanco, divino, nos lo trajo con unos paticos a su lado. ¡Lilliam y yo nos emocionamos mucho!”, recuerda Alba Luz, desde el salón de su casa en las montañas de Guarne, oriente antioqueño.

Tan pronto supo la buena nueva, Teresa Herrera —hija adoptiva de Elvira, la abuela paterna—, llegó con una torta casera en una bandeja blanca de peltre, decorada con claveles y hojas. Con la memoria del paladar, Lilliam evoca el nacimiento de su hermano: “¡Puedo pintar la bandeja, pero el sabor de esa torta no lo he podido encontrar en ningún lado!”.

Teresa Herrera y el tío Horacio Gaviria cargaron al niño en la pila bautismal y, en la misma línea de una tradición de generaciones, lo llamaron Carlos, con un segundo nombre para

distinguirlo de sus ancestros: Emilio.

Carlos, el Padre, era hijo de Carlos Gaviria Blair y Elvira Arango Agudelo, integrantes de una familia considerada como la flor y la nata de la sociedad local. Guillermo Pineda Gaviria, hijo de Alba Luz, interpreta aquello del linaje: “Carlos fue el hijo de la oveja negra de una familia aristocrática de Sopetrán, gente muy típicamente paisa, godos a morir, con complejo de gente blanca y creyente. Su hijo mayor definió la vida de dos generaciones”.

Carlos Antonio Francisco Gaviria Arango y María de la Paz Díaz Holguín se casaron en la Basílica de Nuestra Señora de la Asunción de Sopetrán, un pueblo a orillas del río Cauca, en el occidente de Antioquia. Se conocieron y enamoraron en paseos vespertinos entre abundantes cañitos de agua y cortejos en las calles empedradas del parque principal, cuando él era funcionario de la Alcaldía y ella maestra de escuela. Vivieron bajo el mismo techo de Fernando (Meme) y Ana de Jesús (Nana), los padres de Maruja.

El lugar que certificaba públicamente el “dedo parado” de las familias sopetraneeñas era la basílica, donde las bancas más cercanas al altar eran marcadas con los apellidos de sus propietarios: Familia Gavina Arango, Familia Gavina Tamayo, Familia Gavina Vieira. La madera tallada en un respaldo de la nave izquierda del templo daba fe del abolengo de los abuelos paternos de Carlos Emilio Gaviria Díaz.

Maruja estudió para ser profesora en el internado de María Auxiliadora en Medellín. Fue compañera de pupitre de una niña curiosa y rebelde, a quien años después le prohibirían entrar a misa. Todavía retumba el eco de su nombre desde aquel remoto llamado a lista: “Arango, Débora”.

“¡Presente!”

El Padre, periodista, escritor y amante de la bohemia, publicaba en los periódicos El Espectador y El Colombiano

bajo el pseudónimo de Tranquilino. Un hombre dulce y cariñoso que les enseñaba a sus hijos oraciones al Niño Jesús y la Virgen: “Éramos muy católicos. Carlos rezaba mucho, en la pared de su cuarto estaba la imagen de un santo, pero cuando fue creciendo se apartó un poquito, se volvió agnóstico. ¡Es que chiquito era muy rezandero! —Alba Luz se cubre los labios para contener una carcajada— rezaba arrodillado con las manos juntas”.

“Mi mamá fue profesora toda la vida en muchas partes — continúa el relato— mientras que mi papá andaba y andaba”

...

—Cuando dices “andaba y andaba”, ¿a qué te refieres?

—De pronto se aparecía —me responde la mujer de 85 años.

Carlos, el Padre, regresaba a casa sin avisar y, entre abrazos y lágrimas, les repetía a sus hijos “¡los adoro, los adoro!”. En las noches, se acurrucaba con ellos para rezar juntos: “Niñito Jesús de Praga, infante glorioso, merced te pido como Rey Poderoso”.

Carlos no tuvo la oportunidad de disfrutar de la presencia de su papá, si acaso, lo hizo en su primer año de vida. En la memoria de las hermanas mayores quedan sus visitas esporádicas y algunos regalos, como la tortuga viva que les trajo de quién sabe dónde y terminó perdida en el patio.

Guillermo, profesor de la Universidad de Antioquia, sobrino y contertulio entrañable de Carlos, dice que su abuela Maruja convivió poco con su marido, quien prácticamente se desentendió de la manutención de su familia: “Por eso, la Nana se quedaba con los muchachitos mientras su hija trabajaba en pueblos distantes”.

Cuando Maruja alzaba su pequeña maleta de mano, cargada con los útiles de maestra rural, sus hijos presentían lo que le esperaba: viajaba a lugares como San Roque o

Guadalupe, travesías por las trochas de Antioquia, a lomo de muía y cuadernos en los aperos, cuyo único remanso era el fin de semana en el hogar. De lunes a viernes, su contacto con la familia era mínimo, mi solo por los escasos medios de comunicación, sino por las dificultades geográficas propias del territorio rural colombiano.

Los más gratos recuerdos de la infancia de Carlos Gaviria Díaz quedaron al lado de su abuela materna, a quien describía como “una mujer de primeras letras, con una personalidad brillante y muy tierna”. La Nana, quien le enseñó a leer, se caracterizaba por su capacidad lingüística y habilidad de pensamiento. En una oportunidad pilló a su esposo infraganti en coqueteos con una joven muy bonita, y se la cantó:

Los viejos que cortejan a las muchachas,
son como entre las rosas las cucarachas que causan
tedio, ¡y siguen de payasos no hay más remedio!

La Nana solía lucir vestidos largos de medio luto, jamás se le vio en prendas de colores. Para salir a la calle, recogía su cabellera larga y plateada en una moña, y la cubría con una mantilla española de tul azabache con caída en cascada sobre sus hombros.

“Tenía la piel más linda que te imagines —Lilliam habla como si tuviera a su abuela en la misma alcoba, acicalándose en el tocador—. Se untaba Pomada Peña todos los días, tuvo una artritis muy dura que le deformó las rodillas”.

Quien viera a la Nana tan recatada, jamás imaginaría que le encantaba el ron con Coca-Cola y ver a sus nietas adolescentes bailar en verbenas, era la mujer “más liberal del mundo”. Nacida en San Jerónimo, pueblo vecino de Sopetrán, pertenecía a una familia de diez hermanos, muy liberales. En épocas de la comandancia liberal de Rafael Uribe Uribe, los hijos Holguín se escondían debajo de esteras para salvar su

vida de los conservadores; las mujeres se agazapaban o huían para resguardar su virtud. Ana y su hermana, Flor Ángela, fueron testigos de la barbarie en la Guerra de los Mil Días: las memorias del horror forjaron a una liberal sin titubeos, pero a su vez, desataron una enfermedad mental. Flor Ángela falleció, muy joven, internada en un manicomio, acosada por el recuerdo de escenas siniestras. (La Nana moriría a los noventa y dos años, completamente lúcida).

Meme, el abuelo Fernando, era un abogado empírico que escribía para algunas publicaciones bajo el pseudónimo “Andrés ni por esas”. En las mañanas, solía declamar en voz alta los versos de Francisco de Quevedo:

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado, medulas que
han gloriosamente ardido, su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrán sentido.

Polvo serán, más polvo enamorado.

Su modesta biblioteca albergaba obras como El jorobado de Nuestra Señora de París y Los miserables de Víctor Hugo, o El jorobado o Enrique de Lagardere de Paul Feval. Carlos no aprendió a leer en cartilla como los demás niños, su madre lo dotó con algunos secretos de maestra y con un libro para desentrañar en soledad: Nuestro lindo país colombiano, de Daniel Samper Ortega. En su memoria permanecieron las descripciones de Caño Cristales y la analogía de Colombia como una privilegiada casa de esquina. Aunque el primer regalo que Meme les dio a sus nietos fue una edición ilustrada de las Fábulas de Samaniego, Carlos reconocía haber leído poca literatura infantil: El mono relojero, de Constancio C. Vigil, Pulgarcito y Cuentos de hadas mientales. Desde muy chico se acercó a los libros para adultos, como Príncipe y mendigo de Mark Twain.

Los Díaz cultivaban la tradición de la lectura en familia:

al caer la noche, la abuela y la madre se sentaban en la sala y se alternaban para leer en voz alta. En una oportunidad, interrumpieron la lectura de El mártir del Gólgota de Enrique Pérez Escrich: “Ustedes deben ir a acostarse porque vamos a leer cosas que no son para niños”, recordaba Carlos. Se trataba del capítulo de María Magdalena.

Mandaban a la cania... pero jamás escondieron ni vetaron un solo libro de la biblioteca.

En Meme también habitaba un típico hombre de pueblo que frecuentaba las galleras de la región. Después de una apuesta, llegó a la casa con un perdedor en combate y le dijo a su esposa: “Ana de Jesús, calentáte agua para este muerto”. Cuando la olla ya humeaba, la Nana agarró de las patas al gallo tendido, i ras un sobresalto repentino solo quedaron las plumas en la colina. Agitó las alas, despavorido.

Ana de Jesús comenzaba la rutina diaria a las 5:00 a. m. con el eco del llamado “¡Ave María Purísima!”. Las dos niñas y el menor respondían al unísono: “¡Sin pecado concebida! ¡Ya vamooooooooos!”.

A las Gaviria Díaz las criaron haciendo oficios domésticos, mientras que al niño le permitían entretenerse con el teclado de una máquina de escribir. “A él no lo ponían a hacer nada —recuerdan sus hermanas—, no tenía que hacer oficio”. Alba Luz lo vestía y sacaba a pasear al parque: “Si iba un minuto solo a una tienda a comprar algo, yo salía como loca por todo el barrio: ¡se perdió! ¡se lo robaron!”. Al menor de la casa le daban gusto cuando pedía su plato predilecto, “sopa de uña” con carne molida, una receta paisa preparada con papa cocida y picada y plátano, partido con las uñas en lugar de un cuchillo.

Desde muy temprano, refugiado en el matriarcado devoto en el cual creció, Carlos Gaviria Díaz desarrolló un hábito que lo acompañó hasta el final de sus días: las bromas

pesadas. Escondía cosas, era burlón y asustaba “como un chucho” pero, eso sí, nunca aceptó que le hicieran las mismas chanzas a él.

MEDELLÍN, ALGÚN DÍA DE 1942.

Esta parte de la historia continúa con un niño que sale a las volandas de la casa de sus abuelos y, sin atisbar, atraviesa una calle del barrio Manrique.

Antes de entrar al café de la esquina, amarra los cordones de sus botines Reysol, se sube las medias y compone las cargaderas de sus pantalones cortos. Desde un resquicio de la puerta recorre el lugar con la mirada: ya le contaron que por ahí anda su papá.

Una vez más, con una copa en la mano, Carlos, el Padre, se arma de coraje para pedirle cacao a su exmujer. Maruja, que ha aprendido bien la lección, no acepta las propuestas de ese hombre dulce. Inestable. Desadaptado.

¡Velo!

Carlos Emilio, de cinco años, se apresura al encuentro de aquel amado desconocido. Se sienta sobre sus piernas.

—La próxima vez, te voy a traer un regalo: ¡te voy a dar un tigrecito! —promete el Padre.

Cuando sus hijos tenían cinco, tres y un año, Maruja decidió migrar a Medellín, un cambio traumático, no solo por el entorno geográfico, sino por el estatus social. Sus limitaciones económicas se multiplicaron.

La Nana no quería dejar a sus nietos, los niños de su única hija. Aunque Meme se quedó trabajando en Sopetrán, los visitaba cada ocho días (años después, el abuelo moriría de un derrame cerebral, en la ciudad).

En la casa de Manrique había dos habitaciones y un

salón donde se reunían en torno al radio. Cada noche, a las siete en punto, rezaban el rosario y escuchaban el radioperiódico La Noticia, en la frecuencia de Ecos de la Montaña, con sus despachos sobre los delincuentes que iban a parar a “la terrible colonia penal de Araracuara”, en Caquetá.

Por aquel entonces, Medellín acogió a numerosos comerciantes judíos que hacían correrías semanales por los barrios del nororiente para vender cortes textiles y prendas: “Mi abuelita les compraba, pero yo veía a esos señores de las ventas y me escondía con Carlos en una pieza —dice Alba Luz—, lo metía debajo de la cama del miedo de que se lo llevaran”.

ROLDANILLO, 13 DE FEBRERO DE 1944.

Carlos Gaviria Arango, reportero del Diario del Pacífico, reside en el Valle del Cauca. Fiel a su vida bohemia, ese domingo en la tarde entra a una cafetería, pide una cerveza y vierte veneno en el vaso. Bebe.

No deja ninguna carta.

Cada quince días, las profesoras del magisterio asisten a retiros en Medellín. En uno de esos encuentros, Maruja se dirige al centro de la ciudad y compra el periódico El Colombiano. Descubre en sus páginas que el padre de sus tres hijos ha muer-to. No hay restos por recoger, ignora la suerte del cuerpo sin vida.

—¿Alguna vez te preocupaste por buscar el rastro de tu padre? —le pregunto a Alba Luz Gaviria Díaz.

—Yo trabajé en Armenia, en todo el Viejo Caldas. Una vez estaba cerquita de Roldanillo, cogí un bus y me fui para la iglesia, le pedí al Señor por mi papá y pregunté dónde era el cementerio. Me acerqué a un viejito que estaba sentado en la plaza: ¿Usted alguna vez oyó hablar de un señor Carlos Gaviria

que tuvo un problema aquí?, me respondió “sí, señora”. Le dije: ese era mi papá, ¿usted sabe dónde lo enterraron? Y me dijo que en una fosa común. Nunca supimos ni siquiera que estaba allá, ni que estuvo enfermo. ¿Sabes, Ana Cristina, qué hice después? Me senté en un bar y me tomé dos aguardientes.

—¿Llegaron a saber cuál fue ese último bar?

—Supimos después. Mi papá no se murió ahí mismo. Juvenal Gaviria Ochoa, su primo hermano, era médico; mi mamá tenía conexiones con él, le hablaba de mi papá. Le contó cuando mi papá tomó la decisión: lo llevaron al hospital, allá había una monja que resultó ser prima suya y lo cuidó todo el tiempo. Ella fue quien le avisó a Juvenal que mi papá había muerto. Ella misma puso el aviso en El Colombiano.

—¿Jamás se enteraron de la agonía de tu padre?

—No. Duró veinte días hospitalizado, pero lo supimos posteriormente. Parece que aquella monja le dijo que se conectara con mi mamá y le contara que estaba enfermo, pero él nos quería mucho y estaba muy lejos. No hicimos nada porque no sabíamos en dónde ni cómo estaba.

Contrario al destino de otros suicidas de mediados del siglo XX, Carlos, el Padre, fue sepultado en un cementerio católico, lo cual no lo eximió de la sanción social —¿eterna? — de la fosa común, anónima.

Maruja llegó a la casa tarde, abrazó a cada uno de sus hijos y contó la noticia sin entrar en explicaciones, dijo que su exmarido había muerto de neumonía. Los tres niños supieron la verdad sobre aquel suicidio en la edad adulta.

Carlos, el Padre, escribió un solo libro en su vida, Gigantes tosos, el único objeto que conservaban de él, el mismo que desapareció en un préstamo y jamás pudieron recuperar.

Con Carlos Gaviria Díaz conversé sobre el camino hacia la propia muerte, estábamos en el rincón más íntimo de

su apartamento, en el barrio El Chicó, en Bogotá: su alcoba. En un costado de la cama doble había una pequeña reproducción del Cristo crucificado de Diego Velásquez que alguna vez su madre le había traído del Museo del Prado (hoy, el cuadro está en el cuarto de Alba Luz): un cuerpo limpio y solitario, cuyo rostro no revela agonía, sino la placidez del sueño de quien presiente que va a resucitar. Es el retrato de la confianza en el Padre. “Vela el hombre desde su cruz, mientras los hombres sueñan”, escribió don Miguel de Unamuno, como si hubiera espiado nuestros susurros:

—¿Has lamentado con intensidad la ausencia de tu padre?

—Nunca había pensado eso. Lo que significa que, posiblemente, nunca lo he lamentado mucho. Me nutría con la imagen que tengo de mi padre: por una parte, la muy efímera que me formé en los momentos en que lo traté directamente, que tuve contacto físico; y, por otra, por la leyenda que había en la familia: una persona inteligente, libre (hasta libertina). Cuando murió, el golpe para mí no fue muy fuerte, pues no vivía con nosotros. Yo advertí que algo nos estaban ocultando, hasta que logré averiguar que era un suicidio, una cosa tan rechazada socialmente.

—¿El suicidio es para ti una opción?

—En el plano personal, no lo deseo fervientemente, tampoco lo descarto. Siempre he considerado el suicidio como una posibilidad, una muy digna. Si el derecho fundamental inalienable es el derecho a vivir, y el derecho no puede ser entendido como una obligación, yo tengo el derecho a vivir y no la obligación de hacerlo. Un derecho en igual jerarquía es el derecho a no vivir.

El poder de la figura del Padre ausente, lejano y amado, es una veta de dolor que asomó en una noche de rones y tangos en un apartamento de Chapinero Alto, en Bogotá, el 20 de

marzo de 2014. Sobre un sillón de cuero, Carlos ya viejo, con la barba plateada y cansancio en la voz, leyó el poema Retrato del padre, escrito por el anfitrión de la velada: David Jiménez Panesso.

Fue el príncipe en los días de mi infancia
De donde regresó con las manos vacías
Y el miedo en la frente.
Lo esperábamos hasta tarde
Mientras él se hundía en la noche
Lejos.

En sus cartas habitaba un alma más dulce pero su cuerpo la guardaba de nosotros. Nunca vi sus ojos De bebedor silencioso

Hasta la tarde en que sombrío
Los cerró por fin en casa.

Carlos no quería ser abogado, anhelaba con convertirse en un médico psiquiatra, tal vez impulsado por el desenlace de la vida de su Padre. Desistió atormentado por la idea de enfrentar tanto las vicisitudes como la cotidianidad de los médicos, desde diseccionar un cadáver hasta lidiar con la sangre.

Lo que nunca imaginó en su juventud es que la tragedia del suicidio, cercano, se repetiría en su vida...

Maruja fue asignada a una nueva plaza del magisterio, mejor remunerada y más estable, en la escuela nocturna de La Limeña, ubicada entre Itagüi y San Antonio de Prado.

En esas mangas —¡infinitas! — al sur del Valle de Aburrá, donde la Nana ordeñaba todos los días a su vaca Azucena, apareció la primera de las muchas mascotas que Carlos tendría en la vida, un perro negro al que llamaron Danger. Casi setenta años después, Alba Luz cuenta la historia mientras acaricia el lomo de otro Danger, también “aparecido”

de la nada en los potreros cercanos a su casa en Guarne.

Antes de ir a estudiar con las Carmelitas, las niñas llevaban a su hermano menor al colegio montados en un bus de escalera.

Maruja se hizo amiga de dos de sus pupilos, empleados de la Cervecería Unión: Jesús María Montoya (Lucho) y Bertulfo Escobar. Se enamoró del primero.

Con Lucho, el jefe de almacén, caminó una vez más hacia el altar. La Nana decía que su segundo yerno era “un ser bajado del cielo”. Carlos lo quiso mucho.

Al capellán de la iglesia de la Cervecería Unión, Gabriel Lalinde, no le causó ninguna gracia que una mujer separada y “después viuda” anduviera en amoríos con otro hombre, y se dedicó a “hacerle la guerra”.

La abuela Ana acudió a la confesión con el padre Lalinde. Tan pronto llegó su turno, envuelta en su mantilla azabache, se puso de rodillas frente a la rejilla del confesionario:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo —saludó el sacerdote.

—Amén. —Después de un breve silencio, la Nana continuó— Padre me acuso de que un sacerdote me mantiene con mucha rabia, porque es muy indolente, muy injusto y habla sin pensar.

—¿Me puede decir quién es el sacerdote, hija?

—¡Es usted, padre! —se acomodó la mantilla sobre la cara y salió del templo tan rápido como pudo.

Madre, abuela e hijos se mudaron para Itagüí, la cervecería les ofrecía a los empleados la posibilidad de vivir en un barrio con una capilla y una decena de casas muy amplias distribuidas en línea, en solares sembrados de sauces y guaduales al borde de una quebrada: “En esa época, Cervecería Unión quedaba en la mitad del campo. Había una carreterita que iba

de Itagüí a la cervecería, todo era muy pintoresco: la flota, que se llamaba Las ameritas, era de vans Volkswagen café. Me acuerdo que cabían ocho o diez personas, uno las cogía en Junín [centro de Medellín], unas iban a Envigado y las otras a Itagüí. Te dejaban en la puerta de la Cervecería Unión y entrabas a pie”, cuenta Guillermo, quien creció en Cali, pero visitaba en vacaciones a su familia materna.

La casa de Itagüí tenía tres alcobas y una adicional para el servicio doméstico, la cocina y una generosa área social. Allí nació Gloria Montoya Díaz, la cuarta y última hija de Maruja.

El solar era el refugio de la Nana, aficionada a las flores y “las matas”. Plataneras, mandarinos, naranjos y tomate de árbol hacían parte de ese paisaje de infancia que acude a la memoria de mis entrevistados entre cantos de sinsontes, los verdaderos dueños de la montaña. Desde el ventanal del cuarto de Carlos, que además era su estudio, se avisoraban los brevos, cuyos frutos la abuela preparaba en almíbar para acompañar el arequipe casero.

Era tal la devoción por el jardín que Maruja amarraba a Laico (cuyo nombre honraba a Laica, la perra cosmonauta soviética) , guardián de la casa y devorador de hojas, tallos y flores. El castigo, que convertía seguidillas de ladridos en gemidos de monstruo, atormentaba más a Carlos —incapaz de estudiar— que al mismo perro.

Aquellos fueron días de prosperidad: no solo contaban con los ingresos de Maruja y de Lucho, todo mejoró después de que las niñas estudiaron en la Escuela Rémington. A los catorce años, Alba Luz fue la secretaria de Belisario Betancur, en la Asamblea; y a los dieciséis, Lilliam trabajó para Emilio Yepes Builes, en el directorio conservador. Su salario de doscientos cincuenta pesos les permitía contribuir con la economía familiar y los estudios de su hermano menor.

Cuando Carlos conoció un “colegio grande”, su carácter

solitario y reticencia a integrarse con grupos heterogéneos evi-taron que disfrutara a plenitud la etapa escolar.

Desde Itagüí, pedaleaba hasta las aulas de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) en Medellín: “Los miércoles hacíamos mucha fuerza porque subía de la feria todo el ganado por la carretera. Mi mamá decía: ‘¡ay de aquel muchacho en bicicleta!’”.

Si en los primeros años se dejaba hipnotizar con los tambores de las bandas marciales, en la adolescencia el fútbol ocupó el pensamiento de Carlos Gaviria: se sentaba al lado del radio a transmitir con los locutores los partidos de fútbol. Cualquier objeto a la mano podía hacer las veces de micrófono.

Y le apasionaba jugar. Nada de picaítos callejeros, su espacio deportivo era el colegio, en los recreos no soltaba la pelota y, como en el poema de Helí Ramírez, Carlos era “alero” derecho: la alineación de su equipo escolar estaba configurada por un portero, dos defensas, tres medios y cinco delanteros.

En este fragmento del relato, ante mis ojos desaparecieron las canas y la barba de Carlos Gaviria Díaz, sus mocasines formales de cuero se transformaron en guayos, y la camisa Tommy Hilfiger de puños, perfectamente planchada, en una camiseta desaliñada. Narró para mí un muchachito bañado en sudor: “Los de primero A, que éramos los más niños, nos enfrentamos a primero C. Ellos tenían con qué golearnos y, efectivamente, lo hicieron. Pero, a los cinco minutos de comenzar el partido, yo hice un gol: ¡sentí una de las emociones más grandes de mi vida! Chuté la pelota a un defensor del equipo de primero C [sigue con los ojos el trayecto del balón añorado], tiré al arco, y ¡GOGOL!”.

El árbitro no se preocupó por ocultar ante el resto del colegio su carga a favor de los chiquitos, y sin mayor disimulo le susurró a Carlos, el crack de primero A: “Tírese en el área que yo le pito penal”.

Pero él no fue capaz.

En aquel escenario remoto se configuraba la ética del adulto: “Hablar de juego es hablar de reglas. Porque si bien la sociedad tiene reglas que permiten y facilitan la convivencia, el juego son las reglas que lo constituyen, como quien dice el juego son las reglas por antonomasia. Jugar, entonces, es observar reglas, y eso lo hemos olvidado los colombianos”, escribió en el libro *Juego limpio*.

Cuatro goles en contra y uno a favor, el marcador de antología.

La dimensión estética del deporte le era indudable. La primera vez que presenció un partido de fútbol fue en el estadio de San Fernando (antiguo hipódromo), en Itagüí. El Medellín —cuando todavía no se llamaba “Deportivo Independiente”— venció al Aucas, de Ecuador. Ese tres a dos marcó el comienzo de una sólida relación con El Poderoso. Años después, desde las tribunas del estadio Atanasio Girardot, inculcó la afición por el fútbol en su hijo Juan Carlos.

Nunca se sintió como un hincha desbordado: no anheló tirarse a la cancha a rematar un pase ni soñó con tener el número del celular del director técnico del DIM. A propósito, recordó a su compañero de docencia, Jaime Sanín Greiffenstein, hincha furibundo del Atlético Nacional, con quien solía ir al estadio; aquel “intelectual extraordinario, profesor racional, contenido”, solía transformarse en medio de la multitud: “¡Árbitro no sé qué: ¿no tenés rojas o qué?!”.

Los mejores partidos a los que asistió se jugaron en Buenos Aires: Boca Juniors vs. River Plate, primero en La Bombonera, y luego en el Estadio Núñez.

—Por lo que me conoces, ¿de quién seré hincha, Anita?
—Carlos me retó en alguno de nuestros encuentros frecuentes del año 2014.

—Con tu enseña victoriosa que es de oro y cielo azul [...] Boca es nuestro grito de amor —entono sin dudar. ¡No podría ser otro!

Y la tragedia se repitió...

“Mi mamá estaba sola con Lucho en la casa cuando escuchó el disparo —narra Alba Luz—. Aunque en la casa había estabilidad económica porque contaban con las dos jubilaciones de Lucho, de la cervecera y de una siderúrgica, su salud estaba mal, tenía arterioesclerosis cerebral, había perdido un ojo y una pierna, estaba muy enfermito. El doctor Alejandro Gómez, médico de cabecera de mi casa, dijo que fue un acto de amor para no hacernos sufrir, no soportó verse porque era un hombre inteligente, muy bella persona. Ya no podía caminar ni ver”.

Es complejo detectar con precisión la edad, el evento (¿la fatalidad?) o el tipo de discurso que acabó con la fe de Carlos Gaviria Díaz. Ni él lograba hacerlo.

Lamentaba que en Antioquia el buen comportamiento esté vinculado a preceptos religiosos y no a la observancia de las normas de mayor trascendencia. Su relación con las religiones —la cual perduró toda su vida, mas no a través de la profesión de fe— tuvo origen en su niñez y adolescencia piadosas.

En sexto de bachillerato dirigió el periódico Acción, de la Acción Católica de la Universidad Pontificia Bolivariana. Años después, su exprofesor, Horacio Quijano, le dijo: “¡Hombre, saber que cuando leía sus editoriales a uno le provocaba arrodillarse!”.

Estaba muy joven cuando aceptó la invitación de Octavio Arizmendi, entonces estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia, para asistir a reuniones del Opus Dei. Pronto dejó de frecuentar el grupo.

El colegio organizaba ejercicios espirituales antes de la graduación. En el momento de la confesión, frente al rector de la universidad, Félix Henao Botero, Carlos sintió que había perdido la fe. Monseñor lo consoló: “Te falta mucho camino por recorrer. No te preocupes que esa fe lavas a recuperar”.

Pero la fe nunca regresó. El joven rompió con la Iglesia. Y con el dogma.

“¡Bendito sea Dios, soy ateo!”, exclamaba frente a sus hermanas.

En el corredor de su finca, Caprichito, en la vereda El Carmen del municipio de El Retiro, Lilliam intenta explicar la relación de su hermano menor con la religión: “Carlos fue el hombre más humano, un hombre que dio testimonio de ser un cristiano, de ayudar al que necesitaba. Además, su amigo íntimo era un padre, Horacio Arango”.

Pero es que Carlos Gaviria no fue ateo: “No tengo pruebas de la existencia ni de la inexistencia de Dios. Soy agnóstico. Lo que me queda claro es que Dios o la creencia en un ser trascendental no puede ser el fundamento de las reglas de comportamiento”. Tampoco fue un irreligioso dogmático, acudía a misas exequiales y respetaba a quienes atendían el culto. “Jamás trataría de disuadir a alguien que viva su religiosidad de manera rigurosa”.

—¿Alguna vez flaqueó en su agnosticismo? —
averiguo con María Cristina Gómez Toro, su esposa.

—Firme, claramente, desde que lo conocí, muy respetuoso siempre de la práctica religiosa. Consuelo Gaitán estaba en una encrucijada cuando su hija María nació, y su madre que estaba, creo, próxima a morir, le insistía: bautice la niña. Entonces habló con Carlos y le dijo: ‘dele gusto a su mamá, no la deje con ese dolor, bautice su hija. Yo le sirvo de padrino de María’.

En la finca La Inés le imploró al escritor Héctor Abad

que bautizara por la Iglesia a su hijo Simón, que le diera ese gusto a su mamá, doña Cecilia Faciolince. Carlos lo apadrinó, como también lo hizo con su sobrina Marcela Montoya, la hija de Lilliam, su hermana mayor.

“No soy anticlerical, no soy enemigo de la Iglesia. Soy enemigo de ciertas actitudes que han sido terriblemente dañinas para el país y una de esas actitudes consiste en afirmar que la moral tiene que estar adscrita a normas —publicó en el periódico *Alma Mater*—. Eso ha ido en contra del proceso de secularización o proceso de entender los fenómenos en función de la razón y de la experiencia y no en función de supersticiones”.

—¿Tuvo algún asomo de superstición? —insisto con mis dudas ante María Cristina.

—No.

De las religiones, apreciaba el rito como fuente de belleza, el canto gregoriano o una fuga de Bach en el órgano de una catedral. Consideraba que el gran problema en la concepción de lo divino tiene un origen común: la tendencia, tan humana, a ver en las fuentes de belleza fuentes de verdad.

Retomo mis encuentros Carlos, ¿consideras posible la experiencia mística en un agnóstico o un ateo?

—Creo que sí. No hay que entender por místico únicamente lo emocional derivado de la creencia religiosa, sino, como diría [Ludwig] Wittgenstein, lo derivado de experiencias que no se pueden contar con palabras, que no se pueden decir. Uno puede tener esa experiencia escuchando un concierto, leyendo un poema.

Al mismo tiempo, entre una serie de epifanías, el diálogo Eutifrón o de la piedad, de Platón, lo estremeció con un complejo planteamiento: ¿Cómo es posible fundar una conducta coherente y sólida sin la necesidad de apelar a la presencia de Dios?

Un episodio fundamental en el proceso de extinción de sus creencias fue cuando optó por no estudiar la carrera en la Universidad Pontificia Bolivariana. Su profesor de historia, Jaime Betancur Cuartas, solía cuestionar a sus pupilos sobre diversas lecturas: “¿Usted qué opina de la personalidad de Bolívar? ¿Y de Santander?”.

Después de exponer la creación de los partidos, el maestro los exhortó a defender los principios de los mismos. Por su manera de pensar, a Carlos lo adscribieron al Partido Liberal, y a su amigo Víctor Rodríguez, al Conservador. Sostuvieron un respetuoso debate.

De nuevo, debió enfrentar a monseñor Henao, esta vez en su despacho: “Usted ha pronunciado una catilinaria impía. Ha citado autores impíos como Rafael Uribe y Luis Eduardo Nieto Caballero: ¡Estamos en una universidad católica! ¡Respete esa tradición!”.

Carlos no fue un hombre de fiestas ni en su adolescencia y ni en su juventud. La primera novia que tuvo en sus años mozos fue Cecilia Aranzazu Mejía, quien también se dedicó al Derecho. “Se volvió parrandista después de casado, con María Cristina”, aseguran sus hermanas.

A pesar de la diferencia de edad, uno de los primeros y permanentes contertulios de Carlos fue su sobrino: ‘Yo empiezo a familiarizarme con personajes de la intelectualidad criolla como Fernando González, con quien Carlos tuvo alguna cerca-nía, empiezo a establecer una relación más estrecha con Carlos a raíz del interés en la literatura: me habla de Bertrand Russell, más adelante, empecé a leer los primeros libros sobre historia de la ciencia que a la larga se volvió mi profesión’, recuerda Guillermo Pineda, quien destaca el alto nivel de comprensión de su tío en aspectos muy significativos de la ciencia: “Tenía una visión absolutamente panorámica de las situaciones, lograba ligar la filosofía de Wittgenstein con la

aparición de la mecánica cuántica y entender, por ejemplo, que con los aportes de Wittgenstein a la lingüística como los límites de la posibilidad que tiene el lenguaje de expresar cosas, son de alguna manera equiparables con los principios de la mecánica cuántica que definen cuáles son los límites de la posibilidad del conocimiento, de las magnitudes físicas, a través de algo de lo que se habla muy ligero que es el principio de incertidumbre”.

Al culminar la secundaria, Carlos obtuvo la medalla de la gobernación de Antioquia al mejor bachiller, podía ingresar becado a la UPB; sin embargo, aquella conversación con el rector lo motivó a tomar el examen de admisión en una universidad pública y laica: la Universidad de Antioquia.

Un nuevo mundo se abría para este hombre nacido entre dos guerras mundiales, después de un bombardeo en las tierras de sus ancestros, en la génesis de la época conocida en Colombia como La Violencia.

Desde la destrucción de Guernica —corazón de las leyes del País Vasco— hasta su perpetuación a través de una obra de obra—indescifrable para muchos, adelantada a su tiempo—... del poder transformador de los símbolos hablará el resto de los días de Carlos Gaviria.

II.

Del Hijo (y las hijas)

Si yo tuviera el corazón, el corazón que di

Carlos Gavina Díaz vivió en Medellín con su familia. Y en Bogotá, con sus libros.

Diciembre 9 de 2013, hora del desayuno, ocho grados centígrados bajo la lluvia. Camino por el barrio El Chicó y, en la carrera 13 con calle 89, después de esquivar un par de charcos en las aceras, encuentro el edificio Pinar del Chicó, seis pisos con fachada de ladrillo a la vista, y cuatro jardineras frondosas, casi exuberantes, al ingreso. No veo policías ni escoltas, anuncio mi llegada, oprimo el botón “3” del ascensor. Cuando Carlos abre la puerta, siento el calor que emana desde adentro y recibo un impacto súbito: la mirada de El Cardenal, un afiche del re-trato renacentista de Rafael Sanzio.

Cruzo el umbral.

En el suelo, una canasta llena de corchos de botellas de vino —alguna vez, mi entrevistado temió que se acabaran los alcornoques del planeta—; sobre el sillón de lectura, el periódico El Espectador y la revista Semana-, por allí, un mapamundi; por allá, unos viejos casetes del curso Despegue en portugués. Una botella de vino Montes Alpha y una caja de trufas sobre el comedor. Muchas obras de arte: un par de

paisajes originales de Eladio Vélez, la reproducción de Mujer con sombrero, la pintura sublime del fauvista Kees van Dongen; o un grabado insólito de Fernando Botero: la pequeña silueta de un corcel, sin el volumen que caracterizaría su obra posterior, los populares “gordos”.

Descargo mi maleta de viaje y me detengo frente a un mueble con decenas de copas de distintas formas y materiales, desde jade hasta cristal de Murano pasando por una belleza azulada que más parece una porcelana de Limoges. Con Carlos Emilio murió la tradición Gaviria de heredar un copón de plata al nacer, nunca lo recibió de su padre, pero eso poco o nada tiene que ver con su colección. Con delicadeza, me muestra su copa predilecta, la consiguió en San Telmo, en Buenos Aires: con el dedo índice llama mi silencio, “shhh”, y golpea el cáliz con una cucharita de té. Improvisa una especie de opus cristalina, un breve concierto de cuchara y copas que como campanas invertidas tañen con la esperanza de embriagar a su dueño con algún licor.

“Estoy condenado a existir más allá de mi esencia, por encima de los móviles y motivos de mis actos: ¡estoy condenado a ser libre!”, con Jean-Paul Sartre en la boca, Carlos me invita a pasar a su mundo íntimo, el que configura y define el ser individual. Desde la biblioteca, siento unas notas de piano familiares, persigo con sigilo la fuente sonora —casi escondida—: el segundo movimiento de la Gran Sonata Patética de Beethoven me interna en la singularidad de mi anfitrión.

Un colombiano de veintinueve años, delgado, pelo castaño, afeitado al ras como torero, lentes de marco oscuro y grueso, mocasines y chaqueta, se reacomoda en el asiento del avión, descarga en su regazo la que fue su lectura trasatlántica, reclina la frente sobre la ventanilla oval y fija la mirada en la

pista de aterrizaje del aeropuerto Madrid-Barajas. Mientras otros pasajeros se afanan por salir, él busca el pasaporte en sus bolsillos y, entre otros documentos, se desliza el tiquete con una nota a mano: “María Cristina Gómez Toro, Calle del General Pardiñas 45”.

En el aeropuerto El Dorado, Carlos Gaviria Díaz había recibido una encomienda de Juan Gregorio Gómez, vecino de unos parientes suyos residentes en Bogotá. Su misión era entregar el paquete a la prima del remitente, una estudiante de Psicología Educativa en la Universidad de Madrid, la misma institución que acogería como pasante al joven abogado y profesor.

En la primavera de 1966, antes de la Semana Santa, Carlos conoció a María Cristina en la pensión de Melba Uribe, una antioqueña que alojaba a varios de sus coterráneos y que un fin de semana los reunió en torno a una bandeja paísa.

“Me pareció un tipo agradable porque compartíamos ciertas cosas: ir al Museo del Prado y obras de teatro, había intereses comunes, lo cual abre un espacio para una conversación bastante ágil”, recuerda María Cristina en su apartamento, en las lomas del suroriente de Medellín, donde Carlos vivió sus últimos años. A sus espaldas, en una vitrina de madera, permanece la colección de copas de su marido, y entre ellas un copón de plata grabado (“Para los Carlos Gaviria del pasado, el presente y el futuro”), regalo que el escritor Héctor Abad Faciolince le hizo a la descendencia Gaviria con la intención de recuperar la tradición familiar interrumpida.

Carlos contaba que, en Madrid, él era novio de una chilena y María Cristina, de un argentino. En el verano, cuando una excursión familiar se llevó lejos a su “polola”, aprovechó para imitar a su paisana al teatro; tras la caída del telón, no pararon de contarse historias. (A los setenta y siete años, con su memoria casi fotográfica, él narraba cada detalle de aquella

caminata de regreso a la Plaza del Marqués de Salamanca).

Después se reencontraron en una boda.

Carlos se mudó una breve temporada a la misma pensión de la Calle del General Pardiñas, antes de viajar a Portugal para estudiar Derecho Público Comparado en la Universidad de Coímbra.

—¿Cuánto llevaban juntos cuando te propuso matrimonio? —averiguo con María Cristina, mientras esculco en mi memoria la versión de la misma historia de amor contada por Carlos.

—¡El asegura que fui yo la que le propuse matrimonio! Fueron tres meses mal contados.

Dome tus manos ven toma las mías, que te voy a confiar las ansias mías.

Son tres palabras, Solamente, mis angustias y esas palabras son ¡cómo me gustas!

“¡Fue el noviazgo más zanahorio! —recordaba Carlos—. ¡María Cristina era profundamente católica, y yo muy respetuoso de sus creencias y costumbres!”.

Tan pronto él culminó el curso en Coímbra, la novia que por esos días lo visitaba en Portugal les escribió una carta a sus padres diciéndoles que regresaba a Colombia para casarse. El prestigioso cirujano Alberto Gómez Arango y su esposa, Margarita Toro Ángel, no sabían nada del pretendiente, ahora prometido de su hija: “¡Pusieron el grito en el cielo!, obviamente mi papá quería averiguar toda la información sobre ese profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia”.

La reacción fue inmediata, los Gómez Toro anunciaron que cruzarían el océano para conocer cara a cara a quien había conquistado a su hija. Los novios, juntos en Coímbra, se paralizaron, ella se afanó a organizar su retorno a Madrid; él salió un poco después, justo a tiempo para recibir a sus futuros

suegros en el aeropuerto.

El joven enamorado hizo buenas migas con la mamá de su novia, María Cristina partió con su familia a un viaje terrestre por Europa y Carlos regresó solo a Colombia.

La boda se celebró en diciembre de 1966.

El aporte que le hizo mi papá a la sociedad conyugal fue una cámara de fotografías y un proyector de diapositivas. Todavía hay algunas de las fotos que él tomaba, siempre tuvo cámara, siempre le gustó, pero yo creo que por sus pocas habilidades no muchos rollos subsistían. ¡Le gustaban mucho los paisajes!”, dice Ana Cristina, la segunda hija Gaviria Díaz.

La vida compartida comenzó en un apartamento arrendado, cerca a la iglesia de El Sufragio, en el centro de Medellín, un poco después se mudaron a la que sería la casa de la infancia de sus cuatro hijos, una herencia del abuelo Gómez, cerca de la Placita de Flórez, en la calle 49 A. La placa metálica # 37-73 coronaba su puerta.

La casa del centro era muy extraña, su diseño rectangular la dividía en una galería de tres habitaciones intercomunicadas entre sí —del papá y la mamá, del hijo mayor y de la niña— ubicadas frente a un extenso patio. Cada alcoba tenía una puerta de comunicación con la siguiente y otra con el gran corredor: todos juntos hacia adentro y cada uno hacia afuera, así creció la familia.

La suya era la cotidianidad convencional de una pareja de clase media de los años sesenta, en una ciudad intermedia: un profesor universitario y una joven profesional —con una formación académica superior a la de muchas de sus contemporáneas—, que alcanzó a trabajar solo un semestre en la Universidad Pontificia Bolivariana y renunció a la docencia para dedicarse a la maternidad. El primero de octubre de 1967 nació Juan Carlos, el primogénito, el heredero del copón de plata.

Los titulares de prensa anunciaban que la encíclica *Populorum Progressio* del papa Pablo VI le había otorgado gran importancia a la lucha revolucionaria. En el convulsionado año 1968, La Ciudad de la Eterna Primavera acogió la segunda conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), un asomo de primavera sacerdotal: “La reunión del episcopado en Medellín se desarrolló en un contexto de profundas transformaciones, al que no escapaba la propia Iglesia. Los obispos del continente, con excepción de los colombianos, centraron deliberadamente su mirada en la pobreza”, escribió Ricardo Arias Trujillo, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

En ese valle rezandero y conservador nació Ana Cristina, un año y una semana después de su hermano mayor. Luego llegarían Natalia y Ximena. Los cuatro hijos Gaviria Gómez fueron criados bajo las normas de una madre católica y un padre agnóstico, ambos fieles al espíritu de su época: ¡Prohibido prohibir! (...o casi).

Al papá le fascinaban los bebés, cargarlos si estaban calmados o risueños y retornarlos a un arrullo hábil en caso de llanto: “Nunca supo lo que era cambiar un pañal, le encantaba cargar, jugar, pero desde la comodidad —dice María Cristina, mientras hojea álbumes de fotos—. Ajonjoliaba todo lo que querás. Fue un padre sumamente afectuoso y sensible, pero nunca práctico: ¡Yo nunca podía dejarle un tetero! ¡Su mundo era otro!”.

La falta de destreza con los recién nacidos superaba la cuestión “generacional”, la motricidad de Carlos era bastante precaria; con resignación, se limitaba a aceptar su torpeza manual.

La conversación que se inició en una tarde de bandeja paísa en la Calle del General Pardiñas, duró cuarenta y nueve años: “Cora” y “Cora”, se llamaron siempre el uno al otro,

como si cada vez que abreviaran la palabra expandieran su corazón. A las voces de María Cristina Gómez Toro y Carlos Emilio Gaviria Díaz se unieron las de sus cuatro hijos, Juan Carlos, Ana Cristina, Natalia y Ximena; y las de seis nietos, Carlos Esteban y Andrés Gaviria González, Simón y Santiago Márquez Gaviria, y Sebastián y Alejandro Martínez Gaviria.

La encomienda de Juan Gregorio Gómez jamás llegó a las manos de su prima.

En un aeropuerto neoyorquino, María Cristina desembarcó con sus hijos de tres y dos años. Más que una aventura, el trayecto hacia Estados Unidos fue la locura de una joven madre con un equipaje de mudanza (¡en épocas de maletas sin rodachinas!) y dos párvulos ansiosos por descubrir el mundo. Su esposo había llegado con anticipación para buscar vivienda e instalarse en Boston, Massachusetts, donde estudiaría durante un año en la Universidad de Harvard, patrocinado por una beca de la Fundación Ford.

Como pedagoga, María Cristina se preparó para el tránsito y las escalas en las terminales aéreas: Juan Carlos todavía recuerda que estuvo “tirado toda la noche en el piso de un aeropuerto” jugando con una lotería y las piezas dispersas de un rompecabezas. Como madre, presintió que entretener a dos bebés, sin ayuda y en un sitio público —con los riesgos inherentes a cualquier aeropuerto internacional—, era la primera prueba de fuego de su maternidad.

“Cuando ustedes llegaron a Boston, tú estabas muy chiquita, tenías un año larguito: ¡Mi gran temor era que tú no te fueras a acordar de mí!”, con esas palabras, hace muchos años, Carlos refrescó la memoria más remota que la mayor de sus hijas conserva de él: “Entonces vi algo, como una salida, y una persona ahí, esperando. Me acuerdo de que me abrazó, me cargó y me dijo: ‘Haber, ¿quién soy?’ y yo le respondí ‘¡El papáááá!’”. Apretó a su niña contra el pecho y se fundieron en

un abrazo.

María Cristina no desamparaba a sus hijos, a diario recogían al papá en la Escuela de Leyes, donde cursaba las materias de Jurisprudencia con el filósofo jurídico Lon Luvois Fuller; Derecho Constitucional, con el jurista Paul Abraham Freund; y Teoría Política, con el profesor alemán Carl Joachim Friedrich.

“Alguna vez cuando lo recogimos, llegó la Policía: mi mamá había incurrido en una infracción de tránsito y se la llevaron a la patrulla. Yo me quedé con mi papá y con Ana en el carro, llorando de no saber qué iba a pasar con mi mamá”, cuenta Juan Carlos y evoca la serenidad de aquellos días con anécdotas memorables como la Navidad lejos de su tierra y un viaje a las cataratas del Niágara.

En un Volkswagen escarabajo que solo conducía María Cristina y que colapsaba en las carreteras y que fue robado y después fue vendido por cincuenta dólares, Carlos quiso aprender a manejar. Pero todavía no era su momento.

La ciudad victoriana dejó dos marcas perennes en Gaviria Díaz: la barba que nunca se afeitaría de nuevo y la amistad tanguera con Jorge Puerta y su esposa Sonia Tamayo. No todo era estudiar y velar por los hijos, algunas noches, la pareja salía con amigos y encomendaba a una niñera el cuidado de Juan Carlos y Ana Cristina.

Bandoneón,
Hoy es noche de fandango
Y puedo confesarte la verdad,
Copa a copa, pena appena, tango a tango,
Embalado en la locura
Del alcohol y la amargura.
Bandoneón,
Para qué nombrarla tanto,
No ves que está de olvido el corazón

Y ella vuelve noche a noche como un canto
En las gotas de tu llanto,
¡ché, bandoneón!

Medellín, corazón del Valle de Aburrá, es la capital de Antioquia, un departamento perfilado por la cordillera de Los Andes, cuyos habitantes suelen sentir un ancestral apego por las montañas: no es extraño que algunas familias de la ciudad anhelan comprar, alquilar o prestar casas de campo para temperar los fines de semana y en vacaciones. El idilio campesino materializado en la finca del paisa es una impronta cultural.

Los Gómez Toro no fueron ajenos a ese sentimiento local; eran propietarios de una finca de clima templado, en Itagüí, y una de tierra fría, en El Retiro. El abuelo de María Cristina, apasionado por los corceles españoles, sugirió que el terreno familiar al sur del Valle de Aburrá honrara al legendario Regimiento de Caballería de Calatrava del rey Felipe V. Calatrava no solo fue el nombre de una hacienda privada, así se llama el barrio que aún se asienta en esos predios.

Por cercanía, frecuentaban la finca de Itagüí. Los fines de semana, María Cristina se retiraba con sus tres hijos a las mangas de Calatrava, mientras que su esposo se dedicaba al estudio, la música y la lectura en su biblioteca de Medellín, “necesitaba su espacio de aislamiento”. Eso sí, cuando Carlos se unía al plan, la radiola y el tocadiscos terminaban dominados por los tangos, boleros y música clásica de su colección de discos de acetato. Su tiempo libre era de dedicación exclusiva a la lectura y la música, siempre estaba con un libro en la mano, para paseos breves —como una semana en una isla o en una casa en las montañas— cargaba hasta siete libros y, sin importar a dónde llegara, “montaba una especie de oficina” con una mesa suficientemente amplia para sus lecturas, una regla, un lapicero y una grabadora portátil.

—¿Crees que a Carlos, en alguna etapa, lo agobió la vida de hogar? —averiguo con su sobrino y amigo Guillermo Pineda Gaviria.

—Por su perfil, y en eso compartimos perfectamente los gustos y las condiciones, es imposible tener una vida intelectual en medio del ruido. Cuando tú tienes cuatro hijos y un perro, la cantidad de ruido que se genera es increíble. Entonces él siempre buscaba como algún tipo de refugio, muy comprensible. No diría que a él lo agobiaba la vida de hogar porque, entre otras cosas, he visto pocos padres tan amorosos como Carlos, absolutamente amoroso con sus hijos. Yo lo veía absolutamente comprometido en su vida familiar.

Aunque Calatrava no era auto sostenible con su producción, una inmensa arboleda proveía naranjas y mangos; la leche de las vacas bastaba para fabricar queso, quesito y mantequilla; y en la huerta cultivaban cebollinas, lechugas y zanahorias, suficientes para abastecer las necesidades de consumo de la familia durante la semana en la ciudad.

El jardín del frente, distribuido en islas circundadas por andenes mínimos y caminos de una piedrilla menuda y compacta, fue escenario de carreras y caídas en bicicleta, algunas de las cuales dejaron a Carlos con la piel raspada, teñida con el ámbar del Merthiolate.

En el salón de su apartamento en Medellín, con su esposo e hijos, Ana Cristina Gaviria Gómez recrea su infancia a través de fotos en blanco y negro o con el halo magenta de la década del setenta: “Una vez celebré un cumpleaños en Calatrava, los ocho años, creo, invité a mis amiguitas y, como nosotros no éramos de dar ‘sorpresa’ en las fiestas, las muchachitas salieron con bolsas de naranjas y mangos: esa fue la sorpresa de mi cumpleaños”. Pasa las páginas curtidas de sus álbumes argollados y exclama: “¡Mira estas fotos: Natalia es la juiciosa, yo soy la que está montada en un árbol, con overol de

niño”.

En 1977, el nacimiento de Ximena, la hija menor, coincidió con la venta de Calatrava. Como sucede a veces en la periferia de las ciudades colombianas en expansión, a medida que la urbanización descontrolada se acercó a las tierras de recreo, comenzaron los robos de discos y de otros artículos mínimos, pero con gran significado. Las vacas aparecían muertas, pero “solo las del doctor Gómez”: habían llegado a su fin los días de las ventanas y puertas abiertas de par en par.

Isla puerta se abrió para tu paso.

Este piano tembló con tu canción.

Esta mesa, este espejo y estos cuadros

Guardan ecos del eco de tu voz.

Es tan triste vivir entre recuerdos...

Cansa tanto escuchar ese rumor

De la lluvia sutil que llora el tiempo

Sobre aquello que quiso el corazón.

“Muñeca de cristal de labios de coral y tenis profesional”, rió el llamado de Carlos a la tercera de sus hijas.

Antes de su segundo cumpleaños, Natalia estaba muy “mal acostumbrada” a pasarse a dormir en la cama de sus padres; sus pataletas nocturnas lograban bajarles la guardia con tal de calmarla. Mientras María Cristina devolvía al cuarto a los huéspedes nocturnos, Carlos siempre sucumbía abriendo “un campito” a su lado; pero una noche en la que ambos acordaron resistirse ante el llanto, la bebé se arrojó de la cuna: “Recuerdo que estoy en un sitio oscuro, saco la mano y, al otro lado, me están dando la mano. Me recogen del piso, me llevan. Yo soy esa muchachita, en una sala de radiografía, muerta del miedo, con el fémur fracturado, y el papá tomándola de la mano”.

Cada quien demostraba el amor a su manera: el padre, desde el contacto físico y la palabra; la madre, desde el

quehacer, cubriendo las necesidades de la familia. “En la cotidianidad yo diría que mi papá era un padre amoroso. Si yo necesitaba algo para el colegio yo no llamaba a mi papá, yo llamaba a mi mamá: era la que nos resolvía y nos sigue resolviendo todos los temas prácticos”, dice Ximena. Frente a la educación de los hijos, Carlos tendía a ser más democrático y liberal que María Cristina; no obstante, en un par de ocasiones cerró episodios de peleas entre los niños con un incuestionable: “¡Yo, aquí, soy el papá!”.

Una de las expresiones que más usaba al regresar del trabajo era “¡Estoy indignado!”. Ximena, la menor, recuerda que lo único que lograba sacarlo de casillas era el desorden, “no era mi tipo de regañarnos, uno lo veía como de malgenio, pero no te puedo decir que mi papá me haya pegado un grito o hablado muy duro. Era más de decirte: ‘Ay, mi amor, ¿nos vamos a que-dar con este desorden?’”.

A pesar de que la mamá fue más severa que el papá, en aquel hogar el castigo físico nunca fue una posibilidad: “Vete a tu habitación, quédate reflexionando y cuando lo hayas hecho: sales y conversamos”, era el llamado al orden.

La pareja cuidaba su independencia y círculo social. Algunos afectos marcaron épocas de su vida compartida. Amigos como Jesús Vallejo, Gabriel Jaime Arango, Jorge Hernán Echavarría y Federico Restrepo; o el entrañable grupo que se rotaba sus casas para departir entre tangos y copas de aguardiente: Jorge Puerta y Sonia Tamayo (los amigos de Boston), El Pibe Jaime Henao y La Piba Ligia Bermúdez, y Félix De Bedout Gaviria y Blanca Luz Molina.

Los chiquitos casi nunca se sentaban con la visita, aborrecían los trasnochos con las tangueadas de los adultos, las borracheras, la música y las risas estruendosas; ya en la edad adulta entenderían que esos amigos de farra fueron los que acompañaron a Carlos hasta el último de sus días. “¡Mi papá se

penqueaba! Hubo una pareja que ellos incorporaron tarde al grupo de tangos, Jairo Estrada y Clara Giraldo. Hacían parte del Comité rectoral cuando mi papá fue vicerrector de la Universidad de Antioquia. Una noche, mi papá se quedó dormido —dice Ximena— y, medio despierto, le dijo a mi mamá: ‘Cora ¿nos vamos ya?’, entonces Jairo y Clara le dijeron: ‘Carlos, los que nos vamos somos nosotros, ¡estamos en tu casa!’”. El sueño inducido por el licor y el cansancio se mezclaban con intentos vanos de aparentar sobriedad, de ocultar que “las manos le temblaban o que ya no caminaba derecho”.

De vez en cuando viene bien dormir...

De vez en cuando viene bien dormir...

De vez en cuando viene bien dormir...

Viene bien, viene bien, viene bien dormir

“El amor, como la ética, no se predica, se aplica”, Ana Cristina ice operó esas palabras de su padre en un homenaje póstumo en el cual lo definió a través del “amor por”: la lectura, la música, los amigos, su familia, la humanidad. Raúl Márquez, yerno de Carlos, añade a la evocación: “Cuando uno le preguntaba por el sentido de la vida, él decía que era el amor, eso lo expresaba él en todo, el amor en todos los sentidos”. Con frecuencia, sus expresiones de afecto eran desmedidas, en el tiempo y la memoria se pierde un abrazo que agrietó el lóbulo de una oreja de su esposa (desde entonces, María Cristina solo puede usar cierto tipo de aretes).

Durante la infancia de sus hijos, una de las formas de demostrarles el amor era el juego en familia; sin embargo, dada la dificultad —¡entre cansancio y pereza! — para igualar sus energías con las de los cuatro chiquitos de la casa, se inventó el “escondídiyo mental”.

No se trataba del popular juego de las escondidas, el “escondidijo mental” se jugaba desde la alcoba de cada

miembro de la familia Gaviria Gómez, nadie se movía de su cama: “Los lugares [del escondite] eran mentales, se necesitaba honestidad para aceptar dónde se era descubierto: ¡Por eso el juego era infinito!”, explica Juan Carlos. “Yo creo que era parte de la creatividad del papá: encontrar un equilibrio de jugar con los hijos y poder descansar un poquito”.

Aunque jugaba fútbol con su hijo mayor, les enseñó a todos a montar en bicicleta, y a veces aceptaba un partido de voleibol o de ping pong con los niños, Carlos difícilmente asumía actitudes activas, siempre estaba presto al ajedrez y algunos juegos de mesa como Sabelotodo. Si se trataba de armar rompecabezas de muchas piezas con toda la familia e invitados a la finca, se reservaba un placer personal: escondía una ficha (cualquiera) de la imagen para ser el último en completarla. Aguardaba a pie lo dos trabajaran durante horas o días en el ensamble, para ser el portador de la pieza final, la que definía la celebración colectiva.

El fútbol fue el primer espacio de complicidad entre padre e hijo, más no de comunión equiperera. En el año 1974, Juan Carlos fue por primera vez al estadio Atanasio Girardot, de Medellín, a un partido entre el Club Atlético Nacional —el equipo más laureado en la historia del fútbol colombiano— y el Club Deportes Tolima: “A partir de ahí se fueron consolidando dos fanatismos distintos, mi papá del Deportivo Independiente Medellín y yo del Atlético Nacional”. En un momento de sus vidas entraron en fuertes discusiones por el fútbol, el hijo gozaba con las tragedias del “Rojo” y el padre hacía lo propio ante los escasos fracasos del “Verde”.

“¿Sabés qué, Juan? A mí esto me parece una carajada, ¿por qué nos apasionamos de esta forma con algo que es un juego?”. Así se serenaron los ánimos en torno al fútbol. Hoy, Juan Carlos carga en su billetera cuatro carnets de membresía a clubes antioqueños, para los cuatro integrantes de su familia:

dos del Nacional y dos del Medellín.

Quisiste con ternura, y el amor
Te devoró de atrás hasta el riñón.
Se rieron de tu abrazo y ahí nomás
Te hundieron con rencor todo el arpón
Amargo desencuentro, porque ves
Que es al revés...
Creíste en la honradez
Y en la moral...
¡qué estupidez!

Tras la venta de Calatrava, la finca de los abuelos en El Retiro se convirtió en un destino frecuente. En las noches heladas, Carlos invitaba al hijo de los mayordomos para que trovara con la familia y los invitados de turno: “¡Nos armábamos tremendas innovadas con mi papá!”. Sin temor recibía rimas, trovaba como cantaba... con todas las de la ley.

El cine y la lectura eran el epicentro del ocio familiar: Carlos prefería buscar películas para adultos y a la vez adecuadas para niños, antes de ceder frente al cine infantil. Alquilaba cintas, en Betamax y VHS, de Charles Chaplin y otros clásicos “hasta que un día, muy chiquitos, intentó mostrarnos El acorazado Potemkin y no, ¡ahí sí le hicimos huelga”, recuerdan los Gaviria Gómez.

Los sábados en la mañana salía a caminar a las librerías con alguno de sus hijos, el destino habitual era la Librería Continental, un legendario lugar ya desaparecido de Medellín, ubicado en la esquina de la carrera Palacé con la Avenida Primero de Mayo; su librero, don Rafael Vega, no solo era un gran curador de las obras literarias que exhibía en los anaqueles, sino que permitía su lectura durante horas sin la obligación de sacar la billetera después: “El compraba lo suyo y yo, básicamente, a través de mi madre, buscaba otros libros como los de Julio Verne, los hermanos Grimm y Hans

Christian Andersen: esa fue la lectura mía de niño y empezando la juventud”. Carlos les contaba que en la infancia nunca tuvo contacto con obras como las de Julio Verne o Robert Louis Stevenson, “se había saltado esa etapa”, pues la biblioteca de su casa materna era muy madura para un muchacho. Las primeras lecturas de Juan Carlos, Ana Cristina, Natalia y Ximena fueron motivadas por las colecciones de cuentos de la mamá; mientras que, desde mucho antes de la adolescencia, el papá intentaba internarlos en los caminos de Jack London y Joseph Conrad. Flor de leyendas, de Alejandro Casona, fue el primer libro que le recomendó a su hija Natalia; después de cada lectura, entablaban breves conversaciones sobre los personajes y las narraciones de las tradiciones griega, india, árabe y escandinava.

A través de los libros, las librerías y la biblioteca, se alimentaba el mundo intelectual de sus hijos, pero también el del cariño: “Para mí era de las relaciones más significativas, porque nosotros entendíamos que ese era un espacio sagrado para él: era un lugar demasiado atractivo para uno como niño, uno empezaba a coger libros y veía qué le atraía. Él no lo guiaba a uno mucho, ni los libros que él tenía eran muy apropiados para uno, pero cuando yo le decía ‘muéstrate algún libro que sirva’, él me decía “lee El lazarillo de Tormes. esto o aquello”.

Sus anaqueles no eran “barra libre”, se percataba de cada lomo que desaparecía de su puesto y era muy, muy celoso: “Mira, padre, te cogí tal libro”, decía alguno, “¡pero que vuelva a su sitio!”, replicaba cual grabación programada. Los cuatro sabían que era impensable prestar los libros del papá a compañeros del colegio, nada lo desestabilizaba tanto como la bulla y los extravíos o ausencias en su biblioteca. Todavía ignoraba la real definición de un “devorador de libros” ...

María Cristina nunca quiso tener perros en la casa. Una

tarde, sin previo aviso, su marido llegó con una cachorra maltés envuelta en un dulce abrigo: Pebeta. Tras la muerte de aquella primera mascota, les regalaron a Achira, un pastor alemán enfermiza que parió nueve crías y cuya imposibilidad para amamantarlas, obligó a la familia a repartir teteros en la camada y buscar un hogar para cada recién nacido. Al cierre de la gesta nodriza, fueron incapaces de separarse de Bruna, naturaleza indomable de color azabache.

Parecía una cachorra inquieta como cualquier otra, destructora de poltronas e intrusa en la cocina —se comió una cazuela de langostinos preparada para una visita de la familia Abad Faciolince— hasta que descubrió un placer superior: la biblioteca de Carlos. La casa era una suerte de bodega literaria, novelas, ensayos y poemarios colonizaban los muebles y las esquinas; Bruna halló uno de sus primeros manjares en una mesita auxiliar: una edición especial de la obra de Salvador Dalí, después de masticarla hasta las trizas, amplió su carta de sabores con el Libro de Mafalda y persistió en su búsqueda filosófica con Hegel, Kant y Kierkegaard (¡cada hijo recuerda la misma historia, la misma perra y el mismo anaquel, con distinto autor!). Los libros devorados fueron reemplazados con sigilo antes de que su dueño lo notara... supo del cambio muchos años después.

Su alergia al polvo lo obligaba a mantener la biblioteca impecable, exigía absoluta limpieza siempre y cuando fueran otros los que se encargaran del aseo. La alergia era una buena excusa para hacerse consentir. Aunque censuraba a su madre, María de la Paz, por hipocondriaca, si alguien mencionaba dolencias o enfermedades, Carlos era el primero en asociar los síntomas y empezar a detectar signos similares en su cuerpo.

Su interés por los carros fue tardío, pese a que había tomado lecciones de conducción, no se atrevía a aventurarse con el volante. Su esposa fue su tutora, y el anillo circunvalar

del campus de la universidad de Antioquia, su pista de prácticas; los fines de semana se llevaban a los niños a dar vueltas mientras Carlos aprendía: “Si tengo pesadillas son con mi papá manejando: aprendió a manejar viejo, alrededor de los treinta, veía solo por un ojo, y era una persona que solo hacía un cambio: la tercera —sus hijas continúan la narración—. El papá se subió La Línea en tercera y se la bajó en tercera, ¡llegamos de La Línea sin frenos! Mi mamá trataba de intervenir: ‘Corita, métele una segundita’”.

En las carreteras troncales del Valle del Cauca, sui géneris en Colombia por sus extensos trayectos sin curvas ni despeñaderos, Carlos aceleraba a cien kilómetros por hora, fiel a la tercera de la caja de cambios y sin atender los lamentos del motor.

—Corita, ¿una cuartica? —le sugería su esposa.

—No, Cora, ¡yo me siento más seguro así! —respondía sin titubeos.

Se preciaba de ser muy buen conductor, aun cuando sus hijos y esposa, sus constantes pasajeros, jamás compartieran la misma opinión: “Anita”, “Natalita” y “Ximenita” —como llamaba a las niñas— no dejaban de apretar los dientes en la banca de atrás del carro.

Durante años también intentó aprenderá filmar, el arte de apagar las colillas al unísono en un cenicero con su esposa, pero desistió por las críticas y burlas de sus alumnos y colegas de la universidad. “Vos fumas muy feo”. Carlos, que todo lo quiso saber, fracasó con el volante y el tabaco. María Cristina, que tanto supo enseñar, se resignó a la realidad de un conductor azaroso, de un fumador pasivo.

Si bien las tres niñas eran la adoración del papá, cuatro asuntos lo vinculaban desde las entrañas con Juan Carlos: el fútbol, la política, el Derecho y ser el único hijo varón. Los diálogos entre ambos iniciaron en función de tareas escolares.

A los ocho años, el niño padeció hepatitis, justo cuando una tía invitó a toda la familia al mar. El papá no solo se quedó para acompañar a su hijo en Medellín, sino que, para sanar su herida espiritual, después lo llevó a Cartagena en un “paseo de hombres”, cuatro días para padre e hijo en el Hotel Continental: “Ese es uno de los momentos más sublimes de mi vida con mi papá, una alegría inmensa, la realización de niño al estar con su papá en un viaje sin reglas, sin parámetros, con descubrimientos llenos de felicidad”. No hay ni una fotografía ni un objeto de recuerdo, quedan en la memoria las murallas, el castillo de San Felipe de Barajas, las caminatas en la ciudad vieja y la Avenida San Martín, las conversaciones de fútbol en la playa, una picadura de aguamala, el primer coctel de camarones y el primer jugo de melón. La ausencia absoluta de protocolos. Las “lavadas de dientes de cinco segundos” y sin revisión posterior de la calidad del cepillado. Y el mar ... el gusto contemplativo de Carlos Gaviria Díaz por el mar.

Los cuatro hijos estudiaron en el Colegio Alemán Medellín, una institución privada, de corte liberal y dirigida por pedagogos alemanes, ubicada al sur del Valle de Aburra. En sus corredores, Juan Carlos fue el primero de los hermanos en to-mar consciencia de que su familia era distinta a otras. Ana Cris-tina lo notaba en el pensamiento de sus padres, en las rutinas de familia: “Vos te comparas con tus amigos y decís: en mi casa es distinto y uno empieza a indagar por qué es distinto, a reflexionar por qué nosotros no podemos hacer esto, por qué nosotros no podemos ir allí, por qué estos viven así y nosotros no”.

Muchos de sus compañeros del colegio vivían en barrios de clase alta, como El Poblado o Laureles, mientras que ellos residían en un tradicional sector del centro; la brecha también se advertía en el tipo de actividades que hacían en familia, los Gaviria frecuentaban obras de teatro y ensayos de

la Orquesta Si Sinfónica de Antioquia —Carlos era miembro de la junta directiva—, poco se interesaban por los restaurantes y sitios de moda en la ciudad.

Juan Carlos contó en los pasillos del colegio que su padre había votado en las elecciones presidenciales por el socialismo democrático de Gerardo Molina, candidato del movimiento político Firmes: “¡Eso fue el caos! ¡Su papá es comunista! ¡Su papá es ateo!”.

Ser hijos de un abogado de presos políticos y lector permanente de la legendaria revista *Alternativa*—cuya versión original fue fundada por Gabriel García Márquez y Enrique Santos Calderón—, en un país donde la persecución a los defensores de derechos humanos ha sido abierta y con escasas treguas, marcaba una diferencia social, de formación humana. “En cada allanamiento que publicaban los medios, la revista *Alternativa* estaba como material probatorio”, escuchaban una y otra vez.

A los once años, enterado de lo que significaba estar entre la minoría y las implicaciones de ser discriminado, afiló su percepción y sus argumentos en los debates en el salón de clase, en los recreos y en la casa, a tal punto que, cuando notó que su hermana Ana Cristina asumía posiciones de centro, “casi apolíticas”, Juan Carlos emprendió un juicio contra sus padres:

—¿Ustedes no piensan que la formación política implica que uno desde la casa logre convencer a los hijos de lo que uno está defendiendo y pensando?

—Uno no tiene que convencer a los seres queridos de lo que uno piensa —le contestaron la mamá y el papá.

En la adolescencia, Juan Carlos sorteó por primera vez la complejidad que significa para un hijo ser testigo del llanto de su madre: “Me tocó a mí padecer las tristezas de mi mamá; cómo habrían sido que se desahogó contándome a mí sus

penas. Pero después hubo otras situaciones similares”.

¡Ya sé! Llegó la hora de archivar el corazón, de hacer con la ilusión, que no me va a servir

un lindo paquetito con una cinta azul, guardarlo en el baúl y no volverlo a abrir. Es hora de matar los sueños, es hora de inventar coraje, para iniciar un largo viaje por un gris paisaje

—¿Llegaste a ser amigo de tu papá?

—Sí, sobre todo en los últimos momentos —dice Juan Carlos.

—¿A partir de qué edad?

—Yo diría que la relación de amistad se intensificó en los últimos diez años. Era de unas soledades muy buscadas por él mismo, muy deseadas; pero las personas que nos rodean dicen que él sentía que la relación conmigo le llegaba a las entrañas.

—¿Te faltó decirle algo o hacer algo especial con tu padre?

—Conversar sobre asuntos que quedaron pendientes: preguntarle más de su pasado, de situaciones de su infancia y su juventud. Me echo la culpa porque me faltó más curiosidad y diálogo, espacios que hoy disfruto mucho como la parte musical. Me quedaron preguntas pendientes, relativas a la relación con mi madre. Vine a ser consciente de muchas de esas situaciones después de su muerte.

—¿De qué manera descubriste esas situaciones?

—Por conversaciones directas con personas que pudieran estar involucradas, como una persona que me llama y me dice: tengo muchos datos de tu padre que te quisiera compartir, quiero que nos sentemos”.

—¿Sabes si esa relación sentimental de la que hablas se trató de algo fugaz?

—No, era una situación que tenía una vocación de

estabilidad. De hecho, algún día yo me encontré con esa mujer, hace poco. Una persona cercana me preguntó: “¿Es que vos tenés la entereza de saludarla?”. Y, claro, yo no tengo nada contra ella.

—¿Por qué crees que se mantuvo el matrimonio de tus padres?

—Porque de todos modos él tenía también un referente que era, dentro de su visión liberal, la importancia de una familia consolidada. Mi madre tuvo la inteligencia de haber entendido que él no era un hombre convencional, que era un hombre que tenía una visión distinta del mundo. Si bien ella no podía estar de acuerdo con situaciones que se salieran de lo normal, tampoco debían ser suficientes para acabar con un hogar.

Eran rostros conocidos por todos en la casa y en el entorno laboral del padre. Identidades cercanas. Secretos a voces. Nombres innombrables.

Yolanda... Clemencia...

Mi mente regresa al año 2014. Sobre el escritorio de su biblioteca en Bogotá, Carlos Gaviria abre una edición de Poesía Completa de Idea Vilariño: pareciera como si cada uno de sus versos cargara el tormento de su relación con el escritor Juan Carlos Onetti. Separa una página y lee en voz alta:

Qué puedo decir

ya

que no haya dicho

qué puedo escribir

ya

que no haya escrito

qué puede decir nadie

que no haya

sido dicho cantado escrito antes.

A callar.

A callarse.

Yolanda nunca respondió a mis llamadas ni a mis chats para sentarnos a conversar sobre Carlos; por casualidad, la encontré cara a cara en el Museo de Arte Moderno de Medellín, la reconocí de inmediato por su foto de perfil en WhatsApp. Me presenté, nos saludamos y, una vez más, desapareció.

Clemencia me llevó por los caminos intrincados de su melancolía; después de días de música, imágenes vividas y recuerdos recuperados, ya en la cumbre de su memoria, decidió dar marcha atrás: deshacer sus pasos y desaparecer las confidencias que depositó en mí. Todas las posibilidades humanas que me habitan —la esposa, la mamá, la hermana, la hija, la amiga, la periodista, la mujer— aceptaron ese pacto de olvido.

Son los límites del lenguaje y del mundo que configuramos con él: “De lo que no se puede hablar hay que callar”, escribió Ludwig Wittgenstein en el *Tractatus lógico-philosophicus*. Carlos Gaviria Díaz lo recitaba de memoria.

Carlos entra a un jardín infantil no muy lejano a su casa, se agacha y, casi en cuclillas, abre los brazos: a las carreras, Natalia; a trompicones, Ximena, acuden a la presencia del papá.

Pero no siempre sus hijas están a la vista. Mientras las encuentra, deambula, inspecciona, se acerca al escritorio que la propietaria comparte con sus colaboradoras. Se asombra: “¿Dónde estará ‘la cajita de la plata’ con las ganancias del negocio?”. Se aproxima un poco más: detrás del mueble, un par de niños, sentados en el piso, agitan la caja menor y se reparten “los pape- li tos” —billetes, cheques, recibos— como en un juego de Monopolio con dinero de verdad.

Entre uno y otro embarazo, María Cristina Gómez

robusteció su experiencia pedagógica en colegios privados y confesionales de Medellín: La Enseñanza, Jesús María y el Gimnasio los Pinares, del Opus Dei. Con su amiga Clemencia Escobar comenzó a madurar la idea de emprender su propio proyecto educativo: en el centro de la ciudad, en la Calle Perú, entre la carrera Sucre y la Avenida Oriental, inauguraron un jardín infantil al que llamaron Mirringa Mirronga, en honor al poema de Rafael Pombo. Su hija Natalia fue la primera alumna, después ingresaría Ximena.

A la hora del almuerzo, Carlos las recogía, almorzaban y hacían la siesta en la casa, antes de retornar al trabajo. Aunque apoyó siempre a su esposa como profesional, este proyecto independiente no alcanzó la auto sostenibilidad y generó tensiones económicas: “A partir del momento en que mi mamá entra a tener su guardería, mi padre entiende que hay otra persona colaborando en el hogar y deja el poco ejercicio que tenía de la profesión. Mi mamá empieza a colaborar y él a considerar, poco a poco, que la colaboración no es suficiente —Juan Carlos me habla como si tratara de reexplicarse a sí mismo la situación—. Mi mamá percibe todo lo contrario: que sobre ella recae un

peso económico muy grande. Mi papá no es consciente de la verdadera carga económica que representa el hogar”.

Aquellas discusiones conyugales convirtieron al mayor de los Gaviria Gómez en una suerte de “niño-señor”, con conciencia plena del significado de las dificultades financieras y de pareja.

Llegada la adolescencia de los hijos, se establecieron dos momentos semanales inalterables para compartir en familia: el almuerzo de los sábados, con algún plato típico preparado en casa, seguido de una siesta y una visita a la abuela Maruja en el barrio Simón Bolívar; y la cena de los domingos.

Aún después de haberse independizado del hogar paterno, Ximena hacía la siesta de los almuerzos sabatinos al lado del papá: “Me echaba con él un rato, ahí conversábamos los dos, en la cama de mi papá y mi mamá. Ese fue siempre un momento muy nuestro”.

Enamorado de la comida que preparaba María Cristina, la clausura de la semana era para Carlos un ritual cuya consagración dependía de una botella de buen vino y pan francés. ¡Ah! y el dulce, el dulce, ¡el dulce! (coloquialismo antioqueño que designa el postre).

Una noche encontró la mesa servida sin copas:

—No hubo plata para el vino —dijo su esposa, mientras los niños se acomodaban en sus puestos habituales del comedor.

—¿Cómo que “no hubo plata para el vino”? ¿Por qué no me dijeron? ¿Es que tú no te das cuenta de nada de lo que falta en esta casa? —replicó Carlos.

En escasas oportunidades se quebrantaba la regla de discutir frente a los hijos: “Mi mamá se levantaba de la mesa llorando, mi papá decía que no se podía hablar”, recuerda cada uno a su manera. A él le preocupaba sentir que su pareja no facilitaba al diálogo en situaciones de conflicto, que su reacción “no era la dialéctica, sino el llanto”.

María (Cristina asumía las riendas de la crianza, tanto en la casa como desde su lugar de trabajo. Con frecuencia, el hijo mayor invocaba el ejemplo de su padre para no cumplir con los deberes domésticos que les asignaban a todos: si el papá no lavaba platos, ¿por qué el hijo varón los tendría que lavar?

En bachillerato, Juan Carlos empezó a impartir clases de alemán entre alumnos de grados inferiores, con parte del dinero ganado les pagaba a sus hermanas para que cubrieran su mí no en el lavado de la loza.

—Carlos era de pensamiento liberal, más la suya era una generación en la que predominaban las prácticas machistas, ¿cómo era en la casa? —averiguo con su esposa.

—En la teoría muy igualitario, pero muy poco igualitario en lo práctico. Por ejemplo, Carlos no llevaba a un hijo al médico. Cuando empezamos a ir juntos por las calificaciones al colegio, rápidamente decía: ‘Yo no voy a perder el tiempo aquí para que me digan que los niños van divinamente bien: con que lo hagas tú es suficiente’. Era una posición egoísta, muy de macho, sin que lo dijera explícitamente: la mujer es la que hace tales cosas —reconoce María Cristina.

Los escenarios de opinión en la casa eran completamente equitativos para hijas e hijo; sin embargo, mientras que a Juan Carlos se le permitía usar transporte público desde los once años para ir a la Liga de tenis, las niñas solo lo pudieron hacer al final del bachillerato.

En apariencia, el papá era más protector con las hijas, pero en realidad fue muy permisivo con los cuatro: por mutuo acuerdo, la pareja los educó para ser libres. Nunca hubo disgustos para autorizar salidas a fiestas o con amigos, lo cual pareció desactivar la rebeldía propia de la adolescencia: los dos hijos mayores vivieron su juventud en los tiempos aciagos en que Pablo Escobar situaba carros bomba en lugares públicos atestados de civiles y pagaba recompensas por asesinar policías;

cuando los noticieros narraban las historias de vida detrás del estallido en la Plaza de toros La Macarena y la masacre en el bar Oporto. Aun así, Carlos y María Cristina le apostaron a la libertad de sus hijos.

Fiel al ejemplo de sus padres, la única con una vida social agitada era Ana Cristina. Y —vaya coincidencia— fue quien más retó a la autoridad: ‘Yo era la menos obediente. Juan

se enfrentaba más fácil a la mamá que al papá, yo me enfrentaba a los dos si no estaba de acuerdo. Yo sí fui la que más dolores de cabeza di porque, obviamente, era la que rumbeaba”, dice la mayor de las mujeres. Desde muy niña, en la casa ubicada en la frontera entre los barrios Boston y Buenos Aires, salía a jugar con las amigas de la cuadra, era la que “callejeaba”, “la que echaba dedo” [autostop]; aun así, no considera que haya tenido una relación complicada con sus padres, solo “sabía cómo ponerlos en jaque más fácil que los demás en la casa”.

Natalia se estremece al evocar el final de los años ochenta y el principio de los noventa: “Sí hubo miedo: yo creo que el miedo era al revés. Mi papá y mi mamá eran mucho más rumberos que nosotros; me acuerdo haciendo fuerza porque el papá y la mamá no llegaban a la casa. Yo me quedaba despierta hasta muy tarde, los esperaba despierta. Se iban a tanguear no sé a dónde ¡y uno se quedaba haciendo fuerza!”. Y agrega: “Por lo menos ahora existe el chofer elegido, en esa época no: ¡Ellos tomaban mucho más que nosotros!”.

—La manera en que pensaba y actuaba tu papá es vista por algunas personas como una forma de desobediencia frente a una sociedad conservadora, ¿piensas que tu papá fue un desobediente? —indago con Ana Cristina, ya inmersa en sus recuerdos.

—No, yo no pienso que fue un desobediente, creo que fue más bien un crítico de esa sociedad tan conservadora. No era un desobediente porque no era una persona que no acatara la norma; al contrario, fue una persona de unos principios rectores muy atados en cada una de sus acciones, desde sus actos. Era crítico y lo expresaba y lo manifestaba abiertamente.

Ana Cristina Gaviria y Raúl Márquez se conocieron en 1988, él culminaba la carrera en la Escuela de Ingeniería de Antioquia, ella comenzaba el segundo año en la misma

universidad: “La familia empezó a mostrarme que era distinta solamente en la libertad con la que yo salía con Ana Cristina, por ejemplo. Era muy fácil que ella me fuera a visitar, yo trabajaba en Tarazá”, dice Raúl, quien hacía sus prácticas universitarias en una pequeña compañía minera ubicada en ese municipio del Bajo Cauca antioqueño.

Cuando apenas despuntaba el amanecer, la mayor de las Gaviria Gómez y una amiga, novia de un compañero de trabajo de Raúl, llegaban juntas a la Terminal del Norte para subirse al bus. Pasadas cinco horas de viaje en flota terrestre, el “santo y seña” para saber en cuál lugar se bajaban era “a las 11 a. m. te espero en el primer palo de mango que veas a la derecha de la carretera”.

Desde hace décadas el Bajo Cauca antioqueño es un corredor de narcotráfico con presencia de grupos armados ilegales.

—¿Qué tan peligrosa era la zona donde trabajabas? —le pregunto a Raúl.

—No como ahora, no como se volvió después, pero sí, ya había guerrilla. Era un poco complejo, pero no había pescas milagrosas [secuestros masivos perpetrados por la guerrilla de las Farc cuando estaba activa] ni el tema tan fuerte con paramilitares. A mí me tocó una vez que nosotros íbamos de la mina a comprar cosas al pueblo, y nos paró la guerrilla porque le iba a poner una carga de dinamita al puente sobre el río Tarazá. Uno sabía que por ahí estaban, pero no era tan peligroso.

—Ana Cristina, tus padres nunca te impusieron impedimentos para salir, a pesar de los peligros de esos años y de la región misma, pero ¿cómo eran las conversaciones al regresar a la casa?

—Normales. Yo creo que mi papá se abstenía de preguntar mucho, mi mamá preguntaba más directamente: “Ve,

¿qué hicieron? ¿y allá cómo es el campamento de la minera?”. Mi papá no preguntaba mucho, pero creo que se mordía la lengua para no hacerlo.

El comportamiento ante los pretendientes de sus tres hijas siguió aquella cláusula universal de conocimiento público y jamás escrita: a espaldas de la cortejada, papá y mamá se burlaban del novio de paso.

Jamás interfirieron en las relaciones sentimentales de sus hijos.

No te apures, Carablanca...

Que no tengo quién me espere

Como antes, cuando iba

Compadreando la alegría,

De ser feliz.

Me achica el corazón

Salir del corralón,

Porque me sé perdido

La soledad elegida era tan importante como la vida familiar y social: desde el despunte de los ochenta, solía pasar las tardes de lectura y escritura en un estudio que consiguió en el barrio Malibú, donde albergaba gran parte de su biblioteca personal. Después de su muerte, los libros de su residencia y su estudio en Medellín, así como los del apartamento en Bogotá, fueron donados por María Cristina a la Universidad de Antioquia, cuya biblioteca central hoy lleva el nombre de Carlos Gaviria Díaz. (Sus hijos, algunos familiares y amigos, también heredaron libros).

No obstante, la Alma Máter no fue la primera en empacar y trasladar esa biblioteca...

El 25 de agosto de 1987 fue asesinado I lector Abad Gómez, defensor de derechos humanos, fundador la Escuela Nacional de Salud Pública de la Universidad de Antioquia y amigo amado por la familia Gaviria Díaz. La amenaza

paramilitar, manifiesta en panfletos y susurros en pasillos universitarios, se materializó en un sistemático llamado a lista que Carlos no pensaba atender.

Cuando se exilió sin su familia en Argentina, su hija Natalia cumplió quince años y María Cristina decidió que era necesaria una mudanza: “Había un tipo en la cuadra que se aparecía antes de que mis hijos llegaran del colegio le acostaba al frente, por donde ellos tenían que pasar. Yo siempre tenía que llamar a alguien a pedirle que me recibiera a las niñas en algún lugar. Era una situación invivible: podían ser coincidencias, pero en la coyuntura parecían amenazantes”.

El destino elegido fue el barrio Conquistadores, al occidente de la ciudad, un trasteo que, en semejantes circunstancias, puso a prueba todas las fuerzas de la solidaridad. Un viernes en la noche, Félix De Bedout Gaviria, compañero de tangos, aulas universitarias y visitas a librerías, llegó en su Land Rover rojo cabinado dispuesto a encargarse de la faena más compleja: trasladar la biblioteca de su amigo. Del amigo que moría por sus libros. Vaya y venga, venga y vaya, cruce el río Medellín, desde el centro hasta Conquistadores, y desde Conquistadores hasta el centro.

Una de las lecturas que acompañó la existencia de Carlos Gaviria Díaz fue La decadencia de Occidente, de Oswald Spengler, cuyo cuarto y último tomo concluye con la solemne cita de Séneca el Joven: “Ducunt fata volentem, nolentem trahunt” (“El destino conduce a quien se somete y arrastra a quien se resiste”). Muchos episodios en su papel de hijo, esposo, profesor, político y jurista evidenciaron la conducción y el sometimiento, el arrastre y la resistencia. Pero el año 1987 fue único, para él, para la Universidad de Antioquia, para Medellín, para Colombia.

Una comitiva de familiares y amigos se dedicó a sacudir anaqueles y lomos y cubiertas, y a armar torres de

libros sujetas con cuerdas de cabuya. Alba Luz, una de las hermanas de Carlos, y su hija Luz Beatriz; Jorge Puerta y Sonia Tamayo, Piedad Rico —amiga de María Cristina— y la barra juvenil de Ana Cristina se turnaban para ayudar a cargar y embalar. Solo descansaban para comer juntos, cajas y más cajas de arroz chino alimentaban la tropa de empacadores.

El Land Rover rojo pasó de ser un vehículo familiar a uno de transporte de valores: hoy, una biblioteca pública universitaria se debe a gestas como aquella de septiembre de 1987.

Sur... paredón y después...

Sur... una luz de almacén...

Ya nunca me verás cómo me vieras,
recostado en la vidriera, esperándote.

Ya nunca alumbraré con las estrellas
nuestra marcha sin querellas
por las noches de Pompeya

Hace más de tres décadas, cuando no existían los motores de búsqueda de internet y los cuadernos, libretas, fichas bibliográficas y carpetas eran el disco duro de los académicos y lectores juiciosos, Carlos encontró en los anaqueles de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires tesoros editoriales que parecían inalcanzables en la Colombia de aquel entonces: día y noche tomaba nota presionado por la fecha de devolución.

Como catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Antioquia, aprovechó para dedicarse a escribir un libro sobre el saber, la virtud y el poder en Platón, una reflexión sobre si es el pensamiento o la poesía, la emoción o la razón, lo que debe prevalecer para resolver los enigmas humanos. En el año 2013, después de pasarles el manuscrito a dos de sus grandes amigos, Héctor Abad y Rodolfo Arango, publicó la obra *Milo o logos*, con la editorial Luna libros.

Tras el lanzamiento de ese libro, conversé con Carlos Gaviria Díaz para el programa literario Página en blanco de Cámara F.M., La emisora cultural de la Cámara de Comercio de Medellín, sobre el escrito que él había iniciado décadas atrás en su exilio en Buenos Aires. Aquella fue mi primera entrevista con el exmagistrado y exsenador, lo acababa de conocer personalmente:

—Doctor Gaviria, usted lee sin cesar y la oratoria es lo suyo, pero su producción escrita es limitada, ¿Cuál es la historia detrás de la escritura de Mito o logos?

—Uno de los libros que leí y que me fue muy útil en mi carrera en Derecho fue Gritón, cuando me fue seduciendo esa forma de exponer, la filosofía dialogada y por un escritor tan diestro como Platón, me fui metiendo por su obra. Cuando vi que en su obra existía una cierta identidad entre lo que es lo bueno ante lo que es lo verdadero, y de qué manera lo bueno y lo verdadero se relacionan con el poder, mucho más tarde, ya como profesor de la universidad, seguía cultivando la lectura de Platón y era profesor de Filosofía del Derecho, además. Pensé que era bueno escribir un libro sobre virtud y poder en Platón, con ese tema en la cabeza pedí un año sabático en la universidad para dedicarme: yo era, digamos, un filósofo auto-didacta, o un autodidacta en Filosofía, porque eso de atribuirse el título de filósofo es arrogante.

—¡Pero se dedicó a escribir en el peor momento mental y emocional!, ¿o no?

—Apenas lo estaba pensando, pero ya tenía algunos atisbos de a qué conclusiones podía llegar. Cuando ocurrió la muerte de Héctor Abad se trastornó mucho mi vida, tuve que salir del país, la universidad me había dado un año sabático, pero yo llevaba muy poco tiempo de investigación y escritura; me fui para la Argentina y allá en medio de muchas zozobras por la vida familiar, por la ausencia del país, por la

incertidumbre de saber si podía regresar o no, y cuándo: seguí escribiendo. Encontré un lugar muy bello que fue la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, la que había dirigido Borges, un edificio muy hermoso, con gente muy amable y un ambiente muy propicio para continuar con mis reflexiones; además encontré textos que no había podido encontrar en el mercado: empecé a leer los tres tomos de Pensadores griegos, de Theodor Gomperz, sobre todo en la parte relacionada con la filosofía griega clásica de Sócrates, Platón y Aristóteles. Como no tenía manera de conservar ese libro, empecé a hacer síntesis de cada capítulo, pero resulta que la víspera de regresar de Buenos Aires pasé por una anticuaría en la Calle Libertad y encontré los tres tomos, me los pude traer y los tengo en mi biblioteca en Bogotá. Pude, con mucha más tranquilidad, estudiarlos.

—Usted escribió sobre Platón, pero en repetidas oportunidades ha dicho que Sócrates es su norte y le dedica un capítulo, ¿por qué?

—Ese capítulo lo escribí con una gran emoción porque definitivamente mi personaje histórico y modelo de pensador es Sócrates. Desde luego, si me preguntan cuál es el personaje suyo de la historia o la persona quien usted quisiera imitar, yo digo sin duda alguna Sócrates, especialmente por las dos connotaciones que cito en el título del capítulo: por una parte la claridad, yo he buscado siempre la claridad, y en eso relaciono a Wittgenstein con Sócrates; llamémosla una virtud lógica. La otra es la integridad que es una virtud ética, diría yo, porque consiste en que la persona debe decir, pensar y hablar de una misma manera. Por tanto, lo que yo te diga a ti corresponde a lo que pienso y lo que te indique, corresponde a lo que yo estoy dispuesto a hacer, que es una virtud muy escasa entre nosotros, mucho más en la política: un campo de permanente de simulación donde uno tiene que decir cosas distintas a las que

piensa por conveniencia, o comportarse como uno piensa que no se debía comportar también por conveniencia.

—¿Para quién escribió este libro?

—Este libro está escrito, yo diría, y esto puede ser muy narcisista, para mí. ¿En qué sentido? Mientras lo escribía, yo utilizaba el ejercicio de la escritura con el objeto de hacer claridad sobre temas que a mí me apasionaban, pero tenía un objetivo inmediato mucho menos trascendental que era cumplir un requisito con la universidad. Cuando me propuse escribirlo, elegí el tema porque me parecía que en el tratamiento venían envueltos problemas que a mí me apasionaban y me afectaban.

Carlos Gaviria Díaz regresó del exilio el primero de diciembre de 1987. Llegó para seguir escondiéndose. Nunca se supo si ciencia cierta si su nombre hizo parte de alguna “lista negra” de amenazados de muerte. El mismo lo negaba.

A pesar de que le interesó el Derecho más como objeto de contemplación que en la práctica, ejerció su profesión desde cargos como juez promiscuo municipal de Rionegro, profesor y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, y en un bufete de abogados con sus colegas Orlando Mora, Ramiro Rengifo y Efraín Vélez. Pero, ¿tuvo alguna influencia en sus cuatro hijos su relación —de pasión, contemplación, reflexión y riesgo— con el Derecho y con la universidad?

Carlos no quería que su primogénito estudiara leyes, con la intención de disuadirlo apeló a una forma de hipnosis local difícil de resistir: lo invitó a solas a un popular restaurante de comidas rápidas especializado en arepas cubiertas con diversos ingredientes combinados:

—Juan Carlos, pensá bien si sí vas a estudiar o no Derecho. El Derecho no es lo que vos soñás, con lo que vos te ilusionás, lo que vos pensás. Vos lo que podés tener es una fuente de ilustraciones. A vos lo que te gusta es el ejercicio del

derecho y en eso pensás y eso, en este país, es bastante infame. Aquí la lógica de los argumentos no es la que prevalece —el padre abrió la conversación con ese consejo que su hijo todavía repasa como un libreto bien memorizado.

—Te agradezco mucho, pero yo no tengo otra posibilidad en este momento de la vida. Estoy convencido y asumo las consecuencias, tengo claro que tu vocación por el Derecho es una y la mía es otra —le respondió Juan Carlos con la certeza de su inclinación por el litigio frente a la de su padre por la academia.

—Te acompaño, te respaldo, pero te lo advierto —concluyó el padre antes de revisar las opciones de postre.

Juan Carlos ingresó a la Universidad de Medellín porque la de Antioquia, la que hubiera preferido su papá, atravesaba una etapa de constantes paros de la comunidad académica; y económicamente no era viable considerar estudios en el exterior.

Los dos mayores de la casa son egresados de universidades privadas: Juan Carlos es abogado de la Universidad de Medellín (especialista en Responsabilidad Civil y Seguros, de la Universidad Eafit); y Ana Cristina es ingeniera civil de la Escuela de Ingeniería de Antioquia (especialista en Gerencia de Proyectos, también de la Universidad Eafit). Las dos menores se graduaron en instituciones públicas, Natalia es ingeniera electrónica de la Universidad de Antioquia (con maestría de la Universidad de Los Andes y PhD. de la Universidad de Arizona) y Ximena es ingeniera mecánica de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín (con maestría y PhD. de la misma institución). Las tres ingenieras surgieron por “generación espontánea”, sin ninguna influencia cercana o por lo menos detectada con precisión por parte de ellas. Juan Carlos, Natalia y Ximena son profesores como sus padres.

Carlos apoyó a cada uno de sus hijos con la orientación profesional, poniéndolos en contacto con expertos de cada área o mostrándoles los campus universitarios: “Me llevaron a pasear por todos los laboratorios de ingeniería electrónica de la Universidad de Antioquia, yo no entendía ni forro, pero él me animó y yo estudié allá —evoca Natalia—. Creo que su sueño era tener por lo menos un hijo egresado de la Universidad de Antioquia, yo sí había ido muchas veces y, de hecho, desde chiquita iba a cursos de Extensión, como clases de teatro. Me encantaba, la universidad no era ajena para mí”.

Desde la adolescencia de sus hijos, Carlos identificó que el campo era un lugar de comunión con ellos. La finca de sus suegros en El Retiro, o las que alquilaba en distintos lugares, se convertían en sitios de congregación de la familia inmediata y ampliada (tías, cuñadas, sobrinos, primos...).

Para Guillermo Pineda Gaviria, su sobrino y contertulio, jamás fueron comparables las reuniones que se daban desde los vínculos de la amistad con aquellas que surgían de los lazos de sangre: “Yo, que tengo una gran aversión a las multitudes, disfrutaba más de las reuniones de amigos que no tenían el carácter de familia. Eran tertulias siempre y cuando estuvieras listo a darle la razón al doctor Gaviria en absolutamente todo y a soportar su pésimo sentido del humor: te hacía los chistes más bobos del mundo entero y más crueles, y después él se moría de la risa. Pasamos muchas veladas muy agradables e instructivas porque es que hablar con Carlos era tener acceso a muchas situaciones, a muchas perspectivas, a muchos enfoques”.

En las noches de El Retiro, las hijas distribuían colchonetas en el suelo del salón principal y se acomodaban con sus amigas y novios; en una alcoba aparte —“el cuarto oscuro”, donde no penetraba ni un rayo de luz—, dormían Juan Carlos y su enamorada de turno.

Las fincas fueron el escenario de una incansable puja entre la mamá y el papá... ¿quién marcaba el ritmo del paso en los caminos veredales? Con bluyines y zapatos cómodos, Carlos se aprestaba a emprender las caminatas con un sombrero o una boina, y cualquier rama de árbol o algún zurriago montañero. Jamás aprendió a usar bien un bastón: ni en sus últimos meses de vida, cuando los pulmones le suplicaban misericordia, fue capaz de apoyarse en el báculo de madera que había pertenecido

a la Nana. La suerte de reto interno que cultivó para superar la velocidad de María Cristina, le impedía percatarse de su limitación respiratoria, era mucho más que una cuestión de edad. En el ocaso de sus días y sin saber de su enfermedad, los recurrentes rezagos en las trochas fueron una clara señal para los hijos sobre el estado de la salud del padre: “Ay, mi amor, ¡tu mamá me botó otra vez!”, suspiraba al llegar.

Uno de los planes familiares en las fincas era armar un gran rompecabezas y dejarlo “senado” en una mesa para que todos, con libertad y a su ritmo, pudieran completar la fotografía, la obra de arte, el paisaje o cualquiera que fuera la imagen mordisqueada en indescifrables verdes, blancos y azules.

—¿Cómo era la actitud de tu papá frente a la vida familiar? —indago a través de la mirada de Ana Cristina.

—Yo creo que a él le gustaba su rutina del hogar, no la rutina del hogar que son dos cosas distintas. ¿Cuál era su rutina del hogar? Que le sirvieran un buen desayuno, que pudiera recogerse a leer la prensa, a oír música, a leer. El almuerzo se lo podía saltar, pero que después hubiera una buena comida con un buen vino. Su rutina del hogar le encantaba, pero ¿la rutina del hogar como tú y yo la conocemos? ¡Para nada!, eso de que hay que hacer el desayuno, lavar la cacerola, barrer, trapear, sacudir: eso no le gustaba. Entonces si vos me preguntas: ¿A él

le gustaba la vida de hogar? Yo te digo sí: la de él, la del tipo de él, le encantaba.

Porque yo sé que mi vida no es una vida modelo,
Porque él que tiene un cariño,
al cariño se ha de dar,
Y yo soy como el jilguero,
que aun estando enjaula de oro,
en su canto llora siempre el antojo de volar

—¿A Carlos le hacía falta alejarse de la casa?

—Yo pienso que más que [el apartamento de] Bogotá,
él necesitaba espacios de soledad —responde la mayor de sus hijas.

—O el apartamento de Malibú —complementa su esposo, Raúl Márquez.

Cuando los hijos crecieron, un par de decisiones de pareja marcaron un cambio profundo en la economía doméstica: por una parte, con un grupo de padres de familia del jardín infantil Mirringa Mirronga, María Cristina incursionó en un nuevo proyecto educativo: el Colegio Alcaravanes; por otra, Carlos fue elegido magistrado de la Corte Constitucional, y se mudó parcialmente a la capital.

“Cuando vivimos en Conquistadores, mi papá ya es Magistrado y mi mamá siente que hay una injusticia: a ella le toca pagar los servicios. Los deja de pagar tres meses hasta que los cortan, para hacer evidente su crítica. Una noche, nosotros llegamos y no hay energía, pero en el barrio sí. Mi mamá dice: “No pagué los servicios”. La indignación fue total del papá y de los hijos: ¿Por qué no dijiste esto antes? ¿Cómo nos sometes a este escarnio público?”, evoca Juan Carlos, quien todavía hoy, desconociendo los diálogos internos entre sus padres, reconoce que la distribución de la carga económica fue la mayor dificultad entre ellos.

—¿Qué tan compleja era la vida del hogar para tu papá?
—insisto, esta vez desde la óptica del hijo.

—Para él la vida de hogar era compleja. La vida de hogar era compleja —reitera.

—¿Crees que mudarse para Bogotá, en los años noventa, liberó un poco las tensiones?

—Sin duda, me parece que la relación con mi madre mejoró bastante, los problemas se minimizaron, pasaron a tener unos momentos juntos mucho más gratos.

El ingreso de Carlos a la Corte Constitucional y los debates que propició, generaron un nuevo nivel de diálogo en la familia, en especial en las cenas de domingo.

“Algo que me parece interesante y muy bonito de Carlos es que fue una persona muy familiar, no solo con su círculo directo, sino con todos nosotros. Cuando él estuvo en la Corte Constitucional, para los temas que le tocaron a él, como la despenalización de la droga, nos reunía a todos y nos decía ‘vean lo que estoy pensando’, ‘¿qué opinan?’, ‘¿qué piensan?’, muy abierto: en toda su capacidad y su conocimiento, siempre tenía a la familia ahí, a las personas más allegadas para preguntarles de temas como ese”, dice su yerno Raúl Márquez.

A través de su familia, medía la temperatura de cómo reaccionaría la opinión pública ante determinadas sentencias, las conversaciones en la mesa del comedor le daban pistas para abordar a los medios de comunicación y resolver a través de ellos preguntas esenciales sobre asuntos de carácter polémico.

Las rutinas habían cambiado para siempre. En Medellín, Carlos dormía en el lado derecho de la cama; en su apartamento en Bogotá, en el izquierdo. En ambas mesas de noche mantenía libros y casetes. Una vez más, parte de su biblioteca salía de viaje. El traslado a Bogotá durante tanto tiempo era tan importante para él como para la familia: retornaba a Medellín casi todas las semanas y a la vez mantenía

su independencia.

Natalia no se mudó para el apartamento de su papá cuando estudió una maestría en Esquemas de Tarificación para Redes de Banda Ancha en la Universidad de Los Andes. Para ambos era clara la relevancia de la autonomía y de la necesidad del tiempo en familia.

A diario, a las seis de la mañana, hablaba por teléfono con María Cristina —nunca importó quién despertara a quién— después seguía el turno de los hijos. La despedida solía ser la misma: “Bueno, mi amor, no me abandones” o “Mi amor, te quiero mucho”, y si alguno de los cuatro fallaba a la cita telefónica, al día siguiente el saludo se repetía: “Mi amor, ¿por qué me abandonaste?”.

Con Juan Carlos funcionaba de otra manera, en algunas ocasiones, apelaba a su sensibilidad y susceptibilidad como argumento para conmoverlo: “Cuando sentía que uno no estaba muy pendiente de él, acudía a Diana: Definitivamente yo estoy muy abandonado por ustedes dos”.

En 1997, el hijo mayor llevó por primera vez a su casa a Diana González, llevaban un par de meses juntos: ‘Yo tenía mucho miedo de conocer al doctor Carlos Gaviria porque me parecía un hombre como medio intocable. En el momento en que Juan abrió la puerta, lo vi venir con esa sonrisa de oreja a oreja, me saludó de abrazo, de pico, ¡desde ese día yo creo que quedamos conectados!’”, dice ella.

Para Carlos Gaviria Díaz la autenticidad era un factor decisivo en las relaciones humanas: “Diana es una mujer inteligente, así no fuera de su nivel de formación filosófica —la pareja acopia recuerdos en su casa en el Alto de Las Palmas, a veinte minutos de Medellín—: que ella se burlara de él y que él se pudiera burlar de ella permitió que fueran compinches”. Pero además del “repentismo”, espontaneidad y desparpajo, lo cautivó la voz de su nuera: “Le encantaba que yo

le cantara Madrigal y Alfonsina y el mar".

Diana, también abogada, compartía pequeñas causas perdidas de Carlos en el ámbito familiar: “Estábamos en Cancán y pasó un carrito de paletas Magnum, recubiertas de chocolate negro y chocolate blanco. ¡Ni a Juan Carlos, ni a Natalia, ni a Ximena, ni a mi suegra les importó! Mi suegro y yo nos miramos y pedimos una para cada uno. Cuando terminamos, él me dijo:

¿Querés otra? Vertí, perdámonos que esta gente que nos mira feo y nos echa cantaleta””. Caminaron juntos en la playa hasta perderse de la mirada familiar para encontrar al heladero.

Al comienzo del matrimonio, en algún momento de crisis de pareja, Juan Carlos estaba dispuesto a abandonarlo todo, pero antes acudió al consejo paterno: “Salí desarmado”. Lo instó a luchar por la continuidad de la relación y por el amor de su esposa pese a que tuvieran profundas diferencias.

La partida de los hijos mayores para consolidar sus propios hogares, sumada a las decisiones laborales de Carlos y María Cristina, permitieron una situación económica más tranquila. Parecía el momento propicio para “coger carretera”, conocer mejor Colombia y cruzar sus fronteras: viajaron a Ecuador y a Popayán, en el departamento del Cauca; y cumplieron el gran sueño de la mamá de conocer el Parque Arqueológico de San Agustín (Huila). Pero no duró mucho la dicha porque cuando la guerrilla de las Farc comenzó con las pescas milagrosas, el Estado le advirtió a Carlos que no podía garantizar su seguridad.

A finales de los años noventa y ya entrado el nuevo siglo, eligieron como destino relativamente seguro y frecuente al departamento de Boyacá. Antes de instalarse en la capital, Luis Carlos Arango, director de la caja de compensación familiar Colsubsidio y amigo de Carlos, le ofreció pasar las vacaciones en las cabañas del Hotel Colonial, en Paipa: de ahí

surgió el apego de la familia Gaviria Gómez por los paisajes andinos y sitios históricos de ese departamento.

Durante varios años, después de ir a la finca de los abuelos maternos en El Retiro, Antioquia, viajaban a Paipa, en Boyacá, donde se instalaban para salir a “pueblar” por carretera. En Sogamoso, en el Alto Chicamocha, un pequeño restaurante llamado Corazón de melón todavía exhibe una foto de Carlos, María Cristina, Natalia y Ximena, como recuerdo de una visita ilustre.

Los embarazos de las hijas y los nietos recién nacidos obligaron a elegir lugares más cercanos, con recorridos terrestres menos extenuantes, como Santa Fe de Antioquia. A medida que los niños iban creciendo, regresarían a las carreteras, a fincas en municipios fuera de Antioquia como La Tebaida, en Quindío.

Con el alivio financiero en la familia, los viajes internacionales recobraron importancia. Carlos y María Cristina, Juan Carlos y Diana, hicieron juntos un recorrido en carro por la costa oeste de los Estados Unidos: San Diego, el Parque de las secuoyas, San Francisco, el Valle de La Muerte y Las Vegas; pero más que turismo el propósito de la familia era conocer a Brian David Martínez, un ingeniero de sistemas nacido en Florida, el novio de Natalia. Después de conocerse mientras ella estudiaba el doctorado en la Universidad de Arizona, en Tucson, Brian decidió mudarse a Medellín, donde fundó una empresa de tecnología.

A pesar de que la relación entre ambos era cercana, el idioma siempre constituyó una barrera: “Mi papá se horrorizaba cada vez que él hablaba, era como si alguien rasgara un tablero con las uñas”, dice Natalia. Consciente de la dificultad, Brian aprendió una serie de palabras clave para que las conversaciones Huyeran, en clase de español practicó una y otra vez un comodín lingüístico: “Desafortunadamente”. Listo

para lucirse frente a todos en un almuerzo en familia, lanzó una frase corta con la nueva palabra; su suegro lo interrumpió de inmediato: “Brian, no se dice desafortunadamente, sino infortunadamente”.

Y es que Carlos no solo enseñaba al lado de un tablero. Viajar con él era una experiencia de aprendizaje, antes de volar a Europa estudiaba con juicio para hacer las veces de guía turístico y compartir historias de las distintas geografías y sus gentes.

“Hubo un viaje que lo marcó, lo llevé a un lugar que él no conocía y que le pareció maravilloso, al que quiso volver antes de morir —Juan Carlos habla y distribuye algunas fotografías sobre la mesa de la sala donde transcurre nuestra conversación—: el Hotel Llao Llao, en Bariloche, en una época en la que él abrió la ventana, el cielo estaba azul y los nevados al frente, ¡eso lo conmovió!”. El cruce de lagos en Argentina, en el año 2013, fue el último viaje internacional de Carlos con su familia.

Pero más que los viajes o las vacaciones, le importaba la Navidad. Desde el mes de agosto, buscaba a sus hijos para con soltarles el destino que elegirían para celebrar juntos. De las fiestas decembrinas lo ilusionaba el ritual navideño, el Año Nuevo era poco relevante para él.

No rezaba la novena, pero sí le encantaban los aguinaldos: desde el 16 de diciembre llamaba a todos en la familia para preguntarles por los regalos. No ayudaba adornar, pero sí acompañaba a su hija Ana Cristina a comprar las luces y guirnaldas, disfrutaba al ver la decoración. Los buñuelos, la natilla, las hojuelas y la cena navideña eran su dicha.

—¿Por qué una fiesta religiosa era tan importante para un agnóstico como Carlos?

—Uno podría verlo como que él tenía unas contradicciones: al final, a él los ritos le gustaban, creo que

también pasaba por lo estético, la decoración, el arbolito de Navidad. Natalia conservaba el pesebre que le había regalado mi abuela; le gustaba armarlo en la finca; los villancicos, él los cantaba, tenía casetes y discos compactos de villancicos —explican sus hijos.

Carlos grabó un casete con múltiples versiones, en diferentes idiomas y voces y orquestas, de la canción de Navidad predilecta de María Cristina: El Tamborilero. El camino que lleva a Belén podía ser tan extenso como un viaje familiar por las carreteras colombianas...

El camino que lleva a Belén,
Yo voy marcando con mi viejo tambor.
Nada mejor hay que te pueda ofrecer,
Su ronco acento es un canto de amor,
Ro-po pompom Ro-po pompom
Cuando Dios me vio tocando ante él,
Me sonrió.

El Niño Dios nunca “llegó” a esa casa.

Bogotá, marzo del año 2014. Sobre el aparador de las copas brilla un objeto decorativo: es una página de plata del Corán, cuyas inscripciones están escritas en árabe; se la regaló el máximo jefe espiritual islamista en Siria cuando atendió una invitación especial —como candidato presidencial— del cónsul general del Líbano en Colombia. En la sala de su apartamento del barrio El Chicó, Carlos reconoce que no tiene ni idea del significado del escrito.

“Son los noventa y nueve nombres de Dios en el Islam, y en el centro hay una parte del capítulo del exilio, Surat AlHashr, que dice algo como ‘Él es Alá y no hay otro dios fuera de Él’”, explica Manuela Ceballos Jaramillo, profesora del Departamento de Estudios Religiosos de la Universidad de Tennessee. Y me da un consejo para el dueño de la placa: “El nombre de Dios no debe tocar el suelo, ni nada que tenga ayas

(versos) del Corán”.

En un correo electrónico, le cuento a Carlos que le envié una foto de su placa de plata a la experta en el Corán y le adjunto una copia de la respuesta. Y contesta a mi carta: “El reguero de libros en el suelo te habrá dicho que no soy musulmán y que hace tiempos que perdí el paraíso. Pero es que ese es mi paraíso, y no aspiro a otro”. Carlos me dice que “apenas” puede recitar de memoria unos pocos poemas muy bellos, que pueden llegar a ser cien, y los repite para sí mismo, “al modo de los sufíes”.

De repente, como buen russelliano, reconsidera sus argumentos en la carta: “Miento, Anita. Ver mis libros, que tanto amo, dispersos en el suelo, es para mí un infierno, pero no tengo alternativa. Tengo la esperanza de que Alá entienda mi situación y me perdone”.

El corazón del apartamento es la biblioteca, vigilada por dos gigantes: Ludwig Wittgenstein y Jorge Luis Borges. Los libros de Carlos ya no caben en Bogotá, ni en su hogar en El Poblado, ni en su estudio del barrio Malibú.

La biblioteca se convierte en una caja de resonancia polifónica en la cual todos los libros hablan a través de Carlos. Con un orden pasmoso, señala los anaqueles: Historia, Economía, Política y Sociología, Derecho y Literatura. Su época literaria más querida se ubica en la Viena de Wittgenstein, de entreguerras: Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal y Elías Canetti.

Ediciones repetidas de Retratos de memoria de Bertrand Russell (“esta es muy bonita”, “esta me la dio un amigo”, “cómo salgo de esta” ...), Wittgenstein en varios idiomas (Carlos leía alemán, italiano, francés e inglés), y llegamos al que considera su gran tesoro: La decadencia de Occidente, de Oswald Spengler. Emocionado, lee en voz alta la frase de cierre y, por primera y última vez, escucho su sino de sus labios:

“Ducuntfatavolentem, nolentem trahunt”.

Carlos es mal lector de autores de moda y best sellers. Concibe la experiencia intelectual como individual, una aventura solitaria. Nunca se ha sentido atraído por los grupos de estudio: “¡Otra cosa es cuando a uno lo seduce algo que ha estudiado y quiere compartirlo con la gente que uno quiere!”.

Sobre su escritorio está el libro *Paranoia*. La locura que hace la historia, del psicoanalista Junguiano Luigi Zoja, el cual presentará al día siguiente.

—Descreo del psicoanálisis como terapia, me parece una perspectiva muy bella para analizar el arte y la historia —afirma, mientras señala en los estantes las obras de Sigmund Freud y de Wilhelm Stekel.

(La publicación de estas palabras en la entrevista de la revista *Universidad de Antioquia* suscitó nuevos debates en torno al psicoanálisis con su gran amigo, el psicoanalista Juan Fernando Pérez).

—¿Será que hay lecturas perdidas? —le pregunto a Carlos.

—En eso soy borgesiano: hay que ser hedonista en las lecturas. Cuando piensa que el libro es frívolo, que su contenido no vale la pena y la forma tampoco, lo que debe es prescindir de el inmediatamente y elegir lecturas donde uno nunca se pierda. Nunca me siento perdiendo el tiempo cuando leo.

El 5 de diciembre de 2014, una cierta angustia se apoderó

de el al considerar la posibilidad de no leer en el futuro: recibió un correo electrónico en el que su oftalmóloga, la doctora Barraquer, le prescribió dos gotas diarias de Voltarén durante veinte días, y le avisó que lo revisaría de nuevo en abril o mayo del año 2015. El 23 de enero, una retinóloga le advertiría que le esperaban graves problemas de retina y

mácula.

“El gran amor de la vida de Carlos, por encima de todas las cosas, eran sus libros. Me regaló algunos de sus libros más preciados, que también para mí han sido supremamente importantes, entre ellos uno que se llama *The Rise of Scientific Philosophy*, de Hans Reichenbach, un físico y filósofo —dice Guillermo Pineda Gaviria, su sobrino—. Da la casualidad de que todos esos grandes físicos de principios de siglo XX también llegaron a hacer aportes significativos a la Filosofía: ¡Eso llamaba la atención de Carlos! Hay un problema de fondo, que es incluso ético, y es lo que podríamos llamar la búsqueda de la verdad, de la certidumbre, porque de alguna manera todo ordenamiento jurídico está muy enraizado con una moral. Carlos no podía dejar de ignorar los aportes al tema de la verdad que hace la ciencia, sobre todo el revolcón tan grande que tiene la ciencia a principios del siglo XX, el principio de incertidumbre y la mecánica cuántica le dicen a la física: olvídense que como usted pensaba que era el mundo, como lo va a conocer, las condiciones son muy distintas a las que usted se imaginaba”.

Desde el 9 de abril del año 2015, la biblioteca central Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia conserva más de cinco mil libros, seiscientas publicaciones y veinticinco folletos que pertenecieron a Carlos, material que incluye fichas de lectura, cartas, recortes de prensa, separadores de libros, artículos y fotografías. En ese recinto de carácter público permanecen sus libros en español, inglés, portugués, alemán, francés, italiano, latín, árabe y ruso. Según los análisis bibliotecarios de la institución, el 50 % de sus libros tenía algún tipo de huella como anotaciones, ideas subrayadas, dedicatorias y firmas de los autores.

Pese a que Carlos no era dado a prestar sus libros, es muy significativo que ahora su biblioteca sea patrimonio

público: “Él era de invitar a sus amigos, le encantaba, pero para pedir un libro prestado: él se hacía como el loco. Yo no le pedí libros prestados, pero sí sé que él lo veía a uno entusiasmado y se lo compraba. No quería que su biblioteca quedara incompleta. El sí regalaba libros a cada rato a alguien que le entusiasmara un tema o que él creía le encantaría”, narra Daniel Hermelin Bravo, profesor de la Universidad Eafit y compañero de vida de Ximena Gaviria Gómez.

En sus tres bibliotecas: El Chicó, en Bogotá, y El Poblado y Malibú, en Medellín; conservaba un orden similar. Sin embargo, después de ser abuelo, en el apartamento de El Poblado —ubicado en el mismo edificio donde todavía viven Natalia y su familia— cambió. Ninguna casa vuelve a ser la misma cuando llegan los nietos.

En alguna de nuestras entrevistas en Medellín, después de que María Cristina abrió la puerta de entrada, me detuve en la alcoba principal, de paso a la biblioteca donde Carlos aguardaba mi visita. El suelo estaba cubierto de revistas *Semana*, perfectamente alineadas como retazos de un tapete, todas abiertas en la página con la foto de la misma columnista. Detrás de la cama, de repente, se levantó una melena dorada y su mirada de un azul casi traslúcido descansó en la mía. Se acercó a mí ese niño de cinco años. Sebastián Martínez Gaviria tomó la mano de la desconocida que yo era para él y recorrimos, una a una, las piezas de su ensamble: “Esta es Maríajimena”, “Maríajimena”, “Maríajimena”, repetía en nuestro fugaz tránsito por la historia de la infamia de este país.

“El error de Santos”, “Los que no son”, “A empellones”, “Los emputados”, “Escepticismo”, “Hackeo ético”, “El chavismo según Uribe” y “Atrapados en la Andrómeda”, alfombraban la habitación de “Toto” y “Abú”.

A Carlos Gaviria Díaz siempre le emocionó su papel de abuelo: “Nos cuestionaba en su momento por la duda que

teníamos de si tener hijos o no, nos decía que la gracia de la vida en pareja en gran parte eran los hijos: ¡Ahí una de sus facetas que no era tan liberal!”, dice Juan Carlos. Diana González, su esposa, explica que disfrutaba ese rol de manera “limitada y relativa”: “Cuando se los llevaban a la casa los saludaba emocionado, los abrazaba, pero a los cinco minutos cuando ya empezaban a estar muy necios, se estresaba, ponía una barrera”.

A pesar de la omnipresencia que significa la llegada de los nietos, nadie se atrevía a competir con la música del abuelo... hasta que llegó Santiago Márquez Gaviria.

A los dos años, empacaba en la lonchera, con el termo y el sándwich, su música favorita para oír en el jardín infantil. En los encuentros familiares no era distinto, cuando todavía habla-ba a media lengua, disputaba el dominio sobre la música con el abuelo, de igual a igual:

—¿Me prestas la grabadora?

—Bueno, yo te la presto un rato, San ti...

Un pulpito a ocho manos,

Aporreaba un par de pianos,

Su papá con maestría,

Marca el ritmo en batería.

(racatatapum racatatapum racatatapum pum pum pum pum)

Toca la flauta una foca,

En lo alto de la roca,

Pez serrucho más abajo,

Rasquetea el contrabajo

Bombombom bombombom bombombom bom bom bom bom

Aunque conmovido con la ternura de su nieto, pronto el abuelo buscaba la retoma del control:

—Cora, ¿no le podes decir a Anita que si Santi no

quiere ir a jugar alguna cosa afuera o ir a la piscina a ver si puedo recuperar la grabadora?

Desde canciones de Pablo Milanés hasta La gallinita Josefina, pasando por La Sinfonía inconclusa de Piero, hacían parte de la lista musical del hijo menor de Ana Cristina y Raúl. Una vez el niño rompió el cerco de poder, los demás acudían a él para cambiar la música que escuchaba Carlos. Simón, el hermano mayor le decía: “Santi ¿no quieres escuchar a Piero?!”.

Además de la música, el fútbol fue otra forma de encuentro (muy posterior) entre abuelo y nieto: Santiago sabía las alineaciones de la Champions League, las nuevas adquisiciones de La Liga o el calendario de la Bundesliga. A diferencia de su abuelo, desde la primera infancia, el nieto eligió ser hincha del equipo con más estrellas de la liga colombiana: el Atlético Nacional.

En la finca de La Ceja, en el oriente antioqueño, el abuelo pasaba días enteros frente al computador en un escritorio; sin embargo, siempre sacaba tiempo para conversar con los nietos, hacerles chistes y bajar con ellos a caminar cerca del lago. Ni en las vacaciones perdía la etiqueta, vestía bluyines, camiseta de cuello o camisa de manga corta y calzado cómodo; durante una breve temporada “conoció los conjuntos de sudadera”, pero pronto regresó a su vanidad habitual.

La imagen más nítida que los nietos conservan del abuelo es en una finca en Santa Fe de Antioquia, frente a una gran mesa: se mete la mano al bolsillo y lentamente saca la última ficha de ese último rompecabezas que vio armar en su vida.

Simón Márquez Gaviria, estudiante de Aviación, me recibe con sus padres un sábado en la mañana. La camiseta de su pijama es un lienzo degradado con la foto de su abuelo en blanco y negro “Carlos Gaviria 517 SENADOR BUEN

LEGISLADOR”: ‘Yo lo describo como una persona muy sabia y creo que eso no lo puede decir de cualquiera, uno dirá que alguien puede ser inteligente, incluso experto: experto viene más de la experiencia, pero el sabio (creo que él era una persona sabia) sabe resolver los problemas de una manera en la que nadie más los sabe resolver. El conocía de cualquier tema que uno le preguntaba, uno le podía preguntar de dónde viene esa silla y él tenía una explicación etimológica de la palabra silla, tenía una explicación acerca de la cultura, de donde salió, de la madera...”.

Cuando Carlos falleció, los compañeros del Colegio Alemán Medellín le preguntaban por su “abuelo famoso”, el que salía en la prensa y la televisión. Un profesor de Ciencias sociales, con el que Simón no sacaba las mejores notas, lamentó en dase: “En estos días se murió una de las personas más importantes para este país”. Los estudiantes respondieron al unísono: “¡El abuelo de Simón!”.

Además del “abuelo de Simón”, del exmagistrado, exsenador y excandidato presidencial, se referían al merecedor de la distinción «José Félix de Restrepo» (Universidad de Antioquia, 2000), del título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Colombia (1998), del galardón de Jurista Emérito del Colegio de Abogados de Santafé de Bogotá (1997), del Escudo de Oro de la Escuela Nacional Sindical (1997), de la Orden José Ignacio de Márquez del Consejo Superior de la Judicatura (1996), del Escudo de Oro (Universidad de Antioquia y gobernación de Antioquia, 1996), de la Orden Cámara Junior de Colombia (1996), de la Orden al Mérito Universitario Francisco Antonio Zea (Universidad de Antioquia, 1992) y del título de Profesor Honorario (Universidad de Antioquia, 1990).

Por petición de los profesores, Simón hizo una gira por los distintos cursos del colegio contándoles a todos quién fue

Carlos Gaviria Díaz: “Había muchos datos que eran sacados de Wikipedia, como lo hubiera hecho cualquier persona, pero contar experiencias como estar con él en la finca de Héctor Abad, bajar al lago a coger guayabitas, simplemente ver un atardecer, que nos hablara de un cuadro o cosas así: ¡eso cualquier persona no lo hubiera podido contar!”.

“A partir de ahí, mis notas empezaron a subir”, Simón concluye con una sonrisa tímida.

Además de los vínculos afectivos naturales con la familia política, Carlos Gaviria Díaz estableció una estrecha afinidad intelectual con uno de sus yernos.

Daniel Hermelin Bravo lo había visto personalmente en conferencias, primero como magistrado y después en sus campañas políticas al Senado y la Presidencia, siempre había votado por él y de alguna manera le había hecho campaña en círculos cercanos.

A finales del año 2007, en el Bar Berlín, en Medellín, una amiga presentó a Daniel y a Ximena, la hija menor de Carlos. El la reconoció de inmediato, pues la había visto diez años atrás en los pasillos y cafeterías de la Universidad Nacional, pero nunca tuvo la oportunidad de acercarse a ella, tampoco tenía idea de quién era su padre... hasta que alguien lo mencionó pasada la medianoche.

‘Yo ya la había invitado a salir, pero después pensaba: ¿será que sí me mantengo con la invitación? La hija de un señor tan famoso, además de la seguridad en pleno 2007, con muchos choques en los medios de comunicación entre Carlos y [Álvaro] Uribe; pero, a los días me dije: qué bobada, voy a salir, esta pelada se ve que es muy tranquila y no anda en función de eso”.

—¿Cómo fue aquel primer encuentro con tu personaje admirado ya en calidad de suegro? —converso con Daniel, profesor universitario, amoroso marido sin bendición y hombre

nervioso, más cercano a un personaje literario que a uno de no-ficción.

—Carlos tenía muy identificada a mi familia materna [Marta Elena Bravo, gestora cultural y profesora universitaria], a mi papá [Michel Hermelin, profesor universitario], sabía lo que hacían. Lo preguntó la primera vez que hablamos, de manera muy dulce, muy cortés, nunca sentí que Carlos estuviera preguntado ¿vos quién sos?, ¿de qué familia sos? y esas bobadas que aparecen en nuestros rasgos conservadores de la cultura. Carlos en eso no se metía, era una persona supremamente respetuosa. Nunca sentí un comentario como ustedes qué van a hacer con sus vidas o cuándo se van a casar o ustedes piensan tener hijos. María Cristina tampoco: nunca tuvieron una opinión sobre la vida privada.

—¿Hubo algo que te sorprendiera o llamara la atención por inesperado de esa celebridad ahora cercana a ti?

—A mí no me iba sorprender que fuera un tipo brillante, un tipo que fue coyuntural para este país, por la primera sentencia de la eutanasia, no solo en Colombia, sino quizás en todo el inundo, por defenderla como la defendió; o por la sentencia de la dosis mínima que, entre otras cosas, era para yo mismo defenderme cuando fumara marihuana, porque me gustaba bastante en otra época. El asunto que sí me llamó la atención fue su dulzura, era una persona muy dulce, de un trato muy cariñoso, al punto que él fácilmente nos podía saludar como saludaba a sus hijas y a su hijo, de beso: a sus yernos los podía saludar de beso y muchas veces lo hacía así.

—¿Cómo “rompieron el hielo” sabiendo que estabas taaaan nervioso?

—La primera pregunta que me hizo fue: “Tú que estudiaste ingeniería química, ¿cuál te parece a ti que es la ingeniería más compleja?”. Y yo pensé: ¡Uy! este señor tan importante, que yo admiro tanto, me está preguntando una

cosa, tengo que decir algo inteligente. Entonces hablé cualquier bobada, la cosa como que se pudo resolver al final, muy tranquilo, no sentí que me estuviera intimidando. Rápidamente fuimos a los libros y todo fue de mucha simpatía, como si fuéramos viejos amigos, con Carlos la relación fue muy estrecha.

—¿Por qué?

—Aquí me quiebro un poquito, pero a mí se me murió un gran amigo, a mí no se me murió mi suegro; sí, es el papá de

Ximena, pero para mí Carlos era un amigo cercano, a veces, como otro papá. Yo tenía una figura de un papá supremamente clara: mi papá fue mi papá y lo quise mucho, pero en muchas cosas Carlos era muy parecido a mi papá, gente muy estudiosa, de querer contar el relato completo, así era mi padre también. Yo me identifiqué muy rápido con Carlos, y molesto diciendo yo le ponía “play” y Carlos soltaba el rollo. ¿Yo qué voy a hacer acá? ¡Aprender de este señor! ¿Qué voy a aportar aquí? Puedo hacer un comentario para que la cosa se mantenga, muy natural. Ximena y yo un par de veces nos separamos, él me seguía llamando, como amigos, para saber cómo estaba. Y yo lo llamaba como amigo. Una vez me lo dijo: “No se te olvide que tú y yo somos amigos, independiente de los avatares de la existencia”.

—¿De qué hablaban?

—Con él se podía conversar de muchas cosas. A mí me llamaba la atención que, por ejemplo, hablábamos de política con todo el mundo, con el que estuviera y, obviamente, dependiendo: si había alguien con una postura muy distante, él trataba de evitar ese tema. Si veía que había convergencia: hablaba, pero no era lo que le apasionaba a él. Hablar de política era un mal necesario. Pero si podía en un momento detenerse a hablar de un libro que estaba leyendo o de

escucharlo a uno hablar de un autor que de pronto le llamaba la atención, se enganchaba. Me acuerdo mucho hablando de una novela de Antonio Tabucchi, a él le encantaba, decía: “¿cómo se desperdició este personaje?”. Y volvía a establecer un diálogo con Tabucchi, con los personajes de las novelas, en eso era muy apasionado. Me tocó ver varias veces que se le aguaran los ojos porque lo conmovía mucho la literatura.

—Pero, ¿y el fútbol, qué?

—Yo, de niño, hice una exposición sobre historia de los mundiales en el colegio y aprendí mucho del tema. Esto lo cuento porque en un momento empezamos a hablar y yo lo hacía con propiedad sobre el partido Hungría-Alemania en el Mundial del 54 en Suiza: ese partido tan importante. Nos enganchamos y Carlos me decía: “Daniel, ¿tú recuerdas en ese partido del 62?”. Y yo le contestaba: No, Carlos, no recuerdo porque yo nací en el 74, pero sí sé que Garrincha tal cosa. El con los deportes se entusiasmaba y gozaba, miraba los olímpicos. Veía las noticias de deportes y sobre todo de fútbol, si era de la Selección Colombia. Eventualmente veía algún partido Colombiano, era hinchas del Medellín. Si ganaba el Medellín, que no era muy común, y perdía Nacional, que no era muy común, nos buscaba a los hinchas del Nacional. Me llamaba el domingo a buscar pleito —dice en broma.

Daniel Hermelin Bravo, el último yerno que ingresó a la familia, estuvo a cargo del apoyo moral en el último gran trasteo de la biblioteca, en la mudanza al apartamento de las lomas de El Poblado: “Él no era muy práctico para algunas cosas y en un trasteo llega un momento en que hay que trastearse. Carlos estaba pendiente de dónde iba a quedar su libro en su nueva biblioteca, mientras Ximena se preocupaba con la mamá de lo importante: ¡Que la nueva casa empezara a tomar forma! Yo me quedé con Carlos mirando el libro, dónde iba a quedar. Nos quedamos con los libros, yo entendí que mi

función ahí era entretenerlo, pero atento. Él podía permitir que le empacaran, él estaba ahí pendiente, pero quería saber dónde iba a quedar todo”.

“Gracias a Daniel mis papás no se separaron: me quedaba con él todo un sábado organizando libros; por la mañana me decía “mi amor, moví un poquito los libros que acomodamos ayer” ... ¡Y los había mocado todos!... ¡Yal domingo ya los había movido tres veces más! —cuenta Ximena—. Daniel tenía la paciencia: cada vez que sacaba un libro de la caja, él te quería contar la historia, no solo lo que el libro decía, sino quién se lo había regalado. Llegó un momento en que dije: esto es perfecto, yo no aguanto venir todos los fines de semana a acomodar libros y reacomodarlos. Daniel se sentó con toda la paciencia y, entre ellos, armaron la biblioteca. La casa la armamos los demás”.

—El empresario Nicanor Restrepo Santamaría, muy importante en tu vida, Daniel, murió el 14 de marzo de 2015, el día en que Carlos fue ingresado a la Fundación Santa Fe.

—Nicanor murió quince días antes, a Carlos lo golpeó porque él se veía también enfermo, pero también porque lo admiraba mucho y lo quería mucho. El sentía que iban para el mismo lado, que él se iba morir también —me responde.

En el último enero de su vida, en una finca en Santa Fe de Antioquia, Carlos les comentó con toda la naturalidad a sus amigos Carlos Mesa y Piedad Rico: “En mis hijos hay de todo: los dos mayores se casaron por la Iglesia; Natalia y Brian, por lo civil, y Ximena y Daniel que están ahí viviendo juntos”.

A las cinco en punto de la tarde, se levantaba de la silla de la finca en Calatrava, El Retiro, Paipa, La Tebaida, Santa Fe de Antioquia, La Ceja: “¡Qué hermosura de atardecer!, ¡es que mira esto, Cora!, ¡Anita, mi amor, te estás perdiendo el atardecer!, ¡Tráiganme la cámara!, ¡No, yo voy por la cámara!, ¡Pero rápido porque nos vamos a perder el atardecer!”. Podía

tomar hasta sesenta fotos del mismo atardecer.

Si a Santiago Márquez Gaviria le cedió la grabadora, a Alejandro Martínez Gaviria le soltó la cámara fotográfica: “Le permitía unas cosas que no les permitía a los demás: la cámara de fotos era prohibida para nosotros. Mi papá siempre tuvo una cámara de fotos viejísima que no podíamos ni tocar; después de una de las campañas políticas le quedó una cámara digital Canon”, dice Natalia. Alejandro, su hijo, interviene: “Yo pintaba, yo dibujaba y tomaba fotos, ¡hacía de todo con mi abuelo!”.

Carlos Gaviria Díaz dejó la misma certeza, íntima y secreta, en cada uno de sus seis nietos: yo soy el favorito del abuelo.

—¿Recuerdas algún momento especial con el abuelo Carlos? —le pregunto a Andrés Gaviria González, el hijo menor de Juan Carlos.

—Me acuerdo de una vez que estábamos en su casa y él estaba oyendo en la radio un partido de Medellín-Once Caldas.

—¡No puede ser! ¿Compartías camiseta con él?

—Yo diría que de las mejores: ¡porque los dos éramos los únicos hinchas del Medellín!

—¿Y qué pasó entonces?

—No quiero pensar en eso.

—¿Por qué?

—Me pongo triste —me contesta Andrés con la voz apagada.

—¿Tú sientes que el abuelo te quería? —Juan Carlos interrumpe a su hijo.

—Sí, pero yo creo que yo lo quería más a él.

—¿Qué hiciste tú en el acto donde se estaba conmemorando su muerte, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia? —le pregunta Diana, su mamá.

Andrés calla.

—¿Te acuerdas de qué dijiste? —repito unos minutos después.

Andrés mira a su papá y su mamá, luego se dirige hacia mí, tal vez, pensando... ¿Será que le cuento a esta señora? Y oculta su risa con ambas manos.

Soy feliz

Soy un hombre feliz

Y quiero que me perdonen

Por este día

Los muertos de mi felicidad

III.

Del Espíritu (no) santo

¡Ay, mi patria, tan bella y perdida!

¡Ay, recuerdo tan grato y fatal!

Va, Pensiero

Ópera Nabucco, Guiseppe Verdi

Guion de Temistocle Solera

Nunca, jamás de los jamases, se sentó en sus lecciones

universitarias. Durante tres décadas de docencia permaneció de pie, fiel a la dialéctica socrática, ajeno a la ortodoxia magistral.

—Vamos a distinguir entre Derecho, moral y cortesía: -apongamos que su mamá está en una casa de ancianos y usted no la visita, ¿usted qué siente? —es la primera provocación a los primíparos del curso de Introducción al Estudio del Derecho.

—Ay, como un remordimiento —murmura un alumno mientras mira de reojo al profesor y juega con un lápiz amarillo.

—Ahora, ¿si usted mata a una persona?, ¿qué siente?, e independientemente de la sanción, ¿qué pasa?! —replica para toda la clase.

—¿Me meten a la cárcel?, ¿también siento remordimiento? —responde una voz insegura, desde la pared posterior del salón.

Corre un poco sus libros del escritorio principal, coge una aza blanca y traza en el tablero un círculo —de redondez cuestionable— con dos vectores adentro, uno apunta hacia arriba, el otro en sentido opuesto: los actos, la intención, las vivencias mencionales, el dolo, la culpa y la mala fe, a través de una ilustración de la tesis del criminalista alemán Gustav Radbruch explica su reelaboración de la distinción entre Derecho y moral: “¿Una moral de meros nobles propósitos resulta tan estéril, como desalmado un sistema jurídico desdeñoso de las actitudes internas del sujeto, incidentes en su conducta!”, comenta el maestro en ciernes, que enriquecía su cátedra con anécdotas para ilustrar casos concretos.

Con un par de libros bajo el brazo, el profesor llegaba puntual a la cita con sus pupilos: podía traer a Jorge Luis Borges, Hans Kelsen o León Tolstói, su pensamiento no permanecía encadenado a las ideas jurídicas. Paseaba entre las filas de pupitres y, de un momento a otro, desenfundaba su

índice derecho del bolsillo para apuntar a algún discípulo, ese “gesto inmortal”, grabado en la memoria de tres generaciones de abogados, daba pie al énfasis del asunto que ocuparía cada clase: cualquiera podía ser el blanco del dedo cuestionador y de los ejercicios de mayéutica de aquel abogado recién llegado de la Universidad de Harvard, quien se sumía en silencios hondos cuando se sentía interrumpido o notaba distracciones. No era sencillo enfrentar el mito del curso de Introducción al Estudio del Derecho: “nadie lo pasa”, “eso es lo más miedoso”, “la clave con él es estudiar”, cotorreaban en las cafeterías universitarias, donde se sabía que la materia era un “colador”, un prerequisite obligatorio para todas las demás asignaturas, reprobarla implicaba atrasarse un semestre en la carrera.

Solo Carlos Gaviria Díaz impartía esa cátedra en la Universidad de Antioquia.

Harvard, Escuela de Derecho, albores de los setenta, un maestro tan temido como respetado: la escena se acercaba a la tribuna del legendario profesor Charles W. Kingsfield de la novela *The Paper Chase* (John Jay Osborn Jr., 1971) o de la serie de televisión del mismo nombre (James Bridges, 1973), pero no... la versión local de ese drama estaba permeada por juicios implacables, sujetos a la situación política y social de esta región del continente. En el bloque catorce de la Universidad de Antioquia, haber estudiado en un campus de la Ivy League con una beca financiada por la Fundación Ford era un estigma:

“Llegó en medio de un ambiente muy duro, las masas lo proclamaban como un agente del imperialismo yanqui”, lamentan algunos de sus colegas.

Gaviria era un treintañero con apariencia de dandi, tan exigente como el viejo Kingsfield, pero con el tablero en una universidad pública y en una ciudad profundamente conservadora. Con el mismo afán con que lo tildaron de

“imperialista” tan pronto regresó de Estados Unidos, lo llamaron “comunista” mando ingresó a la Asociación de Profesores de la Alma Máter. Entonces, el Frente Nacional agonizaba y en varios países de América Latina se intentaba comprender la realidad sociopolítica y cultural a partir de las ideas de autores como Antonio Gramsci, Albert Camus, Jean-Paul Sartre, Michel Foucault y Louis Althusser o, en nuestro entorno, los escritos de Estanislao Zuleta, Antonio García y Orlando Fals Borda. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto ocupaban los estantes del análisis del sur del continente.

En Colombia, el ambiente era de lucha armada y agitación social. En el año 1967, el movimiento estudiantil había sido sofocado y los consejos estudiantiles desintegrados en las principales universidades. Un año después, el movimiento se reagrupó para protestar contra la influencia de las fundaciones norteamericanas en los campus, la imposición del Plan Básico de la Educación Superior del Gobierno Nacional (basado en recomendaciones de la Misión California, integrada por diez autoridades de los Estados Unidos en educación superior), y la presencia de los Cuerpos de Paz, que en los corredores universitarios eran vistos como “espías”.

En 1968, la Universidad de Antioquia trasladaba parte de sus dependencias del centro de Medellín al nororiente del Valle de Aburrá; en las plazoletas, corredores, arboledas y alrededores

de la nueva ciudad universitaria los jóvenes coreaban las estrofas de Violeta Parra:

Me gustan los estudiantes
porque levantan el pecho
cuando les dicen harina
sabiéndose que es afrecho,
y no hacen el sordomudo

cuando se presenta el hecho.

Caramba y zamba la cosa,

el Código del Derecho

En mayo de 1969, con las protestas por la visita de Nelson Rockefeller, los universitarios prepararon las que serían las jornadas de 1971 en defensa del Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos, iniciativa de corte antiimperialista que protegía los principios académicos y clamaba por un aumento presupuestal que garantizara el funcionamiento de la universidad pública. El 20 de abril de 1971, seiscientos cincuenta estudiantes fueron detenidos y concentrados durante una noche en el Coliseo Iván de Bedout de Medellín. Se denunciaron malos tratos.

Las universidades públicas en los setenta fueron un hervidero social, político y cultural. En esa coyuntura, Carlos Gaviria proclamó “¡Déjenme hablar!, entonces habló y le explicó a todo el mundo que él no era ningún agente del imperialismo, sino un demócrata”, evoca su colega Jesús María Gómez.

El 8 de junio de 1973, después de una Asamblea General en el Teatro Camilo Torres de la Universidad de Antioquia, una protesta de profesores y estudiantes partió hacia el centro de Medellín; en un intento por evitar que un camión fuera incendiado por los manifestantes en las afueras de la ciudad universitaria, Maximiliano Zapata, un agente secreto del DAS, disparó al aire para dispersar la marcha. Los estudiantes se abalanzaron contra el hombre armado que termine) por asesinar a Luis Fernando de Jesús Barrientos Rodríguez, un estudiante de Ciencias Económicas. El bloque administrativo de la institución ardió en llamas, el campus fue militarizado y cerrado durante dieciocho horas. Se decretó el toque de queda en toda la ciudad. Diecinueve años atrás, bajo la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, había ocurrido la masacre de

estudiantes en Bogotá. Las muertes violentas de universitarios en esas dos ocasiones dieron origen a la conmemoración de “Las jornadas del 8 y 9 de junio”.

“La confrontación ideológica de la época era temática: el Plan Básico de la Educación Superior del Gobierno Nacional, la intervención armada de Estados Unidos en Vietnam, el Programa Mínimo de los Estudiantes Colombianos, el Estatuto Docente, el cogobierno (gobierno universitario representado por estudiantes, profesores y egresados), la precaria situación financiera de la Universidad y los desmanes de la Fuerza Pública”, escribió la profesora Alba Rocío Rojas León en *Hacemos Memoria*, un proyecto de la Universidad de Antioquia para la narración del pasado.

La plaza central de la Universidad de Antioquia es conocida como la Plazoleta Barrientos, basta caminar algunos pasos para llegar a la biblioteca pública universitaria que hoy lleva el nombre de Carlos Gaviria Díaz.

Julio González Zapata, docente de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de esa universidad, recuerda a su maestro: “Gaviria trataba de hacer del aula de clase un espacio de confrontación de ideas, donde los estudiantes, previa preparación para cada sesión, pudieran entablar un diálogo con el docente en el cual se pudieran precisar conceptos, afinar ideas y, sobre todo, formarse sus propias opiniones, después de escuchar atentamente las de los compañeros y del profesor”.

“Era completamente impresionante como daba las clases, su memoria, no se pegaba de nada. Uno no lo veía nervioso, era sobrado para hablar: una oratoria perfecta —dice la abogada

Luisa Margarita Henao, exalumna y amiga de Carlos—. ¡Claro que uno tenía que enamorarse de una persona así!”.

Antes de cada encuentro académico, asignaba una lectura sobre necesidad y libertad, moral y derecho, derechos y

usos, estructura de la norma; si un día se discutía a Fritz Schreier, al siguiente a Hart, Hume, Kant, Habermas, Hartmann y Latín...

¿Por qué tanta alharaca?!

Se trataba de aprender a pensar a partir de las ideas de Del Vecchio y Spengler y Hohfeld y Petrasizky y Platón y Rousseau y, cómo no, su majestad Hans Kelsen.

El primer examen parcial bajo su calificación era una tra-gedia anunciada semestre tras semestre, evocan algunos de sus exalumnos todavía emparamados por las "lluvias de unos y ce-ros". Era un examen tipo ensayo que nadie quería ensayar, una evaluación de conceptos básicos en la cual la claridad del análisis debía primar sobre la habilidad de la memoria.

"Perdía mucha gente, porque los exámenes eran muy difíciles, ponía unos casos muy complicados precisamente para ver cómo la gente lograba salir, cómo lograba defender los derechos —comenta Luisa Margarita Henao, rodeada de libros y discos, en el estudio de su casa en Envigado—. Pero uno lo acababa admirando, para mí era un maestro del Derecho o, mejor, fue un maestro". Y continúa: "Con la vehemencia y con el amor con los que él defendía las cosas que enseñaba, uno se enamoraba del Derecho completamente".

Los primeros años de Introducción al Estudio del Derecho se concentraban en el contenido de su propia tesis de grado, que, a la vez, seguía los planteamientos del mexicano Eduardo García Máynez. Durante décadas, generaciones de abogados circularon en mimeógrafos y fotocopadoras la tesis de Carlos Gaviria Díaz: "Apuntes para un curso de introducción al estudio del Derecho" (1965), la cual recibió en 1967 la Mención de Honor de un tribunal calificador integrado por Lucrecio Jaramillo Vélez, Jairo Duque Pérez y Diego Tobón Arbeláez.

Veinticinco años después, tras depurar y enriquecer las

ideas de su tesis, Carlos escribió el libro Temas de introducción al derecho, una concepción kantiana del Derecho y la moral, que incorporó algunos juristas poco referenciados en Colombia al principio de los años setenta, como Wesley Newcomb Hohfeld, autor de las concepciones jurídicas fundamentales. En Harvard también conoció la obra del filósofo y lingüista austriaco Ludwig Wittgenstein, cuyo discurso plasmó en sus clases y su diario vivir.

—¿Entonces el concepto de autonomía de Rousseau contradice el planteamiento de la heteronomía de la norma, de que El Derecho es heterónomo? —duda en voz alta una muchacha desde su pupitre, con la mano a medio levantar.

—¡Muy inteligente su pregunta!, ¿usted cómo se llama? —se le acerca el profesor.

Con el paso de los años, esa joven estudiante, Clemencia Hoyos Hurtado, ocupó un lugar excepcional en la vida profesional y familiar de Carlos Gaviria Díaz.

“En esa época, para uno los profesores eran unos seres por allá [señala hacia arriba], unas personas distantes que merecían mucho respeto y tenían una oficina grande para ellos solos”, dice su exalumna, ex vicedecana de la Facultad de Derecho y exsecretaria general de la Universidad de Antioquia, quien integró con algunos compañeros de Derecho el grupo que se autodenominó “El gavirismo científico”. Con el paso de los años, “Gavo” y Clemencia compartirían mucho más que conceptos jurídicos, “nos identificábamos plenamente: amábamos la leche con panelita o con bocadillo, nos gustaba la cola granulada JGB, pero nunca revuelta con otras cosas, sino como mecato. Hablábamos también de eso: de bobadas”.

—¿Cómo se da el acercamiento con el profesor, si entonces existía una distancia tan marcada con los alumnos? —me siento a conversar en el café Exlibris de Medellín con la abogada Clemencia Hoyos Hurtado, cuya amistad acompañó la

mayor parte de la vida de Carlos Gaviria, desde sus años como profesor universitario.

—El acercamiento con los estudiantes iba siendo poco a poco, no había esas relaciones tan cercanas que se forman hoy. Pero cuando ya uno se volvía amigo de los profesores... ¡Yo me emborrachaba con él, y con Fernando Mesa Morales y Orlando Mora, en la Casa Gardeliana!, de dieciocho años aprendí a tomar aguardiente a la velocidad de ellos. Haber sido buena alumna era un poquito la vía de acceso, pero también la posición política.

—En algunas entrevistas me han dicho que entre profesores había envidias, desacuerdos porque, entre otros asuntos, Carlos Gaviria defendía un Derecho liberal no nacido de Dios, no creacionista, ¿Cómo veía a Gaviria la comunidad académica de los setenta?

—Como un gran profesor que rajaba a sus alumnos, muchos lo criticaban por eso. Muchos otros lo veían como un señor simplemente liberal, librepensador; pero después, en la medida en que vinieron las luchas contra el estatuto docente de Luis Fernando Duque [exrector Universidad de Antioquia], y él ya era presidente de la Asociación de profesores, con un liderazgo impresionante, entonces ya uno ahí le iba viendo esa faceta más política, ya más, digámoslo así, de izquierda.

—Se habla mucho del “gallinero”, ¿qué era eso?

—Tengo una maleta con mis fotos y mis objetos preciados, uno de ellos es cuando me nombraron secretaria general del gallinero: Gaviria me escribió una carta muy bonita, ahí firmamos todas las gallinas y los gallos. Las gallinas éramos Luisa Margarita Henao, Luz María Restrepo, Luz Helena Henao, Beatriz Jiménez Panesso, Alba Rosa del Río, Ana Lucía Herrera, Teresita Arias y yo. Los gallos eran Carlos Gaviria, Alberto Ceballos, Luis Fernando Restrepo, Roberto Ojalvo, Jesús María Gómez y Mario Yepes, aunque este último

no perteneciese formalmente a la Facultad. Si mal no recuerdo a veces adoptábamos a Ramiro Rengifo. Nuestro lema era “No más gallinas en la olla”.

—¿A qué se dedicaba el famoso gallinero?

—Realmente nosotros éramos una fuerza política, porque nos reuníamos y, exagerando un poco, decíamos: no nos gusta este decano, tiene que ser este otro. Eso se convirtió en toda una institución, Chucho [Jesús María Gómez], el marido de Luz María Restrepo, nos mandó a hacer sello, ¡teníamos sello y todo! Si había fiesta de profesores o de secretarías, nosotras fijábamos la cuota, recogíamos y discriminábamos a quién recibíamos o no. Tengo fotos de una fiesta en la que ya no sé ni quién es nadie, son como un tesoro para enmarcar.

—¿Cuál es la gran enseñanza de Carlos Gaviria, el profesor?

—No se trataba de aprender muchas cosas, Gaviria lo que hizo fue enseñarnos a pensar. No era tan importante cuál era la respuesta a la que llegaba la definición de moral, por ejemplo, sino llegar a conclusiones a través del contraste, del énfasis o inclusive no llegar a conclusiones. No se trataba de aprender contenidos, sino de ejercitarnos en el arte de pensar con rigor y claridad, a propósito de la heteronomía del Derecho, la autonomía de la moral, los imperativos categórico e hipotético de Kant y la pirámide kelseniana, con su famosa e inteligible Constitución en el sentido lógico jurídico. Y cómo olvidar el capítulo relativo a la justicia y su aproximación desde el positivismo y el iusnaturalismo. Mirado retrospectivamente, creo que, por eso, cuando él descubrió a Wittgenstein se identificó tanto con él en dos cosas: solamente se pueden responder preguntas pertinentes, que tengan sentido; y la ética, todo lo que tiene que ver con el comportamiento, cuál es el comportamiento debido. Y en Wittgenstein es: la

ética no se enseña, la ética se muestra.

—¿Es cierto el mito universitario de que Carlos Gaviria repetía de memoria fragmentos del *Tractatus*, de Wittgenstein?

—Sí, a veces hacía eso porque son aforismos. Y, como era tan vanidoso, él mismo decía: “Cito de memoria”. Es que él no solo se sabía de memoria el *Tractatus*, Orlando Mora decía: “Lo verraco de esta biblioteca es que se la ha leído (oda ¡y se la sabe!", porque su memoria era prodigiosa.

En un homenaje póstumo a su amigo “Gavo” ella dijo estas palabras: “Es difícil no sentir nostalgia de las épocas en las cuales lo más extraordinario que hacíamos era tomar aguardiente y escuchar tangos, a sabiendas de que, al día siguiente, mientras los demás a duras penas sobrevivíamos, vos ya te habías levantado a leer a Wittgenstein en alemán. Era la época en la que recitabas de memoria el *Tractatus*”.

—Carlos tenía una afinidad especial con las mujeres, le gustaba conversar, debatir con sus amigas mujeres, ¿o no? — continuo mi charla con Clemencia.

—Yo no tengo esa sensación, lo que pasa es que tenía más amigas mujeres porque el hombre era coqueto, conquistador, vanidoso: ¡imagínate! Tenía con qué, porque era inteligente y además tenía porte, aunque él era feo en el sentido estricto de la palabra, era un hombre atractivo: ¡¿Usted con esa inteligencia?! ¡¿Y con ese verbo?!

—¿Siempre fue así, vanidoso?

—Sí, él solo estuvo muy hippie en el año 1977, en el sesquicentenario, con la barba poblada, no parecía él, tan alborotado. Era una transición.

En 1967, cuando terminó el bachillerato en el Colegio de Villa Lestonnac, Luz María Gómez conoció a Carlos Gaviria en la entrevista para ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, lo acompañaba el director de la Revista Estudios de Derecho, Benigno Mantilla Pineda. En

esa oportunidad le preguntó por sus lecturas e intereses: “Yo solo pensaba que tal vez se burlaba de mí, a pesar de su gentileza”, recuerda la abogada, quien constató que estaba frente a “una eminencia” desde el preciso momento en que se sentó en un pupitre del curso de Introducción al Estudio del Derecho.

Cuando Gómez se graduó de la carrera, Carlos la nombró para dictar la cátedra de Derecho Comercial General. Con Luisa

Margarita Henao, Clemencia Hoyos y Yolanda Álvarez, hizo parte del grupo tanguero con el que Gaviria recorría los bares aledaños a la universidad y del centro, y lugares legendarios de Medellín como El Jordán, en Robledo, y la Casa Gardeliana, en el barrio Manrique.

La oficina del profesor Gaviria se ubicaba en la mitad del corredor, en el cuarto piso del bloque catorce de la Universidad de Antioquia. Los anaqueles con sus libros de Derecho y literatura enmarcaban una especie de cuadro intelectual protagonizado por él, en permanente actitud de estudio en su escritorio, con una imagen de Bertrand Russell en el costado, y un ventanal con mirada hacia los tejados de la Facultad de Ciencias Económicas.

Ese nivel era una galería de salones y oficinas de la secretaría y de los docentes Jairo Duque Pérez y Fernando Mesa Morales. En ese corredor también estaba el despacho de Luis Fernando Vélez, quien sin falta salía al balcón a darles de comer a los pechirrojos, sirilíes y azulejos del campus.

De Ciencias Políticas, llegaría el profesor Félix De Bedout Gaviria, hijo del propietario de la prestigiosa Editorial Bedout, un rebelde que fue enviado por su familia a estudiar Finanzas en Estados Unidos, pero prefirió matricularse en Literatura griega. (ion De Bedout y su esposa Blanca Luz Molina, los Gaviria Gómez entablaron una amistad entrañable.

Libertad y orden. La Revolución francesa en imágenes y textos fue una antología sobre la Revolución francesa, un volumen bajo la dirección de Félix De Bedout, en cuyo texto introductorio Carlos, desde el cargo de vicerrector, lo calificó como un “libro inusitado” por la importancia que revestía el hecho de que la Universidad de Antioquia participara en la publicación.

En el barrio Alfonso López o en la casa de la familia De Bedout Molina, Carlos Gaviria, Mario Yepes, Clemencia Hoyos, el Pibe Jaime Henao y el anfitrión declamaban poemas y oían música: “Félix es un conversador maravilloso y, como lector voraz, es una cátedra”, dice el maestro Yepes. En una oportunidad fueron a una tienda ubicada en una casa con un cuarto forrado en discos de tango, de 78 y 33 revoluciones por minuto, Gaviria y De Bedout, haciendo gala de su memoria extraordinaria de tangófilos, se batieron en franca lid: quién canta, quién compuso, cuál es la orquesta, quiénes la integraban, quién era el primer violín, el pianista, el bandoneón, la guitarra. Carlos llegaba al extremo de exclamar: “¡No, señores, en ese año, el segundo violín era fulano, porque el otro violín estaba en vacaciones!”.

No solo el tango, todo el folclor argentino tenía un lugar privilegiado en sus afectos...

Y nunca te’i de olvidar
en la arena me escribías
y el viento lo fue borrando
y estoy más solo mirando el mar.
Qué lindo cuando una vez
bajo el sol del mediodía
se abrió tu boca en un beso
como un damasco lleno de miel

En reuniones caseras con María Cristina y a veces sus hijos, y con amigos como Mario Yepes y Luisa Margarita

Henao, Jorge Puerta y Sonia Tamayo, y Álvaro Londoño y Beatriz Arango, cantaba tangos y música colombiana del interior: “El cantaba con un entusiasmo enorme, se sabía muchísimas canciones, y hay una cosa que ha sido muy mencionada sobre todo por Tulio [Eli Chinchilla] : siempre nos corregía las letras de las canciones, todo el mundo va perdiendo la memoria, pero él invariable, siempre, en todo, no solamente en música colombiana, sino en tango, le corregía a todo el mundo porque se las sabía completas”, dice el maestro Yepes y su esposa lo interrumpe: “desafinadito, pero cantaba”, y de inmediato él aclara “era una persona que disfrutaba mucho cantando, pero no era tan desafinado, era más como esa manera de cantar que en música se llama el recitativo, como en la ópera: es más lo que se recita que lo que se canta”.

Tulio Eli Chinchilla, profesor de Derecho Constitucional, le compuso una canción a la memoria de su amigo en ritmo de danzón cubano y son Caribe: “La última luz de la tarde, in memoriam Carlos Gaviria Díaz”: “Dado que no tengo don poético, la letra y el título son frases sueltas que dicen cómo lo percibía yo, lo que me inspiraba como maestro, referente ético y amigo. Dice: Libertad de soñar la libertad/ libertad de soñar sueños de libertad/ cuando se pone el sol queda una luz/ que no se irá a ningún lugar.”

Si en algún campo Gaviria podía ser definido como un demócrata era en la música: del éxtasis ante la grandeza de las composiciones de Franz Schubert y Johannes Brahms, o las in-terpretaciones de Friedrich Guida y Sviatoslav Richter, pasaba al asombro con La Cucharita de Jorge Velosa, La pollera colorá Wilson Choperena, Carmen de Bolívar de Lucho Bermúdez, o Cuatro preguntas de Eduardo López. Con cierta frecuencia, con su grupo de amigos se encontraban con la maestra Teresita Gómez, que accedía a interpretar en el piano algunas obras de Luis Antonio Calvo, las predilectas de Carlos,

como los Intermezzos, en especial el No. 2 Lejano azul.

Su memoria intentaba expandir sus horizontes con un acto simple: coleccionar programas de mano de los conciertos, también procuraba ir a teatro en su ciudad o donde quiera que estuviera; pero su gran ejercicio de evocación fue siempre la poesía, en YouTube circula un video en el que declama el poema Camino de la patria, de su amigo Carlos Castro Saavedra:

[...] Cuando en lugar de sangre por el campo
corran caballos, flores sobre el agua.
Cuando la paz recobre su paloma
y acudan los vecinos a mirarla.
Cuando el amor sacuda las cadenas
y le nazcan dos alas en la espalda.
Sólo en aquella hora
podrá el hombre decir que tiene patria.

Entre los poetas clásicos, recitaba a Félix Lope de Vega y Carpio y a Francisco de Quevedo, a Porfirio Barba Jacob y al León de Greiff, y a otros más olvidados como Alberto Ángel Montoya, el “Maestro del soneto galante”, o el argentino Francisco Luis Bernárdez:

Si para recobrar lo recobrado
debí perder primero lo perdido,
si para conseguir lo conseguido
tuve que soportar lo soportado,
si para estar ahora enamorado
fue menester haber estado herido,
tengo por bien sufrido lo sufrido,
tengo por bien llorado lo llorado [...].

El cine era mucho más que un plan familiar de alquiler de clásicos en Betamax y VHS para ver en casa; Carlos Gaviria frecuentaba las salas del centro de la ciudad, entre ellos el tradicional Teatro Libia, donde buscaba películas como La

noche de Varennes (Ettore Scola, 1982), Novecento (Bernardo Bertolucci, 1976) o Sacco y Vanzetti (Giuliano Montaldo, 1971); para después comentarlas con sus contertulios.

Mucho se habla de su sentido del humor: “Era un tipo muy afectuoso, muy dulce, con mucho carácter y muy mamagallista. Se burlaba de todo el mundo, pero uno no le podía hacer un chiste, a él no le gustaba que lo molestaran”, dice Jesús María Gómez. “¡Ay del que se burlara de él!”, recuerda su colega y hermano en el tango, Jaime Jaramillo Panesso.

Al maestro Mario Yepes, profesor y ex decano de la Facultad de Artes (1983-1986), no le cabe la menor duda sobre la crueldad del humor de su amigo: “El lema de los parnasianos era sacrificar un mundo para pulir un verso; una vez le dije a Carlos: ¡vos sacrificarías un amigo por pulir un chiste! Él no tenía compasión con la gente”.

Sobre aquellos comentarios ácidos aún en los momentos de mayor adversidad, en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas recuerdan el 14 de octubre de 1981, cuando el vicepresidente de los Estados Unidos, George H. W. Bush (Ronald Reagan era el presidente), visitó a Colombia. En medio de las protestas desatadas en la Universidad de Antioquia, Carlos Gaviria le dijo a Félix De Bedout, quien por aquel entonces impartía el seminario optativo de Anarquismo: “Oíste, hombre Félix, ¿esta es la sesión práctica de tu clase o qué?”.

El desarrollo posterior de esa jornada violenta no pudo ser peor. “Carmen Cañaveral López, religiosa lisiada, murió incinerada luego de que varios manifestantes arrojaran bombas molotov al vehículo en el que se movilizaba acompañada de su hermano, el sacerdote fray Luis Ovidio Cañaveral, quien sufrió graves quemaduras. El Consejo Superior Universitario ordenó la suspensión de las actividades al interior del campus y la

fuerza pública tomó el control de la universidad. Un soldado resultó herido como consecuencia de los disturbios y ciento veinte estudiantes fueron detenidos”, informó el periódico El Colombiano al día siguiente.

A merced del caos, el libro *Los anarquistas*, del sociólogo Irving Louis Horowitz, quedó sobre el escritorio del profesor De Bedout, abandonado en la muerte honda que significa hasta el cierre más breve de una universidad pública.

Casi un mes después, el 12 de noviembre de 1981, en un parqueadero de la Universidad de Antioquia, guerrilleros del M-19 secuestraron a una estudiante de sexto semestre de Economía: Martha Nieves Ochoa, la hermana de Jorge Luis, Juan David y Fabio Ochoa, narcotraficantes del Cartel de Medellín. La joven fue liberada el 16 de febrero de 1982, en Armenia. Ese crimen fue el origen del grupo paramilitar Muerte a Secuestradores (MAS) que aterrorizó a los colombianos durante años.

En marzo de 1983, el periodista Pedro Nel Valencia le preguntó a Gaviria para el periódico *El Mundo de Medellín*:

—¿Quién debe juzgar a los militares implicados en el MAS?

—Bueno, si los militares que resulten implicados con el MAS han hecho parte de esta organización a título eminentemente personal, sin nexo alguno con la institución militar, es obvio que su juzgamiento compete a los jueces ordinarios. Ahora, si se sostiene que son los tribunales militares los competentes para juzgarlos, es porque implícitamente se está admitiendo algo muy grave, y es que esa participación ha tenido lugar en razón del servicio, lo que sería reconocer una participación a nivel institucional de las Fuerzas Armadas en el MAS —le respondió al reportero.

A medida que crecía la Facultad, ingresaban nuevos docentes, pero nadie se atrevía a proponer que el profesor

Gaviria compartiera su oficina después de tantos años de independencia; finalmente, el doctor Julio González Zapata entró a ser parte de ese espacio... y de la vida de Carlos.

En las pausas entre clases se reunían con visitantes literarios bastante comunes en la universidad de aquel entonces: se trataba de vendedores de libros que llegaban como bibliotecas móviles con posibilidad de pago inmediato o fiado. Alberto Berrío, el librero ambulante que visitaba a Carlos, marcó una época: era un estudiante de Derecho, descendiente de una familia adinerada que lo desheredó por haberse “descarriado” al militar en el Partido Comunista Colombiano (PCC). Siempre de saco y corbata y con un maletín de cuero cargado de libros, se asomaba por la puerta de la oficina de cada profesor para ofrecer clásicos, novedades de ficción, y libros de Filosofía y Derecho.

“A Berrío le encantaban la política y la filosofía, era un conversador muy ameno. Se honraba mucho de ser militante del PCC en una época en que peyorativamente los llamábamos los mamertos”, comenta Jesús María Gómez.

Berrío les fiaba a los profesores, entre ellos Gaviria, que era un comprador compulsivo de libros. Clemencia Hoyos dice que eran tantos los libros que compraba, que los dejaba en la oficina, en manera de depósito, “me acuerdo mucho cuando compró un libro que valía toda la plata del mundo y él se moría del pavor de llevarlo a la casa ¡porque se daban cuenta de que en eso se gastaba la plata!”.

El librero ambulante nunca terminó la carrera. En los años ochenta murió cuando intentaba subir en un bus que le cerró la puerta de acceso y finalmente lo atropelló. Quienes trataron de socorrerlo, lo encontraron desplomado sobre el pavimento, con su habitual saco y corbata, y aferrado a un maletín de cuero cargado libros.

La célebre frase del escritor Jorge Luis Borges aplica a

la vida de Gaviria: “Que otros se enorgullezcan por lo que han escrito, yo me enorgullezco por lo que he leído”. Como consecuencia del método de enseñanza socrático, el gran patrimonio de Carlos Gaviria Díaz es oral. Su producción escrita fue muy limitada: Sentencias. Herejías constitucionales (Fondo de cultura económica, 2015), Mito o logos: hacia la República de Platón (Luna libros, 2013), Etica para una nueva sociedad (Secretaría de Educación de Medellín, 1997) y Temas de introducción al Derecho (Señal Editora, 1992). También fue coautor de obras como HansKelsen: una teoría pura del Derecho (Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2010), Manual de ateología (Tierra Firme, 2009) y Juego limpio (Corporación Cultural Nuevo Milenio, 1998).

El profesor González Zapata, destaca que Carlos “modernizó de una manera irreversible” la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, y que consideraba crucial la reforma al pensum para “rescatar el rango del Derecho como disciplina científica y como ejercicio profesional socialmente útil”. En 1968, Gaviria escribió el objetivo: “Formar juristas, o sea personas que hagan del Derecho su constante y primordial objeto de meditación, de quehacer mental, que alienten y estimulen el progreso de la ciencia jurídica y consecuentemente de las propias instituciones que conforman y hacen posible la vida comunitaria”.

El abogado Jesús María Gómez explica: “Se semestralizaron las materias, se dividió por distintas áreas, como las de introducción, de formación política o filosófica, distintas áreas del Derecho, básicos, procesales, prácticas jurídicas. Eso era una tarea de Gaviria que yo creo que no se le ha reconocido en Colombia: lo que él significó y lo que él logró con eso”.

También impartió la cátedra de Filosofía del Derecho,

adoptó como autor de cabecera al filósofo británico del Derecho y ex servidor de inteligencia del MI5 Herbert Lionel Adolphus Hart. Sobre aquellas clases, solía exclamar en broma: “¡En esta cátedra enseño todo lo contrario a Introducción al Estudio del Derecho!”. Como antesala, en 1990, dictó el curso de extensión académica “El positivismo después de Kelsen”.

El maestro Mario Yepes reconoce que, aunque Gaviria no tenía un cargo directivo, su apoyo como líder gremial en la academia fue fundamental para la creación de la Facultad de Artes: “La universidad tenía la responsabilidad de crear por primera vez en el país una escuela de artes, de las tres artes, de nivel universitario. La había en la Universidad Nacional y la del Valle, pero ninguna otorgaba título universitario a los egresados. La Universidad de Antioquia terminó siendo la primera”.

Carlos Gaviria Díaz permaneció vinculado a la Universidad de Antioquia durante más de tres décadas: en sus aulas estudió el pregrado en Derecho y Ciencias Políticas, ejerció el requisito académico de la judicatura en el municipio de Rionegro, como Juez Promiscuo Municipal, desde el 12 de enero de 1962 hasta el 12 de enero de 1963; después ingresó como profesor, entre 1967 y 1969 fue nombrado decano de la Facultad de Derecho; desde abril de 1972 hasta marzo de 1973 fue presidente de la Asociación de profesores de la Universidad de Antioquia; entre 1974 y 1980, dirigió el Departamento de Derecho Público y en 1988 estuvo a la cabeza del Instituto de Ciencias Políticas. Su trayectoria académica concluyó con la Vicerrectoría General, entre los años 1989 y 1992: Luis Pérez Gutiérrez era el rector saliente, quien tomaba el cargo Rafael Abad López recibió la carta de renuncia.

Guando se mudó a Bogotá en los años noventa, continuó con la docencia en dos instituciones privadas: las facultades de Filosofía de la Universidad Libre y de Derecho

de la Universidad de Los Andes. La Universidad Nacional de Colombia le otorgó el Doctorado Honoris causa en el año 1998.

El primer contacto de Carlos con la Universidad de Antioquia fue cuando ingresó como estudiante de pregrado a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.

Poco a poco, el interés académico condenó sus guayos de juventud al clóset y limitó su grupo social: sus amigos más cercanos eran Antonio García Piedrahita y Edgar Tobón. Cecilia Aranzazu Mejía fue la única novia de sus años universitarios y compañera de estudio.

Entre sus maestros evocaba con especial aprecio a Francisco Rodríguez Moya: ‘Yo lo admiraba tanto que me propuse aprender a fumar por él. Rodríguez Moya ponía a la derecha una cajetilla de cigarrillos Camel, y a la izquierda una de Piel- roja. No apagaba el cigarrillo, solo cambiaba del tabaco negro al rubio. Fumaba delicioso, ¡pero yo no pude!: ensayé con todo, pero fumaba y salía a lavarme las manos y cepillarme la lengua con un cepillo de dientes. No me aguantaba el olor a nicotina”.

Tan pronto se graduó y empezó a enseñar en la Facultad de Derecho, Gaviria despertó una fuerte oposición entre católicos fanáticos y marxistas emergentes, puesto que sus búsquedas intelectuales no eran las habituales en aquel entorno universitario. Sus lecturas académicas y personales lo formaron en un pensamiento jurídico en la línea de Kanty de Kelsen: “Enarbolaba una ética kantiana, una estética wittgensteiniana y una concepción positivista kelseniana y hartiana del Derecho”, explica el magistrado Rodolfo Arango Rivadeneira, su amigo de tertulias y confidente en los últimos años de su vida.

“El papá concebía la experiencia espiritual como una aventura solitaria, individual, que luego transformaba en conversaciones profundas, pero también en las cotidianas”, dijo

su hija mayor, Ana Cristina, en un homenaje póstumo. Para entender mejor la experiencia espiritual que la Filosofía significó para Carlos, retorno al año 2014, a una conversación en su biblioteca con vista panorámica del Valle de Aburrá:

—¿Cómo llegas a Ludwig Wittgenstein y a Bertrand Russell?

—Empiezo a estudiar el iusnaturalismo, el positivismo. Soy un enamorado del rigor: encuentro que los planteamientos positivistas son muy rigurosos, y los iusnaturalistas no. Empiezo a meterme en autores que, sin haber escrito directamente sobre la Filosofía del Derecho, inspiran una tendencia como el positivismo jurídico: llego a Bertrand Russell, quien indujo a Wittgenstein a estudiar Filosofía y luego fue su examinador, a pesar de que tuvieron grandes diferencias.

—¿Cuál es el asunto en particular que te ayudan a esclarecer?

—Me obsesiona la conducta moral: qué es bueno y qué es malo, de ahí mi amor por Wittgenstein, ese es un problema que a uno no se lo puede resolver nadie. Los problemas de la física y de la matemática te los resuelve alguien, pero el ético, ¿qué sentido le doy yo a mi vida? ¿eso lo resuelve uno solo!

—¿Por qué pareciera que desde el colegio nos enreda tanto la filosofía?

—Yo creo que de eso tienen la culpa por una parte los filósofos y por otra parte los profesores de filosofía. Los filósofos, porque muchos escriben en un lenguaje deliberada e inútilmente abstruso; los profesores de filosofía, porque hacen las clases más bien aburridas y los estudiantes no le encuentran sentido a estudiar esa materia, les parece totalmente inútil. Los profesores no saben transmitirles el mensaje de que las cosas inútiles son muy importantes en la vida.

—¿Cuándo comienza tu interés por la filosofía?

—Yo pienso que desde hace mucho tiempo, tal vez desde tercero o cuarto de bachillerato empecé a atreverme a leer algunas obras, recuerdo que empecé con lecciones preliminares de filosofía de [Manuel] García Moren te porque me interesaba mucho Kant; leí unas cien páginas escritas por García Morente de Kant que son magistrales, es difícil encontrar una síntesis tan responsable y tan bien hecha de la filosofía kantiana como esa. Luego, ya en quinto y sexto de bachillerato, cursé la materia y me apasionó. Mi encuentro con Platón se produjo de una manera un poco accidental, llegó a mis manos un diálogo que es lo de los que más aprecio, Eutifrón o de la piedad que se plantea un tema que es definitivo para un campo que es, además, el de mi preferencia: la ética.

—Cuando se leen asuntos de ética, ¿es necesario tomar partido?

—Es una excelente pregunta porque uno debe leer la filosofía como una actividad lúdica, porque leer filosofía es delicioso. Por eso decía que hay algunos filósofos que contribuyen a esa lectura lúdica: escriben con mucha claridad, con un estilo maravilloso, cuando uno lee lo que yo llamaría la versión diáfana de la filosofía, entiende que no solo es muy bella, incluso muy divertida, sino que es muy útil para la vida. Si tú me preguntas: no debes tomar partido, muchas veces uno sin proponérselo resulta tomando partido.

—Aplica no solamente a la filosofía, también a distintas ideologías políticas: me puedo definir de una manera y eso no me impide explorar otras bifurcaciones del camino...

—Claro, además uno puede llegar allí con una de estas dos actitudes: una, reforzar lo que ya creo; por ejemplo, si yo opté por ser marxista entonces busco todo lo que venga a corroborar que Marx tenía razón. O puede uno, con una actitud que yo llamaría más pura desde el punto de vista filosófico acerca de obras muy importantes, a ver si lo ayudan a aclarar

cómo orientarse en el mundo, no tanto para corroborar lo que ya creo saber, sino para ver si me alumbran nuevos campos, si me indica 11 nuevos senderos, si me absuelven otras preguntas. Son dos i 11 quietudes distintas, pero yo prefiero la segunda: acercarse con el ánimo de enriquecerse y no con ese ánimo preconcebido de fortalecer un saber al que uno se apegas.

—¿Has tenido de esos apegos?

—Yo he estudiado mucho una vertiente de la filosofía muy desacreditada hoy, y que creo es sumamente importante: el positivismo lógico. Cada vez que yo encuentro que hay argumentos en contra del positivismo lógico estoy dispuesto a aceptarlos, desde luego, pero eso me causa un poco de malestar, de estremecimiento: uno se apegas, por una parte, a un estilo de pensamiento que cree coherente, que cree sólido; o cuando uno ha hecho ejercicios dentro de ese mismo estilo de pensamiento, uno se apegas a lo que ya escribió o a lo que ya pensó. Es muy difícil abandonar ese tipo de actitudes, pero es sumamente útil hacerlo: leer con el objeto de saber, de ver en qué error puede haber incurrido, o si hay puntos de vista mejores a los que uno ha encontrado correctos.

—Estamos hablando de ciencias humanas, inexactas, pensar la moral y la ética es absolutamente inexacto, el matemático sabe que se puede demorar mucho tiempo en un problema, pero que alguien en el mundo, en alguna parte, va a tener la solución porque es exacta, ¿esa idea te apasiona o exaspera?

—Es apasionante por una razón: porque cuando el matemático, el físico, el biólogo, abordan un problema, empiezan a buscar la solución y saben que va a ser definitiva: un experimento mejor hecho, una observación más fina, que rectifique un cálculo anterior, el problema está resuelto. En ética y moral las cosas no son de esa manera: los problemas los tiene que resolver uno, los problemas científicos los resuelve la

ciencia. Cuando uno trata de resolver un problema ético, analiza a través de distintas vertientes y sabe que una lo llevará a una determinada solución y otra lo llevará a otra solución, pero ¿con cuál solución me quedo? ¡Eso no me lo dice ningún autor!, esa situación la tengo que resolver yo. Y eso es lo más apasionante de la ética.

—Una de las dificultades en la universidad y entre profesionales de las ciencias humanas es la falta de claridad entre los conceptos de moral y ética, ¿qué tan necesario es trazar una frontera?

—A mí me parece que son discusiones bastantes bizantinas las que se plantean en torno a esa distinción, ese dilema o ese problema. Se puede salir muy fácil con una convención o con una definición estipulativa, que consiste en acordar qué va a entender uno por moral y qué va a entender uno por ética: no se trata de problemas metafísicos, en qué consiste esa entidad que se llama moral o en qué consiste esa entidad que se llama ética, sino cómo uso yo la palabra. Por ejemplo: en Kant, ética y moral son lo mismo; en Hegel, no. En Hegel la moral es un asunto individual y la ética es un asunto objetivo colectivo, pero uno puede perfectamente hacer esa convención y ante un auditorio o ante un grupo de personas con las que va a tratar de discernir el problema. Yo también cuando hablo sobre estos problemas digo: voy a entender por ética o moral lo mismo, los voy a tomar como idénticos, salvo que en algunos casos encuentre una distinción grande que valga la pena hacer. Yo creo que cuando un plantea ese problema, más en el campo del lenguaje y los usos del lenguaje que en el campo metafísico, la solución aparece mucho más clara e incluso más fácil.

—¿Existe alguna diferencia en la manera en cómo te aproximas, al pensar y al escribir, al Derecho y la filosofía?—Nunca me habían preguntado eso y creo que tengo

clara la respuesta. Yo estudié Derecho por una razón: porque he tenido una vocación grande por el campo que genéricamente se llama de las humanidades y, por tanto, por la filosofía, las letras, la literatura, la poesía; me parecía que si eso lo tenía que compatibilizar con una profesión que pudiera yo ejercer para tener ingresos para sobrevivir, el Derecho podría serlo, lo veía muy próximo a las humanidades. Cuando llegué a la facultad, me di cuenta de que el Derecho me interesaba mucho más como objeto de reflexión que como una forma práctica de ganarme la vida. Y efectivamente ejercí el Derecho de una manera muy episódica en el campo penal, el administrativo, el civil, tuve una oficina con algunos amigos que habían sido compañeros o discípulos de la universidad: Orlando Mora, Fernando Mesa, Luis Fernando Vélez, Ramiro Rengifo y Efraín Vélez. La oficina no duró mucho, no porque hubiera conflicto entre nosotros, sino porque cada uno siguió su propio rumbo, pero disfrutamos mucho el tiempo que estuvimos juntos.

Aquellas oficinas de abogados ubicadas en los edificios La Bastilla y Banco de Bogotá, en pleno centro de Medellín, son un capítulo opaco en la vida de Carlos, una ratificación de que el Derecho siempre le interesó como objeto de contemplación y no desde la praxis.

Sobre la ética en ese permanente ejercicio de contemplación, Iván Darío Arango Posada, profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, escribió en el periódico Alma Mater. “Otra forma de denominar el racionalismo moral es el idealismo de la libertad, lo que explica la obsesión de Carlos Gaviria por el valor de la libertad de decidir, que lo sitúa en las antípodas de cualquier forma de determinismo, ya sea histórico o psíquico y, además, es lo que explica su interés por la ética, casi como su único tema, cuando se ocupaba del Derecho o de la política, de la estética o de la

literatura. Para él la ética lo comprendía todo, porque estamos condenados a la libertad de decidir, como repetía citando a Sartre”.

Octubre 13 de 1975.

Señor coronel Luis Alfonso Rincón Aldana, presidente de Consejo de Guerra. En sesión.

Señor presidente: El Tribunal Russell, empeñado ahora de modo especial en estudiar la vigencia de los Derechos humanos en América Latina, ha tenido a bien designarme su observación en el Consejo de Guerra que se adelanta contra presuntos miembros de “EPL”. Yo he aceptado esa designación, pero, como es obvio, para entrar a cumplir mis funciones, consistentes en mirar atentamente la manera como el proceso se cumple y a rendir un informe objetivo a la entidad ya mencionada, necesito que usted me autorice para asistir a las audiencias, que hasta el momento se realiza privadamente. Estoy seguro de que usted no encontrará obstáculo alguno en acceder a mi solicitud, que está respaldada por una entidad que persigue propósitos tan plausibles como los que ya he citado.

La comunicación de mi nombramiento, firmada por el vicepresidente del Tribunal, Gabriel García Márquez, determina de modo preciso mis funciones y a ellas me atenderé estrictamente.

De usted, con toda atención,

Carlos Gaviria Díaz.

En octubre de 1975, Carlos fue comisionado por el Tribunal Bertrand Russell, con sede en Roma, para ser observador del Consejo de Guerra, presidido por el coronel Luis Alfonso Rincón Aldana, que juzgaba a presuntos miembros del Ejército Popular de Liberación (EPL).

El mismo llevó la carta al Batallón Girardot, pero allí le dijeron que el coronel Rincón no estaba, partió hacia la Cuarta Brigada donde le avisaron que el oficial había viajado a

Bogotá. Una semana después, Rincón Aldana le manifestó que tenía la solicitud en sus manos, pero no lo autorizaba para entrar a las audiencias.

Además del rechazo al ingreso de Gaviria, en dicho Consejo de Guerra se presentó la que fue considerada por juristas como otra anomalía también atribuida al presidente de Consejo de Guerra. Eduardo Umaña Lima —fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, con Orlando Fals Borda—, el apoderado de Gildardo Arias Valencia, planteó la nulidad del proceso por una mala formulación de los cuestionarios, un “error en la denominación jurídica de la infracción”: se llamó a responder a los sindicatos por el delito de asociación para delinquir cuando, en el peor de los casos, si se les probara alguna infracción del delito que se les debería imputar, según Umaña Luna, sería el de rebelión que es un delito político.

El Tribunal Internacional sobre Crímenes de Guerra fue establecido como un organismo público por el filósofo y mate-mático británico Bertrand Russell y el filósofo francés Jean-Paul Sartre. El Tribunal Russell II, creado por el jurista italiano Lelio Basso, se concentró en la situación de los países de Latinoamérica y se llevó a cabo en tres sesiones, dos en Roma (1974 y 1976) y una en Bruselas (1975), con un énfasis especial en Brasil y Chile.

¿Por qué Carlos Gaviria Díaz fue designado para el Tribunal Russell II?

Todo comenzó en el año 1974, en una cena en Bogotá, en la que departían el abogado y fundador de la editorial La Pulga, Jesús María Gómez; Alberto Vasco Uribe, profesor de la Escuela Nacional de Salud Pública; el periodista y escritor Gabriel García Márquez, y otros profesores de universidades públicas. La Pulga (dedicada a publicar libros de política, marxismo, sociología e Historia de Colombia) había entrado en

una relación cercana con la revista Alternativa, y fue en medio de una conversación coloquial cuando García Márquez comentó que buscaba “un abogado liberal, no marxista, no comprometido con la izquierda, para que hiciera parte del Tribunal Russell en representación de Colombia”. Así llegaron al nombre de Carlos.

Precisamente en 1974, en el artículo titulado “La tortura: una macabra ciencia de gobierno”, la revista Alternativa sostuvo en sus páginas que los métodos de tortura y de coerción “se insertan [...] dentro de una estrategia global de los países imperialistas para combatir—destruyendo la identidad política de los militantes o exterminándolos físicamente— los movimientos de liberación. [...] Se practica en todas aquellas regiones del mundo de seres humanos que se han enfrentado al imperialismo”.

En este momento, la historia viaja a la finca de recreo en Calatrava, al sur del Valle de Aburrá...

Cuando entre copas de aguardiente María Cristina Gómez conoció a Clemencia Hoyos, la invitó a pasar vacaciones en la finca con la familia. La alumna de Carlos empacó ropa para tres días, pero, en algún momento, lo oyó quejarse porque tendría que retornar a Medellín para dictarle a Josefina, su secretaria, las ponencias para presentar en el Tribunal Russell II. El primero de enero de 1976 debía viajar a Roma.

Josefina no entendía la letra pegada de su jefe que, en el afán por conservar la línea recta en hojas sin reglones de tamaño oficio o con la textura rústica del mimeógrafo, escribía in crescendo como si sus palabras escalaran en la página de izquierda a derecha, y de abajo hacia arriba. Siempre con tinta mojada y sin dejar lágrimas de mancha.

Entonces Clemencia ofreció su máquina de escribir Remington portátil que su padre le había traído de San Antonio

de Táchira, Venezuela, para tomar dictado de las notas para el Tribunal. Ella no solo era hija de una hábil mecanógrafa, también había estudiado mecanografía y taquigrafía en el Colombo Europeo: “Muchos muchachos machacan música”, “Ningún necio niega necesitar nacer”. Si tecleaba a gran velocidad esos ejercicios sin sentido y con los ojos vendados, ¿por qué no podría digitar los documentos de su profesor?

Durante las vacaciones, Carlos con una bata levantadora y su alumna en pijama, se levantaban a desayunar y trabajar sin descanso desde las 8:00 a. m. hasta las 3:00 o 4:00 p. m. Después de cada jornada en la que ocupaban gran parte del área social de la casa, procedían a bañarse y caminar un poco afuera, antes

de pasar a tomar aguardiente y comer picadas (carnes frías, quesos, frutos secos) de la tradicional salsamentaría Excelsior.

“Esto está quedando hermoso, sin errores”, repetía una y otra vez en celebración de la cautela de Clemencia, quien usaba una hoja inferior para el calco de reglones y el cálculo de los pies de página, de modo que las márgenes quedaran perfectas. Cuando el profesor exclamaba “¡Como nos quedó de bonito!”, la mecanógrafa respondía: “Gracias, pero ¡nos quedo es mucha gente!”.

Más que dictado, consistía en una transcripción de notas que le interesaban a Clemencia desde lo jurídico y lo político: “Uno con Gaviria nunca dejaba de ser alumno. La gente decía que yo era una arrodillada y yo les respondía: siquiera estoy bien arrodillada. También me decían que yo me acostaba con él y yo les decía: sí y cuando él se va, me acuesto con María Cristina”.

Las ponencias para el Tribunal Russell fueron las primeras transcripciones que hizo para Carlos, entonces no sabía si dirigirse a él como profesor, doctor o atreverse a

llamarlo como todo el mundo: Gaviria. Lo cierto es que esos días en Calatrava sellaron una relación no sujeta a la presencia física de Carlos, “Cierna” permanece entre los Gaviria Gómez: “Eso no era una amistad, sino parte de la familia, cuando ya hasta pelean encima de uno es que uno está en la vida cotidiana, en lo que transcurre en cualquier familia”.

Durante la transcripción de las ponencias, alcanzó un nivel de conocimiento más profundo de su profesor: “Descubrí esa parte tan comprometida políticamente con eso que ya desde entonces era peligroso, porque si vos estás defendiendo o pretendes defender guerrilleros es porque supuestamente vos sos guerrillero: aún en aquel momento se miraba así, que si usted coge una causa es porque comulga ideológicamente con ella. Ahí Gavo empezaba a estar entre dos aguas: para los marxistas radicales era un simple liberal; y para los otros, un comunista”.

Después del Tribunal Russell II, Cierna transcribió las co-lumnas y ensayos de su amigo y maestro para el periódico El Mundo y la Revista Universidad de Antioquia (fue integrante de su Comité Editorial), así como las notas para algunos de sus libros y conferencias.p

El consignaba en cuadernos los apuntes preliminares de publicaciones como Temas de introducción al Derecho o Mito o logos: hacia la República de Platón. “Escribía prácticamente como hablaba y casi que hablaba como escribía. Mario Yepes dice que Gaviria escribía con puntos, comas y punto aparte. De tanto que yo le transcribí, sé dónde es pausa, dónde es coma, dónde es punto aparte, y dónde es punto y coma. ¡Le fascinaba el punto y coma!”, recuerda Cierna.

Un jueves, 1 de enero de 1976, María Cristina Gómez llevó a su esposo al aeropuerto Enrique Olaya Herrera de Medellín, antes de entrar al primer avión en conexión que lo llevaría a Roma, en la fila de abordar, se volteó para buscar a

su esposa y con “cara de niño” le dijo: “Mira lo que me pasó”, con el botón de su chaqueta en la mano.

En el Tribunal Russell II, al lado de personajes como el escritor Julio Cortázar, Gaviria revisó casos de detenciones ilegales y crímenes de distintas dictaduras de América Latina.

¿Para qué sirvió ese tribunal internacional?

El jurista Rodrigo Uprimny lo explica en su columna de El Espectador. “El Tribunal Permanente de los Pueblos, heredero del Tribunal Russell, ha sesionado en dos oportunidades, una para analizar la impunidad por crímenes de lesa humanidad y otra para estudiar la responsabilidad de empresas transnacionales en violaciones a los derechos humanos. Estos tribunales simbólicos y de opinión carecen de fuerza jurídica y no pretenden sustituir a la justicia penal oficial. Pero tienen una gran fuerza moral, que resulta de las virtudes y credibilidad de sus jueces’ y de la documentación rigurosa de los hechos atroces que analizan”.

En su declaración final, el Tribunal Russell II se ocupó de la violación de los Derechos individuales y conceptualizó Le. violaciones como atentados contra el Derecho de los pueblos, además analizó las causas económicas de esas violaciones. Diversas fuentes académicas interpretan que el énfasis en el Derecho de los pueblos y las causas económicas fueron un eco de las aproximaciones del Comité de Solidaridad con los Presos Políticos y de la revista Alternativa.

Gildardo Arias Valencia, conocido como Eduardo Ramírez, finalmente fue capturado el 22 de junio de 1994. Eduardo Urnaza Luna falleció en el año 2008, su hijo, el también abogado Eduardo Umaña Mendoza, defensor de derechos humanos, fue asesinado el 18 de abril de 1998.

La versión y la visión originales de la revista Alternativa desaparecieron. No existen ya.

La máquina Remington portátil se conserva intacta en la

sala del apartamento de Clemencia Hoyos Hurtado.

El 28 de julio de 1978, en La Habana, un desfile de ciento veinticinco delegaciones de distintos países inauguró el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, bajo el lema “Por la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad”.

Durante meses, se habilitaron veintisiete escuelas y edificios en el perímetro habanero para albergar a más de veinte mil jóvenes que llegaron a la capital cubana. Lugares como la Academia de Ciencias y la Universidad de La Habana fueron utilizados como centros internacionales de solidaridad y de estudiantes; y el aeropuerto José Martí, el Parque Lenin y el Palacio Central de los Pioneros, lucían recién remodelados.

Allá estuvo Carlos Gaviria Díaz.

El gran encuentro mundial no solo discutió en torno a temas políticos, también era un espacio para el deporte, el turismo, la cultura y un carnaval internacional con música, grupos i le teatro, bailes populares, poesía y festival de cine joven.

Y, cómo no, ron cubano a chorros.

“Ese viaje fue financiado en parte por nosotros mismos, cada uno tenía que aportar algo y los partidos de izquierda también. El gobierno colombiano [en cabeza de Alfonso López Michelsen, del Partido Liberal] había prometido un avión Hércules para llevar a la delegación querrá grandísima, de todos los pelambres, de derecha, izquierda, deportistas y artistas; pero faltando quince días, se quitó. A los ecuatorianos les pasó lo mismo, entonces el gobierno de Cuba mandó por nosotros. Nos tocó irnos a trescientas personas en un barco, en el grupito nuestro estaban Alberto González, Enrique Buenaventura, Car-los Gaviria, Lisandro Duque y yo. ¡Eso fue la locura furiosa, íbamos hacinados en ese barco!”, relata el maestro Mario Yepes.

Se supone que serían cinco días en alta mar de ida, y cuatro de regreso. En total, se quedaron un mes por fuera de Colombia, pero en el viaje de ida se demoraron un poco más: “En la madrugada del cuarto día, nos levantamos y, de repente, el barco estaba quieto, pensamos que se había varado. Alberto González decía: “Esta es la clase de cosas que después la señora no le cree a uno: ¡me varé en el Caribe!”. Empezamos a preguntar qué pasaba a los marineros, que eran en su mayoría mujeres, grandísimas, atléticas. Entonces empezó el secretismo socialista: no, compañero, no te preocupes, aquí no pasa nada, algún día sabrás”.

Dormían en camarotes, los colombianos tuvieron el privilegio de viajar en los dos pisos superiores, a los ecuatorianos les tocó la sentina del buque; aunque eran espacios limpios, estar abajo implicaba soportar temperaturas altísimas.

Carlos dormía al lado de Mario con “un ojo abierto y el otro cerrado” para cuidar sus maletines: “Identificamos rápidamente qué era lo que robaban: por supuesto dólares, ropa interior femenina y jeans. La gente que sabía que al llegar a Cuba iba a poder vender eso. Todos dormíamos con los dólares dentro de las medias. Una noche, Lisandro Duque se paró en el camarote y gritó: ‘Vea, yo a este viaje no traje sino dos jeans, uno muy bueno que es para ir a los conciertos y a las cosas bonitas que nos inviten; y el otro viejo y roto; mejor dicho: ¡Qué pena con el hijueputa que me lo robó!’”.

Permanecieron detenidos durante un día y una noche, el puerto no daba abasto para el ingreso a la bahía de semejante cantidad de delegaciones. Durante la espera observaron el descargue de navíos provenientes de la Unión Soviética, llenos de regalos como buses y maquinaria.

Se alojaron en un internado inmenso llamado Villa Lenin, en cuyos dormitorios con literas filadas pasaban las

noches más de doscientos jóvenes de las delegaciones de Asia, Africa y América Latina y el Caribe.

El estadio de béisbol de La Habana fue escenario de la inauguración, las graderías se abarrotaron para observar el desfile de los invitados por la pista atlética como si se tratara de la apertura de unos juegos olímpicos. Fidel Castro y el líder palestino Yasser Arafat presidieron la ceremonia, el político de origen egipcio solo saludó de pie a los asistentes y, entre intervalos de una prolongada ovación, el cubano pronunció su discurso.

“Era una reunión fundamentalmente política, se hablaba del problema palestino, de Latinoamérica, cosas muy interesantes sin ninguna duda, pero también había competencias deportivas y conciertos de todo lo imaginable”, dice Yepes.

A Carlos le pidieron que participara con una ponencia sobre el Tribunal de los pueblos, puesto que él ya había hecho parte del Tribunal Russell II. En una oportunidad, mientras esperaban el bus en las afueras de Villa Lenin, se percataron de un tumulto a la saga de Gabriel García Márquez quien, tan pronto llegó, saludó rápidamente a sus seguidores y se abrió camino para darle mi abrazo a su antiguo compañero del tribunal de Roma.

Un Comité de Defensa de la Revolución ofreció una fiesta callejera para los jóvenes invitados, fue una noche de música para los visitantes latinoamericanos y africanos. Ante la sorpresa de muchos, Carlos sabía la letra de todas canciones y boleros caribeños, hasta de las canciones de salsa. Mario Yepes nunca olvidará a una niña de doce años que conmovió hasta las lágrimas a su amigo y vecino de camarote:

Que tú me quieres dejar,
yo no quiero sufrir
contigo me voy mi santa

aunque me cueste morir

El XI Festival Mundial de la juventud y los Estudiantes culminó en la Plaza de La Revolución, cuyo aforo se calcula es superior a un millón de personas. Cada uno de los jóvenes que permaneció parado durante horas tenía en el hombro una mochila con agua e implementos básicos de primeros auxilios. De regreso a los hospedajes, había ambulancias y médicos listos —prácticamente en cada cuadra— para atender emergencias.

El gran remate fue un festejo en cada uno de los dormitorios: “Vos podías comer toda la noche si querías y había ron en barriles enormes; entonces, claro, se veían todo tipo de espectáculos. A eso de la medianoche, llegó Fidel: la gente casi se mata, ¡nosotros empezamos a correr, pero para el lado contrario”, dice el maestro Yepes, riéndose a las carcajadas con su esposa Luisa Margarita.

En el regreso a casa, la suerte acompañó a los vecinos de Ecuador, a los colombianos los mandaron para el calor infernal en el vientre del buque.

Carlos Gaviria y Enrique Buenaventura retomaron en avión.

Turín, 27 de junio de 1988

Querido Carlos:

Hace mucho tiempo, hace años, aun antes del fatídico 87, te mu ganas de escribirme con vos, de emprender con vos una conversación escrita. Ahora, claro, con mayor razón, después del abrazo que me diste el 25 de agosto en la calle Argentina, después de tus gritos valientes, td otro día, contra los adoradores de la muerte. De estos hechos que partir ron en dos mi vida (antes, y después) me imagino que van a determinar esta carta, pero con vos quisiera hablar de muchas otras cosas, de las cuales, seguramente, las veces que hablamos

podimos hacer un índice rápido, pero, si no recuerdo mal, rico. Algo que surgía siempre en esas conversaciones era lo leído; voy a empezar por ahí, pues es quizá en lo leído, como siempre, más que en mí mismo, donde he logrado hallar más claridad. Empiezo por una vieja página de Pasolini, podada de algunos párrafos:

‘Yo sé. Yo sé los nombres de los responsables de las masacres. Conozco perfectamente los nombres del grupo de potentes que, entre una misa y otra, han impartido las instrucciones y asegurado la protección política a generales, a jóvenes neo-facistas, a mafiosos, a criminales comunes, hasta el momento —y tal vez para siempre— sin nombre. Yo sé los nombres de las personas serias e importantes que están detrás de los trágicos muchachos que han realizado atro-cidades, y detrás de los delincuentes comunes que se han puesto a su disposición como sicarios. Yo sé todos los nombres y sé todos los actos de los que son culpables.

Yo sé. Pero no tengo pruebas. No tengo ni siquiera indicios.

Yo sé porque soy un intelectual, un escritor que trata de seguir todo lo que pasa, de conocer lo que se escribe sobre esto, de imaginar todo lo que no se sabe y todo lo que se calla; que coordina hechos aparentemente distantes, que pone en relación a los trozos desorganizados y fragmentarios de un marco político entero y coherente, que restablece la lógica allí donde parecen reinar la arbitrariedad, la locura y el misterio.

Todo esto forma parte de mi oficio y el instinto de mi oficio.

Me parece difícil que mi ‘proyecto de novela’ esté equivocado, es decir que no tenga nexos con la realidad a que sus alusiones a hechos y a personas reales sean inexactas.

Creo también que muchos otros intelectuales y novelistas saben lo que yo sé en cuanto intelectual y novelista.

Porque la reconstrucción de la verdad de lo que viene pasando, no es (tachón negro en el texto original) tan difícil.

Probablemente los periodistas y los políticos tienen pruebas o, por lo menos, indicios. Pero periodistas y políticos, aunque posean —quizá— pruebas y aunque tengan —seguramente— indicios, no dan los nombres. Porque el único capaz de pronunciar esos nombres sería un intelectual libre. El intelectual libre no puede entrar en el poder y, por consiguiente, no dispone de pruebas ni de indicios. Hay intelectuales que están en el poder y que poseen nombres, indicios, y probablemente pruebas. Pero no abren la boca. El valor intelectual de la verdad y práctica, aquí, son dos cosas irreconciliables.

Nuestros intelectuales en el poder, también, son arribistas como Tirado, oportunistas dispuestos a pasar por alto comparándose en una palabra: táctica o tacto, no sé bien) todas las atrocidades que conocen. O son también personas como J. Vallejo, que no le tiembla la mano al sostener en su columna (pocas veces había leído un artículo más estúpido) que es la violencia transmitida por la tv una de las causas de la violencia del país. No hay derecho.

Mi mamá me mandó tus artículos sobre la Constitución y la consulta popular; me parecieron los únicos sensatos y los únicos que en el fondo demuestran que esas operaciones de ingeniería constitucional no van más allá de la cosmética.

Te copio otro trozo de artículo que también me parece esclarecedor. Es de Antonio Gambino, un comentarista italiano de política internacional:

‘Todas las formas de terrorismo tienen algo en común: la convicción de sus protagonistas de que están luchando por una causa de alcance y valores hasta tal punto absolutos —mejor aún, ‘trascendentes ’— que les permite colocarse por encima de las reglas de la convivencia humana, y les permite

degradar a los demás hombres de ‘semejantes ’ a simples componentes, anónimos a intercambiables, de una categoría abstral ('los siervos del estado capitalista', los ‘infieles’, los ‘comunistas’) los que se puede disponer de cualquier manera.

Es inútil decir que esta actitud representa la negación de tr poco de civilización que nuestra cultura ha logrado desarrollar a lo largo de los siglos. O sea que representa el fanatismo, más aún, la barbarie, en el sentido más limitado y específico del término. Porque de veras se tiembla al pensar en la arrogancia con la que un grupo de hombres, que evidentemente se consideran los ‘ungidos del Señor’ se pueden sentar alrededor de una mesa a decidir que una o más personas sean condenadas a muerte, independientemente de cualquier procedimiento que haya establecido individualmente (tachón negro) culpabilidad. Y ese sentimiento de repugnancia crece cuando estos hombres no son unos bandoleros, sino los gobernantes de un Estado que aspira a una legitimidad en el campo internacional.

Este ‘hacerse justicia por sí solos’ es un juego del cual todos, en última instancia, no pueden salir si no perdiendo. Quien atropella, aplicando unilateralmente la propia ‘ley’, puede hacerlo, de hecho, sólo porque momentáneamente es el más fuerte: provocando, sin embargo, en los que padecen, el deseo de lograr un día, con el medio que sea, vengarse. Con lo cual se obtiene el resultado deponer en movimiento una espiral de violencia que, materialmente y con mayor razón éticamente, podría llegar a destruirnos a todos.’

Son cosas que tú sabes hace años, que yo también sabía, y que leo y me repito no sé bien por qué. Son como una jaculatoria laica que uno no dirige a nadie en especial, pero que aspira a que sea entendida y compartida por las personas sensatas. Lo que pasa es que, como decía no sé quién, nada menos común que el sentido común.

Personalmente estoy bien, con la esperanza de poder construirme una vida y una propia tierra aquí. No puedo renegar de mi pasado, pero en estos meses lo que más he sentido es una gran dificultad para relacionarme con afecto con todo lo que tiene que ver con Colombia. Siento como una repugnancia visceral por todo lo de allá: si quito a la familia, a los amigos, a, digamos, cien mil personas más, el resto no me importa. Me cuesta trabajo hasta hablar y dar clases de español (y escribir en español), porque es una lengua que me devuelve a esa raíz tan amarga. Me acuerdo de que mi papá tuvo una reacción de gran tristeza una vez que yo dije, al leer no sé qué noticia, “este es un país de mierda”. Creo que me contestó que mientras estuviéramos vivos y nos dejaran hablar todavía había esperanza. Una frase que, a la larga, me ha quitado todas las esperanzas. Ahora yo creo que lo que pasa es estabilizante: que no va a suceder nada raro; mi mayor pesimismo es que lo que vine (enmienda a mano la “e” que falta) pasando se va a prolongar por un periodo largo: de un siglo, medio siglo, algo que no es demasiado para la historia, pero que para nosotros es la vida.

Me imagino, Carlos, lo duro que será para vos, para María Cristina y tus hijos, vivir en ese purgatorio que personas como ustedes no se merecen. Porque la realidad colombiana castiga a los inteligentes, destruye a los sensibles, deja que se salven solamente los valientes (como mi papá, como vos), aunque en el intento por salvarse, por no sucumbir a la barbarie, les pase lo peor. Cuídate mucho, trata de ser un poquito egoísta, que así también nos ayudas a los que te queremos.

Un abrazóte, Héctor

Si tienes noticias del paradero de Clara Montoya me gustaría saberlo".

(La firma y posdata están escritas a mano, en letra

cursiva, no con la máquina de escribir eléctrica, renglón por renglón, del resto de la carta).

El 10 de abril de 2015, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el escritor Héctor Abad Faciolince pronunció estas palabras en un homenaje póstumo: “Creo que Carlos, de alguna manera, me quiso adoptar en el peor momento de mi vida, y yo acepté esa adopción simbólica como un gran privilegio. Me ayudó, me animó, me protegió. Leyó, corrigió y presentó casi todos mis libros; fue un crítico agudo de casi todos mis escritos periodísticos”.

Carlos Gaviria Díaz y Héctor Abad Gómez eran dos personajes reconocidos no solo en la comunidad académica, sino en toda la ciudad por su activismo en la defensa de los derechos humanos. Desde su ingreso a la Asociación de profesores, Gaviria había desvelado su vena política de la misma manera que Abad lo había hecho en el Comité de Derechos Humanos de Antioquia; pero no era la política entendida desde los afanes partidistas o electorales, sino basada en el interés del bienestar público.

—Una vez durante una huelga ustedes se quisieron tomar la universidad, incluso se iban a asignar papeles, yo no sé a vos qué te tocaba o a mi papá qué le tocaba hacer —le pregunta Héctor Abad Faciolince a Carlos Gaviria Díaz mientras caminan por la Plazoleta Barrientos.

—En tu casa planeábamos una toma pacífica de la universidad porque lo que pensábamos era esto: había convocada una Asamblea General de profesores, entonces era asistir a la Asamblea General de Profesores en el [Teatro] Camilo Torres y luego no retirarnos de la universidad, quedarnos en la universidad. Entonces para eso necesitábamos vituallas, necesitábamos alimento, necesitábamos comunicación con el exterior, y recuerdo que Cecilia [Faciolince, esposa de Héctor Abad Gómez] cocinó varias ollas

de frísoles porque se consideraba que el movimiento podía durar más de una semana —explica Carlos.

—Para que ustedes fueran comiendo —agrega Héctor.

—¡Claro! Además, eso es como si estuviéramos en un movimiento subversivo de verdad: a cada uno se le asignaban funciones. Yo no recuerdo a Héctor qué le tocaba, debía ser una responsabilidad mayor que la mía, pero a mí me tocaba vigilar la biblioteca para que no ocurriera nada en la biblioteca. Y Héctor, cuando oyó que a mí me había adjudicado esa función, dijo: “la función de Carlos es imposible, es imposible que una persona vaya a vigilar la biblioteca de la universidad” —concluye Carlos.

Aquellos discursos, iniciativas democráticas, luchas y encuentros pacíficos, inscritos en el Derecho legítimo a la protesta, se transformarían en estigmas sociales y políticos que desencadenaron uno de los capítulos más sangrientos de la historia de las universidades públicas en Colombia.

Agosto 13 de 1987: Héctor Abad Gómez encabeza la ‘Marcha de los claveles rojos’, una protesta pacífica en rechazo al exterminio sistemático de los miembros y simpatizantes del partido de izquierda Unión Patriótica (UP).

Agosto 14 de 1987: A las seis de la mañana, un grupo de hombres que dice estar a cargo de un allanamiento toca la puerta de la casa de Pedro Luis Valencia, médico y profesor de la Universidad Antioquia, y senador por el partido Unión Patriótica. Le disparan en repetidas oportunidades, casi cuarenta balas alcanzan su blanco. La esposa de Valencia envuelve entre sábanas a sus dos niños para que no vean al papá. Huyen hacia un exilio de más de diez años.

Agosto 25 de 1987: Entre las 7:30 a. m. y las 5:00 p. m., sicarios bajo las órdenes paramilitares asesinan a los profesores y defensores de derechos humanos Luis Felipe Vélez, Leonardo Betancur Taborda y Héctor Abad Gómez. En su

orden, se trata del presidente de la Asociación de Institutores de Antioquia (Adida) y directivo de la Federación Colombiana de Educadores (Fecode); de un dirigente del magisterio y militante activo de la UP; y de un médico salubrista y presidente del Comité de Derechos Humanos de Antioquia.

Agosto 26 de 1987, en el funeral de Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur Taborda, Carlos Gaviria Díaz clama: “¿Qué había hecho Héctor Abad para merecer esa suerte? La respuesta hay que darla, a modo de contrapunto, confrontando lo que encarnaba, con la tabla de valores que hoy impera entre nosotros. Consecuente con su profesión luchaba por la vida, y los sicarios le ganaron la batalla: en armonía con su vocación y su estilo vital (el de universitario) peleaba contra la ignorancia concibiéndola, a la manera socrática, como la fuente de todos los males que agobian al mundo; los asesinos entonces lo apostrofaron con expresión bárbara de Millán-Astray, que alguna vez estremeció a Salamanca: ‘Viva la muerte y abajo la inteligencia’. Su conciencia de hombre civilizado y justiciero lo había decidido a hacer de la lucha por el imperio del Derecho a una tarea prioritaria, cuando los que tienen asignada esta función dentro del Estado muestran más fe en el convite de las metralhas. Su apego a la idea altamente humanista del credo liberal lo había hecho flexible y tolerante cuando en Colombia ya sólo queda sitio para los fanáticos. En síntesis, era un hombre bueno y eso ya no lo tolera nuestra amada patria. Cuál patria si ya no la tenemos”.

Agosto 27 de 1987: Saúl Franco, director del Centro de Investigaciones Médicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, aborda un avión en el aeropuerto José María Córdoba de Rionegro. Se exilia en Río de Janeiro.

Septiembre 1 de 1987: los profesores de la Universidad de Antioquia Jaime Borrero Ramírez (médico internista, coordinador del Grupo de Trasplantes del Hospital San Vicente

de Paúl), César Muñoz Arroyave (licenciado en Literatura, cuya esposa había sido herida por sicarios en moto) y Carlos Gaviria Díaz huyen del país.

El 17 de septiembre de 1987, Natalia Gaviria Gómez cumplió quince años enfrentada a la incertidumbre de tener lejos a su padre, quien había viajado a Buenos Aires, Argentina, por el riesgo inminente que recaía sobre él y otros profesores de la Universidad de Antioquia.

—Nunca se conoció a ciencia cierta si el nombre de tu papá estaba en una “lista negra” de paramilitares, ¿definirías tu sentimiento de entonces como miedo?

—En esa época yo no tenía ese miedo. Es posible que sí estuviera en riesgo la vida de mi papá, pero yo no sabía. Te digo cuándo fui consciente de eso: el día en que mataron a Héctor Abad, antes no me acuerdo de haber tenido conciencia de ese riesgo tan palpable que tenía la vida de mi papá. Yo sí me acuerdo de que era muy raro que a veces saliera a marchas, uno a uno que no entendía por qué había manifestaciones, por qué mi papá se quedaba en un plantón con la Asociación de Profesores de la Universidad. Eso le sonaba a uno un poco extraño, era una cosa que uno adoptó en la vida, yo no veía que mis compañeros del colegio mencionaran esos temas, pero nunca pensamos que eso pusiera en riesgo la vida de mi papá. Solamente el día que mataron a Héctor Abad tomé conciencia. Yo sé que Juan Carlos tomó conciencia antes. Era la época de fiestas de quince años, el fin de semana anterior a la muerte de Héctor Abad, me habían invitado a una fiesta y mi papá y mi mamá me recogieron a las 10:30 de la noche con la consecuente furia mía. ¿Por qué a Ana siempre la recogían de última en las fiestas y a mí me recogían de primera? Recuerdo que mis papás no entraron en la discusión conmigo, fue Juan Carlos el que me dijo que las épocas eran muy distintas.

—Esas amenazas o riesgo sobre tu papá ¿fueron un

motivo de discusión en la mesa del comedor?

—Nunca. Había veces que sí se oía que había una lista negra, entonces nos entraba la curiosidad: “Vení, papi, ¿vos estás en esa lista negra?”, “No, ¿cómo se les ocurre!”, nos decía; pero hasta ahí llegaba yo. Al día de hoy, Ana, no sé si mi papá en esa época recibió alguna amenaza.

El primero de septiembre de 1987, el procurador general de la nación, Carlos Mauro Hoyos, le entregó al presidente de la república Virgilio Barco Vargas una “lista negra” que incluía a Héctor Abad Gómez, además de los nombres de artistas como Vicky Hernández y Carlos Vives, y de una serie de periodistas y políticos.

En Buenos Aires, Carlos Gaviria se alojó en el apartamento de su amigo Leonardo Nieto, el propietario del tradicional restaurante Versalles de Medellín. Tres meses más tarde, regresó de Argentina para continuar en la clandestinidad, María Cristina y sus cuatro hijos aguardaban en la nueva casa del barrio Conquistadores. No había terminado de desempacar cuando, el 17 de diciembre de 1987, le tocó el turno al abogado Luis Fernando Vélez: dejó vacía la presidencia del Comité permanente para la Defensa de los Derechos Humanos en Antioquia, la cual había asumido hacía solo seis días. Los pechirrojos, sirilíes y azulejos del bloque catorce de la universidad se cansaron de esperarlo en el balcón.

El Centro de conciliación de la Facultad de Derecho de Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia honra con su nombre al ilustre profesor.

En el libro *Mi confesión*, el comandante paramilitar Carlos Castaño Gil admitió ante el periodista Mauricio Aranguren que la arremetida de 1987 en la Universidad de Antioquia buscaba “anular cerebros”. En el año 2014, la Fiscalía General de la Nación declaró esos crímenes como de lesa humanidad (no prescriben después de veinte años).

“La luz se gana como se gana el pan”, con los versos de León Felipe, Carlos Gaviria Díaz concluyó su discurso en el funeral de Héctor Abad Gómez. Y lloró... como lo hizo cuando vio arder el Palacio de Justicia o cuando se enteró de los asesinatos de Guillermo Cano, director de El Espectador, y del periodista Jaime Garzón.

A finales de la década de los ochenta, aceptó la vicepresidencia del Comité Regional por la Defensa de los Derechos Humanos en Antioquia.

Héctor Abad Faciolince siempre llamó del mismo modo a Carlos Gaviria Díaz y al columnista Alberto Aguirre: supervivientes.

Cada época llegaba con nuevos afectos, amigos entrañables que iban y venían: Jorge Puerta, Alberto Ceballos, Carlos Mesa, Juan Fernando Pérez, Luis Fernando Vélez, Jorge Arango... Cuando Carlos Gaviria se trasladó a Bogotá amplió las fronteras de su mapa del cariño con amigos como Consuelo Gaitán, Gloria Arias y “Los Mosqueteros”, en especial Rodolfo Arango Rivadeneira, la gran compañía de sus últimos años.

Consuelo Gaitán conoció a Carlos Gaviria Díaz en la Librería Biblos, donde ella trabajaba. Héctor Abad Faciolince ya le había recomendado a su amigo, que se instalaría en la capital para ejercer el cargo de magistrado de la Corte Constitucional: “Fue amor a primera vista, empezamos con los libros que estaban encima de las mesas, eso siempre era motivo de conversación o de charla, era una persona con un gran sentido del humor, una cosa que para mí es fundamental: ¡entonces, ahí fue amor eterno!”.

Su interés lector se concentraba en la despenalización de las drogas y en la obra del filósofo español José Antonio Marina, también buscaba textos de psicoanálisis, en especial los ensayos de Sigmund Freud, probablemente para

relacionarlo con sus estudios sobre drogas ilícitas. Solía destacar la calidad de los escritos de Freud, más que sus conceptos, le gustaba referirse a los ejemplos de grandes artistas que el médico austríaco relacionaba con sus teorías.

Por la cercanía con su apartamento, las visitas a la Librería Biblos eran casi diarias, allá llegaba siempre y cuando no se le hiciera muy tarde en las deliberaciones constitucionales; ese espacio literario lo acercó de forma espontánea a otros lectores e intelectuales como José Fernando Isaza, Mauricio Pombo — que entonces tenía una librería de antigüedades, El Camero—y Piedad Bonnett. También acordaba citas con su amigo Bernardo Hoyos. En las tardes, subía al café del segundo piso para comer los muffins de la casa que, con el tiempo y los cambios de menú, siguieron preparando solo para él.

“Llegó a tener unas cuentas altísimas. Un día de la madre, estaba comprando una chaqueta para María Cristina, en un almacén de ropa muy elegante, al lado de la librería. Mi hermana salió a fumarse un cigarrillo y le dijo: ¿Cómo así? ¿Gastándose la plata de libros en ropa?”.

El gran placer de conversar con Carlos en la librería radicaba en que siempre tenía una historia para contar en torno ,i los libros, anécdotas de los autores o de las situaciones en que él mismo los había leído.

La cercanía que se generó a través de los libros se convirtió en una amistad cuando Consuelo decidió irse a vivir a España con su amor, un intérprete de jazz, el padre de su hija: “Mi mamá estaba preocupadísima, mortificada porque mi hija no estaba bautizada, estaba muy chocada de que yo me fuera a España sin bautizar a la niña”, entonces Carlos le aconsejó: “A vos qué te importa darle ese gusto a tu mamá, vos tenés que bautizar a esa niña. Es más: yo soy el padrino”. Dado que el padrino no asistió a una sola sesión del curso prebautismal,

tampoco supo qué contestar en la Iglesia del Country, la abuela orgullosa hizo las veces de apuntador: sopló cada una de las respuestas al sacerdote durante la ceremonia.

Desde ese día llamó comadre a Consuelo, quien años después no solo sería su mano derecha en las campañas políticas, también compartirían momentos de dolor, como la muerte de Orlando Fals Borda en el año 2008: “Nunca vi a Carlos tan absolutamente abatido, por supuesto, a mí también me parecía una de las pérdidas más lamentables. El último tiempo que Orlando estuvo solo había un ambiente de tristeza de no poder hacer algo por él; creo que ese sería uno de los momentos más cercanos y más íntimos: ver a una persona tan fuerte, tan llena de sabiduría, desfallecer”. Después de haber trabajado juntos en política y del paso de Consuelo por la Fundación Educación para la Democracia y la Paz, se encontraban para conversar de libros, cuando ella dirigía la Biblioteca Nacional.

El 22 de noviembre de 1999, el periódico El Tiempo publicó una columna titulada “Al maestro, gracias”:

El padre putativo de esta columna me dijo que ese artículo que ustedes no conocieron le había parecido desenfocado... viene siendo un adjetivo benévolo teniendo en cuenta que en realidad era inútilmente agresivo en un país ya bastante golpeado desde todos los frentes posibles. Pero este mea culpa público no pretende un ejercicio de catarsis que ya hice en privado; lo traigo a estas líneas porque me parece honesto que los lectores que le dan vida a la columna sepan que los escritores nos equivocamos, que nos duelen los errores y que está en cada uno de nosotros transformar el error en un motivo de resentimiento con algo de orgullo y miopía intelectual, o en un momento de reflexión abierta ¿por qué no? ala gratitud, a la formación del criterio, y a esto de hacer escuela a punta de encuentros y desencuentros, entre los

saberes y entenderes que mueven el actuar cotidiano de quienes transitamos por las etapas del descubrimiento: maestros y discípulos, padres e hijos, escépticos y crédulos, débiles y fuertes, todos, mientras dure el ciclo vital, estaremos cruzando la frontera, tantas veces como sea posible, tantas que perderemos la cuenta.

“Arte y parte”, un espacio de opinión en el periódico El Tiempo, había dejado de circular durante una semana. Su autora, Gloria Arias Nieto, magister en Salud Mental y directora de la Clínica Infantil de Colsubsidio, explicó la ausencia de su columna anterior: Enrique Santos Calderón le había hecho ver los errores de su escrito y ella, después de considerar lo conversado, decidió agradecer públicamente el consejo con la columna “Al maestro, con cariño”, cuyo título homenajeaba a la película *To Sir, With Love* (James Clavell, 1967).

El día de la publicación, recibió una Hamada de un “desconocido” que ella reconocía muy bien, el magistrado de la Corte Constitucional, Carlos Gaviria Díaz: ‘Yo leí esa columna y es la primera vez que oigo a un periodista pedir disculpas, reconocer un error tan en público. Eso me parece muy emocionante, yo quisiera conocerla a usted, ¿por qué no nos tomamos un café?’, le dijo.

En la mesita redonda del despacho de la dirección en la clínica trascurrió aquel primer diálogo sobre libertad de prensa, el trabajo en un hospital de niños, el valor social de cada niño y su familia, “en ese momento todavía no existían los corniles de bioética, pero yo lo comencé a formar en la clínica, lo empecé a invitar a él y era nuestro consultor en todos los dilemas y los casos complicados”. Ese día, la directora le solicitó a Carlos que diera una conferencia para médicos y enfermeras porque “nos encasillamos mucho solamente en temas fisiopatológicos y se nos olvidaba el ser humano”.

El accedió. La primera charla fue sobre los derechos de los niños.

“Para mí, como para una gran cantidad de colombianos, era un referente de lo que era la justicia ética, la justicia incorruptible. Un referente de sabiduría, siempre me pareció un hombre profundamente sabio. Con los años corroboré que era un hombre bondadoso”, dice Gloria, quien con el tiempo descubrió otras facetas como su sentido del humor e interés por explorar las posibilidades de la educación y la ética en medios no necesariamente académicos.

La Escuela de Summerhill y los casos de bioética eran fuentes inagotables de debate. Una tarde, a la salida de clase, le dijo a Gloria que no asistiría a la cita que habían concertado porque se sentía cansado, agripado, y se iba a quedar en su apartamento; ella le preguntó si requería algún medicamento y él le dijo que solo quería tomarse un vino: “¿Con pizza con anchoas?”, respondió ella en broma. Después de una jornada de trabajo de casi catorce horas, por petición de Carlos, subió el pedido hasta su puerta: “Nos sentamos en su mesa del comedor, nos tomamos el vino, nos comimos la pizza. Y chao”.

Quedó institucionalizado que, ante cada problema de salud, así fuera el más mínimo, bastaba con llamarla y pronunciar las palabras clave: “Es que siento como una ronquera”.

Descubrieron que a ambos les gustaban las rancheras y la comida mexicana, hicieron de La Casa Mexicana su lugar de encuentro y, mientras él caía lentamente a punta de tequila, ella prefería la sangrita—bebida roja de tomate, con zumo de naranja y limón, sal y pimienta y gotas de tabasco, que acompaña el tequila— sin licor. “El se sabía las letras de todas las rancheras y los nombres de todos los compositores, se burlaba mucho de mí y me decía: ‘¿Mijita tú para qué viviste cuatro años en México si no sabes cuándo se compuso esto o

aquello?””.

Tuvieron la oportunidad de compartir proyectos de trabajo: con María Angélica Mallarino, Gloria Arias lideraba un programa llamado “Cariño terapia”, la actriz iba con su guitarra a la clínica y realizaba sesiones de canto con niños enfermos en etapas terminales; de esa experiencia resultaron los libros Ventanas abiertas: pautas de crianza (2003) y El barco iris (2004), derivado de la charla que Gaviria había ofrecido sobre la Escuela Summerhill. No solo fue el primer lector del manuscrito, también hizo la presentación oficial de la obra.

“El libro está bellissimo, debe de ser obligatorio en todos los colegios y todos los papás de familia deberían leerlo. Lo único que se nota es que tú aprendiste a hablar español en inglés, así como no yo no aprendí a hablar español en inglés: Mijita ¿por qué tú no abres las interrogaciones ni las exclamaciones? ¡Tú solamente las cierras, eso lo hacen los gringos! en español se usa abrirlas y cerrarlas”, fue su comentario inicial.

De lunes a viernes salían con el esquema de seguridad; pero el fin de semana, él mandaba a descansar a los escoltas; dado el riesgo que corría la vida de Carlos, solían ir a sitios cercanos a su apartamento: comían queso de trenza enrollado, arepas y huevo en Archie’s; otras veces preferían las panaderías Bagatelle y la Maison Kayser, o el brunch del Hotel Marriot.

“Cuando él se murió, duré cuatro meses sin volver a Kayser de la calle 81 [con carrera novena], nosotros íbamos mucho allá —Gloria Arias repasa su memoria sentada en su biblioteca, al lado de una imagen de Carlos Gaviria dibujada por Vladdo— Teníamos un mesero que lo adoraba, hablaban y conversaban; cuando llegué, el mesero me vio y soltó la bandeja que tenía, me abrazo y lloramos los dos como un par

de chinos chiquitos", Siempre lo llamó "precioso" ("¿A ti es que se te olvidó como me llamo?", le reclamaba él); pero jamás se sintió con la autoridad para tutearlo; de Carlos hacia ella siempre hubo un "tú" cercano, sin importar la ocasión: podían estar en las conferencias sobre arte de Gloria Nieto de Arias, la mamá de Gloria, o en un encuentro con Juan Pablo, su nieto, un adolescente de quince años con dificultades en el colegio y ansioso por el consejo de un hombre sabio.

Pero, ¿qué más guardaba Bogotá para Carlos?, ¿qué podía superar en complejidad a la Corte Constitucional o una curul en el Senado?

"Soy alérgico al disfraz, mi propuesta vital ha sido la autenticidad: ser uno mismo y revelarse como es", reiteraba en distintos lugares. Desde la dirección de la revista SoHo, Daniel Samper Ospina le propuso en dos oportunidades hacer algo que jamás había hecho: disfrazarse. La primera vez se vistió de apóstol en una réplica de la última cena, y la segunda, bastante predecible, de Papá Noel.

"En ambos casos he tenido reticencias, pero las he desechado finalmente, por consideraciones mucho menos frívolas que las que ordinariamente mueven a las personas a disfrazarse: suscitar debates provechosos en una sociedad que aún da pasos inciertos hacia el pluralismo, en el primer caso, y vencer una inhibición casi biológica en el segundo", escribió en SoHo.

Finalmente, ambos ejercicios sirvieron como prueba de su sentido del humor y para sentar un precedente en la libertad de expresión en Colombia. Samper Ospina recuerda que Carlos se mostró más dubitativo ante la broma navideña, "para él era un desafío, le chocaban los lugares comunes: él decía que era un lugar común asociarlo a él con Papá Noel".

En el texto 'Papá Noel por un día', describió su experiencia: "No me había disfrazado o, mejor, la ineficacia del

disfraz fue casi completa. La prueba contundente: a cada niño de cinco años o seis después de preguntarle las consabidas puerilidades: ¿le pides regalo al Niño Dios o a Papá Noel? ¿Qué le pides? ¿Sí te trae lo que le pides?, etc., le soltaba la (para mí) más temida pregunta: Quién soy yo? Y la respuesta casi unánime fue: Carlos Gaviria... Esta niña de mirada viva agregó: ¿Sí te vas a lanzar a presidente?”.

Año 1993. Carlos Gaviria Díaz ingresa a la Corte Constitucional, en el despacho del magistrado Eduardo Cifuentes Muñoz, un desconocido le da la bienvenida:

—Doctor Gaviria, ¿no cree usted que está en el lugar equivocado? —le dice en broma el magistrado auxiliar Rodolfo Arango Rivadeneira, quien recordaba los sablazos de Gaviria a la Constitución de 1991.

El nuevo magistrado lo mira sorprendido y suelta una carcajada.

—Usted ha sido un crítico y ahora lo nombran de juez para que la defienda, insistió Arango en aquella primera conversación que fue el punto de partida de un viaje conjunto que duró hasta el día de la muerte de Carlos.

En la Corte Constitucional trabajan separados, sin relación de subordinación, fueron las afinidades ideológicas e intelectuales las que forjaron la amistad.

Con un grupo de amigos, instituyeron un encuentro ritual cada tres semanas: a las siete de la noche llegaban a la sala del apartamento de Carlos, se tomaban dos o tres tragos de Glenfiddich y de ahí salían a cenar en un restaurante; entre vinos, sus conversaciones “casi festivas, alegres, de mucha risa, sin aludir a asuntos formales” se extendían hasta la medianoche. Rodolfo Arango se convirtió en el coordinador de los encuentros del grupo mejor conocido como Los Mosqueteros, integrado por Mauricio García Villegas (PhD en

Ciencia Política de la Universidad Católica de Lovaina, profesor de la Universidad Nacional), Rodrigo Uprimny Yepes (catedrático emérito de la Universidad Nacional de Colombia, entonces magistrado auxiliar de la Corte Constitucional), César Rodríguez Garavito (profesor de la Universidad de Los Andes, en esa época trabajaba en el despacho de Gaviria); y Diego López Medina (doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Harvard).

“Era casi la mesa redonda: el rey Arturo era Carlos, indiscutiblemente. Había una sensación de igualitarismo y de total respeto los unos por los otros, pues los mosqueteros —a excepción de Carlos—éramos todos conocidos y amigos. Diego López era el más joven, el más nuevo en el grupo, pero no había una sensación de que alguien asumiera la primacía, la autoridad o la hegemonía en la discusión”, evoca Rodolfo Arango. Y continúa: “Otra virtud de Carlos es que se ponía totalmente a nuestro nivel, no hacía ni de maestro de ceremonias, no hacía sentir su experiencia; aunque, claro, en la charla, era evidente”.

Los Mosqueteros fueron la urna de varias confidencias: cuando Carlos estaba aburrido en Sala Plena en la Corte, pensaba en los epitafios que le dedicaría a cada uno de los magistrados. En verso, los declamaba ante sus contertulios desternillados de la risa.

Años después de conocerse, Arango viajó a estudiar un posdoctorado en la Fundación Colombo Alemana Alexander Von Humboldt, en el interregno, la relación epistolar los acercó aún más. Para el actual magistrado de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), la verdadera amistad surgió a través de la política: en el año 2005, fue el director político de su campaña a la presidencia, una vez terminada la contienda electoral, Carlos lo llamó en la noche para ofrecerle su amistad: “Me pareció muy simpático el formalismo, porque él no creía que a

esta edad uno pudiera encontrar un amigo, él no tenía esa expectativa. Yo le dije: me elogias. Desde ahí, realmente, vivimos una amistad muy cercana ya hasta el final de sus días”.

Sus discusiones académicas y teóricas pasaban por el reconocimiento claro de la orilla de cada uno: Carlos era positivista, amaba a H. L. A. Hart, y Rodolfo se define como “más bien anti positivista sin llegar a ser iusnaturalista”, defensor de Ronald Dworkin. En diversos espacios, ha reflexionado sobre las ideas i le su compañero de tertulia: “El núcleo de su pensamiento correspondía al racionalismo moral, el mismo que encontraba en Sócrates, en Rousseau y en Kant. El valor de la autonomía moral, el carácter emancipador de los valores de la igualdad y la libertad que buscaba materializar a través de los Derechos sociales y económicos”.

En el ensayo *Ética, estética y Derecho* en el pensamiento de Carlos Gaviria Díaz, Arango concluye: “No era un idealista ni un materialista. Su seducción por Platón, Rousseau o Kant nunca lo llevó al extremo de hacer depender sus planteamientos teóricos o sus decisiones prácticas de doctrinas filosóficas particulares”.

La negativa de Carlos a compartir su biblioteca era, ante todo, un acto de autoconocimiento: “Picarescamente le presté dos libros muy valiosos para mí y nunca me los devolvió: *Justicia poética*, de Martha C. Nussbaum, que lo quería mucho, y *Razones para el socialismo*, de varios autores, entre ellos Roberto Gargarella. Algo de mis libros quedó en sus manos y yo estaba muy gratificado porque el fuera el que hubiera permanecido con eso”.

—En una charla magistral, Carlos defendió la idea de que el escritor argentino Jorge Luis Borges era un metafísico y no un filósofo; a manera de ejemplo dijo: “Borges hubiera suscrito una frase del poeta Hölderlin, de acuerdo con la cual ‘el hombre es un Dios cuando sueña y apenas un mendigo

cuando piensa’”. Si pudieras definir a tu amigo, ¿era más jurista, filósofo, metafísico? —le pregunto a Rodolfo Arango.

—Yo creo que era todo eso. Carlos tenía esa propiedad, lo discutimos alguna vez. Esa era descripción de los dos tipos de personalidad de Isaiah Berlin: la que es como un erizo concentrado en una sola cosa; o como una liebre, que salta a todas partes. Carlos se describía como una liebre, no se podía quedar en una sola cosa mucho tiempo, su interés no era profundizar una sola cosa, sino conocer muchas cosas, en muchas facetas. Esa inquietud intelectual lo llevaba a interesarse por diversas materias que iban desde la Filosofía a nivel teórico, el Derecho a nivel académico, el jurista, el filósofo académico, pero también el político y el juez. Yo no dudaría en decir que era una personalidad muy heterogénea, inquieta. No en vano Sócrates era tan importante para él, es que ese permanente interrogarse y esa ansia de conocimiento lo caracterizaba.

—¿Ustedes discutían sobre mística?

—Sí. Hizo algunas veces referencias a Eckhart, el filósofo alemán místico, pero en eso Carlos era un racionalista, más bien militaba, militábamos juntos en una línea muy explícita de Russell, Kant, de una modernidad dialógica discursiva. Defendía la ilustración a través del pensamiento y la reflexión; las que serían las posturas más metafísicas en Carlos eran problemas epistemológicos más que metafísicos. Sabemos que la epistemología y la metafísica están muy emparentadas, quizás son inescindibles; pero en eso, él sí era muy consecuente, asumía la posición de que como seres humanos estamos muy limitados al conocimiento. Hay cosas que no podemos conocer. En ese sentido era un agnóstico consecuente.

—¿Le angustiaba que existieran asuntos que no se pueden resolver?

—Llamaba mucho la atención, citaba mucho ese libro

de Etienne de La Boétie de Discurso sobre la servidumbre voluntaria o el Contra uno: ahí hay algo paradójico y es que el ser humano es el único ser condenado a ser libre; entonces la paradoja que también está en existencialistas, en Sartre o en Camus; Carlos recalcaba mucho eso que era una paradoja, esa autonomía que tanto valoramos a la postre mucha gente la entrega en aras de la comodidad. Él era muy adverso a cualquier actitud mística que llevara a la ataraxia o la inacción.

—Todos hablan de su oratoria, pero nadie de sus silencios, tan vinculados a Wittgenstein (“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”): háblame de su relación con el silencio.

—El intento de formular las cosas muy precisamente lo llevaba a ser ahorrador en las palabras. El era un hombre muy reflexivo, por ejemplo: cuando discutíamos de política y habíamos leído prensa y veíamos un problema, pensábamos en cómo podríamos resolver ese problema. Eran ratos de silencio reflexionando sobre los problemas. Del tema muy interesante que ni evocas: Wittgenstein, la moral para Carlos era central, por eso esa continencia de no estar haciendo juicios morales, sino ensalzar la autonomía y la libertad de las personas. Eso de que la ética es algo estético, sí lo vi totalmente ya plasmado en la relación con su familia: cuando en algunas ocasiones pude estar en su casa, ya lamentablemente él muy enfermo, uno lo veía interactuando con su familia y se daba cuenta de cómo se había realizado la autonomía en sus hijos, en las relaciones con sus hijos, eso suponía un gran respeto por las decisiones de los demás, no una imposición a través del discurso.

—Ahora sí: hablemos de su oratoria...

—A ver, varias cosas: primero; la riqueza de vocabulario; segundo, la dicción muy precisa, muy clara; tercero, los énfasis, ¡tenía un vozarrón!, cuando quería hacer énfasis en algo usaba una voz gutural. Recuerdo mucho las

imágenes de alegría, de fogosidad, era una persona apasionada al hablar; eso contrastaba con el Carlos profesor cuando uno estaba hablando de política, todo era muy enfático, muy irónico. El profesor, el gran educador, era muy diferente. Lo recuerdo en público, y veo que Alejandro Gaviria compartía con Carlos una cualidad: ser buen cuentero en el mejor de los sentidos, no un hablador de paja, sino el hecho de hilar tantas lecturas, crear una historia muy consecuente, y hacerlo con gran goce y pedagogía.

—¿Consideras que existe algún vínculo entre el agnosticismo de Carlos con el suicidio de su padre?

—El hecho de que se haya suicidado el papá y lo que significaba para la Iglesia el tema del suicidio, que sintiera algo de orgullo de esa situación, yo creo que puede incidir en esa decisión vital de defender la libertad y de colocar la libertad como un eje de toda su acción para buscar una sociedad más tolerante, más abierta y justa con las decisiones autónomas de las personas

—Pero su posición frente a la religión a veces era paradójica ¿no?

—¡Ah, las paradojas que muestran la grandeza de Carlos! ¿Cómo es que le aconsejaba a una amiga que bautizara la hija siendo que ella misma estaba dudando en hacerlo? Uno se sorprende, pero las consideraciones fueron de tipo sociológico: la carga que le impondría a la niña en esta sociedad. Ahí uno se da cuenta de que no era ningún fanático, que realmente defendía ideas muy finas y claras, pero no hasta el extremo de sacrificar a las personas, y mucho menos a una niña, alguien que no tuviera la conciencia para poder defender una posición, por ejemplo: no estar bautizado en una sociedad como esta. Eso sorprendía: ¡Ver a un Carlos también haciendo concepciones contra lo que él mismo luchaba, que era todo este clericalismo!

En los últimos años, Carlos y Rodolfo se encontraban en una cafetería en la calle 90 debajo de la carrera 11, tomaban café con almojábanas y pan de yucas, mientras conversaban de viajes a las cataratas de Iguazú o a Francia o a Italia; o de algún buen libro, con anécdotas del lugar donde había sido leído; o de las cenas, de la buena mesa; o de los amigos; o de tango. Pero también compartían el disgusto, “el tedio en el Congreso de la República, sentir que perdía el tiempo durante horas lo exasperaba, se sentía muy mal, pero aguantaba por su republicanismo”, cuenta Rodolfo. No soportaba la hipocresía y las relaciones por conveniencia, en eso era implacable al punto de romper relaciones con personas cercanas.

—¿Y la vanidad?

—¡Carlos era bastante vanidoso! Yo lo molestaba un poco cuando había ido a la peluquería, le decía: ¡Uy, mejor dicho, te hicieron el blower! Y sí, no era solo físicamente, sino intelectualmente, era una persona con mucho amor propio.

Rodolfo Arango Rivadeneira heredó esa vanidad, literalmente, hasta el cuello: bajo su toga luce algunas de las corbatas que fueran de su amigo adorado.

El último gran proyecto de Carlos Gaviria Díaz fue Demopaz. En el año 2009, en la biblioteca del apartamento de Gloria Arias Nieto en el barrio Rosales de Bogotá, se reunió un grupo de amigos para crear la Fundación Educación para la Democracia y la Paz, Demopaz, y sus cátedras abiertas de formación en valores democráticos y liberales.

La anfitriona organizó una cena para la ocasión, Rodolfo Arango Rivadeneira llevó una carpeta con los documentos que formalizarían la nueva organización. Los dos amigos se pararon detrás de un sofá y, como si estuvieran en un atril ceremonial, hicieron los honores frente a la dueña de casa y los demás asistentes: Saúl, Adriana, La Negra Correa, Beatriz y Germán.

En el acta de fundación de Demopaz, del 3 de noviembre de 2009, figuran: Rodolfo Arango Rivadeneira, Gloria Arias Nieto, Beatriz Betancur Álvarez, Adriana Camacho Castaño, Gloria Correa Arango, Saúl Franco Agudelo (director ejecutivo), Consuelo Gaitán Gaitán (secretaria), Carlos Gaviria Díaz (presidente), Juan Carlos Gaviria Gómez, Clemencia Hoyos Hurtado, Germán Umaña Mendoza y Mario Yepes Londoño.

El Centro Cultural Gabriel García Márquez fue la tribuna del acto inaugural, con una ponencia del profesor Ricardo Sánchez Ángel, doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

Con el paso del tiempo, a Demopaz llegarían nuevos integrantes y se retirarían otros, como Carolina Galindo Poblado y Consuelo Gaitán.

Aunque la organización nació en Bogotá, pudo sobrevivir y gracias al ímpetu del capítulo Medellín: “Tuvimos que hacerle el velorio a Demopaz porque ya físicamente no dábamos más. no tenía un peso, solamente hubo una Fundación que nos ayudó, de resto era con las uñas, financiado entre nosotros, muy complicado económicamente. ¿Por qué? Los que tienen piala son los empresarios y ellos no le apuestan a algo que les suene a Izquierda, les parece terrible. Nosotros, claro, ¡sonábamos a Izquierda!”, explica Gloria Arias. Entonces, entregaron la oficina que habían alquilado en la sede de Corpovisionarios.

—Demopaz busca compartir ideas en un ambiente democrático, ¿alguna vez tuvieron algún desencuentro?
—averiguo con Rodolfo Arango.

—Sí, fue agrio y fue público. En una reunión preparatoria de Demopaz en Bogotá, estábamos en la mesa con Consuelo Gaitán, María Cristina, Carlos, Germán Umaña y Adriana Camacho. Por alguna razón, acabamos hablando de la

explotación del oro, legal e ilegal. Me opuse abiertamente, consideré que en Colombia no debería explotarse el oro así hubiera montañas de oro. Carlos se mofó y dijo: “el estiércol del diablo”, refiriéndose al oro. Yo me disgusté, le dije que yo creía que el oro, a pesar de lo valioso que podía resultar en términos económicos, podía estar en contra de la conservación de la naturaleza en las cordilleras colombianas. Consideré que la respuesta de él, un poco sarcástica, no era apropiada y se lo dije. Después me vine a enterar de que un pariente político de Carlos trabajaba en Mineros de Antioquia [Raúl Márquez, el esposo de Ana Cristina] y que, con su cercanía a esa industria, veía más bien con pragmatismo el tema de la explotación de oro en Colombia: eso explicaría el porqué habría ridiculizado una posición tan radical como la mía. Concedo que mi posición era bastante radical, tal vez me he relajado un poquito: es muy poco realista pensar que ese oro no se pueda explotar con las debidas previsiones para no destruir la naturaleza. Lo paradójico es cómo se ha venido demostrando que el oro en las cordilleras muchas veces está situado también en yacimientos de agua: ante ese dilema, creo que debemos mirar a largo plazo la sostenibilidad del planeta y no tanto las afujías económicas de un país —responde.

Demopaz continuó en Medellín por la voluntad de la familia Gaviria Gómez, y el apoyo de los amigos de toda la vida, la Universidad de Antioquia y la Biblioteca Pública Piloto. Los i margados de mantenerla vigente fueron Carlos Gaviria Díaz y María Cristina Gómez Toro, Juan Carlos, Ana Cristina, Natalia y Ximena Gaviria Gómez; Clemencia Hoyos Hurtado, Mario Yepes Londoño y Luisa Margarita Henao de Yepes, Álvaro Londoño Restrepo, Jorge Puerta Cardona, Luz María Restrepo Mejía y Jesús María Gómez Duque.

Carlos jamás ahorró esfuerzos por Demopaz, su anhelo era que los aportes del público cubrieran los gastos de

mantenimiento. Como cofundador, le preocupaba el factor económico tanto como la autonomía e independencia de la Fundación: "Sentía que otros no iban a tener la discreción suficiente para separar sus intereses del apoyo al proyecto, como el problema que muchas veces vive el noticiero Noticias Uno", comenta el maestro Yepes.

En la actualidad, con una frecuencia irregular, en la Torre de la Memoria de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, se siguen llevando a cabo las cátedras Demopaz, guiadas por voces tutelares de demócratas y pensadores del país como Yesid Reyes (exministro de Justicia), Rodrigo Uprimny (constitucionalista), Mauricio Archila (historiador), Francisco De Roux (presidente de la Comisión de la Verdad) Jesús Abad Colorado (fotógrafo), Piedad Bonnett (escritora) o Patricia Linares (presidenta de la Jurisdicción Especial para la Paz), entre otros. Cada encuentro reflexiona sobre asuntos como la reforma a la justicia, la justicia transicional, los medios de comunicación y la construcción de la democracia, la crítica a la sociedad de mercado, y derechos y deberes para todos.

Demopaz sobrevive en la oficina de abogados de Juan Carlos Gaviria y Jesús María Gómez, en el barrio Manila de Medellín. Y, cómo no, en la sala del apartamento de María Cristina Gómez, donde entre copas de vino y cenas preparadas en casa, se da cierre a cada sesión de la cátedra con el ponente invitado y un pequeño grupo de amigos.

Damón de Atenas, maestro de Sócrates, fue uno de los primeros pensadores que estableció un vínculo entre la música y la formación del ethos.

Carlos y yo pasamos de la biblioteca a la sala de su apartamento. Mientras conversábamos sobre la relación tormentosa entre la chelista Jacqueline Du Pré y el pianista Daniel Barenboim, él hurgó en su discoteca, donde la serenidad

barroca del clavecín convivía en armonía con el atrevido bandoneón de arrabal.

“Lloro con mucha frecuencia, pero no de tristeza”, me advirtió antes de sentarse a mi lado. Eligió la ópera Nabucco de Giuseppe Verdi, el coro Vapensiero: “Oye esto, Anita, lo cantan mientras van en un barco escapando”.

Va, pensiero, sull'ali dorate; va,
ti posa sui clivi, sui colli,
ove olezzano tepide e
molli l'aure dolci del suolo natal!

Las cuerdas frotadas se transformaron en olas, sentimos la cadencia de los remos fugitivos contra la furia del mar. Las voces del coro ascendieron. Carlos apoyó los codos en las rodillas y se quitó las galas, quién sabe a dónde volaron ‘las alas doradas de MI pensamiento’. Con la palma de las manos se secó los párpados.

Revivió el día en que Italia celebró su aniversario ciento cincuenta, en la Opera de Roma, con la representación emblemática de su unificación: Nabucco de Giuseppe Verdi, bajo la dirección de Riccardo Muti. Entre el público estaba el primer ministro Silvio Berlusconi, ya con cargos de corrupción en su contra. Los asistentes empezaron a cantar los coros de Vapensiero, “Oh mia patria si bella e perduta! / Oh membranza si cara e fatal!”. Muti le dio la espalda al escenario y, en comunión con el público, comenzó a dirigirlo: “Cantemos todos que en este momento — cuenta Carlos con la voz quebrada— ¡Italia lo necesita!”.

(Mientras escribo estas líneas, Italia reporta 233.000 contagios de Covid 19 y 33.415 muertes, escucho de nuevo el himno a la libertad que es Vapensiero, interpretado por el International Opera Choir de Roma en confinamiento, sin tónicas ni telones: cada cantante desde su hogar, cada voz enmarcada por una cuadrícula mínima en la pantalla de mi

computador).

Carlos y yo bajamos a los garajes del edificio donde residía en Bogotá, se abrió el ascensor y, de inmediato, apareció ante nosotros José Heliodoro Rubio, Lolo, su escolta clave. Dos carros blindados y varios guardaespaldas integraban su esquema de seguridad.

Nos dirigimos al apartamento de un viejo amigo suyo, profesor y poeta.

En el trayecto hacia Chapinero Alto, conversamos sobre su melomanía, un asunto de vieja data. Entre 1953 y 1955 perteneció a una peña literaria para comentar libros, declamar y oír música. Hacía “paliqueo” con Irene Zapata, Jaime Jaramillo Panesso, Darío Ruiz, Guillermo Henao, Fabio Rodríguez, Enrique Molina, Jairo Álvarez y Fidel Restrepo. “Carlos siempre fue un sabihondo del tango”, afirma Jaramillo Panesso.

Los integrantes de la peña solo bailaban para patrocinar el tabloide Movimiento. Organizaban bailes típicos en las casas de los amigos, las cuales decoraban con matas de plátano y, disfrazados de campesinos, con sombreros y alpargatas, se movían al ritmo de pasillos, bambucos y boleros. Movimiento salía de la tipografía de los salesianos, con columnas sobre cine, artes plásticas y literatura. Las tendencias políticas universitarias de los integrantes acabaron con la peña y el tabloide, y cada uno tomó su rumbo para militar en distintos partidos.

Llegamos a nuestro destino. Los amigos de juventud no demoraron en entrar en materia, sirvieron el whisky y declararon su preferencia por Carlos Gardel seguido de Roberto Coyeneche. Gaviria entonó una canción que quería escuchar, cuyo nombre tardaba en acudir a su memoria: “Estás desorientado y no sabés/ Qué bondi hay que tomar, para seguir...”.

“Desencuentro”, dijo su amigo. Ganó la casa para

empezar en la apuesta tácita y perpetua que une a los tangueros.

“Amargo desencuentro/ Porque ves que es al revés/ Creíste en la honradez y en la moral/ Qué estupidez”, cantaron juntos mientras buscaban el acetato, y hablaban de los compositores de tango y su conexión con los poemas de Rubén Darío.

Gaviria evocó la noche en que Roberto Rufino visitó a Medellín: en la finca de Calatrava, el cantor argentino, en compañía del Coco Potenza, interpretó todo lo que le pidieron desde las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana. Perla, su mujer, lo regañaba: “Tenés compromisos con la Casa Gardeliana, Roberto, estás desgastando la garganta”. Y él contestaba: “¡No estoy cantando con la garganta, sino con el alma!”.

De repente, los acetatos sonaron solos. Nadie les hizo coro a los cantores. Se sentía el crujir del piso de madera.

Carlos tomó un sorbo de whisky. Se levantó del viejo sillón de cuero y miró a Lolo por la ventana, con el Hospital Militar al fondo. Cogió el libro escrito por su anfitrión, David Jiménez Panesso, y leyó en voz alta El retrato del padre. La noche del 20 de marzo de 2014, culminó con un hombre que salió a las volandas de la casa de un viejo amigo en el barrio Chapinero.

No hay por qué odiar los tangos
ni el mar
ni las hormigas
no hay por qué abominar de la sonrisa
del sol
de los mandados
de los torpes cuidados de los hombres
no hay por qué estar asqueado de los diarios
de los informativos de la radio

de las concentraciones.

O hay por qué.

Hay.

Si habrá.

Sí. Pero.

Pero no hay que. Supongo.

Idea Vilariño —¡la melancolía del eco de la memoria!
— seguida de un prolongado silencio lo confirmó: Carlos
Gaviria había llegado a su límite.

¿Amen?

Es que mucha gente dice: ‘¡Ay, los secretos que él tiene!’.

Y él no tenía secretos con nadie, si los tenía, se los guardó porque eran sus secretos.

JOSÉ HELIODORO RUBIO, LOLO, ESCOLTA

En la Plaza de Bolívar, con los pilares del Capitolio a sus espaldas. Carlos mira el lente de la cámara. Se aplaca la barba con la palma de la mano, compone el nudo de su corbata y sacude la solapa izquierda de su blazer azul prusiano, adornada con una ¿minuta flor en filigrana dorada. Levanta los ojos de nuevo hacia el reportero gráfico Carlos Vásquez.

—¿Estamos listos, senador?

El clic del obturador coincide con el instante del ceño ¿uncido, de la mirada escéptica de un hombre sorprendido por el destino, quien siempre se consideró un pésimo político en campaña, pues encontraba “impúdico” invitar a la gente a votar por él: “Creo que yo era muy mal candidato. Llevaba reinta y ocho años en la universidad y cuando se lleva una vida de reflexión más que de acción, se tienen muchas inhibiciones”, me dijo en el año 2014, en uno de nuestros repasos de sus días en plaza pública.

En la segunda edición del mes de marzo de 2002, la revista Cambio tituló: “El palo del Congreso”. Aquella imagen de portada ante el recinto del poder legislativo era el plano medio de un senador a punto de ocupar su curul por primera vez, después de encabezar la lista del Frente Social y Político, liderado por el aspirante a la presidencia Luis Eduardo Lucho Garzón.

El debut de Carlos Gaviria Díaz en la política fue interpretado como una evidencia de la fuerza creciente de los independientes y de la crisis de los partidos tradicionales, un grito del voto de opinión que él mismo describió como “una

gota en el océano del voto amarrado”. El periodista Héctor Rincón escribió sobre la nueva cara en la política nacional: “A la política acaba de llegarle un hombre que por pensador y por libertario es una flor exótica en un país desacostumbrado a discutir y a reflexionar”. Aquel perfil publicado en el extinto semanario destacaba: “Es así de raro como un oso polar en este trópico”.

Y es que Carlos llegó muy tarde a la política. A los sesenta y cuatro años dejó atrás más de tres décadas de docencia universitaria y, precedido por su prestigio como magistrado de la Corte Constitucional, labor de la que se hablará en detalle en el anexo que está al final del libro, fue elegido para el Senado.

Todo comenzó sin la intención de entrar en la contienda electoral: con el líder sindical Luis Eduardo Lucho Garzón, fundó el Frente Social y Político, un partido de izquierda democrática que el mismo Garzón representaría en las elecciones presidenciales en 2002. Un sábado en la tarde, en el apartamento de Carlos en el barrio El Chicó de Bogotá, Lucho Garzón y dos de sus copartidarios, el director de su campaña presidencial Daniel García-Peña y el abogado Enrique Borda, le pidieron a Gaviria que asumiera la candidatura al Senado por la colectividad.

—¿Por qué aceptaste? —le pregunté una tarde a Carlos, mientras recorríamos un supermercado en busca de un vino que le llevaría esa noche a un viejo amigo.

—Por falta de carácter —respondió sin vacilar. Y empuñó el cuello de un Carménere mendocino.

El Banco Santander le prestó ciento veinte millones de pesos para la campaña y durante siete semanas visitó algunas ciudades; los volantes y avisos electorales anunciaban: “Carlos Gaviria Díaz un buen legislador. Sumémosle razón al corazón. Senado 517”. Obtuvo el quinto mejor resultado del país en las

elecciones legislativas del año 2002 con 114.886 votos, su registro más alto en las urnas lo arrojó Bogotá, entre jóvenes universitarios.

Desde la campaña había anunciado los fundamentos de sus funciones, tanto legislativas como de control político. Desde la Comisión Primera —encargada de la reforma constitucional, la organización territorial, los reglamentos de los organismos de control, las normas generales sobre contratación administrativa, de los derechos, garantías y deberes, la rama legislativa, las políticas para la paz y de carácter étnico— dirigió sus esfuerzos hacia los asuntos jurídicos y de democracia, y compartió debates con senadores como Rafael Pardo, Germán Vargas Lleras, Rodrigo Rivera, Claudia Blum y José Renán Trujillo.

De acuerdo con Congreso Visible, proyecto de la Universidad de Los Andes que ofrece seguimiento e información acerca de las actividades legislativas, fue ponente de cincuenta y cuatro proyectos de ley y autor de siete; solo uno de su puño y letra salió adelante: el 5 de octubre de 2005 presentó la iniciativa con la cual “la nación se asocia a la celebración de los sesenta años del Instituto de Educación Técnica Jorge Eliécer Gaitán del Carmen de Viboral, Antioquia, se autorizan apropiaciones presupuéstales y se dictan otras disposiciones”. El 31 de julio de 2006 se sancionó como la Ley 1079 de 2006.

El 29 de noviembre de 2005 presentó otro proyecto honorífico: el Congreso de la República le concedería el nombre de “Héroes del Botón de Leyva” al puente recién construido sobre el brazo de Mompox—que une a los departamentos de Bolívar y Magdalena en el municipio de Botón de Leyva, Bolívar—. La Cámara de Representantes archivó la iniciativa.

“En diversas oportunidades los senadores participaban

en leyes de honor que ellos escribían y después llegaban a la comisión o a la plenaria y los ponían a firmar”, recuerda la abogada Laura Porras-Santanilla, actual profesora de la Universidad de Los Andes, quien trabajó desde 2003 y durante dos años y medio en la Unidad de Trabajo Legislativo (UTL) de Carlos Gaviria Díaz. Al igual que otros miembros de aquel equipo, ella considera que él no estaba interesado en presentar proyectos de ley que, como otro senador de izquierda, Jorge Enrique Robledo, sabía que su función esencial era el control político, puesto que le falta de mayorías hacía prácticamente impensable que sacaran adelante por votación sus propias iniciativas legislativas.

En cuanto al control político, se concentró en cuatro aspectos: justicia social para alcanzar la paz, reordenamiento territorial acorde con la realidad geográfica, económica y cultural, reforma política (abolir la connivencia del Ejecutivo y el Legislativo) y derechos humanos.

A través de los debates, corroboró la gran verdad que a la larga se convertiría en una especie de mantra en su despacho de congresista: “Este es un país tan conservador que yo soy visto como un liberal”.

El día en que Carlos Gaviria entrevistó a Helena Alviar García, quien aplicaba para acompañarlo en su UTL, ella le preguntó: “¿Qué es lo mejor y lo peor del Congreso?”, y él respondió: “Lo peor del Congreso es que las cosas ya están negociadas antes, y los horarios tan terribles”.

Alviar García, ex decana de la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes y actual profesora de Sciences Po en París (Instituto de Estudios Políticos de París), explica lo que realmente le molestaba a su jefe del trabajo legislativo: “Era un intelectual, además de ser un abogado, le gustaba leer poesía y literatura. El trabajo en el Congreso en esa época, no sé cómo será hoy en día, era muy pesado, los horarios tan

tremendos no le permitían hacer otras cosas, tenía que estar hasta las doce de la noche. Carlos ya era una persona mayor, no era su pasión el trabajo legislativo por muchas razones, entre otras porque le quitaba tiempo para el estudio”. El grupo de jóvenes de la UTL debía tener una habilidad especial en el Derecho comparado, así mismo tenían que tener paciencia para lograr por tiempos prolongados la atención de Carlos, “se ponía bravo, era impaciente y leí como a pesar de que todos estábamos haciendo lo mejor posible”.

Alviar García dice que su jefe no era el más fácil del mundo, las cosas tenían que ser a su manera o no eran: “Carlos no negociaba nada. En la Comisión Primera le tenían un respeto impresionante, Claudia Blum, Rafael Pardo, Germán Vargas y todas esas personas, a pesar de que se oponían ideológicamente a Carlos le tenían mucho respeto como constitucionalista. Le habrían puesto mucha atención en los distintos proyectos de ley, pero Carlos era una persona de principios, entonces, si a él no le gustaba un proyecto de ley por la razón que fuera, no participaba. Siempre le decían: ‘Carlos negociemos, tratemos de que esto quede un poco mejor’; él decía: ‘no, yo no voy a ayudar’. Esa era una cosa muy interesante, muy de principios, obviamente eso es excelente, pero también en el Congreso ¡toca negociar sin ceder los principios! Como consecuencia los otros senadores decían: ‘si este ni raja ni presta el hacha, yo tampoco’. Como él no negociaba lo de los otros, los otros tampoco le negociaban a él”.

Nunca se sintió cómodo con la puesta en escena del Congreso, saber que todo se negociaba antes de debatir y deliberar. A pesar de eso, sus relaciones eran cordiales aún con los congresistas de quienes se alejaba ideológicamente como los senadores de derecha Roberto Gerlein Echeverría y Germán Vargas Lleras. A Gerlein lo saludaba con un abrazo y se

preguntaban por sus respectivas familias; los que trabajaron con él desde muy jóvenes en el Congreso aseguran que lo desencajaban el uribismo recalcitrante y algunas prácticas que, pese a ser cotidianas, eran intolerables para él: “Vargas Lleras maltrataba a la gente de su UTL —gritaba y pateaba— ¡una cosa horrible!”.

En julio del año 2004, los líderes del paramilitarismo Colombiano Salvatore Mancuso, Roberto Duque Gaviria alias Ernesto Báez y Ramón Isaza entraron al Salón Elíptico del Capitolio Nacional y pronunciaron discursos frente a los congresistas. El periódico *El Tiempo* lo registró así: “Los jefes paramilitares pasaron de largo el espinoso tema de los narcos presentes en la mesa de negociación en Santa Fe de Ralito [departamento de Córdoba]”. Esos 120 minutos en el Congreso fueron entendido» por los paramilitares como “una oportunidad histórica”.

En la crónica “Paras en el Congreso”, publicada en la revista *Semana*, Héctor Abad Faciolince escribió: “Con un par de excepciones (el senador Rafael Pardo y la representante Gina Parody), los casi sesenta congresistas presentes en la sesión (de un total de 268, hay que decirlo), además del gobernador de Córdoba y el alcalde de Montería, ovacionaron al coman dante [Mancuso]”.

El Congreso ya le había abierto las puertas y los micrófonos recientemente a Francisco Galán, líder guerrillero del ELN, in terno en la cárcel de Itagüí (Antioquia). Carlos Gaviria se refirió a la visita del guerrillero después de los discursos de los paramilitares: “Es que a Galán lo invitaron de afán, solamente para que no se viera tan mal la visita ya convenida de los paramilitares”.

Aquella era una coyuntura particular, Helena Alviar García recalca: “En esa época había toda clase de cosas que estaban tratando de hacer para ayudar a los paramilitares y

Carlos se oponía por principio”.

“Era obvio que nosotros sabíamos que estábamos frente a paramilitares, inclusive, a su lado [de Gaviria] se sentaba Mario Uribe. Ese senador no podía voltear bien el cuello, tenía que voltear todo el torso por un problema de movilidad. Alguna vez yo, muy cansada, detrás de Gaviria, le digo: ¡Uy, jefe, estoy ya ahogada!, ¿puedo salir un ratico de la Comisión? entonces Gaviria, quien era muy chistoso, me volteó a mirar y me dijo: Lo que te están cansando son las fuerzas del mal que te están mandando desde allá miraba a Mario Uribe, recuerda una de sus compañeras del Congreso.

Otro exintegrante de su UTL (que prefiere reservar su identidad) rememora un diálogo breve, después de una exposición brillante de Gustavo Petro en el Capitolio: “Salimos como a las dos de la mañana de esa plenaria, yo estaba mamado; y monees Gaviria me dice: ‘¿Por qué será que yo contrato gente i pie creo tan inteligente y nadie nunca me puede conseguir datos como los que tuvo Petro para haber hecho ese debate [de parapolítica]?’”; por supuesto, el joven sintió que lo regañaba y le respondió: “Qué pena, jefe, no tengo ni idea” y ofreció excusas, pero Carlos lo interrumpió: “Yo sí sé, porque yo contrato a gente decente: ¿Tú sabes qué se necesita para conseguir esos datos? ¡Se necesitan hacer muchas cosas no muy buenas!”.

Como senador se mantenía cansado, frustrado por verse rodeado de personajes diametralmente distintos a él, era como si a veces temiera que nadie le iba a poner atención a sus proyectos y por eso ni los proponía, como manera de evitar un fra-caso: “Carlos no era ningún radical, no era un ‘castrochavista’ que es lo que les fascina decir acá. Era un liberal clásico, un tipo que creía en las libertades. Después fue puliendo su discurso acerca de la redistribución económica, pero no era un radical de ningún estilo”, dice Alviar García.

El primer proyecto de ley de su autoría lo presentó el 16 de marzo de 2004, su objetivo era establecer nuevos parámetros de procedimiento para “conformar la identificación del menor a través del registro civil, valorando el papel de la mujer en la sociedad y la familia, y dando un paso adelante en la igualdad de la pareja en el medio social y legal, permitiéndole distribuir el orden de los apellidos con los cuales será registrado el me-nor”. Dos años después fue archivado por cambio de legislatura.

El 3 de noviembre de 2004 quiso desarrollar el artículo 11 de la Constitución Política de Colombia (“El derecho a la vida es inviolable. No habrá pena de muerte”) y dictar disposiciones relacionadas con la dignidad humana de los enfermos terminales; en la Corte Constitucional ya había sido el ponente de la Sentencia C-239 o de “Derecho a una muerte digna”. El 6 de noviembre, él mismo retiró el proyecto que regulaba la muerte digna y voluntaria de ese tipo de pacientes. El senador ponente, Germán Vargas Lleras, modificó el proyecto, se negó a incluir la figura del homicidio por piedad. Juana Dávila, integrante del equipo de trabajo legislativo de Gaviria, recuerda que el grupo de la UTL de Vargas Lleras no adelantó la ponencia por objeción de conciencia.

Nueve días después, el 15 de noviembre de 2004, Gaviria presentó un proyecto que permitiría que el cultivo, la tenencia, la comercialización, el uso y consumo de hoja de coca en su estado natural destinado a prácticas culturales ancestrales o la utilización en la producción de alimentos, la industria y la medicina, no fueran considerados como producción, comercialización, tenencia o consumo de estupefacientes. Solo logro llegar al primer debate.

El desgaste en Carlos Gaviria Díaz era notorio, además del malgenio que le producía el ingreso al recinto del Congreso del entonces ministro del Interior Fernando Londoño o del

mismo presidente, Álvaro Uribe Vélez, quien solía afirmar públicamente que él replicaba las enseñanzas que había recibido de su maestro de la Universidad de Antioquia del que había aprendido la noción de Estado social y democrático de derecho. “Me decía: ‘Tú que quieres ser profesora, Laurita, tienes que tener una cosa clara: uno nunca jamás es responsable de las cosas que hagan los demás con lo que uno dice en clase’”, comenta Laura Porras-Santanilla.

La actual profesora de Los Andes no olvida su entrevista de ingreso a la UTL: “El me preguntó: ‘¿Tú por qué quieres trabajar conmigo?’ entonces yo le dije: porque lo admiro profundamente, porque ideológicamente soy muy cercana a usted; porque me gusta A, B y C. Y él respondió: ‘Uy, Laurita, pésima respuesta, a mí no me importa lo que tú pienses, tú aquí puedes ser fundamentalista en cualquier sentido, si estás acá es porque está muy bien recomendada. Y yo quiero gente buena, pero no quiero gente que piense como yo. Ojalá me critiques mucho’”.

En abril de 2005 fue el autor del proyecto “por medio del cual se adiciona el artículo 258 de la Constitución Política de Colombia” y que buscaba implantar mecanismos de votación que otorgaran más y mejores garantías para el libre ejercicio del derecho al voto de los ciudadanos. Resultó archivado por tránsito de legislatura.

Ya para mediados de 2005, el 20 de julio, fue autor y ponente de la iniciativa para la protección judicial mínima de los derechos sociales, un proyecto enfocado en la garantía y protección efectiva de los derechos a la alimentación, salud, trabajo, educación, seguridad social y vivienda. Laura Porras Santillana describe el contenido: “Buscaba hacer una ley estatutaria para volver norma legal algunas de las subreglas más importantes que en ese momento había sacado la Corte Constitucional en materia de derechos sociales, económicos y

culturales. Lo que había hecho esa primera Corte, de la cual él hizo parte, pues era muy progresista, nuestra sospecha (que muchos años después finalmente se dio) era que las mayorías en la Corte iban cambiar y que jurisprudencia muy importante, por ejemplo en términos del derecho a la salud, pensión o educación, se iba a echar para atrás; entonces lo que le planteamos en ese momento fue dejar al menos en una ley estatutaria algunos de los avances más importantes de esa primera Corte”. Una vez más: fue archivado por tránsito de legislatura.

Aunque Carlos no fue su autor, entre los proyectos que mejor recuerda la abogada Juana Dávila está el de la Ley de Titulación y saneamiento de la propiedad: “Mucho después lo aprobaron, existe. Era un proyecto que tenía una cosa muy grave: les quitaba a los jueces civiles la facultad y la obligación de estudiar las demandas, se convertía a la posesión de la tierra en propiedad, y se lo pasaba a los registradores de instrumentos públicos. Básicamente, nosotros leímos en ese proyecto de ley una forma de formalizar el despojo de la tierra que era evidente, que estaba ocurriendo con el desplazamiento forzado, y venía muy disparado desde 1999 y ya era 2004. Estábamos en pleno Plan Patriota, era evidente que había muchísimo desplazamiento del campo a la ciudad. Nos metimos a atrancarlo y logramos hacerlo, junto con unos uribistas, porque nosotros no teníamos ningún chance de pasarlos proyectos de ley, ni modificaciones, éramos una total y absoluta minoría”.

La UTL también trabajó intensamente en el estatuto de la oposición, pero nunca hubo quorum, los senadores no asistían a los debates. Los sabotearon.

Como senador de oposición, hizo una crítica permanente al ejercicio de la política nacional, sobre cómo a los Colombianos se nos educa en una filosofía de la obediencia, según la cual es reprochable desviarse de la

ortodoxia, del pensamiento oficial. Para Carlos Gavina hacer oposición no era sinónimo de obstrucción irracional a toda iniciativa del gobierno.

Nadie duda sobre cuál fue su momento más feliz en el Senado: “El último día se sentó en su escritorio y empezó a decir: ‘yo no voy a extrañar nada de este miserable Congreso, yo lo único que voy a extrañar es... ’ y empezó a nombrarnos, uno por uno, y a decir cosas bonitas de cada uno de la UTL. ‘No quisiera volver acá jamás’, gritaba desde su escritorio. Lo queríamos mucho y le agradecíamos mucho, fue una persona muy cariñosa y muy generosa con nosotros”, dice Porras Santanilla.

Tan pronto llegó al Congreso, conoció a Jorge Enrique Robledo, militante del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (Moir) —sin personería jurídica en ese entonces—, quien fue elegido senador por la Unidad Cafetera y Agraria. Coincidieron en el proceso de creación de lo que se conoció como Alternativa Democrática (AD), la cual convocó políticos de diversas vertientes y orígenes: por un lado, el Polo Democrático Independiente (PDI), con voces como las de Jaime Dussán, Antonio Navarro Wolff, Gustavo Petro y Samuel Moreno; y por otro, fuerzas políticas distintas como las que representaban Luis Carlos Avellaneda (Unión Democrática), Alexander López y Wilson Borja (Frente Social y Político), y Bernardo El cura Hoyos (Movimiento Ciudadano), entre otros.

Entre los años 2005 y 2006, se concretó el Polo Democrático Alternativo (PDA), “un pacto que creó nuevos estatutos y un nuevo programa. Nosotros no adherimos al Polo Democrático Independiente con su programa y con sus estatutos —explica Robledo—, sino que en el trámite de un año llegamos a esa coincidencia: PDI es una cosa, PDA es otra”.

En medio del confinamiento por la pandemia, desde Cuba, Gustavo Petro, senador de Colombia Humana, se retira de una sesión virtual del Congreso de la República para evocar aquel proceso de configuración de una nueva fuerza política: “Nos costó una transacción con las agrupaciones que se oponían. ¿Quiénes se oponían dentro del Polo a que ellos ingresaran? Se oponía Samuel Moreno; Navarro lo veía con mucha desconfianza, Dussán y otros grupos. Samuel Moreno, en ese momento, pidió que entraran unas agrupaciones más a la derecha, un tanto jugando a los equilibrios, pensando en su propia estrategia y pidió el ingreso de su hermano, Iván Moreno, que no hacía parte del Polo, y de María Emma Mejía: allí comenzó lo que se llamó el PDA, Polo Democrático Alternativo, la palabra alternativo la puso Alternativa Democrática para dejar parte de su nombre. Tuvimos una especie de salpicón que iba desde Iván Moreno y María Emma Mejía hasta el Partido Comunista: ese es el escenario que se conoce como PDA. Cuando ingresa Carlos Gaviria, viene una competencia por la candidatura presidencial”.

La búsqueda de un asesor para asuntos de libre comercio acercó a Carlos al catedrático y analista económico Aurelio Suárez, quien resume aquel trabajo político del PDA en tres decisiones: un ideario de unidad, unas normas de funcionamiento y una convocatoria a consulta para elegir el candidato presidencial para las elecciones del año 2006. Cada bloque propuso su aspirante: el PDI presentó a Antonio Navarro Wolff; y AD, a Carlos Gaviria Díaz.

“Le hago una infidencia: el primero que le planteó a Carlos la posibilidad de que fuera candidato presidencial fui yo. por ahí desde el año 2004. Desde el principio a mí me quedó claro que, por el gran reconocimiento que tenía en el país, estaba casi que mandado a hacer para que fuera candidato presidencial. Yo le planteé eso alguna vez y se sorprendió

porque él realmente no lo tenía en la cabeza. Empezamos a madurar esa idea, sobre todo yo. Él era muy medido en esas cosas, no le gustaba jugar un papel de protagonismo como dirigente”, asegura Jorge Enrique Robledo.

En una de las rituales cenas de domingo en familia, Carlos puso en consideración de los Gaviria Gómez la posibilidad de ser candidato presidencial. Si bien todos coincidieron en que se trataba de una aventura compleja, el tener al padre como aspirante a la presidencia generó cierta división: María Cristina, Juan Carlos y Natalia, se comprometieron desde el primer instante con la candidatura; mientras que el escepticismo de Ana Cristina y Ximena las motivó a guardar distancia al inicio de la campaña.

Para las elecciones presidenciales de 2006, se consolidó la unidad de los sectores de izquierda y, en una consulta popular abierta, contra todo pronóstico, Carlos Gaviria Díaz resultó elegido como candidato único. Su limitada visibilidad política hacía impensable un triunfo sobre Navarro Wolff, quien venía en permanente protagonismo mediático desde 1990 como desmovilizado de la guerrilla del M-19 e integrante de la terna presidencial de la Asamblea Nacional Constituyente, la cual redactó la Constitución de 1991.

Los cuatro candidatos que se debatieron en la primera vuelta presidencial en las urnas —y a la postre, única— fueron: Álvaro Uribe Vélez (Primero Colombia), Antanas Mockus Sivickas (Alianza Social Indígena), Horacio Serpa Uribe (Partido Liberal) y Carlos Gaviria Díaz (Polo Democrático Alternativo).

Con la periodista Patricia Lara como fórmula vicepresidencial, lideró un equipo de trabajo integrado por personajes como uno su excontrincante de la consulta interna, Antonio Navarro Wolff, Daniel García-Peña, Jorge Enrique

Robledo y Orlando Fals Borda. Gustavo Petro encabezó la lista al Senado por el Polo Democrático Alternativo.

La cercanía creada a partir de las entrañables tertulias con el grupo conocido como Los Mosqueteros, integrado por Mauricio García Villegas, Rodrigo Uprimny, César Rodríguez Garavito, Diego López Medina y Rodolfo Arango Rivadeneira, motivó a Carlos a elegir a este último como director político de su campaña presidencial.

Su vida como candidato a la Presidencia de la República arrancó con una oficina en el barrio Teusaquillo de Bogotá, donde trabajaban en jornadas diarias de hasta doce horas, expuestos a alertas permanentes de atentados, seguimientos y grabaciones. En un momento de la contienda, los jefes de seguridad les exigieron que despacharan desde la parte posterior de la casa; después se verían obligados a mudarse para otra sede, a seis cuadras de la original.

La filósofa Consuelo Gaitán conocía a Carlos desde los años noventa cuando ella era librera en Bogotá. En enero de 2006, después de haber vivido casi seis años en España, recibió una llamada de su contertulio literario que buscaba ser elegido candidato presidencial del Polo: “Esta es ya la recta final, pero estoy atormentado por las cartas que no alcanzo a contestar y todas las cosas que hay que hacer. Entenderás que, obviamente, Antonio va a ganar en la consulta”, le aclaró antes de colgar el teléfono. Su rigor lo obligaba a revisar hasta el cansancio cada párrafo, por lo cual requería el apoyo de una avezada lectora y correctora.

Una las discusiones más fuertes en la intimidad de la campaña fue por una coma, “¡una pelea gravísima!”. En el momento en que Carlos comenzó a manotear sobre el escritorio para tratar de eliminar una coma, Consuelo respondió furiosa: “¡Usted no siempre debe tenerla razón”; él sentenció: “Balzar era capaz de parar una imprenta por una coma”; ella replicó:

“¡Eso era Balzaaaac!, ya no joda”. Queda como reporte final de aquella batalla: “La coma estaba bien puesta, a Carlos también le gustaba que la palabra *fe* tuviera tilde. A mí sí me habían advertido: discusión que no gana, la empata”.

Lo que comenzó con una revisión de estilo se convirtió en el manejo de la agenda del precandidato y, tan pronto resulto victorioso sobre Navarro Wolff, en un acompañamiento permanente en los asuntos de campaña. Consuelo Gaitán fue la mano derecha de Carlos Gaviria Díaz durante la candidatura presidencial y presidencia del Polo.

Postularse al máximo cargo de la nación significó para Caí los renunciar a sus entrañables hábitos de soledad, a las siestas después del almuerzo. En campaña, salía a las cinco de la mañana y llegaba, fatigosísimo, a las once de la noche: ruedas de prensa, almuerzos colectivos (¡y con discurso!), entrevistas a medios de comunicación, concentraciones en plazas públicas, y compromisos políticos y sociales irrenunciables.

Sus asistentes de la UTL cuentan que durante las correrías electorales, en barrios marginados y en regiones, la comida era una dificultad más o menos habitual, se cuidaba mucho de consumir carbohidratos, los rechazaba si eran servidos en exceso, y pedía carnes y ensaladas en lugares donde era poco probable conseguirlos.

Una mañana llegó a las ocho en punto a un desayuno con el grupo de trabajo académico, en la sede de Teusaquillo:

—Ustedes no se imaginan el sueño que tuve: estaba piloteando un avión, intentaba aterrizar y no podía, no encontraba la manera de aterrizarlo. ¡No, qué sufrimiento!, llevaba el avión por tierra, lo llevaba por el mar, ¡no había manera! —fue su angustioso saludo a los integrantes de la mesa.

Cuando se sentía sobrecogido por sus ocupaciones

electorales, “se quedaba absolutamente mustio, no había poder humano que le hiciera hablar. Si le insistían, salía con una frase de esas cortantes, espantosas: ¡Respétame este espacio!”, dice Gaitán. Le costaba mucho aceptar que en la carrera a la presidencia El tiempo individual es especialmente escaso, era fácil adivinar si su paciencia bordeaba el límite... levantaba a su alrededor una barrera infranqueable.

—¿Has sentido algo parecido a la soledad ideológica?
—le pregunté a Carlos, siete años después de su primera y única campaña presidencial.

—La he asumido más con sorpresa que como tragedia.

—¿Y la soledad, a secas?

—Comparto con Borges la idea de que lo horrible de una cárcel no es estar solo, sino no poder estar solo. Vivo la soledad de una manera dichosa porque sé que puedo salir de ella con facilidad.

Aquel lugar común de “la soledad del poder” no parece aplicable a la experiencia política de Carlos Gaviria Díaz: no le preocupaba tanto ningún tipo de soledad, siempre y cuando fuera elegida. “Él buscaba muchísimo la soledad: era una persona de un mundo interior tan rico, gozaba tantísimo con las expresiones artísticas, que siempre estaba buscando tiempo para oír música o para leer o para apreciar obras de arte o para viajar. No le queda tiempo para sentirse solo, con tantos intereses, con una curiosidad intelectual y vital tan grande, no creo que le quedara tiempo para sentirse solo”, asegura Consuelo Gaitán.

El contacto con su familia, diario y constante, tenía un poder reparador: construyó una vida paralela y a distancia con su esposa y cada uno de sus cuatro hijos.

De aquella primera campaña, Juan Carlos Gaviria Gómez recuerda un acto multitudinario en la Plaza de Caicedo, en Cali

—Comprométame a su papá para que llegue cumplido a la comida que tenemos ahora en el club, hay mucha gente esperando y pagó boleta —susurró Alexander López, copan id.» rio del Frente Social y Político, al oído de Juan Carlos, entre la muchedumbre.

—Listo, hombre, yo ayudo en esa causa hasta donde me sea posible.

Una vez culminó la congregación política, el candidato subió con su hijo al carro blindado y, en medio de la emoción y evocación de imágenes recientes, Juan Carlos cumplió con la encomienda:

—Papá, entiendo que ahora tenemos una cena en el club.

—Juan: yo acabo de leer un libro que dice que al candidato hay que cuidarlo. Y cuidar al candidato implica que él no tenga que estar en todas partes.

—Pero, papá, Alexander...

—Aquí no se trata de Alexander—interrumpió el padre—, aquí se trata de que hay que cuidar al candidato y mi deseo es que tú y yo nos vayamos a comer al hotel y nos tomemos una botella de vino. Si después soy capaz, voy al acto. Y si no, no.

En esa noche valluna, padre e hijo improvisaron una breve reproducción de aquellas memorables vacaciones en Cartagena, cuando Juan Carlos era un niño. Cenaron juntos entre comentarios, risas y copas de vino, ya con el postre servido, el papá cerró la velada con un tajante: “No soy capaz de ir al acto”.

Carlos definía la política como el arte de la simulación: “Es una actividad tan irracional que tú te das cuenta de que los hábitos mentales y emocionales que cultivas en la academia, el pensamiento coherente, responsable, ilustrado, bien respaldado. en la política son una desventaja”.

Para referirse al ideal democrático, solía citar la respuesta de Juan Jacobo Rousseau ante la pregunta de “¿cómo puede la persona mantener su dignidad cuando debe obedecer (y cuando uno vive en sociedad debe obedecer)?”: “Cuando uno obedece siguiendo reglas, obedece su propia voluntad”. La autonomía política de Rousseau como equivalente de la autonomía que proponía Emmanuel Kant para la moral: ‘Yo no debo obedecer normas morales distintas de aquellas que mi conciencia acepta como válidas y que desearía para todas las personas’.

El ejercicio de la política despertó en él una inhibición ética y lógica. Para los discursos en plaza pública llevaba un derrotero básico: la situación de los estudiantes, de los sindicalistas, de las mujeres, de los indígenas. Y casi siempre terminaba de una forma “terrible” (bajo su implacable autojuicio crítico), se daba cuenta de todo lo que le había faltado mencionar y, ante todo, de lo complicado que le resultaba ajustar el discurso, en términos de comprensión, para un público más amplio: “Hoy me avergüenzo de mis primeros discursos, tan académicos, frente a cultivadores de papa”, reconoció al describirme sus intervenciones más remotas.

Consuelo Gaitán recrea con entusiasmo aquellos días: “Tenía una voz espectacular, convocaba y sabía cómo arengar: era una cosa aparentemente contradictoria porque era una persona a la que no le gustaba la política veintejuliera sino que él, como profesor, como pedagogo, sabía muy bien hilar el discurso. Tenía una capacidad de lenguaje fantástica”. Aunque sus asesores le insistían que evitara expresiones muy elevadas, no era tarea sencilla pues “a él no lo mandaba nadie” y se negaba a desprenderse del rigor de la vida académica. Durante la campaña, el grupo de trabajo aprendía de su espíritu liberal, de su aplicación del sentido de la justicia, la inclusión y la igualdad; de cómo no temía dar opiniones impopulares si las

mismas eran coherente' con su defensa de las libertades ciudadanas.

“Si le costó trabajo [hablar en plaza pública], no se notó mucho. Desde el primer día que yo estuve con él era muy pudoroso, por su propia manera de ser y su trayectoria. Sin embargo, el discurso siempre le llegó mucho a la gente —evoca Robledo—. Recordemos que hacía poesía, decía las cosas de una niñera muy particular, su figura reflejaba bien como era él. A los más complejos y sencillos, a todos les llegaba muy bien, puede que él se sintiera que le costaba trabajo, pero no se notaba”.

Sus proclamas en público y conversaciones posteriores con sus seguidores, evidenciaban aquello que escribiera alguna vez Héctor Abad Faciolince sobre Carlos en el entorno privado: su búsqueda incansable por “aclerar el pensamiento a través del diálogo”.

El político en acción acude a la memoria de Aurelio Suárez más como académico que como hombre de multitudes: “Tenía dos grandes dificultades para el discurso, adaptar el nivel y los números. Nunca dijo un número en un discurso. El único número que Carlos decía era la cédula de ciudadanía porque él era muy riguroso, a veces era muy miedoso de decir un número y que no fuera preciso. Su memoria no era digamos aritmética o numérica más precisamente, contrario a su gran memoria para las poesías”. En un viaje por carretera en las montañas nariñenses, mientras Gaviria hablaba de Aurelio Arturo, Suárez le respondía con tratados de libre comercio, “¡él se reía porque me ponía unos temas y yo le salía con otros!”.

“Gaviria siempre me decía: ‘¡¿Por qué será que Aurelio no deja disfrutar un paisaje?!’”, recuerda la exintegrante de su UTL Laura Porras-Santanilla.

Desde el principio de la gesta política, Carlos estableció una relación compleja con los publicistas, puesto que buscaban

alterar su fisonomía, su voz... hasta el último detalle. Y no se le atribuía de carencia de vanidad. Su sobrino, Guillermo Pineda Gaviria, asegura que en sus años mozos, por allá en los cincuenta, algunos contemporáneos no le perdonaban que fuera tan supremamente estilizado”, “usaba ligueros para las medias porque Carlos era así: un bizcochito muy elegante”.

En su exploración ética y estética, Carlos Gaviria Díaz fue uno de los pocos políticos que diseñó por sí mismo el eslogan de su campaña presidencial: “Construyamos democracia, no más desigualdad”. En sus encuentros con los publicistas, pensaba en “la confrontación ideológica que pierde ante la imago- lógica”, la cual asociaba con la cuestión que aborda Milán Kundera en *La inmortalidad*.

“Si somos el 52 % de la población, casi que deberíamos ser el 52 % en las listas de partido”, argumentó Patricia Lara ante Carlos Gaviria en una conversación sobre las posibilidades de participación electoral que las políticas de equidad de género ofrecen a las mujeres. “Para eso está la ley de cuota femenina: 30 %, 70 %”, le respondió a su compañera de tarjetón.

Elegir una mujer como fórmula vicepresidencial era un camino apenas lógico en un hombre público que había cimentado buena parte de su discurso —como docente, magistrado y senador— en la defensa de los derechos de las minorías políticas.

Entre los nombres que consideró para liderar con él la carrera a la presidencia estaban dos periodistas y escritoras de prestigio internacional: Laura Restrepo Casabianca y Patricia Lara Salive.

Lara y Gaviria se conocieron en 1996, cuando ella dirigía la revista *Cambio 16* y él presidía la Corte Constitucional. El magistrado solía encontrarse en desayunos y

almuerzos de trabajo con la directora y otros miembros de la redacción, para explicar sus sentencias y posiciones progresistas, las mismas que en reiteradas ocasiones marcaron un rumbo en el Estado social de derecho en Colombia.

En 2006, le ofreció la candidatura a la vicepresidencia. Ella aceptó la propuesta a sabiendas de que el candidato había llamado primero a su amiga, la autora de la novela *Delirio* y ganadora del Premio Alfaguara 2004: Laura Restrepo rechazó la posibilidad electoral por sus compromisos literarios. Lara, escritora de obras como *Las mujeres en la guerra* e *Hilo de sangre azul*, accedió por tres razones: le interesaba trabajar cerca de un hombre a quien admiraba desde lo intelectual y lo humano; consideraba fundamental crear un bloque de oposición para frenar a Álvaro Uribe Vélez que “venía como un caballo desbocado con la reelección”; y, finalmente, consideró que una inmersión de tres meses en la realidad colombiana le permitiría adquirir más elementos de juicio para sus escritos y formación.

“Yo sabía que íbamos a perder, no había posibilidades de ganar. Tal vez, si hubiera habido posibilidades de ganar, no hubiera aceptado, porque a mí también me pasaba como a Laura: yo estaba en otro camino”, reconoce Patricia Lara.

El comité ejecutivo del Polo Democrático Alternativo decidió dividir a su fórmula presidencial en la mayoría de los recorridos de campaña, de manera que se duplicara su presencia en el territorio nacional. Con Antonio Navarro Wolff como escudero, Lara se dedicó a la costa Atlántica —su familia materna es barranquillera— y el departamento de Nariño —cuna y bastión político de Navarro—. Después de su derrota en la consulta interna del partido, el político pastuso “se entregó a la campaña con alma, vida y sombrero”.

“Cuando llegamos a Riohacha, no había agua desde hacía como veinte días, lo cual era muy común allá. Yo me

escandalicé y le dije: Antonio, tenemos que hacer unos discursos muy incendiarios porque esto no puede ser posible. ¡Nos despachamos unos discursos absolutamente brutales!”. En las elecciones presidenciales, la fórmula Álvaro Uribe Vélez-Francisco Santos (Calderón ocupó el primer lugar en treinta de los treintaidós departamentos colombianos, Gaviria Díaz-Lara Salive lograron superarla en los dos restantes: La Guajira (46.427 votos) y Naimo (154.413).

Entre los pocos recorridos compartidos, Carlos y Patricia estuvieron en Valledupar y Barranquilla, donde todavía se rememora la manifestación en la Plaza de La Paz: “Se llenó con una multitud impresionante. Barranquilla siempre se sale de todos los parámetros, es un sitio de gente realmente descomplicada. Barranquilla es progresista, atípica. Esa manifestación emocionó mucho a Carlos, ¡creo que ahí acarició la posibilidad del triunfo!”.

En la capital del departamento de Cesar, sumergidos en jornadas agotadoras, rodeados de seguidores y con desplazamientos constantes a temperaturas de hasta 35 grados centígrados, las posibilidades de una pausa eran casi nulas. Pero, entonces, se presentó la oportunidad de reposar en un hotel con una sola habitación disponible: “Acabamos haciendo la siesta en el mismo cuarto, él en una cama, yo en otra. El hizo la siesta en calzoncillos porque ¡qué calor tan bárbaro el de Valledupar!”.

En aquellos viajes compartidos, Lara fue testigo del entusiasmo de su compañero de fórmula por la plaza pública y de su desgano ante la politiquería: ‘Yo no sentí que él estuviera tan cómodo en ese universo de la política o digamos no de la política, sino de la práctica política. A él la plaza pública sí lo entusiasmaba, pero no los tejemanejes de la política, los egos de la gente alrededor, las susceptibilidades, las envidias, todas

esas cosas que tiene que manejar un jefe político, las situaciones manzanillescas, por llamarlas de alguna manera”.

“Carlos era cariñoso y cálido, pero distante. Tampoco se abría completamente, por lo menos esa fue la experiencia conmigo”, asegura Lara. Sin embargo, no olvida una ocasión en que Gaviria Díaz se conmovió hasta las lágrimas con un poema escrito y leído por su hija, María Gómez Lara, una joven poeta que ocho años después recibiría el Premio Loewe a la creación Joven, en España:

Nací el mismo día que Emily Dickinson
casi dos siglos después,
y las cosas han cambiado un poco desde entonces.
No tuve
su entereza ante el dolor
Ni su oído sutil para las revelaciones.
Vivo en un edificio alto
donde no llegan los pájaros
solo un ruido de sirenas
que no canta
Es una ciudad inmensa
aquí todos somos nadie
pero no hemos aprendido
a guardar el secreto:
al caminar regamos
nuestra nada en las esquinas.
Nací con la piel oscura
En un país del trópico
Y vine a buscarla a este estruendo
Tan lejano de su voz
Que se enredaba en las praderas
La imagino callando en los ladrillos
Veo sus manuscritos de letras apretadas
Como ramas de tinta negra

Que se quiebran
En cualquier envoltura
En la lista de mercado
Y se enlazan otra vez
Para inventar el mundo
Nací un diez de diciembre como ella
Y no traje, ese silencio
Sin embargo
Gracias al conjuro
De repetir sus versos
Mientras cambian los semáforos
Estoy a flote
Todavía.

los volantes callejeros con las imágenes sonrientes de él y de Patricia Lara prometían: “Voy a trabajar con las mujeres, no voy .1 trabajar por las mujeres, porque nadie sustituye al otro”. Aunque discrepaban en asuntos puntuales, como género y participación política, la fórmula concordaba en las grandes propuestas de campaña.

La vida política de Carlos Gaviria Díaz, desde el Senado hasta la candidatura presidencial, sacó del ámbito doméstico su relación con las mujeres: los medios de comunicación buscaban escudriñar más allá de su entrañable Nana, maestra de libertad; de María de la Paz, paradigma de resistencia; de María Cristina, su puerto seguro; de Ana Cristina, Natalia y Ximena, su adoración...

Entre la banalidad y la hondura, desde la misma complejidad de la condición humana, empezaron a cobrar interés las relaciones interpersonales de Carlos con amigas, alumnas, colegas, copartidarias, seguidoras y contradictoras. Desde los géneros periodísticos de la entrevista y el perfil hasta las cápsulas curiosas de revistas y programas radiales y televisivos, muchos trataron de penetrar ese mundo que se

debatía entre lo público y lo privado. No siempre lo lograron.

Desde que fue elegido popularmente en las urnas, en Carlos se despertó una debilidad por ser querido por los demás, le importaba muchísimo recibir el afecto de las personas en la calle, a su alrededor. Su paso por la política suscitó un efecto particular en su relación con las mujeres: “Carlos era un tipo muy coqueto, todas sabíamos: tocaba pararlo. Pero si uno lo paraba, él se detenía de inmediato, esa diferencia se me hace que es importante frente a otros hombres”, dice una existe grante de su UTL.

“A Carlos Gaviria Díaz le gusta el whisky de malta y es receptivo a la belleza femenina”, escribió la periodista Margarita Vidal en *Lecturas dominicales*.

Gustavo Salazar Arbeláez, abogado y profesor, invitó al candidato a conversar con los alumnos de la Pontificia Universidad Javeriana: “Fue apoteósico, en un momento en que Uribe era verdad y credo. Carlos Gaviria se explayaba y era un placer oído sus autores, el hegelianismo de izquierdas de la Escuela de Frankfurt, el Iluminismo y Rousseau”. Salazar Arbeláez, actual magistrado de la Jurisdicción Especial para la Paz, presencio una reunión de Gaviria Díaz con diversos grupos de ciudadanas y colectivos feministas: “El expuso sus puntos, las mujeres muy duras le preguntaban, y él, con toda la tranquilidad, respondía. Al final le dijeron que querían apoyarlo, pero para hacerlo debía suscribir un documento de principios y guías. El se negó, dijo que no firmaba nada, que, si su vida y su paso por la Corte Constitucional no mostraban lo que él era, no había más qué hacer. Y no firmó”.

“Carlos no era un feminista ni era un abanderado de las causas feministas; era más, en su sentido progresista, un humanista. No creo que haya en Colombia otra figura que pueda condensar la imagen del intelectual progresista intachable, porque Carlos no era corrupto, nunca recibió plata

de nadie. Si tú lo comparas con otros, no creo que haya alguien tan completo”, explica Helena Alviar García.

“Con qué clase de mujer nunca tendría una relación?”, averiguó la revista Carrusel entre varios hombres públicos, incluido Carlos: “Con una estúpida, pero eso es prácticamente una ficción. Y cuando digo estúpida me refiero a una mujer ce-rrada de mollera”, contestó.

En el año 2002, Natalia Guerrero, antropóloga y actual reportera de la BBC, conoció a Carlos Gaviria Díaz. Un grupo de amigos cercano a las ideas de Daniel García-Peña, segundo en la isla a la Cámara de Representantes de Gustavo Petro, decidieron ayudar en su campaña: en ese contexto de activismo político, en el restaurante del Hotel Tequendama y en un bar en Chapinero, se aproximó al candidato que encabezaba la lista, al Senado por el Frente Social y Político.

Guerrero, entonces comprometida con una investigación periodística, escribía un libro para la Occidental de Colombia sobre la experiencia de la compañía con los indígenas u’wa, en Arauca. Además de visitar la región, profundizaba en el marco normativo de las decisiones que había tomado la Corte Constitucional en el caso, por eso le solicitó una entrevista a Carlos Gaviria Díaz.

Caía la tarde de un día de semana laboral, la periodista llegó con las manos llenas de documentos y mapas, además de su grabadora, pensó que el candidato vivía en Bogotá con su esposa, pero lo encontró solo en su apartamento. La saludó con cordialidad, le ofreció un whisky de malta Glenfiddich y ella lo aceptó: “Nos sentamos en una sala, él en una silla y yo en otra, como lejos, y empezamos a hablar. Era chistosísimo porque él hablaba y hablaba: ahí fue cuando no me gustó nada el asunto. Yo, igual, hago conversación sobre todo”. A pesar de que el diálogo fluía, no lograba encaminarlo hacia el asunto que los convocaba: los u’wa.

Carlos la invitó a pasar a su biblioteca para mostrarle unos libros: “Hablamos de Alemania, le conté un poco de mi vida en Berlín. Me decía que no podía creer que yo hablara alemán, que me imaginaba leyéndole en alemán”. De repente, se giró hacia ella, la tomó por los hombros y la besó en la boca: “Quedé paralizada. Le dije: creo que me tengo que ir, muchas gracias por el whisky”. En medio del silencio de ambos, recogió sus papeles y la grabadora, y se dirigió a la puerta principal, giró de la chapa, pero estaba asegurada con llave.

— ¿Me abres la puerta, por favor?.

Carlos abrió, Natalia salió.

‘Yo nunca dejé de admirar su línea de pensamiento, ese concepto de libertad individual y de derechos liberales que él tenía, independientemente de todo —reflexiona Guerrero Nunca me dejó de caer bien, me parecía interesante, me gustaba lo que decía, lo que opinaba, tenía buen sentido del humor. Y uno también dice: bueno, la gente no es de un solo color’.

Después se volvieron a ver en una fiesta de navidad de la revista Cambio, en un encuentro casual en un restaurante capitalino y en el lanzamiento de una publicación en la Galería Cale Libro del Parque de la 93. Nunca compartieron otro espacio privado.

Jamás hablaron sobre aquella tarde.

Año 1974. Carlos dicta la cátedra de Introducción al Derecho en la Universidad de Antioquia, en Medellín. Uno de sus pupilos lo aborda en un pasillo:

—No podré asistir a clase, tengo una reunión en el Directorio Liberal.

—Cuénteme: ¿Usted qué quiere ser en la vida?
—pregunta el profesor.

—Presidente de la República —responde sin titubeos.

—Usted va a ser presidente, Álvaro, está organizando todos sus esfuerzos y talentos hacia esa meta —le dice después de conceder el permiso.

En abril de 1996, en el cargo de gobernador de Antioquia, el alumno condecoró al maestro con el Escudo de Antioquia Categoría Oro. Carlos Gaviria Díaz publicó una carta de agradecimiento al mandatario departamental, Álvaro Uribe Vélez, y al rector de la Universidad de Antioquia, Jaime Restrepo cuartas: “El gobernador fue mi alumno aventajado y tal vez lo que más ha alentado nuestro aprecio mutuo han sido las discrepancias constantes, existentes entre ambos de tiempo atrás, claras, pero cordiales y civilizadas. Que él haya sido uno de los promotores de este homenaje, y creo que también uno de quienes respaldaron mi nombre para ocupar una plaza en la Corte [Constitucional], avala lo que acabo de decir y pone una vez más de presente la magnanimidad anexa al auténtico espíritu liberal”.

Por su parte, el gobernador de Antioquia dijo en su discurso de homenaje: “La capacidad de ser disidente es el gran estímulo para la investigación y el debate [...]. Carlos Gaviria nos enseñó a disentir, a cuestionarlo todo. Como maestro de las instituciones del Estado de derecho siempre nos entregó unas lecturas de clase para aguzar una mentalidad crítica, para ser irreverentes ante lo formal. Y esas enseñanzas penetran la vida [...] Carlos Gaviria es un símbolo de la tolerancia, como la *te-nemos* que entender”.

Diez años más tarde, durante la campaña presidencial del año 2006, el exalumno, exgobernador de Antioquia y presidente de la República en ejercicio, no asistió a ninguno de los debates con su maestro.

Consuelo Gaitán recuerda la contienda contra Álvaro Uribe Vélez: “Fue una campaña muy sucia, llena de calumnias, dijeron que la pensión más alta era la de Carlos Gaviria:

completamente falso. Les tocó rectificar, la herida se cierra, pero la cicatriz queda. Dijeron que la campaña de Gaviria tenía dinero de Hugo Chávez, cosa absolutamente absurda, ¡nada qué ver! Hubo momentos muy críticos”.

En una entrevista publicada en mayo de 2002, la periodista Margarita Vidal le preguntó a Gaviria: “¿Qué pasaría si, como parece, gana [Álvaro Uribe Vélez]?”. “Pienso que si gana la presidencia vamos a entrar en un estado que es casi inconcebible, de intensificación de la guerra. Vamos a padecer rigores más violentos de los que hasta ahora hemos padecido. No me hago muchas ilusiones”, contestó. Bajo su óptica, la transformación del país estaba ligada al fortalecimiento de las instituciones y, a pesar de que consideraba “admirable” la Constitución de 1991, para él era claro que la promesa del Estado social de derecho contenida en la misma había sido incumplida: reforzar las instituciones democráticas implica una reforma social para erradicar la pobreza y eliminar las inequidades.

Aceptó la candidatura presidencial como un deber moral. Pero, ¿cómo pensaba rescatar el Estado social de derecho de la Constitución colombiana?

En el perfil literario “Carlos Gaviria o la elocuencia”, del libro *Virtudes cercanas*, el abogado Mauricio García Villegas escribió lo que podría ser la aproximación esencial al político que habitó al humanista: “Carlos tenía un alma liberal atrapada en un cuerpo socialista. Era liberal por motivos intelectuales y socialista por motivos emocionales (o políticos, si se quiere)”.

Aurelio Suárez, asesor de Gaviria en materia económica, explica que su posición era distributiva y progresiva, más impuestos para los que más ganan con criterios redistributivos: “Creo que su concepción económica estaba íntimamente ligada al Estado social de derecho, a que el Estado

debe de ser preferente hacia los más vulnerables: ese es el centro de su concepción en todo sentido, tanto en lo político como en lo económico”. Carlos consideraba que el Estado tenía que retomar el control de la economía y restarle autonomía al Banco de la República; proponía eliminar las exenciones y los descuentos tributarios a las rentas del capital, así como un impuesto permanente sobre los patrimonios superiores a los mil millones de pesos. Entre sus objetivos estaba la reestructuración del impuesto al valor agregado (IVA) con la exclusión de productos de primera necesidad, y el incremento de la información sobre propiedad de tierra en Colombia. Creía en la redistribución de las tierras improductivas con la devolución de los predios a los despojados por la violencia política y del narcotráfico.

En medio de una coyuntura en la cual el crecimiento del país parecía dejar de lado el debate en torno a los tratados de libre comercio, pronunció la famosa frase “la soberanía es a las naciones, como la dignidad es a las personas”. “No estábamos contra el libre comercio, pero sí contra el libre comercio bilateral tan asimétrico entre Estados Unidos y Colombia, había que tener una teoría de comercio multilateral: que Colombia, pinto con los demás países del mundo, pudiera negociar incluso con las potencias económicas”, señala Suárez.

Las propuestas económicas de Gaviria no fueron el foco de la opinión pública durante la campaña, los esfuerzos de los medios masivos de comunicación se concentraron en reavivar el debate en torno a sus sentencias polémicas de la Corte Constitucional como la despenalización del consumo de la dosis personal de drogas. Mientras tanto, la derecha colombiana no desperdiciaba oportunidad para estigmatizar la defensa de las libertades ciudadanas.

En las elecciones presidenciales de 2006, Carlos Gaviria Díaz ocupó el segundo lugar: 2.613.157 votos, el 22.04

% de la votación total. Uribe lo triplicó con 7.397.835 sufragios, equivalente al 62,35 %. Hasta ese entonces fue la votación más alta lograda por la izquierda colombiana en elecciones presidenciales. Doce años después, en la segunda vuelta de 2018, esa cifra fue superada por el candidato Gustavo Petro Urrego con 8.034.189 votos. Iván Duque Márquez, presidente de la República 2018- 2022, triunfó con 10.373.080 sufragios a su favor.

La historia del expresidente con su maestro de universidad no honra ni la paz de un sepulcro...

En abril del año 2019, Alvaro Uribe Vélez, en calidad de senador por el Centro Democrático, publicó en su cuenta de Twitter: “Si la autoridad, serena, firme y con criterio social implica una masacre es porque del otro lado hay violencia y terror más que protesta”. Ante las múltiples críticas a su trino, el expresa leu te optó por defenderse con un video de diecinueve segundos, con declaraciones editadas de Carlos Gaviria Díaz, quien para la fecha llevaba más de cuatro años muerto: “Para que quede claro, el Dr. Carlos Gavina, qepd, ‘matar para que alguien viva mejor’”.

Las imágenes del video, del 8 de noviembre de 2007, correspondían a un debate fuera de cámaras ocurrido en las instalaciones del Noticiero CM&previo a la grabación del programa de televisión “Pregunta Yamid”: Carlos Gaviria discute con Luis Carlos Restrepo —entonces Comisionado de Paz; hoy, prófugo de la justicia con orden internacional de captura— sobre un artículo que el presidente del Polo había publicado en El Tiempo y que después las Farc, como guerrilla activa, habían reproducido en su página web sin autorización ni del autor ni del diario.

El análisis titulado “El gobierno Uribe y el delito político” (18 de agosto de 2007), sostenía: “El actual gobierno ha sido abanderado, por labios del presidente [Álvaro Uribe

Vélez] y algunos de sus más sobresalientes voceros, de la tesis que propugna la abolición del delito político como categoría penal acreedora de tratamiento más benigno, pues así lo exigen la práctica y la teoría democrática. Hasta allí nada grave que objetar. Solo que hay quienes, con razones, discrepamos de tal tesis: al fin y al cabo, se trata de una postura de filosofía política y de política criminal. Pero hay algo que sí es grave y preocupante: cuando en un debate el interlocutor, despreciando las leyes de la lógica, incurre en contradicción mayúscula, su discurso queda deslegitimado”. Y continúa: “Juzguen los lectores. Según el discurso oficial, el delito político, por las ventajas que comporta, debe desaparecer de una democracia como la nuestra. Pero hay que en revesarlo, preservando sus beneficios, para imputárselo a quienes no lo han cometido: los que se alzaron en armas, no para cambiar el régimen constitucional (que en eso consiste el delito político en su forma más característica), sino para defenderlo, a ciencia y paciencia de los gobernantes de turno o hasta convocados por ellos. En el fondo, el mensaje implícito es preocupante: defender un gobierno como el actual transgresor habilitoso de la Carta) debería ser delictuoso. Pero si se hace (además) por medios criminales atroces, merece el conocimiento de beneficios”.

En el video de ocho minutos y siete segundos, reproducido por el noticiero CM& con autorización de los participantes y MU ediciones, Restrepo le pide a su interlocutor que rectifique su tesis en torno al delito político puesto que las Farc se habían apropiado de sus palabras, solicitud a la cual Gaviria se niega: ese es el origen de la discusión.

Este es el aparte publicado por el exmandatario:

—Considerar que era altruista tomar las armas para empezar a matar por una idea. ¡No, quien mata por una idea es doblemente culpable! —dice Restrepo.

—Ese es su punto de vista. El punto de vista mío es otro: una cosa es matar para enriquecerse, y otra cosa matar para que la gente viva mejor, que estén equivocados... —replica Gaviria.

—¡Mire lo que está diciendo, doctor Carlos Gaviria!
—interrumpe Restrepo.

Este es el fragmento que se suprime de la conversación completa y que da pleno sentido a las afirmaciones de Gaviria:

—Bajo ninguna circunstancia se puede justificar el asesinato —insiste Restrepo.

—¿Justificar? ¡Es que nadie lo está justificando!: eso no es justificación desde el Derecho penal, se justifica la legítima defensa —explica Carlos.

Después de una breve incursión del periodista Yamid Amat para calmar los ánimos, el exmagistrado de la Corte Constitucional continúa: “La rebelión consiste en tomar las armas contra un régimen que se considera injusto con el objetivo de conseguir un régimen más justo, el gran tratadista del Derecho penal clásico Francesco Carrara dice que ‘el delincuente político ni siquiera es delincuente, es un hombre equivocado que en el uso de las armas perdió, porque si hubiera ganado, ya no sería delincuente, sino gobernante’. Posteriormente, se despide del Comisionado de Paz: “Haga siquiera un pequeño curso de Derecho penal y verá que mi tesis sobre el delito político no es justificativa del delito político, que el término justificar en Derecho penal tiene una trascendencia muy distinta”.

“Carlos Gaviria veía el Polo como la forma de competirlo» a las Farc [guerrilla activa], de demostrar que por la vía democrática se podía hacer política, me lo dijo mil veces —subraya Aurelio Suárez—. Gaviria tenía sus teorías sobre la rebelión, pero él veía al Polo como una especie de herramienta de lucha de confrontación a la propuesta armada: yo tengo que

demostrar que aquí se puede organizar un partido político de verdad y que podemos pelear en democracia”.

Carlos Gaviria Díaz decía que “el éxito se mide con base en las metas que cada cual se traza”, entre las suyas no estaba llegar al poder. Cuando exclamaba frente a la multitud: “¡Vamos a ganarles!”, hacía el ejercicio de ser un candidato político que arrastraba con la convicción, que respondía emocionado ante la euforia de sus seguidores y votantes. Un día después de la primera vuelta, única y definitiva, se encerró en su casa y, con serenidad, evocó a Jorge Luis Borges: “La derrota tiene una dignidad que la ruidosa victoria no merece”.

Llega una botella de vino tinto de regalo a la oficina del candidato, en el despacho de recepción extravían la tarjeta con el remitente.

—¡Es un buen vino argentino, Lolo!” —exclama Carlos con emoción, mientras lee la etiqueta y mira de reojo a su escolta, adelantándose a las intenciones de quien bien conoce.

—Doctor: a mí me da mucha pena con usted, pero ese vino no y no, hasta que no lo analicen —le advierte José Heliodoro Rubio, Lolo, guardián permanente de Gaviria Díaz desde su magistratura en la Corte Constitucional.

Acto seguido, el guardaespaldas retira la botella del alcance de su jefe y, a pesar de que intenta resistir ante la decisión, acata la autoridad de la persona que lo ha protegido durante años. La botella de vino es enviada para su análisis al Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, del cual Lolo hace parte. El regalo tarda ocho días en regresar a su destinatario: el licor está bien, también logran averiguar la identidad del remitente perdido... para darle las gracias.

Situaciones similares de “exposición a intoxicación” (¡envenenamiento!) se vivieron en reiteradas oportunidades en tarimas de distintas plazas colombianas: cuando al calor de los

discursos algunos asistentes le pasaban agua al candidato; Lolo siempre estaba ahí para arrebatar de sus manos una y otra y otra y otra botella —sin importar qué tan sellada estuviera la tapa—. La generosidad del público es siempre agradecida, pero nunca bien recibida por un esquema de seguridad profesional, confiable. Durante más de doce años, Lolo transportó a Stella González, la única persona que accedía a los alimentos y cocinaba para Carlos cuando estaba sin su familia en la capital.

El ingreso a la carrera presidencial elevó su nivel de peligro. No solo se trataba de los riesgos inherentes a ser el segundo aspirante con más opción en la contienda electoral, también radicaba en su discurso que defendía sin pausa las ideas liberales en un medio profundamente conservador y que, además, representaba una opción de centro-izquierda e izquierda en un país polarizado, en el cual desde el poder se han criminalizado las formas de pensamiento que no encajan en el espectro ideológico de la derecha.

Cada mañana, antes del ingreso de su jefe a la oficina, Lolo buscaba señales sospechosas en los sobres y paquetes recibidos, cada uno de los cuales pasaba primero por su escrutinio. En una ocasión destapó una carta firmada por las Águilas Negras — los ilegales bajo ese nombre surgieron en Colombia como producto del rearme de paramilitares desmovilizados—, escrita en computador y metida en un sobre: ‘Yo le dije: doctor, mire lo que nos llegó. El leía, pero no se ponía nervioso’.

Durante los veintitrés años en que cuidó la integridad de Carlos Gaviria Díaz, Lolo estuvo armado, primero con un revolver y después con una pistola que siempre cargó en la cintura, sin mayor visibilidad.

Como coordinador del esquema de seguridad, se vio obligado a hacer cambios de acuerdo con cada cargo y decisiones tomadas: en la Corte Constitucional, empezó con

tres escoltas, después fueron cinco y, a medida que publicaba sentencias y recibía nuevas amenazas, la vigilancia creció hasta siete guardaespaldas.

—Lolo, ¿quién se encargaba del estudio de la seguridad de Carlos?

—En esa época, el DAS hacía los estudios de seguridad, tenía personal especializado que calificaba: tiene un grado medio, extraordinario o no tiene nada. El doctor, desde que empezaron a hacérselos, fue grado extraordinario, siguió extraordinario y fue extraordinario siempre.

—¿En algún momento él quedaba solo, en su vivienda, por ejemplo?

—Si él iba a salir a las ocho de la mañana, el esquema llegaba a las siete. Si llegaba a la casa a las siete de la noche, el esquema se estaba por ahí hasta las ocho y media o nueve de la noche y se iba a descansar. En la recepción de su edificio permanecía un agente de la policía, por turnos, y yo me mantenía en contacto con ellos.

Las ventanas de su apartamento en el Chicó estaban protegidas con una película de retención de las astillas de los vidrios en caso de explosión. La puerta del tercer piso donde residía era como las del resto del edificio, sin ninguna adecuación de seguridad.

—¿Cuál fue el momento más complejo que vivió con Carlos?

—Cuando era candidato a la presidencia: programaron una visita a un barrio del sur de Bogotá, por Ciudad Bolívar, un sector pesado, Villanueva. Le llegaron amenazas de las Águilas Negras diciendo que si iba, lo mataban. No les paramos muchas bolas y, como siguió adelante con la agenda, le llegó otra amenaza también de las Águilas Negras diciendo que a donde él lucra, lo volaban. *

—Un hombre que defendía las libertades ciudadanas

todo el tiempo como Carlos Gaviria Díaz, ¿cómo reaccionaba ante estas restricciones a su propia libertad?

—Yo le recomendé: doctor no vaya por allá, no vaya a ir. Pero él me contestó: ¡Yo voy a ser presidente tanto de los del norte como de los del sur! Si los del sur quieren que yo esté allá: allá voy!”.

Y allá fueron. Asistieron a tres sitios cerrados y, además de sus quince escoltas permanentes en campaña, se reforzó su seguridad con al menos cincuenta agentes del DAS y de la Policía con perros entrenados.

—¿Dónde era más difícil mantener vigilado a Carlos Gaviria?

—En las recepciones de hoteles, ¡eso sí que era complicado! y en la plaza pública. Es que prácticamente todo era difícil: iba a una universidad a dar una conferencia, estaba sentado solo en la tarima y, cuando terminaba, al minuto había treinta o cuarenta personas a su alrededor. En la campaña política era lo mismo, la gente se votaba a tocarlo, por la foto, por el autógrafo: sacarlo de un lugar era bastante complicado.

Durante la campaña a la presidencia, siempre contó con al menos dos mujeres en su esquema: “A mí me encantaba, mucho, la escolta femenina: si el doctor decía ‘me voy para la Universidad Nacional’, por ejemplo; yo le decía a la muchacha: váyase de avanzada, esté se allá. Mire, analice. Entonces ella estaba ahí, infiltrada, mirando, pasaba totalmente desapercibida”, explica Rubio.

Tres camionetas Toyota con blindaje grado cuatro y dos motos acompañaban al candidato que siempre viajaba en el asiento frontal y en el mismo automóvil, con José Heliodoro a sus espaldas. Lolo jamás iba al volante ni en otro carro. Si bien la agenda de campaña marcaba los destinos, las decisiones de rutas dependían exclusivamente del coordinador de esquema “Al doctor uno le hacía recomendaciones y el 95 % de las

veces obedecía”.

Carlos Gaviria Díaz conservaba su chaleco antibalas en el carro, no lo estrenó. Por eso, en las tarimas públicas y privadas, Lolo (con las prendas de protección puestas en todo momento) era su sombra, no solo estaba presto para cubrir la cabeza y el torso de su protegido, mantenía a dos escoltas adicionales para derrumbar al candidato al suelo ante cualquier eventualidad. Era un esquema de cerco, absolutamente cerrado. Nunca tuvo que enfrentar un ataque armado.

En las mañanas, camino a la oficina, Carlos sintonizaba la cadena básica de Caracol Radio con Darío Arizmendi y al atardecer, no se perdía el programa La Luciérnaga, seguido de la emisora cultural HJUT, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Mantenía algunos cdfs de Beethoven y, años después, empezó a cargar una USB con música clásica para sobrellevar el tráfico de Bogotá. Por su puntualidad obsesiva, jamás se acostumbró a las dificultades de movilidad de la capital colombiana.

—¿Carlos se llegó a “volar” de su esquema de seguridad?

—No que yo sepa. Le quedaba complicado. Muchas veces me decía que lo esperara, que iba a salir a dar una caminata o, de vez en cuando, iba a ir a una comida, pero no quería ir con tanta gente: entonces yo seleccionaba a uno o dos compañeros e iba con ellos”.

Nunca solicitó cambios en su equipo de protección, siempre confió en quienes Rubio elegía o el DAS le asignaba: “Era mi persona muy confiada: ¡Ese era uno de los grandes problemas que tenía!; para él, la persona que llegara era apta, alguien que sabía, alguien honrado”.

Después de la etapa electoral permaneció con cinco escoltas, los estudios de seguridad así lo exigían, puesto que continuaba como presidente del Polo. Cuando el DAS

desapareció por hechos de corrupción, como seguimientos e interceptaciones ilegales, los contratos de su seguridad pasaron a la Unidad Nacional de Protección (UNP).

A diferencia de otros escoltas, José Heliodoro Rubio tenía pleno conocimiento de todos los rincones del apartamento, su jefe le había confiado las llaves de la puerta principal. En caso de viajes, quedaba a cargo del mantenimiento, con autoridad para entrar y salir según la necesidad.

Con igual cautela, guardó el secreto a voces de Carlos Gaviria Díaz: su vanidad. Siempre encomendó su barba, corte de pelo y canas al mismo estilista, de la misma peluquería bogotana, en la Avenida 19 con 106. También se resistía a traicionar el almacén del Centro Comercial Andino donde conocían sus gustos y ajustaban las prendas a su antojo: “Primero, tenía por qué y, segundo, tenía con qué. La verdad es esa, pero nunca perdió la humildad, el doctor Carlos era muy humilde, muy sencillo”.

—A usted, ¿qué le impactaba de ese entorno íntimo?

—Cuando necesitaba que le llevara libros, él me decía dónde estaban. Lo más cruel es que, por ejemplo, decía: necesito el libro de El Quijote, es de pasta amarilla, está en el tercer escaño, de arriba hacia abajo, al lado derecho está de quince: ¡Y ahí estaba! No estaba ni de catorce, ni de trece: era el quince”.

—Dado el nivel de cercanía entre ustedes, ¿cuál era el protocolo cuando él atendía llamadas personales?

—Si estábamos en el apartamento y entraba una llamada, yo siempre me retiraba, salía a ver qué estaban haciendo los muchachos o iba a la cocina a preparar un tinto. Si él me necesitaba, me llamaba. Precisamente por eso yo trataba de que en la camioneta solo estuviéramos el conductor, él y yo. Cuando tuvo sentencias pesaditas, como la del aborto, yo

trataba de que fuéramos solo él y yo, entonces yo manejaba: uno se daba cuenta porque él no hablaba bien, tenía cosas que decir. Ahora, la cosa es que como yo permanecía con él, la gente pensaba que yo lo sabía todo, pero no era así. Dicen por ahí que entre menos se sepa, menos se habla.

—Pero usted sabe cosas que nadie sabe de Carlos Gaviria.

—Pero qué puedo saber. Un día alguien dijo en una reunión que ‘Lolo es el que sabe los secretos de Carlos, a ver, ¿que nos va a contar?’. Aquí, sinceramente, que yo sepa, él no tenía secretos, era una persona abierta, decía lo que pensaba: si él pensaba algo bueno de una persona, se lo decía con cariño; si pensaba algo malo, se lo decía sin cariño, pero sin grosería.

—¿Alguna vez usted les ocultó algo a la esposa y los hijos de Carlos?

—Sí, cuando estábamos en la Corte Constitucional. El almorzó, se indigestó y estuvo enfermo. Le llamamos médico, le llamamos ambulancia, y lo primero que él me dijo fue: que no se enteren en la casa, él sabía que se preocupaban mucho. Y efectivamente era una indigestión, cuando llegó a la clínica estaba bien, se bajó caminando. Lo que pasó fue que al final ellos se enteraron de todos modos, porque a los tres o cuatro días un periodista lo sacó al aire.

Entre los objetos que conserva de su protegido, de su amigo, hay varios libros autografiados y algunos objetos personales. María Cristina Gómez le regaló el computador de su esposo, tal y como lo dejó al morir; José Heliodoro Rubio recuerda que él mismo procedió a resetearlo sin revisar el contenido.

—¡Usted es una caja fuerte, Lolo! —interrumpo a mi entrevistado.

—No, pero estuvo bien así. Es que mucha gente dice: Ay, los secretos que él tiene y él no tenía secretos con nadie. Si

los tenía, se los guardó porque eran sus secretos.

—Siempre estuvieron bien guardados, Lolo. Quedaron muy bien guardados.

—Sí, eran sus secretos. Y así debe de ser.

El 10 de febrero de 2018, casi tres años después del funeral de Carlos, Héctor Abad Faciolince publicó en su cuenta de Twitter: Recuerdo cuando mi amigo Carlos Gaviria me contaba, con ira, de cómo Petro cambiaba las actas del Polo, por la noche, para poner lo que no se había resuelto. Un tramposo”.

Ante la afirmación del escritor, el entonces candidato presidencial por el movimiento Colombia Humana, Gustavo Petro, trinó: “Sr @hectorabadf jamás maneje actas del Polo. Solo fui presidente de ese partido tres meses mucho antes del ingreso de Carlos Gaviria, jamás fui su secretario, así que está muy mal informado. Ni una sola acta durante mis siete años de militancia en ese partido pasó por mis manos” (se conserva escritura original).

La cuenta de Twitter de Abad Faciolince fue temporalmente cerrada. El escritor aclaró que la breve clausura de su cuenta no había sido voluntaria, sino que obedeció a un problema de seguridad informática, “casualmente el día que se generó la polémica con Gustavo Petro”.

Jamás existió relación social ni de otra especie entre Gaviria y Petro, entonces ¿qué separaba y unía a estos líderes?

El 9 de diciembre de 2013, la Procuraduría General de la Nación ordenó la destitución e inhabilidad política durante quince años del entonces alcalde de Bogotá, Gustavo Petro, por un decreto que cambiaba el modelo de plan de aseo de la capi-tal. Las emisoras nacionales, frenéticas, llamaron al jurista para que hiciera una lectura e interpretara la coyuntura. Estábamos en la biblioteca de su apartamento, nuestra jornada de trabajo en su perfil humano fue interrumpida, declinó la

propuesta de cada uno de los productores de las cadenas radiales: “Por tratarse de Petro, es probable que mi voz no sea escuchada con un concepto independiente: es mejor abstenerme, Anita”, reitero entre las pausas del ring-riiiiing ring-riiiiing. Solo se extendía en explicaciones y precisiones jurídicas en una llamada telefónica con Héctor Abad Faciolince (Carlos repetía en voz alta las preguntas y comentarios de su interlocutor, y asentía con su mirada, como si buscara asegurar mi atención a cada una de sus palabras).

Para Consuelo Gaitán, el desencuentro tenía su raíz en las discusiones internas del Polo: “En el comité directivo chocaban dos factores: la falta de coherencia de Petro y la falta de respeto por las normas que tenía el partido, dos cosas que Gaviria no podía tolerar. Obviamente se creaban situaciones muy complicadas: Petro firmaba unos acuerdos dentro del partido, se hacían unas deliberaciones y, en algunos casos, si él no estaba de acuerdo con esa mayoría, intentaba modificarla a través de acuerdos por fuera”.

Carlos Gavina buscaba un partido de unidad, que respetara las normas, de consenso o, por lo menos, de acato a las decisiones de la mayoría. De hecho, con frecuencia, distintos integrantes del partido aseguran que cuando él hizo parte de la minoría, se acogió a las determinaciones.

Rodolfo Arango comenta que Gaviria jamás usaba el silencio como sanción a su oponente después de debates o disputas; eso se hacía evidente su insatisfacción con apuntes, comentarios mordaces o respuestas secas, sintéticas: “Lo veía más como un buen espadachín, no tanto como alguien que despreciara a través del ninguneo, de omitir, o ignorar a alguien”. Sobre su temperamento en el entorno partidista y político, destaca que “anteponía el bien del partido a sus propias convicciones. De forma repetida se opuso a hacer un escándalo y a denunciar ciertos hechos porque eso podría dañar

el partido: anteponía su propio dolor o afectación, lo subordinaba al bienestar del partido”.

—¿Se conocen pruebas de que Gustavo Petro haya hecho trampa alguna vez dentro del partido? —le consulto a Consuelo Gaitán.

—Yo no tengo papeles de ninguna clase, pero sí vi situaciones en donde esa posibilidad se veía. No creo que la idea sea atacar a Petro, porque él no era la única persona que intentaba cambiar las decisiones, lo más grave es eso: unas prácticas. Infortunadamente supongo que todavía la gente intenta cambiar las decisiones que no les son favorables. No era solamente Petro, debo decirte.

—Pero, ¿cambiarlas de qué manera?

—A través de pequeños incisos, cuando se va a aprobar al final, después de una deliberación de cinco horas sobre un tema, en las que todas las personas o líderes de diferentes facciones intentan redactar un artículo, o en una decisión importante: el que va a tomar la votación general, le introduce una pequeña palabra o le quita otra. Ese tipo de cosas.

—¿Llevaban registros o protocolos de las reuniones?

—No, yo ni me daba cuenta. Hubo una vez que fue impresionante: en un encuentro de senadores, representantes a la cámara y concejales, una reunión súper importante para los estatutos del Polo, Carlos Gaviria había llegado desde las ocho de la mañana y eran las once y media de la noche y ya iban a someter a votación un punto importantísimo: él fue el único que se dio cuenta de que se estaba intentando introducir un cambio en una decisión que se había acordado de otra manera”.

Según Gustavo Petro, su “única experiencia administrativa” en el Polo fue durante los pocos meses en que presidió el partido, antes del ingreso de Carlos Gaviria a la colectividad. Sobre su relación e incidencia en las actas del Polo, el excandidato a la presidencia asegura: ‘Yo nunca tuve

ninguna posibilidad de acceder al aparato administrativo del Polo Democrático, es más, nunca había tenido noticias de que alteraran actas ni para que al final, entre nosotros, se tomaban decisiones por votación, todos sabíamos si ganábamos o perdíamos; nunca tuvimos problemas en eso. ¿Qué le pasaba al Polo? Desarrollaba un sector clientelista, había políticos allí dentro del Polo (no solo di I PDA, también del PDI) que hacían política a partir de los contratos, la política tradicional, no la política alternativa. Es pi o bable ese tipito de trampas, ese cierto funcionar: el Polo no era rico, no tenía una gran nómina, podía haber viajes al exterior, de invitaciones de partidos —sobre todo de la socialdemocracia— que veían al Polo como su aliado, en esos viajes, a lo mejor sí pusieron nombres de amigos, de ese tipo de trasfugiadas, por así decirlo. Nunca peleamos por dineros del partido ni por sus cargos burocráticos, por eso fue por lo que salimos”. Y enfatiza “Lo que sí empezaba a desarrollarse con mayor fuerza no era tanto al interior del Polo, sino al interior de la Alcaldía de Bogotá, y ahí sí era donde estaba conquistada la alcaldía por Samuel Moreno: había una repartija de tipo clientelar. El Polo empezó a tener la mala costumbre de usar la alcaldía para dividir su disputa interna, entonces miembros de la dirección nacional eran contratados por la Alcaldía y terminaban votando a favor de los Moreno Rojas”.

Lo que pareció una relación política —con afectaciones del orden ético— entre Carlos Gaviria Díaz y Gustavo Petro Urrego, tuvo un punto de quiebre preciso, irreconciliable.

El 18 de junio de 2007, la guerrilla activa de las Farc asesinó a once de los doce diputados del Valle del Cauca que había secuestrado cinco años atrás en la Asamblea del Departamento, en Cali.

El 3 de julio siguiente, desde Berna, Suiza, Gustavo Petro publicó una carta dirigida al presidente del Polo

Democrático Alternativo, Carlos Gaviria, de la cual este se enteró a través de los medios de comunicación:

“Creo que para la opinión pública no es suficientemente clara nuestra posición respecto a las Farc. Pese a que en nuestros estatutos condenamos la violencia como forma de resolver los conflictos sociales y políticos del país, la sociedad colombiana no encuentra definidos totalmente los hechos que nos separan de las Farc. A pesar del alto número de militantes de la izquierda democrática asesinados por esa guerrilla, la ciudadanía no percibe nuestro absoluto y categórico rechazo a ese movimiento”.

Ante el clima de opinión generado por la misiva, el 19 de septiembre el partido reiteró: “Nos oponemos una vez más a la violencia, al terrorismo y a la guerra. Reafirmamos nuestro apoyo a la solución política del conflicto armado. Condenamos el homicidio de los once diputados del departamento del Valle. Señalamos la responsabilidad de sus captores, las Farc, en su trágico final. Rechazamos la práctica del secuestro, exigimos la libertad de todos los cautivos y presos políticos, y respaldamos las iniciativas de la comunidad internacional y de Jefes de Estado por el intercambio humanitario y el cese de la violencia y de la guerra”. El Polo también condenó las declaraciones de miembros de las Farc en contra de Gustavo Petro, María Emma Mejía, Luis Eduardo Garzón y Antonio Navarro y otros dirigentes del partido, así como los señalamientos de Álvaro Uribe y algunos funcionarios de su gobierno contra los integrantes y líderes del Polo a quienes calificaron públicamente como “guerrilleros de civil”.

En la marcha contra las Farc del 4 de febrero de 2008, Petro le propuso al Comité Ejecutivo del Polo que el presidente del partido, Carlos Gaviria Díaz, saliera a la manifestación al lado del presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez. Ante la posibilidad de marchar con quienes insistían en criminalizar

públicamente al Polo, la negativa de Carlos fue contundente.

‘Yo marché solo, con mi esposa —recuerda Petro— no hice como un aparato político, sino como una decisión propia, además porque el Polo no tomó esa decisión, ya por la aluna del hotel Tequendama yo decidí caminar hacia la Plaza de Bolívar a encontrarme con la gente del Polo’. El actual senador de Colombia Humana dice que, finalmente, no quedó satisfecho con su experiencia de participación en esa marcha.

Un año después, Gaviria, quien continuaba a la cabeza del Polo, fue postulado de nuevo como candidato para la elección a la Presidencia de la República de 2010. Al mismo tiempo, el desempeño y popularidad de Gustavo Petro en el Senado lo impulsó a optar como precandidato. Ninguno de los dos fue aclamado por la colectividad: se enfrentaron en una consulta abierta

El procedimiento electoral se llevó a cabo en septiembre de 2009: Gustavo Petro superó a Carlos Gaviria por 19.797 votos; obtuvo el 49,6 % del resultado total (220.912 sufragios) sobre el 45,2% (201.115).

Sobre los bemoles de esa jornada democrática, Jorge Enrique Robledo todavía lamenta: “Tuvo una particularidad y es que no se hizo el mismo día de las elecciones del Congreso. Era una consulta abierta, donde todo el mundo podía meter la mano: siempre el lío de las consultas en Colombia ha sido que no hay cómo controlar que voten solo los que pertenecen al partido. Nos pasó a nosotros, pero les pasa también a las otras fuerzas”.

Después de la consulta abierta, Carlos Gaviria quedó con una deuda de seiscientos ochenta millones de pesos. Con Beatriz Betancur, Gloria La Negra Correa y Carmen Escobar (esposa de Jorge Enrique Robledo), Aurelio Suárez conformó un comité para pagar ese dinero; y lo logró: no solo con ayudas económicas de amigos y contribuciones de algunos

congresistas... La deuda, que se extendía a canales de televisión y noticieros, también se cubrió con rifas y donaciones.

Algunos artistas plásticos de prestigio internacional como Beatriz González, Santiago Cárdenas, Antonio Zamudio y Felipe Arango cedieron sus obras o las entregaron a precios moderados para poder obtener la ganancia. La escritora Beatriz Caballero

Holguín donó unas obras de su hermano Luis. Suárez recuerda que el grupo Ardila Lulle devolvió un cuadro de Caballero porque no tenía la firma del artista: “Me fui para donde Beatriz y le dije: me da mucha pena, pero en el grupo Ardila me dicen que este cuadro no está firmado. Y ella me contestó: mire, lo que pasa es que esa mancha amarilla son los orines de los gatos que vivían con Luis, ¡eso es parte de su firma!”.

En julio de 2010, la periodista Cecilia Orozco le preguntó a Carlos en su entrevista dominical del periódico El Espectador. Es interesante su sugerencia de que su contendor ganó con votos que no eran del Polo. ¿Cree que votantes enviados por otros partidos participaron en la consulta polista para derrotarlo a usted?”. El respondió: “Soy poco amigo de las afirmaciones (alegóricas, pero en este caso, no tengo la menor duda. Así ocurrió, pero era predecible y se aceptó como parte de las reglas de juego establecidas por el Congreso del partido”.

En declaraciones publicadas en distintos medios, Gaviria criticaba a Petro por proponer pactos hasta con el propio Álvaro Uribe Vélez; mientras que su contrincante lo acusaba de hacer “alianzas hasta con los que saquean el presupuesto del Distrito Capital de Bogotá”, refiriéndose a los hermanos Moreno Rojas, protagonistas en el caso de corrupción conocido como el Carrusel de la Contratación. En medio de la coyuntura, cuando recibía reclamos por la actitud

del partido frente al proceder de estos personajes en la Administración Distrital, Gaviria se declaraba partidario del Estado de Derecho, y contrario a que los jueces y fiscales fueran sustituidos por ciudadanos particulares o por partidos políticos. Consideraba procedente que fueran instancias públicas las que asumieran el caso.

En pleno año electoral, la revista *Semana* publicaba que el Polo estaba dividido en tres bloques: los “progresistas”, de Gustavo Petro; “los pragmáticos” donde ubicaban a los hermanos Moreno Rojas y a Jaime Dussán; “los radicales” encabezados por Carlos Gaviria y Jorge Enrique Robledo.

En las elecciones presidenciales de 2010, Gustavo Petro quedó por fuera en la primera vuelta: con 1.331.267 votos ocupó el cuarto lugar en las urnas. Juan Manuel Santos y Antanas Mockus pasaron a segunda vuelta. El Polo se desestabilizó cuando su candidato, sin consultar a la directiva del partido, se entrevistó con el presidente recién elegido Juan Manuel Santos, quien proponía una “unión nacional”.

Petro salió del Polo.

Para las elecciones de 2011 a la Alcaldía de Bogotá, Gaviria no aceptó la candidatura de su partido: Aurelio Suárez participó en la contienda y ocupó el séptimo lugar en las urnas, Con el movimiento Progresistas, Gustavo Petro triunfó en las urnas y anunció en su discurso de posesión que, pese a las diferencias, gobernaría “de la mano del gobierno de Juan Manuel Santos”. Ya retirado de la presidencia del Polo, Gaviria declaró sobre esos resultados: “Seguramente por estrategia quiso aparecer no como un político con posiciones radicales, sino flexibles, capaz de aproximarse a la propuesta oficial y capaz de gobernar con Santos, lo que en Gustavo no es nuevo”.

En esencia, fueron dos acciones sistemáticas las que alejaron políticamente a Gaviria de Petro: que, en diversos escenarios, el senador cordobés insinuara que existía

complacencia de algunos miembros del Polo con las Farc (entonces activas como guerrilla); y su insistencia en que Carlos Gaviria Díaz representaba el ala más radical de la izquierda del Polo.

Lo cierto es que, a pesar de que lideró un partido político de izquierda y que a lo largo de su vida fue asociado con ese espectro ideológico, Carlos Gaviria Díaz siempre profesó la filosofía liberal. Y en su proceder político, prefirió ser identificado como un “radical” antes que como un “pragmático”.

Más de cuatro años después de la muerte de Gaviria, el 23 de abril de 2019, el presidente de Noticias Univisión y ex columnista de la revista Semana, Daniel Coronell, publicó en la columna titulada “PetroLeaks” sobre un memorando del 27 de mayo

de 2008, evidencia de que el senador Gustavo Petro les dijo a miembros del cuerpo diplomático de los Estados Unidos en Colombia que “él no descarta la posibilidad de que algunos miembros del Polo Democrático mantengan vínculos inapropiados con las FARC”. El mismo cable menciona que Wilson Borja y (. I c iría Inés Ramírez, senadores y copartidarios del Polo, podrían tener “vínculos inapropiados” con la guerrilla de las Farc.

Gaviria jamás conoció los WikiLeaks. Este es uno de los fragmentos esenciales referidos por Coronell:

1. (C) The Prosecutor General (Fiscalía) announced it is investigating nine individuals, including a U.S. citizen and three other foreigners, for alleged ties to the FARC, and has also asked the Supreme Court to investigate three Colombian legislators. The investigations result from the Fiscalía’s preliminary analysis of material found in the Raul Reyes computers. The opposition Polo party issued a statement supporting three Polo members under investigation; some

human rights groups claimed the investigations aim to distract attention from the ongoing parapolitical scandal. Still, Polo Senator Gustavo Petro told us he does not discount the possibility that some Polo members maintained inappropriate ties with the FARC, proof of which he believes could split the Polo apart.

—Senador Petro, el cable de WikiLeaks dice “told us” (“nos dijo”), ¿usted habló directamente con funcionarios de la Embajada Americana o estuvo allá?

—No, lo que tú encuentras explícitamente en ese Wiki-Leaks no es que yo fui a la embajada. No lo dice, además, por-que nunca fui. Lo que hace el WikiLeaks es que coge tres declaraciones: una de Borja, otra de Gloria Ramírez y otra mía, en donde se habla de un hecho. En los computadores del famoso [Raúl] Reyes que cogieron en Ecuador, aparecía mencionado el nombre de Borja, el nombre de Piedad Córdoba y el de Gloria Ramírez: el WikiLeaks recoge lo dicho en ese momento. ¿Y qué fue lo que dije yo? La justicia decidirá, tenía que ver un poco con mi discusión acerca de que el Polo debía tener una línea abiertamente contraria a las Farc, era una discusión interna, porque las Farc en ese momento no tenían ninguna política de paz, lo que tenían era una política de guerra que se llamaba el canje humanitario. Los computadores de Reyes caen precisamente en ese momento, entonces había un sector del Polo que apoyaba el canje humanitario. Para mí, el canje humanitario no era sino una frase disfrazada para legitimar la guerra era cambiar prisioneros de guerra, pero no acabar la guerra.

—Después de eventos como la rueda de prensa que cito el entonces fiscal Mario Iguarán, y a sabiendas de la presencia del Secretario de Asuntos Políticos de la Embajada en el Congreso, ¿qué dijo usted en el Capitolio?

—[...] La verdad, hoy, personalmente, tenía dudas de

que algunos integrantes del Polo no estuvieran en relación con la Farc, y tenía mucho temor de que eso fuese a aparecer en medio de mis debates sobre las relaciones del uribismo con el paramilitarismo, pero yo lo que dije es exactamente lo que aparece en WikiLeaks, lo que dije a la prensa. Lo que dije es que si lo que se establece en los computadores es que el señor Boga y la señora Gloria Ramírez estaban en una actividad de mediación de la paz: no hay ningún problema, y si no: habrá problemas y es la justicia la que va a decidir. Eso se lo dije a la prensa, entre esa prensa estaba el señor secretario político de la Embajada, quien tomó sus notas de Boga, de Gloria, de otros, y de mí, e hizo lo que ellos hacen que es pasar un cable a sus servicios de la Secretaría de Estado. Y aparecen después como WikiLeaks, pero eso no significa una actividad de spiar o de ir a intrigar en la embajada: es lo lógico que hacen los funcionarios de las embajadas, que es recoger la información del país y la que aparece en la prensa o la que ellos mismos detectan y transmitírselas a sus países.

Carlos Díaz pasó de ser el presidente del partido de izquierda más influyente del país hasta el momento de su retiro, a ser considerado como el faro moral de una colectividad de muchos ciudadanos. “El establecimiento lo trató de invertir en el maestro Carlos Gaviria, en el gran jurista Carlos Gaviria, en el gran académico Carlos Gaviria, y todo eso es parte de la personalidad de Carlos Gaviria. Él no era de los académicos de la torre de cristal, eso no le hacía ninguna gracia. A mi juicio el aspecto principal de Carlos Gaviria es que durante toda la vida nunca dejó de ser un ser político, un militante político, un luchador político. Una persona que toda la vida estuvo contra el establecimiento de la política tradicional colombiana. Murió siendo un orgulloso militante del Polo Democrático Alternativo”, dice Robledo.

Indeclinable en reconocer que la oposición es el lugar

del Polo en la democracia colombiana; el 15 de junio de 2014, Carlos Gaviria Díaz votó en la segunda vuelta presidencial por la reelección de Juan Manuel Santos y así lo anunció en El Espectador “Voy a hacerlo [votar por Santos] con todas las reticencias posibles, pero con la consideración de que, en alguna medida, contribuyo a que no se repita lo que vivimos durante ocho años, o algo muy parecido. Puede ser injusto atribuirle a Oscar Iván Zuluaga [aspirante ungido por Álvaro Uribe] todas las características negativas de su mentor. Pero este candidato no sólo no ha marcado distancias, sino que parece solazarse en su identificación con Uribe”.

La primera vez que Juan Manuel Santos Calderón habló con Carlos Gaviria Díaz, él era el ministro de Hacienda y Crédito Público, recién nombrado por el presidente de la época, Andrés Pastrana; ya el magistrado presidía la Corte Constitucional.

El tribunal había emitido un fallo que indexaba los salarios de los servidores públicos: “Eso fue en el año 2000, estábamos tal vez en el peor momento, en la peor recesión de nuestra historia reciente, de los últimos ochenta años. Esa decisión iba totalmente a contrapelo de todo lo que se tenía que hacer para saín di esa recesión, para que los mercados volvieran a tener confianza en el país y para que nos volvieran a prestar plata”, recuerda el expresidente colombiano quien, entonces como ministro, optó por buscar directamente al presidente de la Corte Constitucional.

—Vengo porque estoy muy preocupado con el fallo que ustedes acaban de emitir.

—Joven, lo felicito por lo que usted está haciendo: así, cumpliendo con su deber como ministro de Hacienda —dijo el magistrado.

El ministro se “emocionó”, se “puso muy contento” con

c I cumplido, pero entonces el presidente de la Corte continuó.,

—Pero, joven, déjeme cumplir con lo mío: usted cumpla con su deber, yo sigo cumpliendo con el mío que es defenderlos derechos de los colombianos.

—Con todo respeto, señor presidente, ¿Cuál es el derecho que usted está defendiendo? —replicó el ministro de Hacienda “muy confundido, después de esa vaciada”.

—¿Le parece poquito el derecho a un salario digno de más de un millón doscientos mil funcionarios que tiene el Estado?

—Eso es un hecho muy loable, pero yo le hago una pregunta magistrado, ¿qué pasa si para garantizar ese derecho usted deja a los colombianos sin el derecho, por ejemplo, a la justicia, o sin el derecho a la educación, o sin el derecho a la seguridad?

—¿Cómo así? —Santos recuerda que le replicó Gaviria.

—Es que nosotros estamos ad portas de una cesación de pagos, vamos tener que declararnos en quiebra. Y si hay una cesación de pagos va a haber una crisis, vamos a tener que recortar dramáticamente los presupuestos de la educación, de la justicia, de la seguridad, no vamos a tener cómo pagarles a los maestros, a los jueces.

—¿Usted no es abogado? ¿No?

—No, señor, yo soy economista.

—Hubiera sido un buen abogado, ¿sabe qué? ese argumento es suyo es de una lógica impecable, si usted logra convencer a mis compañeros de Corte de reversar ese fallo, yo me comprometo a ponerlo en la agenda del orden del día y lo reversamos —así recuerda Juan Manuel Santos esa conversación.

Entonces, en calidad de ministro, visitó a cada uno de los magistrados de la Corte Constitucional exponiéndoles la situación, explicándoles la importancia de reversar el fallo.

“Todos me apoyaron. Efectivamente se hizo así: se reversó el fallo y eso contribuyó enormemente a ese proceso de salvamento de la economía, durísimo, y eso tuvo una repercusión. Mucho después volveríamos a recobrar esa conversación”.

—¿Qué fue lo que retomaron años después sobre esa conversación, señor Santos?

—El doctor Carlos Gaviria Díaz me dijo: ‘debería quedar en alguna forma en la Constitución, las crisis económicas y sus repercusiones sobre los derechos que establece la misma Constitución, para evitar que en las cortes o inclusive el Congreso, se tomen decisiones que a la larga vulneren los derechos de los colombianos’. Eso me quedó a mí sonando mucho, cuando yo llegué a la presidencia, la primera reforma constitucional que se aprobó fue precisamente la de introducir como un criterio en la Constitución el principio de la responsabilidad fiscal para ser tenido en cuenta en todos los órganos del poder público.

—Cuando usted fue ministro de Defensa, las comunicaciones de Carlos Gaviria fueron interceptadas...

—Yo llegué al ministerio de Defensa en la época de [Álvaro] Uribe, año 2006, y esto es muy relevante con lo que está pasando ahorita en el país: una de las primeras crisis que tuve fue que leí en Semana que habían filtrado la grabación de una conversación entre Claudia Gurisatti y Carlos Gaviria. Yo estaba recién nombrado ministro de Defensa y dije: esto no puede ser,

¿cómo así que hay una conversación grabada de una periodista con una persona como Carlos Gaviria? Entonces no delegué en nadie, yo personalmente me puse a investigar, yo fui periodista también, investigador en el periodismo. Logré llegar a donde se había originado esa grabación: era el director de inteligencia de la Policía general Guillermo Chávez],

entonces tomé la decisión de que se iba el director de la Policía [general [Jorge Daniel Castro] y se iba el director de inteligencia. Yo no podía permitir ese tipo de cosas. Eso me produjo a mí un problema con Uribe, porque ahí surgió la pregunta ‘¿con quién reemplazamos al general Castro?’. Yo dije: tengo el candidato, el general [Oscar] Naranjo; y [Álvaro Uribe] me dijo: ‘no, eso no puede ser’, porque había que descabezar casi a trece generales de la Policía que eran de mayor rango que el general Naranjo. El general Naranjo era un poco biche, un poco verde, entonces yo le dije a Uribe: usted mismo lo repite muchas veces citando a Napoleón que uno tiene que nombrar a los oficiales que uno cree que son buenos y que tienen buena suerte. Yo creo que Naranjo para este momento de la Policía es el ideal, él me insistió mucho en que no, el presidente tenía un candidato, pero yo me le ranché y le insistí y le insistí. Finalmente accedió y se nombró a Naranjo, pero todo eso se originó en una grabación que le hicieron a Gurisatti con Carlos Gaviria.

—Cuando usted oye el contenido de la interceptación, ¿cómo reacciona?

—¡Lo que me enfureció a mí era que cómo así que la Policía estaba grabando!

El 18 de enero de 2005, Carlos Gaviria Díaz, senador de la República, recibió una llamada de la periodista Claudia Gurisatti, quien se desempeñaba como directora de la emisora La FM de RCN. Esta es la conversación interceptada, disponible en el archivo de la revista Semana.

—Aló —responde Gaviria.

—Garlitos, la Gurí —saluda Claudia Gurisatti.

—Hola, Gurí, ¿cómo estás?

—Bien, por acá en Ralito porque todavía no he hecho la entrevista, apenas la voy a hacer ahorita.

—Ah, bueno.

—Mi corazón, una pregunta, es que ahí salió a mediodía RCN las noticias que ellos están proponiendo un referendo para que los colombianos decidan, pues, su futuro, o sea es que si ellos tienen que ir a la cárcel sí o no.

—Claro —replica Gaviria.

—Pero entonces cómo es que... el referendo, dame luces que es que no me acuerdo, mejor dicho, para convocar un referendo necesariamente tiene que pasar por el Congreso, ¿o no?

—Tiene necesariamente que pasar por el Congreso porque es una ley convocatoria del referendo, el Congreso la tiene que aprobar, pero la propuesta original la presenta el gobierno o puede ser con un referendo de convocatoria popular recogiendo firmas, pero necesariamente tiene que pasar por el Congreso.

—Es que no puede ser de convocatoria popular porque Sabas les dijo que no... —interrumpe la periodista.

—Y el Congreso debe aprobar los términos de las preguntas que se les van a hacer a los ciudadanos, ¿sí?

—O sea, y si es de iniciativa popular, ¿cómo es? Aló.

—Guri —Carlos Gaviria siente que ha perdido la comunicación.

—Sí ya, aquí estoy, aló, aló.

—Pero, al margen de estas historias concretas, siempre queda la duda por el proceso de paz. Usted mismo, en su libro La batalla por la paz, define la Constitución como un tratado de paz, ¿alguna vez conversó sobre la paz con Carlos Gaviria (como expresidente de la Corte Constitucional y defensor de la Carta Magna), como lo hizo con Nicanor Restrepo Santamaría o Gonzalo Restrepo?

—Muchísimas veces, porque nosotros nos reuníamos, él era muy amigo de Bernardo Ramírez [falleció en el año 2004, ministro de Comunicaciones y embajador de Colombia

en Londres durante el gobierno del presidente Belisario Betancourt nos reuníamos en la casa de él a charlar, a tertuliar. Bernardo Ramírez era una persona muy alegre, muy descomplicada, muchas veces en esas conversaciones hablamos sobre la paz. Hablábamos de eso, de la necesidad de lograr una paz con la guerrilla, que si no el país no iba a prosperar, que la paz era lo que iba a garantizar también que los derechos de los Colombianos se pudieran cumplir, porque esa era un poco su obsesión la Constitución, muy garantista, insistía mucho en los derechos

—Cuando usted se presenta a la reelección a la presidencia contra el candidato del Centro Democrático, Oscar Iván Zuluaga, Carlos Gaviria Díaz manifiesta públicamente el apoyo a su aspiración en la segunda vuelta, a su apuesta por los diálogos de La Habana, ¿cuál es la historia o las conversaciones detrás de ese visto bueno por parte de un personaje con semejante peso en la opinión pública? ¿O fue una sorpresa para usted?

—Para mí fue muy honroso, muy importante, pero nunca hubo una conversación previa porque no teníamos ese tipo de relación. Teníamos una relación llamémosla muy pura, muy de ideas, no de política, no de mecánica política. A mí me daba hasta pena pedirle al doctor Gaviria el apoyo en ese sentido, yo consideraba que estaba por encima de esas veleidades. Cuando salió, espontáneamente, yo no había hablado con él: me pareció un gesto muy positivo, muy importante para mí.

—¿En algún momento usted pensó incluirlo en alguno de los equipos de negociación?, ¿por qué nunca estuvo ahí?

—Yo consideraba que él estaba retirado, que estaba por encima del bien y del mal. La negociación, los equipos de negociación, implicaban un trabajo tremendo y yo no lo veía a él en esa cosa operativa, mecánica, nunca se me ocurrió. No

pensaba que para él sería algo que, a esas alturas, en su forma de vida, en su diario vivir, le podía interesar. De pronto me equivoqué, de

pronto sí hubiera podido intervenir; pero la verdad es que no se me ocurrió, lo consideraba por encima del bien y del mal.

—Antes de hablar con usted, expresidente Santos, yo i si aba en una reunión con el presidente de la Comisión de la Verdad, el padre Francisco De Rouxy dijo una frase muy poderosa: “En Colombia habrá paz si Antioquia quiere”; ¿usted cree que es posible recuperar un liderazgo en Antioquia a favor de la paz de las cualidades de Carlos Gaviria?

—Yo realmente no creo que nadie sea irremplazable: los líderes van surgiendo. Tuvimos la fortuna de tener una persona como Carlos Gaviria por muchísimos años, por muchísimo tiempo, creo que le hizo un beneficio al país: buena parte del pensamiento progresista que todavía tenemos, la Corte Constitucional cumplió un papel realmente muy importante, se le debe realmente a él. Pero yo sí considero que no hay nadie irremplazable: ¡Ojalá surjan más Carlos Gaviria!

—El surgimiento en Antioquia de personajes como Carlos Gaviria Díaz deja de lado eso de que es un medio social y político destinado, casi condenado, a ser profundamente conservador...

—Sí, usted coge también, por ejemplo, a una persona como Héctor Abad. El hecho de que sea un departamento con mayorías conservadoras no quiere decir que no surja todo lo contrario. No sé si llamarla adversidad o contradicción. Como se dice: la adversidad forja muchos caracteres mejores, entonces surgen personajes con más vitalidad y más fuerza. Ese entorno hace que surjan personas como Carlos Gaviria. No pensaría que por el hecho de ser antioqueño pueda uno ser algo o dejar de ser algo: yo creo que las circunstancias van un poco

más allá del lugar o el origen de donde uno nació.

—¿Usted considera que en el momento que incursiona en la política, primero en el Senado y después como candidato presidencial, Carlos Gaviria Díaz se equivocó?

—No creo que se haya equivocado, se equivocó el país al no elegirlo [como presidente].

—El proceso de paz de La Habana sigue despertando oposición, su implementación ha sido muy compleja, imaginemos un poco cuál sería el papel de Carlos Gaviria Díaz en esta coyuntura...

—Carlos Gaviria era una de esas voces con las cuales yo me identificaba muchísimo. El país necesita una voz ponderada, honesta, progresista, una persona que está por encima de las mezquindades políticas y que tiene el verdadero interés del palo en su mente y en sus objetivos. Yo creo que la actuación en su vida fue así, yo nunca le conocí a Carlos Gaviria una mezquindad o una forma de esas tan comunes entre los seres human» 10 normales. Eso es un ejemplo y la sociedad necesita ejemplos el propio Uribe, que era con Gaviria como el agua y el aceite, se refiere a él con mucho respeto, ¡pues porque Carlos Gaviria Díaz se hacía respetar! —concluye el Premio Nobel de Paz 2016.

¿Asiste la razón a Mauricio García Villegas, su contertulio y amigo cercano, cuando afirma en Virtudes cercanas que “Carlos estaba un poco extraviado en el mundo de la política partidista”?

Intento, una vez más, explorar las posibles respuestas a esa duda, esta vez con su sobrino, Guillermo Pineda Gaviria:

—¿Alguna vez cuestionaste a Carlos por su ejercicio político?

—¡No sabes!, sobre todo en las últimas épocas, después

de que Carlos entró al jet set, nos comunicábamos muy poquito, él se mantenía en Bogotá y cuando venía aquí [a Medellín] estaba ocupadísimo; entonces ya nos veíamos muy poco. Nosotros compartíamos mucho mientras él estuvo en la universidad”.

—¿A qué le llamas su “entrada al jet set”?

—Aun cuando estaba en la Corte Constitucional, por ejemplo, en vacaciones, salíamos juntos. Es después de la Corte cuando entra en toda esta actividad política: ahí sí fue que no nos volvimos a ver”.

—¿Alguna vez avizoraste o presentiste el ser político en Carlos?

—Hay un momento en que a mí se me pintó Carlos en todo su esplendor: el homenaje que le ofreció la Universidad [de Antioquia] a Gerardo Molina. El oferente fue Carlos y dijo varias cosas que recuerdo mucho: ‘A las personas hay que aceptarlas como son, el paquete completo, Gerardo Molina ¿tan inteligente, pero tan mal político? ¡No, ese es el paquete completo!’. Después se paró y dijo: ‘Ni siquiera la presencia oficial demerita el carácter hermosamente subversivo de este acto’, y es que en la mesa principal estaba el gobernador, Iván Duque Escobar (padre del actual presidente de Colombia, Iván Duque Márquez). Cuando terminó de hablar, Iván Duque se paró y lo abrazó. Fue después cuando me contó que varios congresistas se habían puesto en contacto con él para pedirle que fuera candidato a la Corte Constitucional y que lo primero que les dijo fue: ‘La única condición mía es que no tengo compromisos con nadie, ustedes saben como soy yo’. Hasta el mismo Alvaro Uribe estuvo de acuerdo en esa postulación”.

En 2009 había sembrado la semilla de Demopaz, tan pronto se retiró de la política, Carlos se dedicó a cultivar su fundación sin ánimo de lucro. Limitó al máximo sus incursiones públicas, en medios de comunicación.

En el año 2013, el presidente de Ecuador, Rafael Correa, por sugerencia de la sociedad civil, creó la Comisión para la Auditoría Integral Ciudadana de los Tratados de Protección Recíproca de Inversión y del Sistema de Arbitraje Internacional, integrada por expertos internacionales con el propósito de auditar los tratados que su país tenía con varios países el mundo. El grupo estaba conformado por Carlos Gaviria Díaz; la ex jueza boliviana Hildegard Rondón de Sansó; el ex procurador argentino Oswaldo Gugleman; la especialista uruguaya Cecilia Olivet; el académico Alberto Arroyo, de la Universidad Autónoma Metropolitana de México; el ex asesor de la comisión de auditoría de la deuda exterior de Argentina, Alejandro Olmos; y los ecuatorianos Adrián Cornejo y Piedad Mancero.

Gaviria conformó un equipo de trabajo con los abogados Laura Rangel y Federico Suárez, encargados de preparar en 101 mes y sostener discusiones con los miembros comisionados y otros investigadores. Desde muy temprano, la tensión entre el equipo de Gaviria y el gobierno de Correa fue evidente, muchos pensaban que el mandatario ecuatoriano había elegido al ex magistrado por su militancia en la izquierda y que, por esa razón, conseguiría alguna suerte de complicidad.

Suárez, abogado y profesor de la Universidad Externado de Colombia, vinculado al departamento Derecho Constitucional, recuerda: “A Carlos lo buscaron porque fue ponente de una sentencia en el año 1995 que declaró inconstitucional una parte del tratado bilateral de inversión con el Reino Unido: una sentencia cuyo contenido, incluso hoy, se estudia en Derecho Constitucional y en Derecho Internacional de las Inversiones. Resulta que el tratado le impedía a Colombia expropiar si no se indemnizaba previa o posteriormente. El texto original de la Constitución de 1991 permitía que se expropiara, excepcionalmente, sin

indemnización por razones de utilidad pública o de interés general; obviamente, uno dice eso y suena a castrochavismo puro y duro, pero era en el contexto de los noventa, de lo que significaban la Constitución y las atribuciones del Estado para poder regular la inversión extranjera”.

Gaviria estaba convencido de que lo habían convocado para la Comisión porque en la Corte Constitucional había liderado aquella modificación que implicó, después del gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), un cambio en la Constitución para que en toda expropiación necesariamente hubiera Indemnización, sin generar zozobra entre la inversión extranjera. En 2012, se dio un nuevo tratado con el Reino Unido.

“Carlos se dio cuenta de que el gobierno de Correa le quería bajar el perfil a la Comisión. A mediados del año 2014, Ecuador firmó un tratado de libre comercio con la Unión Europea: eso le molestó a Carlos, pues se preguntaba ¿cómo puede ser que nosotros estemos estudiando estos tratados y acuerdos y, en paralelo, Correa esté firmando este tipo de tratados? ¡Eso no tiene coherencia! En medio de todo, asimiló ese golpe”, dice Suárez.

En noviembre de ese año, todo cambió drásticamente en una reunión con el presidente Correa: había gran expectativa, después de un año de trabajo y de realización de informes. La doctora Rangel fue delegada para reemplazar a su jefe en el encuentro en el Palacio de Carondelet: frente a todos los comisionados, el mandatario ecuatoriano puso música y se dedicó a cantar en el almuerzo.

El día siguiente, visiblemente disgustado después de conocer los comentarios posteriores al evento, Carlos reflexionó: “Lo que uno espera de un almuerzo es conversar, intercambiar ideas, si él [Rafael Correa] se dedica a cantar todo el tiempo lo que está diciendo es: no me interesa para nada lo

que ustedes dicen ni quiero escucharlos”.

El 28 de noviembre de 2014 renunció a su condición de comisionado. Antes de regresar a Medellín para asistir a un evento con sus nietos, escribió a mano su dimisión, una carta sobre la ética de la convicción:

“[...] El gobierno verifica con razón que el ámbito de acción soberana se ha reducido tanto que casi se ha extinguido, y que la más acendrada voluntad política debe rendirse ante la tozudez infinita de los hechos. Entiendo perfectamente la situación que usted enfrenta, señor presidente, pero la mía es diferente: apelando a la dicotomía weberiana, usted debe actuar conforme a una ética de la responsabilidad, que es la que incumbe al gobernante. Yo, en cambio, que no tengo esas funciones, puedo seguir actuando según la ética de la convicción. que es la que ha guiado mi comportamiento durante tantos años, y ella me dice que no debo contemporizar con situaciones fácticas que no por irresistibles son menos dignas de censura.

“Se le aguaron un poco los ojos y nos abrazó a los dos”, recuerda Suárez.

Además de la experiencia profesional, de Ecuador queda un recorrido memorable por el centro de Quito, en el cual visitaron monumentos e iglesias, mientras hablaban de música y Carlos declamaba versos de Borges. “En las calles se le acercaban, le pedían fotos, y él me decía: mira, Federico, si algo le agradezco a la política es el cariño de la gente”. Compró un regalo para sus nietos y un ejemplar de Las voces de Marrakesh, de Elías Canetti, que firmó para Ximena Sierra, la pareja de Suárez.

La última vez que vio a Carlos Gaviria Díaz, su antiguo asistente de comisión estaba al lado de sus amigos Santiago Espinosa, profesor de Filosofía, y Juan Sebastián Hoyos, vicerrector del Gimnasio Moderno: el 11 de marzo de 2015, en

la biblioteca de ese tradicional colegio bogotano, comenzaba la conferencia “¿Cómo educar para la democracia?” con una alusión al ensayo El Espectador, de don José Ortega y Gasset, en el cual descreo de quien dice ser “ante todo un demócrata”.

—Es como si yo le preguntara a mi amigo Federico Suárez ¿tú qué eres? Y él me contestara: “¡Yo ante todo soy un hincha de Millonarios!”. Eso es extraño, porque uno antes de ser hincha de Millonarios es muchas otras cosas —bromeó frente a los asistentes.

Sentado detrás de un escritorio —no de pie, como solía dirigirse al público—y rodeado de libros catalogados, el maestro reiteró: “¡Es que antes de ser un demócrata hay que ser muchas cosas... aun cuando no las sepa!”.

Carlos Gaviria Díaz nunca volvería a hablar en público. La conferencia está disponible en YouTube.

Helena Alviar García, compañera de UTL, corrobora las muchas cosas que Gaviria fue y engrandecieron al demócrata: Carlos ocupó la figura de una persona muy progresista y muy sólida intelectualmente. Esa figura yo no la he visto tanto en Colombia: una persona que combine los ideales humanistas (¡la sentencia de la eutanasia es una belleza!, ¡la del libre desarrollo de la personalidad es una belleza!), que ponga al ser humano como el centro, con esos ideales tan progresistas que son tan raros en un país como Colombia, tan conservador, tan religioso”.

El 22 de marzo de 2015, nueve días antes de la muerte de su amigo, Rodolfo Arango escribió en el periódico El Espectador.

“El país habría sido otro si Carlos Gaviria Díaz hubiera ganado las elecciones de 2006. A veces un pueblo aprende más por lo que pierde que por lo que gana. Personas muy cuestionables no habrían llegado a la Corte Constitucional para luego sumirla en el mayor de los desprestigios. Tampoco los

falsos positivos o el rastro de sangre y sufrimiento habrían tenido el camino expedito si la dirección del Estado hubiere estado en manos de quien es hoy conciencia ética para la Nación. [...].

Arriesgarse, mojarse, embarrarse al descender de las cumbres universitarias a las Cortes y de ellas a la política para reconducirla de nuevo a sus orígenes, no desdice, sino que enaltece una existencia humana. En ese camino los principios del buen discernimiento según Kant, recordado periódicamente por Carlos, son guía indispensable: 1) pensar por uno mismo; 2) pensar poniéndose en el lugar del otro; 3) pensar siempre en concordancia con uno mismo. Cuando el mandatario o magistrado carece de criterio, pocos motivos existen para la esperanza. Cuando el buen juicio lo acompaña, puede confiar en el porvenir la república”.

¿Amén (así sea)?

Así debió ser.

Así pudo haber sido.

Pero nunca fue.

Epitafio

El resto sí es silencio.

INSCRIPCIÓN EN UNA ROCA
AL LADO DE UN UMBÚ,
EL ÁRBOL EN CUYAS RAÍCES
FUERON SEMBRADAS LAS CENIZAS
DE CARLOS GAVIRIA DÍAZ

xBogotá, marzo 14 de 2015, 6.30 a.m.

—Glorita estoy alcanzado —Carlos Gaviria Díaz llamó por teléfono a Gloria Arias Nieto. Estaba solo en el cuarto de su apartamento en Bogotá.

—Póngase el pulsímetro para que mire la saturación del oxígeno —le respondió ella con la bocina en el hombro, mientras buscaba una chaqueta para salir a las carreras... la voz gangosa al otro lado de la línea ya advertía el reporte.

—78-80 —respondió, sin más.

—¡No puede ser! Ya voy para allá.

Gloria salió a toda velocidad a recogerlo, al llegar corroboró que la saturación no solo no llegaba a 90, sino que estaba supremamente fatigado.

—Nos tenemos que ir ya para un hospital —dijo la amiga con tono de médica.

—No, Glorita, no hay el menor peligro de que vaya.

—Mire, yo le respeto su autonomía a usted, señor, padre de la autonomía en el planeta, pero qué pena: ¡Nos tenemos que ir ya para un hospital! ¡Uno no puede estar con 75 de

saturación en la casa! ¡Eso no puede ser! Vámonos para un hospital: escoja si quiere la Fundación Santa Fe o la Cardio, yo en ambos soy amiga de los directores, nos reciben con los brazos abiertos. Dagame dónde prefiere —ordenó la médica ya sin tono de amiga

—No, escoge tú, donde tú me digas está bien. Vamos un ratito, pero nos devolvemos —murmuró Carlos con resignación

—Yo no me puedo comprometer a que nos devolvamos: vamos a que miren qué es lo que tiene y hasta que no esté bien, no se puede devolver —le contestó y, al percatarse de la llegada de Lolo le pidió que le alistara el cepillo de dientes y un malet íil básico. Ella estaba casi segura de que Carlos no regresaría a su apartamento esa misma noche.

Hacia tres días había llegado de Medellín, factores come > el frío y la altura de Bogotá empeoraban su salud. Tan pronto > se montaron en el carro, Gloria llamó al doctor Henry Gallar do, director de la Fundación Santa Fe, para comunicarle el estado de Carlos Gaviria Díaz. Los estaban esperando en la puerta de urgencias, de inmediato lo trasladaron a un cuarto de observación.

Esa misma mañana, cuando Consuelo Gaitán sacó a pasear a su perra, se encontró tirada en la calle a la empleada doméstica que trabajaba en la casa de su vecina, estaba cubierta de sangre después de una caída. Cuando la llevó al servicio de Urgencias de la Fundación Santa Fe, se encontró a su amigo Carlos, acompañado de Gloria y Lolo.

Ese mismo sábado, María Cristina tenía planeado viajar a la capital para empacar las maletas, pues pronto partirían para Italia con Juan Carlos y su esposa Diana. Una llamada telefónica bastó para que el equipaje de turista se convirtiera en portafolio diagnóstico con todos los exámenes previos que le habían practicado a Carlos en la Clínica Las Américas de

Medellín, donde había estado hospitalizado.

"Fibrosis quística", "neumonía criptogénica" (de origen críptico, no esclarecido), indicaban los especialistas.

Si bien los pulmones eran el centro de atención de los médicos, el alma de Carlos ya venía muy enferma...

Abril 1 de 2015, suena el programa Feliz regreso, de la emisora La W radio

Por una cabeza, de un noble potrillo
Que justo en la raya, afloja al llegar
Y que al regresar, parece decir
No olvides, hermano
Vos sabes, no hay que jugar

"Cinco de la tarde y en este momento, cuando muchos de ustedes ya están con todos los preparativos, o ya se dirigen a descansar o a cumplir con sus compromisos religiosos de esta Semana Santa, nosotros hoy vamos a tener un programa especial, con una dedicatoria: estamos comenzando con la voz de (darlos Gardel y Por una cabeza, una de las canciones preferidas de Carlos Gaviria. Tuve el enorme privilegio de conocer a Carlos Gaviria desde que yo era muy niño, mi padre, profesor universitario, compartió con él una pequeña oficina en la Universidad de Antioquia, fueron compañeros, fueron amigos, fueron maestros, les tocó vivir las dificultades en una época compleja en la que vieron amigos y compañeros caer abatidos, lo que llevó a Carlos Gaviria al exilio. En nuestra casa era un invitado habitual y grato, era siempre un placer encontrarse con él, solo oírlo era maravilloso. En este espacio radial lo llamamos, el 13 de marzo, no sabíamos que esa entrevista era posiblemente la última que dio el profesor Carlos Gaviria, su última lección", dice en el micrófono, con la voz dolida, el periodista Félix De Bedout Molina.

El 2 de febrero de 2015, los medios de comunicación habían divulgado un audio en el que Víctor Pacheco, el

abogado

de Fidupetrol, le aseguraba al magistrado de la Corte Constitucional Luis Ernesto Vargas que otro togado, Jorge Pretelt, le había pedido quinientos millones de pesos para ayudar con una acción de tutela de la fiduciaria petrolera. Vargas denunció a Pretelt ante la Comisión de Investigación y Acusación de la Cámara de Representantes. En reacción ante las denuncias de corrupción, la presidenta de la Corte Constitucional, Malla Victoria Calle, propuso hacer pública la selección de las tutelas.

Este es un aparte de la conversación entre De Bedout Molina y Gaviria Díaz, el día en que se hizo la primera publicación de esa selección:

—Doctor Gaviria: el abogado y columnista Ramiro Bejarano habla de una renuncia no del doctor Pretelt, sino de una renuncia más amplia en la justicia colombiana y extenderla incluso a otras cortes...

—La propuesta de Ramiro está muy bien intencionada y yo la entiendo casi como un grito de indignación contra lo que sucede en el país, pero mientras no se seleccione un mecanismo que sea adecuado y satisfactorio, esto se puede repetir como un círculo vicioso: salen estos magistrados y son nombrados de una manera similar, sigue el lobby ante el Congreso, el intercambio de favores, en lo cual la Procuraduría tiene mucho de culpa; de manera que es el momento de empezar a pensar en mecanismos que empiecen a purificar un poco las cortes, la justicia en general. En estos días tuve un panel con Ramiro y le decía: no tengo detectado el mecanismo, a lo que me ofrezco es a pensar en qué es lo que hay que hacer de aquí en adelante, pero no podemos proceder tampoco de una manera muy emotiva e improvisada.

—El problema es el clientelismo judicial: tú me nombras, yo te ayudo, ese círculo de clientelismo es el que nos

lleva a esto.

—¡Claro!, la Corte a la que yo pertenecí y la inmediatamente anterior, que fue provisional y contó con magistrados de la talla de Ciro Angarita, Jaime Sanín Greiffenstein, etcétera, que llegó a la Corte de una manera muy diferente. No se veía lo que ahora se ve: hay un amigo mío que sería un excelente magistrado y algún día le sugerí yo que se postulara para la Corte Constitucional a través de las ternas de algunas de las corporaciones y llegó y encontró una fila que él creía que era para el Circo del Sol: ¡la gente que estaba esperando hacer lobby frente a los magistrados para ser nombrada! En el momento en que a nosotros nos nombraron había una circunstancia especial: primero, la gente tenía mucha esperanza en una Constitución nueva que se había expedido en función de paz, los intereses mezquinos estaban en un segundo plano, nosotros no teníamos ningún interés en saber siquiera cuál era el partido en que militaba el compañero ni se hacían esos cálculos que, porque ya le tocó a un conservador, le toca a un liberal. Fue un momento realmente privilegiado —concluyó Carlos.

Como si no bastaran los líos en la Corte Constitucional, el día de su llegada a la clínica recibió la segunda estocada, la desestabilización de su espíritu: la muerte de su amigo Nicanor Restrepo Santamaría, presidente del Grupo empresarial antioqueño y reconocido a nivel nacional por sus principios humanistas en el liderazgo.

“Ducunt fata volentem, nolentem trahunt”.

(“El destino conduce a quien se somete y arrastra a quien se resiste”).

Pasaron la Navidad del año 2014 en una cabaña en la cima de una colina del oriente antioqueño. Carlos solía advertirle al propietario, su amigo Héctor Abad Faciolince: “¡Te voy a quitar esta finca y no te la voy a devolver!”, en las

vacaciones del final de año, el escritor viajaba con su familia a La Inés, en el suroeste antioqueño, y dejaba a Quitapesares, su casa en el municipio de La Ceja, a disposición de la familia Gaviria Gómez.

En la mañana del 30 de diciembre tentaron a Carlos para salir de paseo a “mecatear” a La Unión, un pueblo vecino. A pesar de que parecía ser la primera vez que todos notaban un

deterioro en su salud; María Cristina recordó que meses antes, cerca a la Semana Santa, en el cruce del Estrecho del Bósforo, él ya había manifestado dificultades respiratorias, asfixia y gripas. Tan “alcanzado” se sentía que, en el regreso a Colombia con escala en Madrid, no asistieron a un tablao flamenco al que los había invitado la abogada Mónica Roa. Diez horas en un avión transatlántico le aseguraron un único destino: el consultorio de un neumólogo.

“Es que yo no me he tomado las pastillas y este frío me está dando alergia, me está dando como gripa”, decía Carlos un poco en el tono hipocondríaco que a veces adoptaba, mientras buscaba sin suerte antihistamínicos en el parque principal de La Unión. Aunque sus hijos solo pensaban “el papá está envejeciendo”, sin mayores aspavientos decidieron buscar un médico en una clínica privada del municipio de Rionegro, a quince kilómetros de la finca.

“A él le temblaba un poco la mano, le preguntaban la edad, la dirección y se demoraba para contestar, me tocó asistirlo en ese proceso. No sé si estaba nervioso en ese momento, no sé si se estaba sintiendo muy mal, en todo caso: entramos”, relata su hija Natalia.

Antes de estas complicaciones, Carlos Gaviria Díaz solo consultaba al médico por padecimientos de carácter dermatológico y oftalmológico, o revisiones rutinarias. Nunca había tenido enfermedades pulmonares ni había estado hospitalizado.

Durante el examen en Rionegro, el médico le dijo que uno de sus pulmones crepitaba, posiblemente por el asomo de una neumonía o una bronquitis. En una sala ambulatoria, lo dejaron un rato en observación, sus signos vitales estaban bien, no fue necesario ningún tipo de asistencia respiratoria.

Una vez consiguieron los medicamentos formulados, regresaron a las mangas de Quitapesares, donde Carlos vería la última caída del sol en la finca que siempre le quiso quitar a su querido amigo. Próspero, encargado del cuidado de la cabaña

de la colina, le contó a su patrón: “El doctor este año no está igual, ya no está saliendo a caminar como antes”.

El 31 de diciembre, los Gaviria terminaron de armar un rompecabezas y regresaron a Medellín; sin festejos ni rituales, cenaron una pizza de supermercado y vieron los juegos pirotécnicos desde el balcón. Carlos tomó los medicamentos y, el día de Año Nuevo, arrancó con su familia para otra finca, en Santa Fe de Antioquia, un pueblo colonial de tierra caliente. En ese lugar del occidente antioqueño, cercano a su natal Sopetrán, pasó los días dormido, cansado, sin ánimos para competir en caminatas con su esposa.

El domingo, 11 de enero de 2015, regresaron a Medellín. Sintió una fiebre leve que no cedía ante el cuidado casero con analgésicos. Sus primeras palabras al amanecer del día siguiente fueron: “Cora, estoy muy alcanzado”; los remedios formulados en el servicio de salud en Rionegro no parecían hacer efecto.

Lo llevaron para la Clínica Las Américas de Medellín, donde lo dejaron interno y le practicaron una serie de exámenes diagnósticos. Uno de los médicos internistas sugirió que podía tratarse de una enfermedad autoinmune, situación que nunca se aclaró según recuerda Natalia Gaviria—algunos meses atrás, el dermatólogo de Carlos también lo había advertido por ciertas manifestaciones en su piel—.

Le pronosticaron aproximadamente diez años de vida: “Tengo setenta y siete, viviré hasta los ochenta y siete: no está nada mal”, dijo sin demostrar angustia.

A partir de esa hospitalización, dependió de esteroides, inhaladores y ejercicios con un incentivador respiratorio. Intentó ser disciplinado con su terapia, nadie le tenía que recordar que soplara por la manguera del espirómetro hasta elevar la pelotita del tubo transparente... aunque, con el paso de los días, la condenada bolita de plástico parecía pesar como si fuera de plomo.

Al ser dado de alta, cruzó el umbral de la puerta de su casa como si regresara de una aventura que había pospuesto durante siete décadas.

Después de una larga relación periodística y una buena amistad, la última vez que vi a Carlos Gaviria Díaz en su apartamento en Medellín, junto a Rodolfo Arango, nos hizo ver hasta las lágrimas con su relato de “anestesiado amateur. El día del primer “clincazo” de su vida, que sería el penúltimo, mi sacerdote pasó a darle la comunión. El, agnóstico, no la recibió. Sin embargo, el religioso lo reconoció y comulgaron juntos en el sentido estricto de la palabra: compartieron ideas.

Ya se le veía apagado, nostálgico, y no es que creyera que se iba a morir pronto, sino que sospechaba que sus libertades comenzaban a restringirse, empezando por la posibilidad del cierre de su apartamento en Bogotá: las bajas temperaturas del altiplano y 2.640 metros sobre el nivel del mar, sumados a la contaminación urbana, no parecían una opción razonable para su condición de salud.

Entonces viajó a la capital. Tenía compromisos con la Universidad Libre y un colegio privado. El 11 de marzo ofreció su última conferencia, “¿Cómo educar para democracia?”, en el Gimnasio Moderno.

Al amanecer del sábado, 14 de marzo, sonó el teléfono

de Gloria Arias...

En la Fundación Santa Fe mantenía la atención, el interés: oía noticias, leía el periódico, veía partidos del Deportivo lude pendiente Medellín, se excusaba con sus hijas por no hablarles con frecuencia mientras lo cuidaban. Estuvo en la unidad de cuidados intensivos y también en habitación, siempre preguntaba qué medicamento le aplicaban y para qué servía. “Miren la cárcel en la que estoy, esto es horrible, yo creo que la altura de Bogotá me está afectando mucho”, se quejaba en voz baja.

No quería comer nada, solo una que otra fruta.

En la madrugada del martes, 17 de marzo, María Cristina le dijo a su hijo Juan Carlos que el papá lo necesitaba ver con urgencia. En cuestión de horas llegó a Bogotá, a la habitación de la clínica, a donde lo acababan de pasar de cuidados intensivos: “Entre sus angustias me manifestaba que él no quería estar más en la clínica, sentía que le estaban violando su intimidad y su poder de autodeterminación, que llegaba una enfermera a chuzarlo sin explicarle porqué, que un médico le prescribía un medicamento sin indicar para qué servía, que él no se sometía a eso, que si yo lo apoyaba si él decidía irse de la clínica. Le dije que claro, que lo apoyaba, pero que él tenía que ser consciente de las consecuencias”, recuerda quien ya era su amigo, además de hijo mayor.

No padecía dolores físicos, lo molestaba la respiración, lo oprimía la zozobra por el cansancio.

—¿En algún momento tu papá dio alguna instrucción o te I adió que hicieras algo si él moría? —le pregunto a Juan Carlos Gaviria Gómez.

—No, de hecho nosotros lamentamos que no nos lo hubiera dicho especialmente, que no hubiera sido claro en cuál era su voluntad frente a su biblioteca. En algún momento la discusión familiar versaba sobre si valía la pena que él pudiera

recobrar la conciencia un tiempo para determinar el designio de lo que el más quería que era su biblioteca.

—Y esa decisión les quedó a ustedes...

—Esa biblioteca no se fue entera, fundamentalmente por voluntad de Ana Cristina y de Ximena, porque decían que él lo que había dicho era que a los hijos no les iba a dejar dinero, sino libros. La voluntad de Natalia y mía se inclinaba más para que la biblioteca se fuera entera para la Universidad de Antioquia. Entonces hubo una distribución de libros, los hijos nos quedamos con algunas obras de él y yo diría que un 80 % se fue para la Universidad de Antioquia.

—¿Cuáles eran los libros más queridos de tu papá?

—Hay una diferencia entre los libros más queridos para él y los que finalmente nosotros nos distribuimos: los libros más queridos para él eran los que fueron emblemáticos por alguna razón en su vida, por ejemplo, los libros de Borges, el *Tractatus*,

de Wittgenstein; en materia jurídica, el libro de Hart; la decadencia de Occidente, de Spengler; cuando uno encontraba anotaciones de él, ahí sí se daba cuenta de qué tanpreciado bahía sido un libro. Cuando se hizo la repartición, cada uno miro nm desde el punto de vista de su interés particular que lo que pai i él hubiera sido lo más relevante.

—¿Qué es lo máspreciado que conservas de tu papá?

—Conservo libros y conservo una tristeza de la que son responsables mi cónyuge y mi suegra: cuando él escribe Mito o logos, él me entrega su trabajo inicial a mí para que yo lo revise, le doy una revisión, obviamente, más desde el punto de vista formal que sustancial y la guardo en mi mesa de noche. Un do mingo yo me doy cuenta de que vaciaron esas mesas de noche sin preguntarme nada y botaron el manuscrito de mi papá. I 'sa es de las cosas que yo con más entraña hubiera guardado, me dolió mucho que me la hubieran botado.

—Cuando fuiste a Bogotá, ¿llegaste con la convicción
dique tu papá se iba morir pronto?

—No.

A Carlos le preocupaba mucho sentir las piernas muy débiles por efecto de la falta de oxígeno; entonces Natalia le repetía las explicaciones de los médicos y le hacía pequeños tests que lo reconfortaban: “Quiero que movás los deditos de los pies, quiero que encojás la pierna, quiero que la subás. Padre vos no tenés un problema neurológico, lo que tenés en este momento es un asunto de oxígeno: el cuerpo prefiere mandar el oxígeno que tiene al cerebro, ahorrarlo en otras partes, por eso las piernas no se te mueven”. La última vez que conversó con su papá, comentaron la situación del país y sobre la novela que ella leía a su lado: La analfabeta que era un genio de los números, de Jonas Jonasson. La muerte no lo angustiaba, sino la posibilidad de no volver a caminar.

Natalia usaba como separador de su libro una invitación, el reverso de la misma conserva las últimas palabras escritas a puño y letra de su padre, y dirigidas a sus dos nietos Martínez Gaviria:

“Sebas y Alejo:

El abuelo Toto

Que los quiere muchísimo,

Les manda besitos muy amorosos -

(dibujo dos caras felices y de un pato)

Toto hace pipí en un pato parecido a ese”

Los dos neumólogos a cargo tenían opiniones diversas: uno sostenía que había que luchar por la vida de Carlos, el otro aseguraba que no había nada que hacer. La posibilidad de una traqueotomía los llevó hasta el comité de ética de la Fundación Santa Fe. La familia Gaviria Gómez accedió al procedimiento siempre y cuando el padre saliera bien después, pero, de no

sucedier, que él no se diera cuenta de nada, que nadie lo despertara de nuevo.

¿Quién se atrevía a plantearle al autor de la sentencia de la eutanasia en Colombia la posibilidad de que su vida quedara conectada, dependiente de un respirador u otro tipo de aparato?

—¿Cómo fue tu última conversación con Carlos?
—averiguo con María Cristina Gómez.

—Giró muy entorno a la parte médica, pero o no intuía su muerte tan rápido o no quiso plantear problemas de ese tipo. Él siempre dijo: poco me interesa lo material, lo único que me interesa en la vida son mis libros, venir a Medellín y tener un apartamento con una gran biblioteca. Cuando yo le decía: pensemos en el futuro, en la muerte, ¿compramos esto o aquello? Él decía: no, el problema es de los que quedan vivos, yo no voy a invertir plata en absolutamente nada de una tumba. La muerte no era un tema que para él fuera placentero: la muerte existe, pero no la toquemos en ningún sentido.

En su ingreso último y definitivo a la unidad de cuidado* intensivos, había regresado de un coma inducido, en ese breve despertar, Rodolfo Arango entró a saludarlo: “Me dijo, un poco con lástima, lo mucho que añoraba nuestras conversaciones, nuestras tertulias. Anhelaba que pudiéramos volver a tener alguna: ¡Ahí ya se estaba despidiendo!, claramente tenía una rvl ciencia que, tal vez, de esta no iba a salir”. Nunca más lo vio consciente.

Rodolfo, Gloria y Adriana Camacho estuvieron de maneta casi permanente al lado de la familia Gaviria Gómez. No dejaban de discutir en torno al momento en que él despertara de la sedación y protestara por las condiciones de vida en que habría de quedar: “Frente a ese dilema buscamos apoyo en la Fundación Pro Derecho a Morir Dignamente, yo me comuniqué y me dijeron: el nunca escribió nada expresamente de que hicieran esto con él, pero, dado su

pensamiento, su participación en esta Fundación, deducimos claramente que él no hubiera aceptado que le prolongaran una vida artificial. Entonces escribieron un documento que llegó al comité ético de la Fundación Santa Fe”, dice María Cristina. Finalmente, firmó la autorización para la traqueotomía.

A partir de ese momento la decaída fue vertiginosa, distintos órganos comenzaron a verse comprometidos, “duró muy poquito”, comentan en la familia.

—¿A Carlos Gaviria Díaz le aplicaron la eutanasia?

—No, muerte natural —asegura su esposa.

Hasta el último instante, cuando esporádicos actos reflejos de sus párpados avivaban la vana esperanza de que la luz volviera a sus ojos, los hijos le conversaban al papá, le contaban quiénes estaban cerca, le recordaban que todos, incluida la mamá, estarían bien, que él podía descansar tranquilo.

“Para mí no es claro si a él lo cogió una bacteria y lo aniquiló, o si tenía una tuberculosis —las dudas todavía no cesan para Natalia—. Yo no sé si al final fue por la fibrosis o si el proceso lo aceleró alguna bacteria o alguna de esas cosas”.

Alba Luz Gaviria Díaz vivía en un apartamento al suroriente ih Medellín. La noche del 31 de marzo de 2015, cogió el control remoto del televisor y tan pronto encontró el noticiero CMI, anunciaban los titulares: “Acaba de fallecer el doctor Carlos Gaviria Díaz”. ‘Yo casi me muero, Ana Cristina, ¡solo podía gritar!’”, recuerda su hermana, esa que lo vio tambalearse cuando apenas aprendía a caminar, la que lo sacaba a pasear de la mano en el parque principal de Sopetrán.

No abusar de palabras

no prestarle

demasiada atención.

Fue simplemente que

La cosa se acabó.

¿Yo me acabé? [...]

Idea Vilariño

Esa noche llevaron el cuerpo sin vida para la funeraria, lo cremaron en Bogotá. La vida de Carlos fue homenajeada con diversos rituales públicos y privados.

En el apartamento de El Chicó, la familia realizó una ceremonia íntima con las cenizas, cada uno decía qué le había dejado el papá, el abuelo, y qué anhelaban que perdurara de su existencia.

El 6 de abril, el Salón de la Constitución del Congreso de la República se abrió para celebrar la vida de Carlos, dispusieron el cofre con sus cenizas al lado de una foto: “En ese homenaje absolutamente nadie habló, fue una oportunidad para que los personajes públicos saludaran a la familia, para que nos dieran el pésame y se despidieran de mi papá”, explica Juan Carlos. Aurelio Suárez recuerda que se acercó y le entregó al hijo mayor un sobre con los paz y salvos de todas las campañas políticas, de manera que en la ausencia de Carlos la familia quedara tranquila frente a posibles deudas.

Algunos de los asistentes a la ceremonia recuerdan: "Se trató de una velación muy tensa, para evitar conflictos políticos: a un lado estaba Gustavo Petro, y en el otro, Jorge Enrique Robledo, Clara López, en ese momento, mejor dicho, eran dos bandos",

El entonces presidente Juan Manuel Santos anunció su asistencia; no obstante, nunca llegó. Desde entonces se ha dicho que hubo un sabotaje para evitar su llegada. Al respecto, el Premio Nobel de Paz, dice: “Fue algo que tuvo que ver con la agenda de la presidencia, alguna circunstancia de esas que se le presentan a uno, mil veces me pasó que yo quería ir algún sino y se me atravesaba algo, algún problema. Pero ahí no hubo nada distinto a que me dio tristeza no poder ir”.

Al día siguiente, la plenaria del Senado celebró una

ceremonia y guardó un minuto de silencio.

Con la Ley 1783 del 23 de mayo de 2016, la nación le rindió homenaje y exaltó la vida de Carlos Gaviria Díaz eminente ciudadano que consagró su vida a la defensa de los principios democráticos y los derechos ciudadanos en el Congreso de la República, así como en la Corte Constitucional y la academia. Trabajador incansable por la modernización del Estado, el bienestar social, el progreso”. Desde entonces existe la Orden a la Ética y la Democracia Carlos Gaviria Díaz.

Producto de esa ley y bajo el rótulo de Defensor del Estado Social de Derecho, el 17 de diciembre de 2018, los Servicios Nacionales Postales de Colombia emitieron cuatro estampillas de correo con la imagen de Carlos Gaviria Díaz, con fotos tomadas por su sobrino Guillermo Pineda Gaviria. Fueron cincuenta mil estampillas, cada una con valor de quinientos pesos.

Mientras organizaba algunos documentos de su esposo, María Cristina encontró una anotación con la frase que se convertiría en su epitafio. En el jardín de la casa de Juan Carlos Gaviria y su familia, ubicada en el Alto de Las Palmas, a veinte minutos de Medellín, están sembradas las cenizas de Carlos Gaviria Díaz entre las raíces de un umbú (*Spondias tuberosa*), un árbol con forma de sombrilla originario de Brasil. Bajo su sombra, las nubes y una filigrana de ramas se reflejan en el agua de una batea natural en piedra con la inscripción: “El resto sí es silencio”.

¿Cómo concebir un ritual de despedida para un agnóstico? La familia pensó que la “Iglesia” de su padre era la Universidad de Antioquia, la misma que les ofreció su vientre, el aula magna del Paraninfo, para el homenaje póstumo: el 10 de abril de 2015, ante el cuadro de Nuestro Señor de las Misericordias, del maestro antioqueño Francisco Antonio Cano, las voces de dolientes de todos los tenores se mezclaron

con el eco de antiguos conferencistas del recinto como Ernesto Sábato, Mario Benedetti, Jorge Luis Borges y el mismo Carlos Gaviria Díaz.

El ritual tuvo un momento de consagración: el rector Mauricio Alviar notificó que la biblioteca central llevaría el nombre Carlos Gaviria Díaz.

Y también algunos de oración, Héctor Abad Faciolince pronunció en susurro como una jaculatoria: “Cuando fui a ver a Carlos en el hospital, en Bogotá, pensé que podía estar mirándolo por última vez. Ya he contado que en vez de rezar le cité un poema que él, muchos años antes, le había recitado a mi padre en el Comité para la Defensa de los Derechos Humanos: Los justos”. El escritor culminó con otro poema del mismo libro de Jorge Luis Borges:

La amistad silenciosa de la luna
(cito mal a Virgilio) te acompaña
desde aquella perdida hoy en el tiempo
noche o atardecer en que tus vagos
ojos la descifraron para siempre
en un jardín o un patio que son polvo.
¿Para siempre? Yo sé que alguien,
un día, podrá decirte verdaderamente:
No volverás a ver la clara luna,
Has agotado ya la inalterable
suma de veces que te da el destino.
Inútil abrir todas las ventanas del mundo.
Es tarde. No darás con ella.
Vivimos descubriendo y olvidando
esa dulce costumbre de la noche.
Hay que mirarla bien. Puede ser la última.

Andrés Gaviria González, de siete años, el hijo menor de Juan Carlos, pidió la palabra. Hasta los balcones de madera

del aula magna ascendió el hilo de su voz: “Mi abuelo quiso ser presidente y no pudo: ¡Yo lo voy a intentar!”.

El destino conduce a quien se somete. Y arrastra a quien se resiste.

ANEXO

A pesar de su extensa carrera académica y su trayectoria como defensor de derechos humanos, el cargo que puso a Carlos en el corazón y la mente del país fue el de magistrado de la Corte Constitucional. Este anexo explorará ocho años

fundamentales, entre marzo de 1993 y marzo de 2001, que pudieron ser los más productivos y felices de su vida. Durante su paso por el tribunal, Carlos encontró un lugar hecho a su medida, en el que pudo poner en la práctica su conciencia liberal y tuvo una oportunidad única: transformar el país, no por la fuerza de la violencia, sino por la razón de la Constitución.

SANTIAGO PARDO RODRÍGUEZ

El juez hereje
Me encantaría que el poder no fuera
necesario, me desagrada que alguien tenga
que mandar o que le tengamos que

obedecer a alguien. Que bello sería que llegue el día en que los humanos no necesiten que nadie los gobierne porque ellos mismos se saben gobernar.

CARLOS GAVIRIA DÍAZ, 4 DE MARZO DE 2013

En diciembre de 1992, Carlos Gaviria Díaz veía televisión en su apartamento en Medellín cuando una noticia lo sobresaltó. Un presentador anunciaba en el noticiero de la tarde que lo habían elegido en el Senado, con sesenta y ocho votos, como nuevo magistrado de la Corte Constitucional. Carlos, un escéptico ilustrado, como sus amigos calificaban el pesimismo que lo acompañó toda su vida, no daba crédito a lo que veía y escuchaba. Su victoria sobre los abogados Hernán Guillermo Aldana, exconsejero de Estado, y Jaime Bernal Cuellar, penalista y catedrático de la Universidad Externado de Colombia, mucho más curtidos que él en el conocimiento de la política y la filigrana electoral, no la esperaban ni creían ni siquiera sus propios familiares.

Su elección, sin embargo, por inesperada que pareciera, no fue producto del azar. La historia se conecta con uno de los episodios más lúgubres de la historia de Colombia: el holocausto del Palacio de justicia. La noche del 6 de noviembre de 1985, mientras las llamas consumían el interior de la sede de la rama judicial, en medio de un operativo desproporcionado del Ejército para recuperar el edificio que había sido tomado horas antes por guerrilleros del M-19, Carlos Betancur Jaramillo escapaba de una muerte segura. Jaramillo, el presidente del Consejo de Estado en esa tragedia, logró salir del Palacio de Justicia después de doce horas infernales.

El magistrado Betancur conocía a Carlos Gaviria desde su época universitaria, en las aulas y los pasillos de la

Universidad de Antioquia forjaron una amistad muy cercana. Aunque sus caminos profesionales tomaron rumbos diferentes, Betancur tomó en 1992 la iniciativa de contactar a su antiguo compañero de clase para ofrecerle un cupo en una de las tres ternas que ese mismo año el Consejo de Estado presentaría al Senado para elegir los magistrados de la recién creada Corte Constitucional.

Carlos aceptó encantado la propuesta de su amigo, aunque entendía que sus posibilidades de ser escogido eran remotas. Siempre había rehuído los puestos de notoriedad pública, pero tenía claro que aceptaría uno si se presentaba la oportunidad de tomarlo en alguno de estos dos escenarios: ser magistrado de la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, encargada del control constitucional por la Constitución de 1886, o de la recién creada Corte Constitucional.

Su entusiasmo inicial se convirtió muy rápido en escepticismo. Su familia, si bien estaba maravillada con la idea de que se convirtiera en magistrado, asumió con las mismas reservas la causa de su candidatura. Su hijo Juan Carlos se convirtió en una suerte de jefe de debate de una campaña austera, sin recursos y casada con la idea de no viajar a Bogotá para hablar con ningún senador, algo que parecía descabellado, incluso para esa época en la que estas elecciones no recibían tanta atención de los congresistas como la que tienen ahora.

¿Cómo fue que una campaña tan sui generis no naufragó desde un comienzo? Una alineación de eventos, personajes y la fuerza del carisma intelectual de Carlos se conjugaron para hacer de este escéptico ilustrado un magistrado. No hubo una aceitada estrategia de cabildeo ante el Senado, pero sí se apeló a conocidos de conocidos. No obstante, la cumbre de esa montaña estaba muy lejos. La Constitución de 1991 dispuso que el Senado eligiera por

mayoría a los magistrados de la Corte Constitucional. Así que no se trataba de convencer a magistrados y abogados que conocían la carrera académica de Carlos, sino a por lo menos cincuenta y un senadores, la mayoría de los cuales desconocían por completo sus antecedentes y su experiencia.

De la nada los sorprendió una pequeña victoria temprana, que fue muy importante. Darío Londoño Cardona, un senador paisa, segundo a bordo del directorio del Partido Liberal en el departamento, antiguo profesor de Hacienda Pública de Juan Carlos Gaviria en la Facultad de Derecho de la Universidad de Medellín, contactó a un amigo cercano de la familia Gaviria para informarle que estaba dispuesto a colaborar con la elección en el Senado. Padre e hijo recibieron el mensaje con incredulidad. Pese a que sabían que el curtido senador antioqueño — que ocho meses después fue acribillado a bala en un atentado en Medellín y cuyo funeral fue presidido por el entonces presidente César Gaviria— conocía y apreciaba a Carlos por su trayectoria en la Universidad de Antioquia, no creían que ese vínculo fuera tan fuerte como para que asumiera un compromiso de esta naturaleza.

Pero las dudas se disiparon con rapidez. El propio senador contactó a Juan Carlos, lo invitó a su oficina en el centro de Medellín y le confirmó su interés y el de un grupo de senadores antioqueños en respaldar la candidatura de su padre a la Corte Constitucional. Entre esos senadores se encontraba un muy joven Álvaro Uribe Vélez, un antiguo estudiante de Carlos en la Universidad de Antioquia durante los años setenta, con antecedentes de conflicto con su viejo maestro, originado en una huelga estudiantil que fue apoyada por Carlos como profesor, pero rechazada por Uribe como estudiante, que ilustra perfecto una anécdota que recogió la revista *Semana* años después. En la época en la que Carlos Gaviria y Álvaro Uribe eran maestro y alumno, el primero tuvo una fuerte discusión

con otro profesor que terminó con una demanda en su contra por injuria y calumnia. Un juez falló a favor del demandante, Uribe fotocopió varias páginas de la sentencia y las distribuyó en los pupitres de sus compañeras para dejar en evidencia a su profesor¹.

No obstante, como senador Álvaro Uribe Vélez era un miembro activo del Instituto de Estudios Liberales, una suerte de centro de pensamiento del Partido Liberal. En ese espacio se reencontró con Gaviria. Sin llegar a consolidar una relación estrecha, ni mucho menos una amistad, apoyó con entusiasmo la candidatura de su paisano. Tiempo después, el 21 de abril de 1996, cuando Carlos era magistrado de la Corte y Uribe empezaba a ser conocido a nivel nacional como gobernador de Antioquia, este le impuso a su antiguo maestro el Escudo de Antioquia, la máxima condecoración civil que el departamento les otorga a sus hijos más ilustres. En el homenaje posterior al acto, Uribe reconoció que “Carlos Gaviria es un símbolo del disenso democrático, de ese disenso que nace de la capacidad crítica sobre los valores culturales tradicionales, de la capacidad crítica sobre el establecimiento” y agregó que su homenajeado era “un símbolo de la magistratura, un símbolo de la defensa de la Constitución, de la defensa del imperio de los jueces para regir la vida social”.

1 Revista Semana. El Profesor de Carlos Gaviria. En: <https://bit.ly/2W8Lfz2> [Consultado el 5 de mayo de 2020. 9:45 PM],

En el mismo escenario, Gaviria reconoció que Uribe fue su alumno aventajado y que lo que más había alentado el aprecio mutuo que los dos se profesaban fueron “las discrepancias constantes entre ambos de tiempo atrás, claras, pero cordiales y civilizadas” . El elogio terminó con un reconocimiento expreso de Carlos por la labor que jugó el entonces gobernador en su candidatura y elección a la Corte

Constitucional.

El apoyo de los senadores liberales antioqueños era una buena noticia, un avance importante, sobre todo porque en las elecciones legislativas de 1991, las primeras que se realizaron bajo las reglas de la nueva Constitución, el Partido Liberal arrasó. De ciento dos senadores, el partido del trapo rojo puso cincuenta y ocho, consolidando una cómoda mayoría parlamentaria. Pero Carlos seguía escéptico, en su interior ganaba esa desconfianza natural que sentía por los políticos. Como las votaciones eran secretas, era imposible determinar si un senador que con entusiasmo prometía su voto en privado, iba a cumplir con su compromiso a la hora de la elección en la plenaria. Era probable, pensaban Carlos y su hijo en ese momento, que ese mismo respaldo generoso se lo hubieran expresado a los otros dos candidatos de la terna. Además, la bancada liberal antioqueña en el Senado contaba con algo más de diez senadores, por lo que a la carrera a la tan anhelada mayoría le faltaban varios kilómetros para llegar a la meta.

Sin embargo, gracias al empeño de ese grupo de senadores antioqueños, que para Carlos y su familia eran un puñado de solitarios políticos cuya promesa no era del todo fiable, las cosas dieron un giro inesperado. El 1 de diciembre de 1992, el Senado se reunió en pleno para escoger a los nueve magistrados de la Corte Constitucional. Era la primera elección de ese tipo que se hacía en el país. La Corte había entrado a funcionar unos meses antes, de forma transitoria, con siete magistrados y la elección de sus integrantes la habían hecho de manera directa el presidente César Gaviria, el procurador Carlos Gustavo Arrieta y la Corte Suprema de Justicia.

Todos los magistrados de esa Corte inicial podían ser elegidos por una sola vez y por eso fueron incluidos en alguna de las ternas que se presentaron para la nueva elección. Esos magistrados eran los favoritos por varias razones. La primera

era la notoriedad pública que tenían por su cargo actual. Esa Corte de transición se hizo famosa muy pronto por las primeras decisiones importantes que tomó como limitar el poder del presidente para declarar un estado de emergencia y asumir poderes mucho más grandes que los que tenía y por inaugurar la tutela como un mecanismo de transformación social. La según da razón de su favoritismo era un poco más mundana. Como magistrados de una alta Corte ya conocían de cerca, la mayoría por lo menos, los círculos del poder en Colombia y podían moverse con más facilidad en el Senado que cualquiera otro de sus contrincantes. Lo anterior se confirmó el día de la elección, cuando cuatro de los siete magistrados de la Corte de transición fueron reelegidos.

El Senado estrenó con algo de polémica su recién otorgada facultad de elegir de manera directa a los magistrados, algo inédito en la historia del país. Como lo reportó en su momento el diario *El Tiempo*¹, una semana antes de la fecha de elección los senadores aprobaron un sistema de tarjetón para elegir a los magistrados. El sistema buscaba replicar la representación proporcional de los partidos políticos en el Congreso, por lo que se acordó que se elegirían seis magistrados liberales y tres conservadores, aunque las minorías políticas, lideradas por la Alianza Democrática M-19, aspiraban a arañar un puesto en la nueva Corte. Era un acto de burocrática precisión milimétrica que trató de ocultarse con una maniobra bastante curiosa.

El día anterior a la elección, el 30 de noviembre de 1992, el liberal José Blackburn, presidente del Senado de esa época, informó que el tarjetón que se iba a utilizar en la elección tendría forma circular y ahí estarían repartidos los

¹ *El Tiempo. Tarjetón para Elegir Corte Constitucional. En: https://bitly/2S1_gMoO [Consultado el 7 de mayo de 2020. 10:26 PM],*

nombres de los veintisiete aspirantes incluidos en las ternas enviadas, como lo señalaba la Constitución, por el presidente César Gaviria, la Corte Suprema de Justicia y el Consejo de Estado. Carlos Gaviria hacía parte de la terna liberal de este tribunal. El senador Blackburn le dijo a la prensa que el diseño estaba pensado para evitar que la ubicación de los nombres encuna tarjeta rectangular pareciera sugerirles a los senadores un orden jerárquico o cualquier tipo de favoritismo.

El dichoso tarjetón circular era, por supuesto, una simple o grosera manera de disimular los pactos políticos previos a la elección. Una semana antes de esta, El Tiempo informó que ya había un acuerdo entre los partidos para elegir a los nueve magistrados. Sin mucho ruido se filtró que el Partido Liberal llegó a un consenso para elegir a Fabio Morón Díaz, exmagistrado de la Corte Suprema de Justicia que hacía parte de la Corte de transición, Antonio Barrera Carbonell, abogado cartagenero, Hernando Herrera Vergara, ex constituyente, Jorge Arango Mejía, abogado cuyabro que dirigía la oficina jurídica de la Federación Nacional de Cafeteros, Eduardo Cifuentes Muñoz, ex vicepresidente del Banco de Colombia y también miembro de la Corte transitoria, y Carlos Gaviria Díaz.

Los senadores antioqueños cumplieron su palabra y al filo del final de la tarde del 1 de diciembre de 1992, Carlos se enteró por televisión que había sido elegido nuevo magistrado de la Corte Constitucional. Además de los ya mencionados, la primera Corte Constitucional la completaron los magistrados José Gregorio Hernández, Vladimiro Naranjo Mesa y Alejandro Martínez Caballero. Los dos primeros fueron elegidos con los votos de los senadores de la bancada conservadora. El tercero salió de una votación muy reñida con Simón Rodríguez Rodríguez, el presidente de la Corte de transición, que se definió por un solo voto. Martínez era el

representante de las bancadas minoritarias en el Senado, lideradas por la Alianza Democrática M-19. Así fue como los nueve magistrados cruzaron sus destinos para escribir desde la Corte Constitucional una parte fundamental de la historia de este país².

La llegada de Carlos Gaviria al alto tribunal fue un hecho contradictorio porque hasta su elección había sido uno de los críticos más destacados del cambio constitucional en Colombia. No porque considerara que la Constitución de 1886 tuviera que mantenerse a toda costa, sino porque su espíritu escéptico lo hacía pensar que los problemas del país no se solucionarían de esa manera. Esa postura la transformó en la medida que observa la fuerza de los hechos que originaron la Constitución de 1991. Para Carlos fue evidente, al igual que para muchos otros académicos de su generación que se opusieron al comienzo al proceso constitucional, que con la Asamblea Nacional Constituyente que se eligió el 9 de diciembre de 1990, Colombia se embarcó en el proyecto más democrático e incluyente de su historia.

Sus colegas recibieron con entusiasmo su elección como magistrado. En particular, los del grupo de la Corte de transición que fueron reelegidos, ellos lo vieron con muy buenos ojos y lo consideraron el sucesor ideal de Ciro Angarita Barón, un magistrado que no continuaba, pero que con su visión progresista y emancipadora marcó una forma de ver la Constitución que debía seguir evolucionando. Pensaron que la llegada de Carlos les daría la oportunidad de mantener el espíritu transformador de la fugaz Corte de transición. Además, consideraron que la falta de solemnidad y la personalidad abierta de su nuevo colega eran compatibles con la Constitución de 1991.

² Carlos Gaviria - Entrevista sobre la Constitución de 1991. En: <https://bit.ly/2WOk265>
[Consultado el 12 de mayo de 2020. 11:21 PM].

Al llegar a la Corte, su espíritu liberal y su amor por el Derecho encontraron el espacio ideal para aplicar su idea emancipadora de los derechos. Su equipo de trabajo —conformado por una secretaria, cuatro magistrados auxiliares y un conductor— aunque seguía sus rutinas estrictas, también se adaptó a su estilo descomplicado. Los viernes, por ejemplo, Carlos invitaba a los abogados que trabajan con él a una función vespertina de cine en el Centro Comercial Granahorrar, en el corazón financiero de Bogotá, muy cerca de la sede transitoria que la Corte Constitucional ocupó dos años mientras terminaba la reconstrucción del Palacio de justicia, destruido durante el holocausto de noviembre de 1985. En otras ocasiones llamaba apresurado a sus colaboradores, ellos pensaban que los reunía para tratar un tema importante y los sorprendería con una lectura de poesía para relajarse.

Esa calidez también la prodigaba con generosidad con los hijos pequeños de sus colegas magistrados y los empleados de la Corte. En una ocasión el hijo de un auxiliar visitó a su padre en la sede del tribunal. El funcionario trabajaba en el mismo piso que Carlos. El niño, que no pasaba de los cinco años, se lo encontró en el pasillo y al ver la cara rolliza, la barba y pelo blanco lo confundió con Papá Noel, y con la más genuina honestidad infantil le preguntó que si le traía un regalo. Carlos soltó una carcajada y le respondió que la Corte Constitucional no era un taller de juguetes, pero que hacía la magia de desaparecer cosas. El pequeño sorprendido le dijo que qué era lo que desaparecían, el magistrado lanzó una carcajada y le dijo: “leyes”.

Carlos no dudaba en darles oportunidad a los jóvenes para trabajar en temas difíciles. Confiaba mucho en su equipo y permitía que se expresara con tranquilidad sin importar su rango. Oía mucho a su gente y su trato era muy horizontal, incluso en los momentos de mayor tensión. Ser magistrado le

era natural y lo proyectaba entre los más cercanos. La cultura estaba presente siempre en el despacho por lo que eran usuales las conversaciones con él sobre cine, libros o teatro. Le encantaba recomendar libros o cuentos cortos de todo tipo. Desde el argentino Jorge Luis Borges hasta La carretera, una novela posa pocalíptica del escritor estadounidense Cormac McCarthy sobre el viaje de un padre con su hijo en un territorio desolado. Cuando discutía un caso complejo era frecuente que detuviera la discusión por un momento y recordara el cuento corto No pan gas tus sucias manos sobre Mozart, del español Manuel Vicent, la historia de un padre conservador y la tensa relación con su hija adolescente progresista.

Su paso por la Corte estuvo permeado también por el recuerdo constante de su exilio en Argentina, su amistad entrañable con el médico Héctor Abad Gómez y el cariño por su hijo, el escritor Héctor Abad Faciolince. En momentos esporádicos hablaba de lo difícil del destierro y de su enorme admiración por ellos dos. En una ocasión le regaló una copia del Tratado de culinaria para mujeres tristes, de Héctor Abad Faciolince, a una abogada que acababa de perder a su padre por un cáncer terminal.

Su espíritu pedagógico lo llevaba a adoptar una actitud de mentor de los abogados y las abogadas, en particular los más jóvenes del despacho. A una recién graduada le dio, por ejemplo, la oportunidad de preparar el borrador de una sentencia de un caso muy simbólico para la Corte. El alcalde indígena del municipio de Jámalo, en el norte del Cauca, fue asesinado el 16 de agosto de 1996. Las autoridades indígenas del territorio asumieron la investigación del caso y capturaron a cinco personas, entre ellas Francisco Gembuel Pachéné, un indígena Páez al que acusaron de ser cómplice del crimen. Los gobernadores indígenas encontraron que Gembuel era culpable y le impusieron una pena de sesenta fuetazos y el destierro de

la comunidad.

El inculcado acudió a una tutela porque consideraba que el proceso y la pena violaban sus derechos constitucionales. La tutela pasó a revisión de la Corte Constitucional. Carlos concluyó, con el apoyo de su joven abogada y el de los magistrados José Gregorio Hernández y Hernando Herrera, que la pena del fuste mostraba una tensión entre dos tipos de pensamiento. Uno mayoritario que rechaza las penas corporales y otro, propio de la comunidad indígena, que considera al fuste como un elemento purificador. No concedió la tutela porque como la nueva Constitución tenía un espíritu pluralista no era posible imponer la primera visión sobre la segunda.

Carlos fue un magistrado que tuvo la virtud de la claridad, obsesivo por la gramática y la precisión. En una cena en honor a un reputado profesor extranjero, en la que se encontraban amigos de la Corte, entre estos varios auxiliares de otros despachos, sacó un papel de su bolsillo. Todos esperaban que leyera unas palabras elogiosas al homenajeado o que recordara, haciendo gala de su memoria prodigiosa, alguna anécdota con él o recitara un poema de memoria. Para sorpresa de todos leyó un párrafo de un artículo que el profesor había escrito hace poco con uno de los auxiliares presentes. Con cariño y su dosis característica de humor negro, terminó de leer el fragmento y preguntó si alguno había entendido algo. Ante el silencio que obtuvo por respuesta, soltó una carcajada y dijo que el famoso profesor había aprendido las malas costumbres de algunos de sus amigos de la Corte. Todos, incluso el homenajeado y el auxiliar que habían sido objeto del dardo, lo secundaron con una carcajada. Otro día le pidió a una auxiliar de la Corte que “le desgravara” una conferencia. Este vio la oportunidad de darle un poco de su misma medicina al magistrado, que tantas correcciones le hacía, y le contestó que

esa palabra no existía, que el término correcto era transcribir. Carlos solo soltó una carcajada y aceptó la corrección.

Pese a las múltiples ocupaciones que tenía como magistrado, nunca dejó de lado la docencia. Durante años mantuvo, paralelo a su rol de juez, su cátedra de Introducción al Derecho en la Universidad de los Andes. Algunos de sus estudiantes y monitores de la época recuerdan dos detalles que eran, en realidad, una proyección de su forma de trabajar en la Corte. El primero era su puntualidad de relojero suizo. Durante los cerca de cuatro años que dictó el curso en los Andes nunca llegó tarde ni se ausentó. El segundo que era un profesor comprensivo, tenía la enorme capacidad de reconocer en la pregunta más sencilla de un estudiante un aporte fundamental para la clase, lo cual le valió el reconocimiento general como un profeso receptivo que con mucha frecuencia lograba que el alumno más inexperto se sintiera especial y valorado.

Era un contador de historias notable, tanto en el salón de clases como en la Sala Plena, lo que le permitía generar una cercanía inmediata. En su curso de Introducción al Derecho era usual que dedicara una sesión a Hans Kelsen, un filósofo legal austríaco muy incluyente, pionero de la idea de los Tribunales Constitucionales. Pero no empezaba hablando del personaje de manera directa. Lo primero que hacía era poner música de la Viena de la época y transportaba a sus estudiantes a ese momento con una historia sobre el padre del psicoanálisis Sigmund Freud o el filósofo Ludwig Wittgenstein. Ahí, cuando su público entendía la Viena de ese momento, leía algún aparte de un libro de Kelsen⁴ para entrar de lleno en la materia. Esta era una estrategia que usaba también con sus compañeros de Sala Plena, aunque con menos éxito que con sus estudiantes. Los magistrados de la Corte recuerdan que muchas veces en los debates constitucionales que sostenían en la Sala Plena, Carlos hacía alardes de elocuencia y memoria para presentar alguna

anécdota histórica para explicar un punto de su ponencia.

Las primeras Salas mostraron muy rápido el espíritu de ruptura que Carlos quería llevar a la Corte y, por ese medio, al país. Uno de sus compañeros recuerda que, en los primeros días de trabajo de la nueva Corte, lo invitó a almorzar a las afueras de Bogotá y la primera pregunta que le hizo fue para conocer su opinión sobre la sentencia del concordato. Esta fue una de las primeras que sacó la (jorle de transición y en ella se declaró que algunos apartes del concordato entre Colombia y El Vaticano eran inconstitucionales, como las normas que permitían las misiones públicas de evangelización de las comunidades indígenas y la obligatoriedad de impulsar la educación religiosa en los colegios públicos del país. Ante la pregunta a mansalva, el magistrado respondió que por razones de principios apoyaba la decisión que en su momento tomó la Corte porque el cambio constitucional que introdujo la Constitución de 1991 era profundo y todas las leyes expedidas antes debían acoplarse a ese cambio. Carlos le dijo, en tono jocoso, que ya tendrían oportunidad de discutir ese caso en Sala Plena porque él creía que la Corte debía de haber declarado inconstitucional todo el concordato.

Poco a poco, Carlos se convirtió en un ferviente defensor de la Constitución de 1991. Incluso en no pocas ocasiones afirmó que la nueva Constitución contribuyó a la modernización del país⁵. Como magistrado de la Corte concedió una entrevista a El Espectador, en la que no dudó en describir a la joven carta magna como una “buena Constitución” con una ventaja clara sobre la antigua de 1886: su capacidad para permear la realidad del país y llegarle al ciudadano común. En su opinión, nunca en la historia constitucional de Colombia, una Constitución logró consolidarse de esa manera dentro de lo que él llamaba el espíritu cívico de la gente. Para él, y esto fue algo que se

convirtió en una motivación constante durante su paso por el tribunal, la tutela era la razón para ese cambio porque les enseñó a las personas que el Derecho tiene que ver con su vida cotidiana y que sus condiciones sociales podían mejor de manera sustancial por medio de esta herramienta.

Y para explicar su posición, y muchos años antes de que la Corte Constitucional reconociera el concepto de familia diversa para reconocer la constitucionalidad del matrimonio entre parejas del mismo sexo, Carlos afirmaba de forma pública que en ella se recogían diferentes formas de familia, lo que demostraba el temperamento liberal de la nueva Constitución y perfilaba la obligación que él sentía que impulsaba su actuación como magistrado. En más de una ocasión insistía en que la Constitución tenía un elemento de utopía que debe garantizar su permanencia en el tiempo y que la Corte tiene la meta de alcanzarla³. Esto demuestra que fue un visionario y con sus posiciones se anticipó a debates que se presentaron luego en el tribunal.

A la llegar a la Corte era un converso, pero no se había despojado de ese espíritu escéptico y testarudo que lo acompañó toda la vida. El inicio del trabajo de esa nueva Corte fue todo menos armónico. Por su ferviente defensa de la Constitución, por su fuerte personalidad antioqueña o tal vez por las dos cosas, empezó a chocar de manera constante con los magistrados más tradicionales del tribunal, aquellos que venían de la antigua Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia como Fabio Morón Díaz y José Gregorio Hernández, magistrado y magistrado auxiliar, respectivamente, en aquella, o abogados con una visión más formalista y estricta de la Constitución como Vladimiro Naranjo Mesa. Encontró afinidad y aliados ideológicos, en cambio, en los magistrados

³ El Espectador. El presidente de la Corte Constitucional da cuenta de las transformaciones que está generando la Carta Política de 1991 en el país. Entrevista del 30 de junio de 1996. Archivo Privado.

Alejandro Martínez Caballero o Antonio Barrera Carbonell. Donde mejor se evidenciaron las contradictorias relaciones que tuvo en la Corte, que a su vez reflejaban el ambiente tan polarizado de los primeros años del tribunal, fue las que sostuvo con dos magistrados en particular: Jorge Arango Mejía y Eduardo Cifuentes Muñoz.

Jorge Arango Mejía tenía una visión muy diferente a la de Carlos en temas constitucionales, pero se convirtió muy rápido en su confidente y amigo. Era paisa, del Eje Cafetero, con una idiosincrasia muy parecida a la suya. Buen conversador, franco y con una memoria prodigiosa, Arango llegó a la Corte Constitucional con una trayectoria muy distinta a la de su colega. I labia hecho carrera política, y no perdía oportunidad en los medios para recordarla, como gobernador del Quindío, alcalde y concejal de Armenia, y embajador durante el gobierno de Belisario Betancur. Se destacó por defender posiciones conservadoras en la Corte, como oponerse al aborto, pero construyó ion Carlos una amistad que perduró años y superó incluso momentos de tensión política. Fuera de la Corte defendió con vehemencia la presidencia de Álvaro Uribe Vélez hasta el punto de decir que su único pecado fue designar como su sucesor a un “traidor” como Juan Manuel Santos.

En realidad, lo que unió a estos dos hombres tan distantes en el espectro ideológico fue algo muy sencillo: la afinidad cultural y regional, y que los dos pertenecían a la misma generación. Arango era un año mayor que Carlos: el primero llegó a la Corte con cincuenta y siete años, mientras que el segundo cumplió los cincuenta y ocho al mes de posesionarse como magistrado. Los dos venían de la misma región y sus carreras se desarrollaron fuera de Bogotá. Era común verlos compartir otros espacios fuera de la Sala Plena, donde se discutía muchas veces con aspereza y se construían

antipatías con rapidez, en los que disfrutaban de su amor por el tango y el buen whisky. Arango confesó muchos años después que Armenia ocupaba un lugar especial en el corazón de Carlos porque, para él, en el Quindío se conservaba las más pura de las herencias antioqueñas, mucho más que en Medellín o Antioquia. Y la amistad forjada en la diferencia tuvo un efecto importante en la dinámica de la Corte. Arango, que como político agitó muchas veces banderas contrarias a las de Carlos, como magistrado terminó uniéndose a él en grandes decisiones de la Corte de esos años, relacionadas con los temas de liberales personales como la que despenalizó el consumo de la dc •sin mínima de droga o la eutanasia en casos de enfermos terminales que expresen su voluntad libre de someterse a ella.

Arango lo acompañó incluso en varios salvamentos de votos, lo que demostró que su relación de amistad se tradujo en una inesperada alianza judicial dentro de la Corte. En una sentencia en la que la Corte declaró que una vieja norma del Código Civil que permitía el castigo moderado de los padres a sus hijos era constitucional, Arango y Gaviria, junto a los magistrados Alejandro Martínez Caballero y Fabio Morón Díaz, presentaron un salvamento de voto que explica muy bien el pensamiento constitucional de Carlos. En este él y sus compañeros dijeron que la autoridad paterna no se puede construir a partir del miedo al castigo porque ese tipo de modelos solo perpetúan y profundizan la violencia que ha vivido el país. Fueron más allá al explicar que la primera función de los padres es ser maestros de sus hijos, por lo que su primera tarea es la de crear condiciones adecuadas para aprender y que eso es imposible en un ambiente de miedo.

La antípoda de esta relación fue la que tuvo Carlos con Eduardo Cifuentes Muñoz, un magistrado con quien al principio estaba mucho más cerca en términos judiciales. Desde el comienzo ambos ambicionaron ser protagonistas en la

Corte y rivalizaron por el liderazgo del bloque liberal de la misma. Era una discusión por la vocación judicial de la primera Corte y, de paso, por los cimientos del desarrollo constitucional del país. En sus vidas nunca hubo un espacio de encuentro que les permitiera limar asperezas o generar la empatía necesaria para dejar de lado los rasgos más explosivos de sus personalidades.

Cifuentes era un abogado payanés que hizo gran parte de su carrera profesional en Bogotá, integró la Corte de transición y fue reelegido, con solo cuarenta y un años, como magistrado de la primera Corte Constitucional. Cifuentes y Carlos se llevaban diecisiete años de diferencia en edad, toda una brecha generacional, y no tenían un vínculo regional o una afición particular compartida. Lo único en común era su gran capacidad intelectual, la misma que contribuyó a distanciarlos aún más.

En los primeros años de la Corte los dos encontraron en el otro, muy a pesar suyo, un aliado para defender una interpretación progresista de la nueva Constitución. En 1994, por ejemplo, lideraron la discusión que despenalizó el consumo de la dosis mínima de drogas. En esa sentencia puede verse con claridad la idea de libertad individual que compartían con entusiasmo los dos magistrados. Ahí dejaron claro que, en un Estado democrático, este no es dueño de las decisiones individuales de las personas y mucho menos de las que tomen sobre su propia salud. La prensa de la época registró en su momento la tensión del debate y el rol importante que jugó Cifuentes para impulsar la mayoría que apoyó la ponencia de Carlos.

El jueves 5 de mayo de 1994, los nueve magistrados de la Corte se reunieron para tomar la decisión. Carlos fue el primero en intervenir. Durante treinta minutos expuso los argumentos principales de su proyecto de solo veintidós

páginas. Después tomó la palabra el magistrado conservador Vladimiro Naranjo y presentó una dura objeción al proyecto basada en el hecho de que para él la Corte no podía asumir que los derechos eran absolutos y desconocer el impacto social y familiar del consumo de drogas. El tercer turno fue para Cifuentes. En su intervención de veinte minutos explicó que la despenalización de la dosis mínima era la consecuencia natural de vivir en un régimen democrático y contar con una constitución liberal. Defendió que el Estado no puede afectar la esfera íntima de las personas por la fuerza de la amenaza del Código Penal. Terminó su intervención con un poderoso mensaje que quedó

plasmado a lo largo de la sentencia final: el Estado puede y debe legislar sobre el progreso social, pero minea sobre el comportamiento del individuo.

La alianza entre Carlos y Cifuentes, improbable por sus personalidades, pero clara por su ideología, daba sus primeros frutos. La sociedad reaccionó al fallo de manera muy agresiva. El periódico El Tiempo realizó una encuesta al día siguiente di-que la Corte lo hiciera público: el 70 % de los encuestados se oponía a la sentencia. En un raro momento de consenso político el presidente César Gaviria, y los candidatos presidenciales de esa época, el liberal Ernesto Samper Pizano y el conservador Andrés Pastrana Arango, coincidieron en la necesidad de convocar una consulta popular o un referendo para modificar la Constitución, penalizar de nuevo el consumo y desconocer el fallo de la Corte. El gobierno de los Estados Unidos tildó la decisión de absurda y el director de la Agencia para el Control de Drogas de ese país (DEA, por sus siglas en inglés) criticó a los magistrados por haber tomado una decisión que daba varios pasos atrás en la “Guerra contra las Drogas”.

Para Carlos la sentencia y la discusión que hubo sobre la misma al interior de la Corte, como lo expresó después a la

prensa, produjeron unos efectos muy positivos. A pesar de la enorme presión pública, él nunca dudo en señalar que la sentencia contenía un mensaje muy sencillo: “no es deseable que la gente consuma droga, sino que el Estado eduque, bien para que no consuma droga o para que sepa las consecuencias. Educar, no encarcelar”.

Otro momento importante que demostró el potencial de la alianza ideológica entre Cifuentes y Gaviria, y el carácter liberal

que querían imprimirle a la Corte, tuvo lugar al comienzo de 1997. En ese momento, Carlos terminaba su presidencia en la (Arte Constitucional, un cargo que no tiene relevancia particular, pues se rota cada año entre los magistrados, pero que permite a quien lo ostenta controlar el ritmo y contenido de los debates en Sala Plena, un poder que no debe menospreciarse en los casos más críticos, pues tiene que ver con el control de los tiempos y avances de las discusiones. En este escenario, en enero de 1997, la Corte se encontró de nuevo con un caso con profundas implicaciones públicas: la despenalización parcial del aborto.

Un ciudadano demandó varias normas del Código Penal: cuatro artículos que sancionaban con una pena de cuatro meses a tres años a la mujer que se practicara un aborto cuando el embarazo fuera producto de una violación. La Corte consideró, en una decisión escrita por el magistrado José Gregorio Hernández, desafortunada tanto por su argumentación como por su conclusión, que la mujer no podía decidir sobre su propio cuerpo y para explicarlo acudió a varias citas de encíclicas papales que defendían, entre otras cosas, la idea del aborto como “un repudiable acto contra la vida humana” y una decisión “moralmente mala”.

En esa oportunidad los dos magistrados, junto con Alejandro Martínez Caballero, trataron sin éxito de

despenalizar el aborto en el país, una decisión que solo llegaría nueve años después en otra decisión de la Corte Constitucional. Cifuentes, Gaviria y Martínez suscribieron de manera conjunta un poderoso salvamento de voto en el que defendieron que los derechos de las mujeres “no pueden resolverse desde la cómoda y externa posición espiritual de un grupo social, sin darle una oportunidad a la mujer violada que es la llamada a decidir desde su perspectiva existencial y moral un asunto que como pocos sólo le incumbe a ella”. Denunciaron con vehemencia que “el precio que la Corte ha pagado por asumir una posición moral de las varias que concurren en la sociedad colombiana, haciéndola propia, y decidiendo la constitucionalidad de una ley a partir de ella, no puede ser más elevado: ha perdido su imparcialidad⁴”.

A pesar de estos logros, que fueron posibles por el liderazgo de Cifuentes y Gaviria, la distancia entre los dos se hacía más grande. Esa incompatibilidad de caracteres no demoró en manifestarse de muchas maneras en la Corte. El momento de mayor fricción llegó en mayo de 1997, cuando la Corte Constitucional tuvo frente a sí un caso tan fascinante como polémico: la despenalización de la eutanasia. Aunque esta dupla había liderado las mayorías en otros casos que ampliaron las libertades en el país, el caso de la eutanasia, en el que parecía que de nuevo iban a coincidir a pesar de sus frías relaciones personales, hizo explotar por el aire la aparente tranquilidad de una nueva y muy joven Corte.

En ese caso la Corte debía determinar, con ponencia de Carlos, la constitucionalidad de una norma del viejo Código Penal de 1980, que penalizaba la eutanasia para enfermos terminales con cárcel de entre seis meses y tres años. La discusión en Sala Plena fue muy dura y desde el principio fue

⁴ Corte Constitucional. Sentencia C-013 de 1997. Salvamento de Voto de los Magistrados Carlos Gaviria Díaz, Eduardo Cifuentes Muñoz y Alejandro Martínez Caballero.

claro que los dos bloques que siempre chocaban en temas difíciles se mantenían firmes. Existía un ingrediente adicional que hacía de este caso algo diferente y no tenía nada que ver con el tema tan espinoso que abordaba. Carlos entendió desde un principio que la norma debía ser derogada, pero en su tradicional escepticismo creyó que el caso no iba a tener suerte con sus colegas. Varios de estos y otros funcionarios recuerdan que el suicidio de su padre influyó bastante en este episodio, ya que él consideraba que todo acto frente a la vida propia era un acto de libertad, por lo que el escrito que presentó en la Sala iba en el sentido de abolir cualquier limitación para la eutanasia en Colombia.

14 Corte Constitucional. Sentencia C-013 de 1997. Salvamento de Voto de los Magistrados Carlos Gaviria Díaz, Eduardo Cifuentes Muñoz y Alejandro Martínez Caballero.

(lomo era usual en la Corte, los magistrados compartían impresiones de los casos antes de Sala Plena. Carlos habló primero con su amigo Jorge Arango Mejía, quien apoyó de inmediata la ponencia. Alejandro Martínez Caballero, el magistrado progresista que llegó a la Corte auspiciado por las minorías políticas del Senado y con el que Carlos también se entendía muy bien, le expresó su apoyo también. Un día antes del debate en Sala Plena, hubo una reunión que determinó el rumbo de este caso y de la discusión entre Cifuentes y Gaviria.

En una oficina de la Corte se reunieron, a instancias de Eduardo Cifuentes, los magistrados Fabio Morón, Alejandro Martínez y Carlos Gaviria para discutir el caso. Los cuatro estaban de acuerdo con el sentido del proyecto, pero Cifuentes manifestó una preocupación. Para él, la redacción de la ponencia daba a entender que existía un derecho absoluto frente a la eutanasia y que esto se debía manejar con mayor prudencia. Martínez sugirió entonces incorporar unos párrafos que morigeraran un poco el sentido del fallo, en el sentido de

decir que el deber de protección de la vida que tiene el Estado frente a las personas se reducía en los casos de los enfermos terminales y que la autonomía de la persona prevalecía en esos casos. Los demás magistrados aceptaron la modificación consolidando así una mayoría para la ponencia. Cifuentes, que desde el principio acompañó el sentido general de la ponencia, es decir la despenalización de la eutanasia pasiva, señaló que para el siguiente día iba a proponer una fórmula de decisión que recogiera el acuerdo alcanzado por los magistrados.

Al día siguiente la Sala Plena se reunió para discutir el caso. La ponencia original declaraba constitucional los artículos del Código Penal que penalizaban la eutanasia, pero con la “advertencia de que cuando en el hecho concurra la voluntad libre del sujeto pasivo del acto, no podrá derivarse responsabilidad para el autor, pues la conducta está justificada (...) o cuando la ayuda se preste en las circunstancias fácticas que deben acompañar al homicidio piadoso”. Para el magistrado Cifuentes esta fórmula era muy amplia, porque incluso en aquellos lugares con la legislación más avanzada sobre la materia, autorizaba al médico a suministrar medicamentos letales que terminaran con la vida del paciente. En ese sentido, expresó en Sala que el acuerdo lo grado por la mayoría de los magistrados iba en camino de no criminalizar los cuidados paliativos y la eutanasia pasiva. Por eso, presentó la propuesta alternativa de declarar que solo un .un culo era constitucional “en los expresos términos y bajo las estrictos condiciones señaladas en la parte motiva de esta sentencia”. El 20 de mayo de 1997, esta propuesta fue aceptada por seis magistrados: Jorge Arango Mejía, Alejandro Martínez Caballero, Antonio Barrera Carbonell, Fabio Morón Díaz, Eduardo Cifuentes y Gaviria.

La respuesta pública, en un país conservador como Colombia, no se hizo esperar. El diario El Tiempo publicó una

serie de entrevistas el 22 de mayo. En un hecho inédito, dos de los magistrados de la Corte que se opusieron a la decisión ofrecieron una declaración pública. Hernando Herrera Vergara declaró que lo único que hizo la Corte fue desconocer de manera abierta el derecho a la vida y José Gregorio Hernández afirmó que en Colombia había que estimular la vida y que la Corte había actuado de manera contraria a esa responsabilidad. Monseñor Luis Augusto Castro, vicario apostólico de San Vicente del Caguán de la época, le dijo al periódico que “cuando un país pide signos de vida, la Corte Constitucional responde con signos de muerte”. El médico Gilberto Rueda Pérez, por entonces presidente de la Academia Nacional de Medicina, agregó que la decisión de un enfermo terminal que “pide a gritos que la maten” no es una decisión racional.

Como es usual en las discusiones de la Corte, pasaron unas semanas entre el acuerdo en Sala Plena y la elaboración de la ponencia definitiva que debía ser firmada por los magistrados.

A principio de junio de 1997 el fallo llegó al despacho del magistrado Cifuentes, quien observó, con sorpresa, que la parte resolutive había sido modificada. En la sentencia para su firma declaraba que la norma del Código Penal era constitucional, pero no bajo la fórmula acordada por los magistrados, sino con la “advertencia de que en el caso de los enfermos terminales en que concurra la voluntad libre del sujeto pasivo del acto, no podrá derivarse responsabilidad para el médico autor, pues la conducta está justificada”. Ahí fue Troya.

El magistrado Cifuentes solicitó que se realizara una Sala plena de emergencia para tratar el tema. El consideraba que se había alterado la decisión y que se trataba de un acto muy grave que ponía el prestigio de la Corte en entredicho. La discusión no pudo llegar en peor momento. Carlos se

encontraba en Ginebra, Suiza, en la reunión anual de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y se enteró de lo sucedido por una llamada telefónica de Antonio Barrera Carbonell, el presidente de la Corte en ese momento, quien le pidió regresar de inmediato al país para tratar el tema.

El 5 de junio los magistrados se reunieron y tuvieron una de las Salas Plenas más tensas y duras, tal vez, de toda la historia de la Corte. Por un lado, Carlos explicó que el cambio en la redacción no se hizo con la intención de alterar lo acordado en Sala, sino que se realizó a sugerencia de algunos magistrados de la mayoría con el fin de precisar el alcance del condicionamiento. En realidad, desde su punto de vista, solo se trató de una reformulación de lo acordado, ya que, para evitar cualquier interpretación general sobre la norma, lo más adecuado era no hacer una referencia general a lo que dice la sentencia, sino explicar de forma clara en una frase la acción puntual que se pretendía despenalizar, es decir, la eutanasia pasiva.

Sin embargo, Cifuentes consideró que la fórmula no podía ser cambiada en ninguna circunstancia porque fue lo que en términos estrictos votó la mayoría. Insistió en que estaba totalmente de acuerdo con la idea central de la ponencia y que no buscaba que se mantuviera la penalización total de la eutanasia. Argumentó que las reglas del debate contenidas en el reglamento de la Corte estaban para ser respetadas y él veía el cambio en la sentencia como una forma de olvidar lo pactado. De manera excepcional le solicitó a Martha SÁCHICA, la secretaria general de la Corte Constitucional, que certificara lo que había sido aprobado por los magistrados en la sesión del 20 de mayo. La certificación presentada dio cuenta de que “el presidente sometió a votación la propuesta sustitutiva presentada por usted (...) fue aprobada con 6 votos” Por último, Cifuentes presentó su renuncia inmediata, a modo de

protesta, al cargo de vicepresidente de la Corte Constitucional que ostentaba en ese momento y que le daba, según las reglas de rotación del tribunal, la oportunidad de ser el presidente de la Corte el año siguiente.

La noticia no tardó en saltar a los medios. El Tiempo dio cuenta de la renuncia al día siguiente y aunque Cifuentes se abstuvo de dar declaraciones el periódico en la nota ya se afirmaba que su decisión se “produjo porque en la sentencia cuyo texto no ha sido notificado no quedaron ni el sentido ni la totalidad de sus argumentos planteados en Sala Plena”. Aunque en la misma nota el presidente de la Corte, Antonio Barrera Carbonell, aclaraba que no había ninguna crisis, la situación iba a empeorar. A partir de la certificación presentada por la secretaria SÁCHICA, los tres magistrados que salvaron el voto, Hernando Herrera Vergara, José Gregorio Hernández, Vladimiro Naranjo Mesa, se unieron a Eduardo Cifuentes para solicitar una Sala Plena extraordinaria en la que se discutieran las incongruencias entre lo aprobado y lo presentado en la sentencia.

Las filtraciones a los medios eran enormes y El Tiempo publicó una nota el 5 de junio, el mismo día de la Sala Plena Extraordinaria, que empezaba con una declaración de un magistrado sin identificar que calificaba la situación como “muy grave”. El artículo iba más allá y afirmaba que la ponencia tenía dos versos más. Una que fue consignada en el texto que se presentó para la firma y que aclaraba que un “un paciente terminal con intensos sufrimientos puede dar su autorización para que un médico en la práctica ponga fin a su vida” y la otra, que se le adjudicaba a (ablentes, que decía que “un paciente terminal podrá dar su consentimiento para acudir a la medicina paliativa a fin de poner fin a sus intensos sufrimientos”. Otro magistrado consultado afirmó que la intención de esa Sala no era “la de volver a debatir el tema de

la eutanasia porque eso ya se aprobó. Lo que pasa es que queremos que se nos explique qué es lo que pasa con el fallo y por qué las diferencias”. Carlos Gaviria, Fabio Morón y Alejandro Martínez Caballero, que estaban en la misión oficial de la Corte en Ginebra, no alcanzaron a regresar al país por lo que la Sala Plena contó con la presencia de seis magistrados, razón por la cual no se llegó a un acuerdo sobre las diferencias entre lo que para unos fue aprobado y lo que fue publicado.

El fallo salió a la luz ese 5 de junio con una aclaración de voto del magistrado Cifuentes, que él mismo llamó “especial”, en la que explicaba que la fórmula utilizada por la sentencia aprobada estaba lejos de aclarar la precisión que él solicitó. En sus palabras “mi propuesta aprobada por seis votos a favor y tres en contra tenía un objetivo claro: establecer una unión indisoluble entre la parte resolutive de la sentencia y su parte motiva (...) por lo que no podía validar ni justificar actos vinculados a la eutanasia activa directa”. Y su aclaración terminaba con una lapidaria denuncia: “No deja por tanto de sorprenderme que la parte resolutive de la sentencia despenalice el homicidio piadoso cometido por el médico en la persona del enfermo terminal, vale decir, suprima la sanción penal para el supuesto de la eutanasia activa directa”. Para terminar, Cifuentes denunció que la sentencia “ha debido recoger las consideraciones expresadas por los magistrados de la mayoría, entre ellas las mías, que de manera directa servían de fundamental y explicaban de manera suficiente el alcance de la parte resolutive”. Como colofón a su aclaración, el magistrado Cifuentes adjunto su renuncia a la vicepresidencia de la Corte y la petición que le hizo a la Secretaría General para que certificara lo acordado .1 Sala, así como la respuesta de esta donde afirma que su fórmula, que limitaba la eutanasia como consecuencia de cuidados paliativos y no como un acto directo o pasivo, fue aprobada por la mayoría de los

magistrados. El daño en la relación entre Gaviria y Cifuentes estaba consumado.

El 6 de junio, Carlos dio una entrevista al diario El Tiempo, vía telefónica desde Ginebra, en la que manifestó de manera rotunda que era falso que se hubiera modificado algún aparte de la sentencia. Anunció que iba a anticipar su regreso al país para poder atender el asunto y defendió el texto del fallo que consideraba reflejaba lo aprobado por los magistrados durante el debate. En la entrevista se mostró muy sorprendido, pero dijo, con algo de la vanidad que lo caracterizaba, que no veía ninguna relación entre la renuncia de Cifuentes y la sentencia de eutanasia. Fue más allá y criticó de manera abierta la certificación presentada por la secretaría general de la Corte sobre lo aprobado en Sala y que le daba la razón a Cifuentes en su reclamo. Según él, “no me explico cómo se puede dar una certificación con base en un acta que no ha sido aprobada. Solo cuando los magistrados han hecho las observaciones al texto y se ha aprobado, un acta está aprobada”.

Los días que pasaron entre el incidente y el regreso de Carlos no apaciguaron los ánimos, por el contrario, el debate fue muy fuerte. Para Cifuentes ya no se trataba de discutir el sentido de la ponencia, sino en aclarar lo que había sucedido. Los magistrados se fraccionaron del todo y Carlos insistía en que no había ninguna razón para dudar sobre la transparencia del proceso. La siguiente semana, el 12 de junio, ya con Carlos en Colombia, la Sala se reunió con todos sus miembros, excepto Morón y Martínez, quienes continuaron en comisión en Ginebra, para discutir el espinoso tema. Existían tres alternativas para resolver el impasse. La primera era incorporar los comentarios de Cifuentes en la sentencia y publicar un nuevo fallo. Martínez y Morón se opusieron a esa alternativa. Desde Suiza enviaron un fax a la Corte en respaldo la sentencia ya publicada y señalaron que Carlos estaba facultado para

asumir la vocería de los dos en la Sala Plena. Martínez, además, en declaraciones a El Tiempo, sostuvo que “nuestra posición es reiterativa. El texto que tuvimos a nuestra vista lo suscribimos cinco magistrados al recoger el criterio mayoritario de la Sala. Eso fue lo que aprobamos”.

La segunda posibilidad era una salida extraordinaria. Algunos magistrados propusieron en esa Sala que la Corte asumiera de oficio el estudio de una posible nulidad con el fin de revocar la sentencia, algo inédito en la historia del tribunal y que no se había hecho en ningún otro caso. Esa solución fue rechazada por la mayoría de la Corte porque, entre otras cosas, implicaba reconocer que hubo un error grave entre lo votado y lo publicado, algo que sin duda afectaría de manera grave la legitimidad de la institución. La tercera salida fue la definitiva: apoyar el texto publicado sin cambiar nada y con el condicionamiento que finalmente permitió despenalizar la eutanasia activa en Colombia. Pero el debate estaba lejos de terminar.

Al día siguiente, la Conferencia Episcopal Colombiana, a través del arzobispo de Medellín, monseñor Alberto Giraldo, presentó un escrito de trece páginas en el que solicitaba que la Corte declarara la nulidad de la sentencia. Su argumento principal no era otra que la sentencia del 20 de mayo fue aprobada a pesar de las contradicciones que se hicieron públicas y que los nueve magistrados ya no podían decidir una eventual nueva sentencia porque ya habían expresado su opinión sobre el tema. El Vaticano apoyó la nulidad, a través de su diario oficial L'Osservatore Romano, calificando a los magistrados como “notarios de la muerte” al aceptar un crimen contra la vida. La primera reacción de Carlos fue muy diplomática al afirmar en medios que este era un “un punto de vista de creyentes para creyentes”.

Todo esto alimentó la desconfianza y distancia, ya

insuperables, entre Cifuentes y Gaviria. La Sala determinó que la ponencia que resolvería la nulidad debía ser asumida por Carlos, en su calidad de ponente de la decisión. El debate no fue fácil, presos de su vanidad, los magistrados decidieron dar el debate en los medios de comunicación. El 23 de junio El Tiempo titulaba en primera página que la nulidad de la sentencia de eutanasia estaba a un solo voto de ser aprobada. En el cabezote de la noticia el periódico anunciaba que logró establecer con fuente directas en la Corte que “un bloque de cuatro magistrados está dispuesto a librar la batalla para dejar sin efectos el fallo (...) Vladimiro Naranjo, Hernando Herrera, José Gregorio Hernández y Eduardo Cifuentes son los juristas que no están de acuerdo con los términos de la sentencia” .

La presión sobre la Corte fue enorme durante las semanas que duró el debate sobre la nulidad. Carlos Gaviria dio algunas declaraciones en radio, en una de estas le preguntaron si era religioso o no, a lo cual respondió que él creía en el escepticismo. Unos días después apareció en la prensa una carta de un hermano franciscano que lo calificaba como el anticristo porque esa declaración que dio no era otra cosa que la confirmación de su ateísmo⁵. Al final el quinto voto nunca llegó, de hecho, la nulidad fue apoyada solo por tres magistrados, Vladimiro Naranjo, Hernando Herrera Vergara y el mismo Eduardo Cifuentes, el 2 de octubre de 1997, casi cuatro meses después de la malograda Sala del 20 de mayo que desencadenó una serie de eventos que marcaron para siempre la relación entre los magistrados Cifuentes y Gaviria.

El debate dejó unas heridas abiertas que nunca sanaron. Las relaciones entre los magistrados se enfriaron bastante e incluso la relación entre sus despachos ahora estaba marcada por la distancia, impulsada casi que por la desconfianza. Carlos

⁵ El Tiempo. El Anticristo. En: <https://bit.ly/2N2sjNb>. [Consultado el 16 de junio de 2020. 1:10 AM].

no solo lo vio como un golpe a su honestidad y compás moral, sino también a su vanidad. Como el magistrado filósofo que era, apegado a los principios y el deber ser, consideró que Cifuentes actuó de manera desleal. Pero lo cierto es que, en el fondo, el problema siempre fue por el liderazgo de la Corte entre dos magistrados con una profundidad teórica impresionante que, tal vez junto a Ciro Angarita, representan muy bien una generación de magistrados que no se ha repetido en la Corte Constitucional en sus ya casi treinta años de historia.

A pesar de que tanto Cifuentes como él mantuvieron, en gran medida, sus coincidencias ideológicas, la tensión entre los dos era evidente, como lo demostró un caso que un año después tuvieron que resolver de manera conjunta. A mediados de 1998 un ciudadano demandó la norma del Código Penal que penalizaba el incesto. El caso fue asignado a Carlos y en general existía una posición mayoritaria para rechazar la demanda. El presidente de la Corte en ese momento, Vladimiro Naranjo Mesa, sugirió que el magistrado Cifuentes participara de la redacción como una forma de conseguir una votación unánime frente al tema. La idea trató de cumplir un objetivo doble: por un lado, construir el mayor consenso posible, pero, por el otro evitar que sucediera un episodio como el de la eutanasia que pusiera, de nuevo, en tela de juicio la claridad y transparente de los procesos dentro de la Corte.

El debate se convirtió una vez más en una discusión por el liderazgo de la Corte. Aunque los dos magistrados estaban de acuerdo en que la norma era constitucional porque buscaba proteger a la familia, Cifuentes optó por incluir un argumento adicional que no le agradó a Carlos. Para Cifuentes, además de la protección de la familia, existía una razón elemental para criminalizar el incesto: era una acción que vulneraba lo que él llamó “la moralidad pública”. Carlos, alérgico a cualquier tipo

de concepto mayoritario de lo bueno y que le huía al poder, se opuso a esa idea. Incluso, muchos años después, refiriéndose de manera implícita a este concepto de “la moralidad pública” sostuvo que, aunque donde hay convivencia y sociedad era inevitable el poder, a él le encantaría que no existiera, porque le desagradaba que alguien tuviera que mandar o que la gente la tuviera que obedecer a alguien⁶.

Carlos no se apartó de la decisión mayoritaria, sino que optó por aclarar su voto diciendo, con algo de inquina, que el argumento de la “moralidad pública” no estaba precedido por ninguna racionalidad o lógica. Por eso, en su aclaración, que suscribió con los magistrados Alfredo Beltrán Sierra (magistrado que acababa de llegar a la Corte en reemplazo del viejo amigo de Carlos, Jorge Arango Mejía), Alejandro Martínez Caballero y Antonio Barrera Carbonell, decía que la moraleja del caso era muy simple, “si la sola razón y la experiencia pueden darnos cuenta de un cabal fenómeno, ¿para qué apelar a misteriosas entelequias (cuya “existencia” es precisamente el producto de nuestra mente), para explicar lo que ya está explicado (...) ¿Para qué entonces enturbiar lo que es claro agregando algo tan abstruso como que, además, el incesto es atentatorio de la moralidad pública y esta constituye un límite al libre desarrollo de la personalidad?”.

Era claro que Carlos nunca logró pasar la página con Cifuentes, pero también es importante decir, como lo confirman varias personas que compartieron con los dos en la Corte Constitucional, que mantuvieron una ética de trabajo impecable. Las asperezas nunca se limaron, pero no hubiera una sola oportunidad en la que no antepusieran el valor de compartir una posición conjunta a su antipatía. Pero las diferencias tampoco desaparecieron, y ninguno de los dos

⁶ Carlos Gaviria. Conferencia “Educación y Democracia”. En: <https://bitly/2YDMINV>. [Consultado el 16 de junio de 2020. 2:01 AM].

perdió la oportunidad de recordarlas. En 1999, por ejemplo, la Corte quedó atrapada en la tormenta del Proceso 8000, la famosa investigación contra el presidente de la época, Ernesto Samper Pizano, por el apoyo financiero que recibió su campaña del Cartel de Cali. Samper fue sometido a un juicio político en el Congreso que terminó cuando ciento nueve representantes a la Cámara decidieron no continuar con el proceso. La Corte Suprema de Justicia inició una investigación penal contra estos, entre los que estaba Viviane Morales, una curtidora política liberal que años después fue Fiscal General de la Nación. Ante la investigación de la Corte, Morales puso una tutela alegando que la misma vulneraba la inmunidad parlamentaria, un principio tan viejo como las primeras constituciones colombianas, que protege a los senadores y representantes de ser perseguidos por las ideas y votos que expresan en el Congreso.

El caso llegó a la Corte, precedido por ruido mediático y con un ingrediente adicional que enrareció el debate. El abogado de Morales era Jorge Arango Mejía, que un año antes había renunciado al tribunal. El detalle no pasó desapercibido e incluso la prensa recordó que cuando Arango fue magistrado defendió que los congresistas no podían ser sancionados en ninguna circunstancia por sus acciones en el ejercicio del cargo, lo que lo obligó a enviar un memorial a sus antiguos compañeros donde rechazaba su antigua posición como juez⁷. Incluso, el reconocido periodista Enrique Santos Calderón, en su popular columna dominical *Contra escape*, denunció que el hijo de Arango había sido nombrado en el servicio diplomático por Samper y que el antiguo magistrado, al retirarse, había firmado varios contratos de asesoría con ese gobierno y ahora estaba realizando un intenso cabildeo entre sus antiguos

⁷ E/ Tiempo. Arango hace Mea Culpa ante la Corte. En: <https://bit.ly/3EAVm6VK> [Consultado el 18 de junio de 2020. 1:00 AM],

compañeros para que el caso fuera favorable⁸.

El caso fue muy sonado y mientras la Corte Constitucional debatía la tutela, el presidente de la Corte Suprema de la época, el magistrado José Fernando Ramírez, insinuó que él y otros magistrados de ese tribunal estarían dispuestos a renunciar a su cargo en caso de que la Constitucional fallara a favor de Morales⁹.

Con ponencia de Carlos y Alejandro Martínez Caballero, el tribunal concluyó que en efecto la investigación de la Corte Suprema vulneraba la inmunidad parlamentaria por lo que ordenó que la misma terminara. En un largo, meticuloso y ácido salvamento de voto, Cifuentes dijo, entre otras cosas, que la decisión era delirante, pues creó un poder absoluto en cabeza de la Corte que no era otra cosa que un “artefacto de la arbitrariedad¹⁰”.

Hubo otros momentos de distensión con otros magistrados con los que con alguna frecuencia chocaba por sus diferencias ideológicos. En marzo de 1998 la Corte decidió eliminar, con ponencia de Carlos, el requisito legal de una tarjeta profesional para ejercer el periodismo por considerar que esa limitación burocrática limitaba de manera flagrante la libertad de prensa a imponer una barrera para que cualquier persona pudiera ejercer una función tan importante en una sociedad democrática. La sentencia fue apoyada por todos los magistrados, aunque uno de los mayores apoyos en la discusión vino de José Gregorio Hernández. Una semana después Carlos fue invitado a la Universidad Jorge Tadeo Lozano a hablar sobre esa sentencia, ya que por aquella época esa institución tenía una de las facultades de Periodismo más grande del país.

⁸ El Tiempo. Qué Pasa en la Corte: columna de Enrique Santos Calderón. En: <https://bit.ly/2BgycDR>. [Consultado el 18 de junio de 2020. 1:18 AM].

⁹ ElTiempo. Sería Comprensible una Renuncia: entrevista al presidente de la Corte Suprema de Justicia. En: <https://bit.ly/2YccMAY> [Consultado el 18 de junio de 2020. 1:07 AM].

¹⁰ Corte Constitucional. Sentencia SU-047 de 1999. Salvamento de Voto del Magistrado Eduardo Cifuentes.

Carlos, con algo

de humor negro y anticipándose al recibimiento que iba a tener allí, decidió invitar al magistrado Hernández, quien aceptó gustoso. Cuando llegaron al lugar de la conferencia fueron recibidos por un sonoro abucheo por parte de los estudiantes y profesores que veían en la decisión de la Corte una forma de denigrar su profesión. Carlos le dijo a José Gregorio, entre risas, que quería compartir con él la efímera fama que le había generado la sentencia.

Sí, las veleidades entre Cifuentes y Gaviria los separaron, y privaron a la Corte y al país de tener dos líderes fuertes que impulsaran de manera conjunta grandes transformaciones. Pero a pesar de eso, o gracias a esa diferencia, la primera Corte Constitucional, que terminó sus funciones en el año 2001, representó un grito de libertad que refrescó la anquilosada psiquis de un país sumido en la tradición más reaccionaria y conservadora.

El último año de Carlos en la Corte estuvo marcado por un momento trágico. Su amigo y escudero de muchas discusiones en la Corte, entre las cuales estaba la eutanasia, Alejandro Martínez Caballero, empezó a mostrar un notorio deterioro de su salud. A finales de 1997, el mal de Parkinson se fue apoderado de su cuerpo. Aunque sus facultades mentales estaban plenas, su estado físico se deterioraba con rapidez, lo que limitó mucho su actividad en la Corte. Carlos, al ver que su amigo se empezó a apagar y que su periodo en la Corte también estaba llegando a su fin, y con él uno de los mejores periodos de su vida, buscó reconciliarse un poco con sus colegas. En la última fiesta de

Navidad que compartió con todos los magistrados de la (a) te, en medio de la distensión, recitó de memoria un poema de su propia autoría en el cual iba parodiando a sus compañeros magistrados. Probablemente no lo pensó así, pero

quería que el último recuerdo que dejara en la Corte fuera el de su carcajada. Unos meses después, en marzo del 2000, Carlos Gaviria se retiró de la Corte Constitucional.

A Oliver Wendell Holmes, un histórico magistrado de la Corte Suprema de Estados Unidos, se le atribuye haber dicho que una Corte es como nueve escorpiones encerrados en una botella. Y el capítulo de la vida de Carlos en la Corte Constitucional explica muy bien esa frase. Un hombre orgulloso, con un afán de dominar el debate público en temas revolucionarios y con una gran conciencia liberal sin duda iba a tener choques con otros hombres con su misma capacidad intelectual. Carlos fue un magistrado selectivo. Entre marzo de 1993 y marzo de 2001, fue ponente de 699 sentencias, entre tutelas y sentencias de constitucionalidad. Sin embargo, él ocupaba toda su atención en los casos sobre libertades y derechos sociales y dejaba a sus auxiliares los casos que consideraba más rutinarios o mundanos. Vanidoso como pocos, pero con un compromiso radical por la claridad y las libertades. Un hombre caluroso que gozó, a pesar de las polémicas propias de una Corte Constitucional, del aprecio de sus colegas y funcionarios. Un magistrado tan complejo como emancipador. Un hereje constitucional que descreyó siempre de la autoridad y que defendió, hasta el último día en la Corte, la libertad del individuo como motor de una sociedad más justa. Como lo dijo Mauricio García Villegas en su semblanza sobre Carlos Gaviria, la vida de Carlos es una vida que vale la pena contar¹¹.

¹¹ Mauricio García Villegas. *Virtudes Cercanas*. Angosta Editores.

Agradecimientos:

A mi familia

Carlos Emilio Gaviria Díaz (q. e. p. d.)

Familias Gaviria Gómez, Gaviria Díaz y descendientes

Clemencia Hoyos

Héctor Joaquín Abad Faciolince

Todos los personajes entrevistados (on y off the record)

ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ

Borges decía que la tarea del arte es convertir lo que nos ocurre continuamente en símbolos que puedan perdurar en la memoria de los hombres. Los autores queremos agradecer a todas las personas que nos dieron su tiempo y fragmentos de su

memoria para reconstruir la vida de Carlos Gaviria Díaz. No fue una tarea fácil, tomar distancia de un personaje tan imponente requiere de tiempo, sosiego y en ocasiones una dosis de frustración. Solo nuestras familias, a quienes van dedicadas estas líneas, conocieron de cerca el proceso detrás de este libro. Para ellos estas páginas, parafraseando a Gardel, son cartas de amor que la mano escribe y dicta el corazón.

SANTIAGO PARDO RODRÍGUEZ

Declaración de principios ante el lector de los autores

Antes de escuchar sus testimonios, se le advirtió a cada entrevistado para este libro que sería grabado; también se respetaron las escasas peticiones de conservar apartes off the record. De igual manera, se protegió la identidad de las fuentes que lo solicitaron. Ninguna fue anónima.

No obstante, la autora de la primera parte de este libro le advirtió a una de sus entrevistadas (Clemencia) que la estaba grabando en medio de una entrevista y no desde el principio de la misma, como debe ser. Se trató de un error involuntario en el procedimiento periodístico, del cual la interlocutora se enteró de inmediato. La entrevistada exigió que sus palabras no fueran publicadas y se acató su voluntad.

Bibliografía

- “Afirma Carlos Gaviria la bandera no será arriada”. El Mundo, agosto 27 de 1987.
- “Clínica jurídica”, Carlos Gaviria Díaz. El Colombiano Dominical, junio 26 de 1970.
- “El gobierno Uribe y el delito político”, Carlos Gaviria Díaz. El Tiempo, 18 de agosto de 2007.
- “En Consejo de Guerra no aceptan al delegado del Russell”. El Espectador, 20 de octubre de 1975.
- Periódico El Espectador, 14 de diciembre de 2008, entrevista de Cecilia Orozco Tascón.
- Juego limpio, Carlos Gaviria Díaz y otros. Ediciones Corporación cultural Nuevo Milenio, Bogotá, 1998.

- La decadencia de Occidente, Oswald Spengler. Volumen IV. Es- pasa Calpe, S.A., Madrid, 1947.
- Manual de ateología, Carlos Gaviria y otros. Tierra Firme, 2009.
- Mito o logos hacia la República de Platón, Carlos Gaviria Díaz. Luna Libros, Bogotá, 2013.
- Poesía completa, Idea Vilariño. Lumen, Barcelona, 2015. Tercera edición.
- Revista Alma Máter, Ne. 543., Medellín, Mayo de 2006. Medellín. Universidad de Antioquia.
- Revista Alma Máter, N2. 642., Medellín, Mayo de 2015. Medellín. Universidad de Antioquia.
- Revista Cambio, 18-25 de marzo 2002.
- Revista Cambio, mayo 23-30, 1994, Ne.50.
- Revista Debate, Ns. 70, Lecciones de dos maestros (María Teresa Uribe y Carlos Gaviria)., Medellín, enero/abril de 2015, Universidad de Antioquia.
- Revista Leery releer, “El tesoro de la conciencia”: en torno a Carlos Gaviria Díaz., Universidad de Antioquia y Sistema de Bibliotecas, Ns. 78, Medellín, diciembre de 2015.
- Revista Universidad de Antioquia, N2. 316., Medellín, septiembre 2014. Medellín., Universidad de Antioquia.
- Temas de introducción al Derecho, Carlos Gaviria Díaz. Señal Editora, Medellín, 2014. Segunda edición.
- UNA Revista de Derecho, Vol. 2: 2017., Bogotá., Universidad de Los Andes.
- Virtudes cercanas, Mauricio García Villegas. Angosta, Medellín, 2019.

Banda sonora

Ché bandoneón. Letra de Homero Manzi y música de Aníbal Troilo.

De vez en cuando viene bien dormir. Autor: Piero.

Desencuentro. Letra de Cátulo Castillo y música de Aníbal Troilo.

El tamborilero. Autora: atribuido a Katherine Kennicott Davis.

Lágrimas negras. Autor: Miguel Matamoros.

Mala suerte. Letra de Francisco Gorrindo y música de Francisco Lomuto.

Me gustan los estudiantes. Autora: Violeta Parra.
Ninguna. Letra de Homero Manzi y música de Raúl Fernández Siró.
No te apures carablanca. Letra de Carlos Bahr y música de Roberto Garza.
Pequeña serenata diurna. Autor: Silvio Rodríguez.
Por una cabeza. Letra de Alfredo Le Pera y música de Carlos Gardel.
Sin piel. Autora: Eladia Blázquez.
Sinfonía inconclusa en la mar. Autores: Padre Alejandro Alberto Mayol y Piero.
Sonata N°. 8 en do menor, Op. 13, Pathétique. Compositor: Ludwig van Beethoven.
Sur. Letra de Homero Manzi y música de Aníbal Troilo.
Tonada del viejo amor. Autores: Eduardo Falú y Jaime Dávalos.
Tres palabras. Autor: Osvaldo Farrés.
Uno. Letra de Enrique Santos Discépolo y música de Mariam Mores.
Va, Pensiero (Opera Nabuccó). Letra de Temistocle Solera y música de Giuseppe Verdi.



Esta es la foto más antigua que se conserva de Carlos Gaviria Díaz. Según su hermana mayor, Lilia Elena, se tomó en Itagiii, en la época de Navidad con los globos de mecha, tan populares en otras épocas. Se calcula que la imagen es del año 1952. (Foto cortesía Lilia Elena Gaviria Díaz).



Ana de Jesús Holguin, Nana, abuela materna de Carlos Gaviria Díaz, la más temprana influencia en su pensamiento liberal, en Itagiii, Antioquia, en 1960. (Foto cortesía Guillermo Pineda Gaviria).



Carlos Gavina Díaz, excursión por Europa, 1966. (Foto cortesía familia Gavina Gómez).



Carlos Gaviria Díaz en el viaje a Europa en el cual conoció a su esposa, María Cristina Gómez, 1966. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos Gaviria Díaz, excursión por Europa, 1966. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos y María Cristina en la laguna de Tota. Boyacá, 1966. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Bautizo de Ana Marcela Montoya Gaviria, sobrina de Carlos e hija menor de su hermana Lilia Elena Gaviria Díaz. En la imagen de izquierda a derecha: Carlos Gaviria (tío y padrino), María de la Paz Díaz (madre de Carlos), Mary Zapata (madrina y amiga de la familia) carga a Ana Marcela y el padre Rubén Franco. (Foto cortesía Lilia Elena Gaviria Díaz).



“Cora” y “Cora”, como se llamaban cariñosamente Carlos y María Cristina, en Medellín, en 1968. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos Gaviria Díaz, profesor de Derecho de la Universidad de Antioquia. Medellín, en 1967. (Foto cortesía

familia Gaviria Gómez).



Carlos siempre fue amante de las rancheras y de la comida mexicana. Medellín, 1968. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos, estudiante becado por la Fundación Ford en Boston, Massachussets, 1970. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Ana Cristina y Juan Carlos, los hijos mayores de la familia Gaviria Gómez, en un andén de la casa de la familia en el barrio Buenos Aires, en Medellín, en 1975. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Ana Cristina y Ximena Gaviria Gómez con su padre en la finca Calatrava, al sur del Valle de Aburra, Antioquia, en 1977. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos Gaviria Díaz en la finca Calatrava en 1977.
(Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



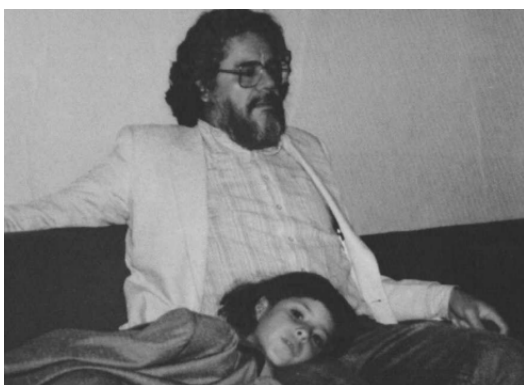
Carlos con María Cristina, su esposa, Ximena, su hija menor, en 1977 en la finca Calatrava, propiedad del doctor Alberto Gómez, suegro de Carlos, en Itagüí, Antioquia. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos Gaviria en el auditorio máximo de la Universidad de Antioquia: el Paraninfo. Medellín, 1977. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



La familia Gaviria Gómez con unos amigos en la finca La Isabela, en Sajonia, oriente antioqueño, en 1979. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Con Ximena, su hija menor, en la fiesta de quince años de su hermana Ana Cristina. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



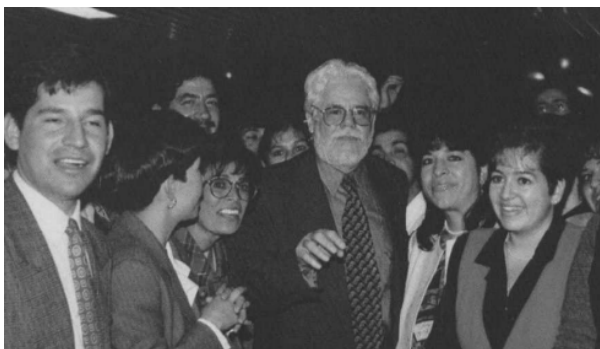
Carlos con Ana Cristina, la mayor de sus hijas, en su fiesta de quince años, celebrada en el jardín infantil Mirringa Mirringa, dirigido por María Cristina, en octubre de 1982 en Medellín (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



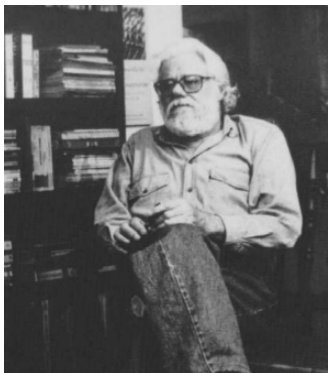
María Elena Gómez (amiga), Ana Cristina Gavina y su papá en la finca en el El Retiro, oriente antioqueño, en 1990. (Foto cortesía familia Márquez Gaviria)



Sala Plena de la Corte Constitucional en 1993. De pie, de izquierda a derecha: Eduardo Cifuentes Muñoz, Jorge Arango Mejia, Alejandro Martinez Caballero, Fabio Morón Díaz. Sentados, de izquierda a derecha: Hernando Herrera Vergara, Carlos Gaviria Diaz, Vladimiro Naranjo Mesa, Antonio Barrera Carbonell y José Gregorio Hernández. (Cortesía Archivo Oficina de Prensa Corte Constitucional).



El magistrado Carlos Gaviria Díaz con trabajadores de la Corte Constitucional en una fiesta de fin de año. (Cortesía Archivo Oficina de Prensa Corte Constitucional).



Carlos Gaviria en su estudio del barrio Malibú, en Medellín, en 1995. (Fotos de Guillermo Pineda Gaviria).



Viaje familiar, de izquierda a derecha: Beatriz Giraldo (esposa de Guillermo Pineda, sobrino de Carlos), María Cristina Gómez, Carlos Gaviria, Isabel Pineda (hija de Guillermo Pineda y Beatriz Giraldo), Ximena Gaviria, Alba Luz Gaviria, Natalia Gaviria. Garzón, Huila, Colombia, 1995. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria)



Viaje familiar a San Agustín. De izquierda a derecha: Ximena, Carlos, María Cristina, Clara Sarmiento, Juan Carlos, Natalia, Margarita Correa, Beatriz Giraldo, Alba Gaviria y Guillermo Pineda, 1995. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).



Carlos y María Cristina en el nacimiento del río Magdalena. Hulla, 1995. (Foto Guillermo Pineda Gaviria).



Carlos con su hija Natalia en Tikal, Guatemala, en diciembre de 1995. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Paseo de la familia Gaviria Díaz a Guatemala. Diciembre de 1995. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



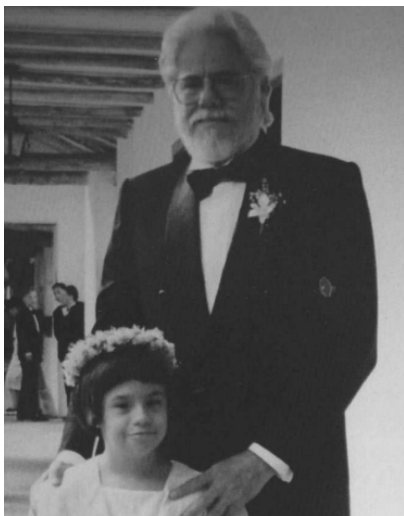
Carlos Gaviria Díaz al lado del Gobernador de Antioquia, Alvaro Uribe Vélez. Ceremonia de entrega de la orden al mérito Francisco Antonio Zea. Medellín, abril de 1996. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Carlos Gaviria Díaz al lado del gobernador de Antioquia, Alvaro Uribe Vélez. Ceremonia de entrega de la orden al mérito Francisco Antonio Zea. Medellín, 1996. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Jaime Jaramillo Panesso y Carlos Gaviria Díaz. Ceremonia de entrega de la orden al mérito Francisco Antonio Zea. Medellín, 1996. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).

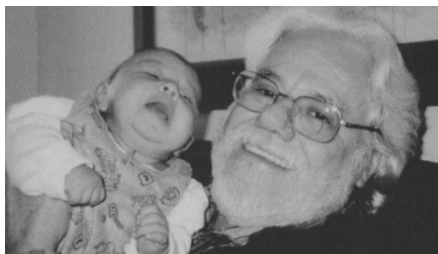


Carlos y su sobrina nieta Isabel Pineda, en el matrimonio de su hija Ana Cristina con Raúl Márquez, en el Recinto de Quirama, oriente antioqueño, en 1997. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).

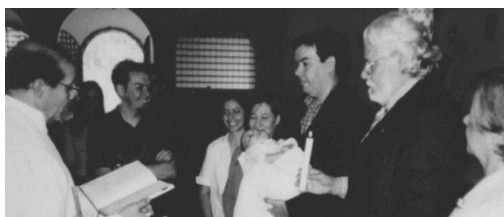


Ana Cristina, Ximena, Carlos y María Cristina con el

nieto mayor, Simón Márquez, recién nacido en Medellín, en 2001. (Foto cortesía familia Márquez Gaviria).



Carlos con su nieto Simón, en la casa de Ana Cristina Gaviria y su esposo Raúl Márquez, en Medellín, en 2001. (Foto cortesía familia Márquez Gaviria).

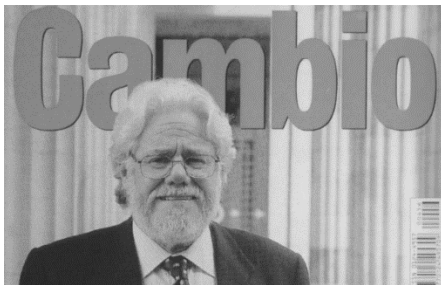


Bautizo de Simón Márquez Gaviria: Ximena Gaviria, la madrina; Gabriel Alejandro Márquez, tío y padrino del bebé; Ana Cristina Gaviria, Raúl Márquez, Carlos y María Cristina. Medellín, 2001. (Foto cortesía familia Márquez Gaviria)

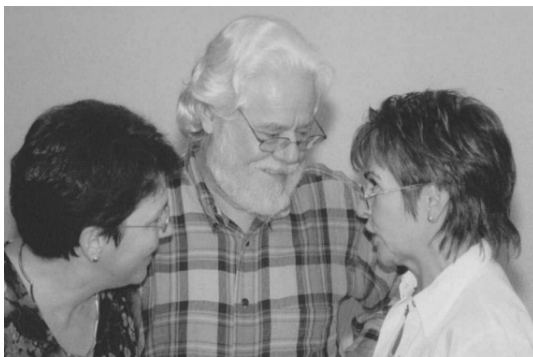


Clemencia Hoyos, Luz María Restrepo y su esposo, Jesús María Gómez, amigos de Carlos Gaviria desde los años setenta, en la campaña al senado. Hotel Nutibara, Medellín,

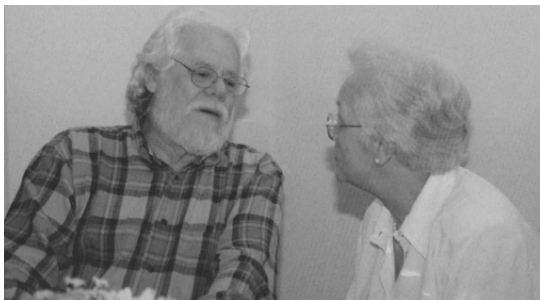
2002. (Foto cortesía familia Gaviria Gómez).



Portada de la revista Cambio, de marzo de 2002, con Carlos Gaviria Díaz, quien fue elegido senador ese año con la quinta votación más alta de esas elecciones legislativas. Obtuvo 114.886 votos. (La foto de la portada es de Carlos Vásquez).



Carlos con sus amigas, las hermanas Marcela y Clemencia Hoyos Hurtado. Medellín, 2005. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).



Carlos con su hermana Alba Luz Gaviria Díaz. Medellín, 2005. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).



En 2006 fue el candidato presidencial del Polo Democrático Alternativo (PDA). Estas son fotos de la campaña. En la que está con los brazos levantados lo acompañan, de izquierda a derecha, Venus Albeiro Silva, Patricia Lara, quien fue su fórmula vicepresidencial, y Antonio Navarro Wolff. (Fotos cortesía Claudia Rubio).



Carlos con su hija Natalia y su nieto Sebastián en Medellín, en 2009. (Foto cortesía familia Martínez Gaviria)



Carlos y su nieto Sebastián Martínez Gaviria en una finca en Sopetrán, Antioquia, en diciembre de 2009. (Foto cortesía familia Martínez Gaviria).



Carlos y María Cristina en su apartamento en Medellín, en 2011. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria),



Carlos en su apartamento en Medellín, en 2011. (Foto

de Guillermo Pineda Gaviria).



Carlos y una parte de su biblioteca en su apartamento en Medellín, en 2011. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).



Finca de Jesús María Gómez y Luz María Restrepo en Marinilla, Antioquia, en diciembre de 2011. De izquierda a derecha: Arabia Mejia de Restrepo, Mario Yepes, Luisa Margarita Henao, Carlos Gaviria abraza a su esposa María Cristina Gómez, Javier Roldan (atrás), Jesús María Gómez, Luz María Restrepo, Ximena Gaviria, Saúl Franco, Mónica Yepes, Gloria Arias. En cuclillas: Diana Yepes, Simón Márquez, Ana Cristina Gaviria carga a su hijo Santiago Márquez, Felipe Ulloa. (Foto de Mario Yepes).



Biblioteca de Carlos Gaviria Díaz en su apartamento del barrio El Chicó: Jorge Luis Borges y Ludwig Wittgenstein, los guardianes de sus libros. Bogotá, 2014. (Foto Ana Cristina Restrepo Jiménez). Obras de Carlos Gaviria Díaz. (Foto de Guillermo Pineda Gaviria).

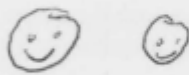


Carlos Gaviria en una velada tanguera en el apartamento de su amigo el poeta David Jiménez Panesso en Bogotá, en marzo de 2014. (Foto Ana Cristina Restrepo Jiménez).



Ceremonia de despedida de Carlos Gaviria Díaz en 2015. Sus cenizas fueron sembradas bajo un umbú, en la casa de su hijo Juan Carlos, en el Alto de Las Palmas, a veinte minutos de Medellín. Amigos y familia: en primer plano, su gran amigo, el escritor Héctor Abad Faciolince. (Foto de Mario Yepes).

Sebas y Alejo:
El abuelo Toto
que los quiere ^{muchísimo,}
les manda besitos
muy amorosos -



Toto hace pipí en
un patito parecido a
ese

Últimas palabras escritas por Carlos Gaviria Díaz a sus nietos en el envés de una invitación.

Santiago Pardo Rodríguez

Abogado bogotano con Maestría en Derecho de la Universidad de los Andes, un MSc in Law, Anthropology and Society de The London School of Economics & Political Science y un Master of the Science of Law (JSM) de la Universidad de Stanford. Tiene dos obsesiones en su vida: Millonarios y la Constitución de 1991. Su cariño por esta lo impulsó a contar historias judiciales, en un lenguaje sencillo y claro, para desmontar el monopolio de los abogados sobre el Derecho. Es el creador de El Reconstituyente, el primer podcast colombiano sobre historia constitucional, y del Laboratorio de Diseño para la Justicia de la Universidad de los Andes, un espacio en el que muchas mentes no leguleyas piensan en cómo mejorar el acceso a la justicia en el país.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Otro fin del mundo es posible Alejandro Gaviria

Siquiera tenemos las palabras Alejandro Gaviria

Hoy es siempre todavía Alejandro Gaviria

Alguien tiene que llevar la contraria Alejandro Gaviria

Échele cabeza

Julián Quintero

A Carlos Gaviria Díaz le gustaban los rompecabezas. Este libro, escrito a cinco años de su fallecimiento, es como uno de estos juegos. La periodista y escritora Ana Cristina Restrepo Jiménez reunió muchas piezas en largas conversaciones y entrevistas con él y tras su muerte recolectó las faltantes con sus familiares, amigos, compañeros y colegas. Con todo este material construyó el perfil de un hombre de espíritu libre y conciencia liberal, agnóstico irredento, lector voraz, melómano empedernido, dueño de una memoria prodigiosa y un humor cáustico, que con sus acciones públicas dejó huella en la historia de Colombia. Este libro descifra al ser humano y devela las paradojas de su vida dedicada a la defensa de la libertad. La obra incluye al final un capítulo del abogado Santiago Pardo Rodríguez, en el que se analizan en detalle los ocho años que Gaviria fue magistrado de la Corte Constitucional, que con sus audaces sentencias transformó al país.